EL LARGO VIAJE A EDÉN

Olga López

Hace mucho tiempo,
en un mundo no muy lejano al nuestro…

Cuentan las leyendas
que hace mucho,
mucho tiempo…
Un tiempo remoto que se pierde
entre las brumas de la memoria…
Un tiempo en el que los hombres
eran apenas unos recién llegados…
Un tiempo en el que otros ríos
recorrían viejos valles, ahora secos…
Un tiempo en el que unas tierras
emergieron del mar,
mientras otras se hundieron
para siempre…

Prólogo

En esos días lejanos de los que hablan las leyendas de los mayores, en un fértil valle situado en la confluencia de tres ríos, aparecieron de repente unos hombres y mujeres majestuosos, que mucho tiempo después fueron conocidos como los Cien Héroes de la Antigüedad.

Nadie les vio llegar. Nadie les había visto antes. Simplemente se dejaron ver un día ante los atónitos miembros de la tribu que ocupaba aquel valle. Eran cincuenta hombres y cincuenta mujeres.

Los Cien Héroes no venían solos, sino que los acompañaba todo un séquito de seres celestiales a las órdenes de un ser invisible, el Príncipe del Mundo, cuyo verdadero nombre cayó en el olvido. Ningún ser de carne y hueso, salvo los Cien Héroes, podía verle. Los cien eran los encargados de hablar en su nombre, le debían obediencia y le respetaban.

Cuentan los ancianos que el Príncipe del Mundo vino a tomar posesión de todas las tierras y todos los hombres. Pero no para subyugarlos a todos, sino para gobernarles y enseñarles cuál era la mejor manera de vivir.

Los Cien Héroes, bajo la coordinación del Príncipe del Mundo, se dividieron en diez grupos y enseñaron lo que sabían a los hombres de aquella época lejana. Elegían a los mejores de cada tribu circundante para que aprendieran de ellos, y luego estos regresaban a sus lugares de origen para transmitir las habilidades y conocimientos que habían adquirido. Así, poco a poco consiguieron elevar la civilización de todos los pueblos vecinos, y su influencia se fue extendiendo cada vez más lejos en todas direcciones. Su único propósito era ayudar a que los humanos de aquella tierra evolucionaran, a que progresaran de manera

más eficiente que si hubieran contado únicamente con su inteligencia y sus propios medios.

Puesto que los Cien Héroes eran hombres y mujeres del mismo modo que lo son los seres humanos, pero también eran más que humanos, se les dio permiso para que intentaran un tipo de unión espiritual. De esos intentos surgieron los Hijos Invisibles, una descendencia peculiar que estaba a medio camino de lo celestial y lo terreno. Estos Hijos demostraron ser muy útiles para el trabajo de los Cien Héroes y el Príncipe del Mundo.

Los nativos de aquel tiempo y lugar admiraban profundamente a los Cien Héroes, a los que veían como dioses caídos del cielo. Los Cien tenían que hacer grandes esfuerzos para evitar ser venerados por aquellos hombres primitivos, que todavía seguían adorando a su sol. Para aquellos primeros humanos, los Cien Héroes eran superhombres y supermujeres que contemplaban el paso de una generación humana tras otra sin siquiera envejecer. Porque ni uno solo de ellos había muerto ni mostraba los típicos signos de la vejez.

Muchos humanos nacieron y murieron, tantos que era imposible contar las generaciones, y los Cien Héroes seguían allí, viviendo en la ciudad que fundaron y que se erguía sencilla pero hermosa en la confluencia de los tres ríos. La ciudad se llamaba Aitamalad, la "ciudad de los padres" en la lengua antigua que los Cien Héroes enseñaron a los humanos con la intención de que fuera el idioma común para todos los pueblos del mundo.

Los Cien Héroes, los "dioses encarnados", como les llamaban a escondidas los humanos de aquel tiempo (pues los héroes rechazaban rotundamente que se les designara de ese modo), llevaban una vida aparentemente normal, si exceptuamos su capacidad de contactar con el Príncipe del Mundo y el hecho de que comían del fruto que ellos denominaban "árbol de la vida", un arbusto que ellos trajeron cuando aparecieron sobre la tierra. Su fruto proporcionaba la vida eterna a esos

héroes de los Tiempos Remotos. A pesar de que insistían en que el poder del árbol de la vida solo era útil para ellos, los Cien debían vigilar que ningún humano dañara el arbusto para intentar comer de él. Aunque la mayor parte del tiempo apenas era necesaria esa vigilancia: los humanos veneraban al árbol de la vida con un temor reverencial, pues tenía el poder de ofrecer la inmortalidad. Además, algunos habían hurtado algún que otro fruto y habían muerto exactamente igual que sus contemporáneos. De ese modo se demostró que su fruto no causaba ningún efecto en ellos.

Pasaron muchos miles de años en los que el tiempo transcurría plácidamente en aquel valle de los tres ríos. Se fundaron nuevas ciudades que hicieron de focos de cultura y civilización en otras partes del mundo, gobernadas por humanos de confianza a quienes los Cien Héroes habían educado.

Aquella tierra tenía ante sí un futuro prometedor, hasta que un día de verano sucedió algo que cambió para siempre el destino de ese mundo.

Aquel aciago día, los Cien Héroes se reunieron en secreto por la mañana en el Templo del Padre, el lugar reservado para la adoración al Dios Único que ellos enseñaban a los humanos, y donde tenían sus reuniones periódicas con el Príncipe del Mundo para evaluar los progresos de aquella humanidad incipiente. En principio nadie pareció preocupado, pues no era la primera vez que los Cien se reunían allí. Pero al caer la noche, cuando terminó aquella reunión y los héroes salieron del templo, había algo en sus semblantes que no estaba presente en ocasiones anteriores. Sus rostros estaban más serios que de costumbre y su expresión era dura.

Inmediatamente después, convocaron a todos los habitantes de la ciudad en la plaza principal, que se empleaba los días de asueto como lugar de adoración al Dios Único. Allí, en un estrado elevado, se presentaron los Cien Héroes en toda su majestuosidad y altivez. Uno de

ellos, de nombre Dan, maestro de las artes de la industria, avanzó unos pasos y, en nombre de los Cien, leyó un manifiesto que los humanos de Aitamalad apenas pudieron entender en su totalidad, pues hablaba de seres y cosas que no conocían.

Lo que sí entendieron del manifiesto fueron dos cosas:

En primer lugar, que el Dios Único había dejado de existir. A partir de ese momento, quien debía ser adorado era el Príncipe del Mundo, que pasaría a ser llamado Dios del Mundo.

En segundo lugar, y a partir de ese día, no solo los habitantes de Aitamalad, sino todos los humanos de aquel mundo, eran libres para hacer lo que quisieran. Los Héroes no enseñarían nada a los humanos que ellos mismos no quisieran aprender. Nadie tendría ninguna obligación ante nadie. "Sois libres para hacer lo que queráis", dijeron ante los atónitos humanos que tenían ante ellos. Y dicho esto se marcharon en parejas, para propagar este mensaje a las ciudades que ellos habían contribuido a fundar en tiempos pasados. Con ellos se llevaron a sus Hijos Invisibles y también el árbol de la vida, para poder seguir alimentándose de él y mantener su inmortalidad.

Los habitantes de Aitamalad les vieron alejarse, perplejos. De repente se sintieron solos, huérfanos. No sabían qué hacer, así que no se les ocurrió otra cosa que obedecer a los Héroes que de esa manera les habían hablado. Dejaron de cultivar la tierra, de cuidar del ganado, y en general de hacer todo lo que supusiera algún tipo de trabajo. Y pronto, muy pronto, esa actitud empezó a traerles problemas.

Por primera vez en mucho tiempo volvió el hambre, la escasez, las enfermedades provocadas por la falta de higiene. La avaricia de poseer los pocos recursos que quedaban disponibles llevó a las peleas y, ya a mayor escala, a las guerras entre ciudades. Ni siquiera los lugares donde predominó el sentido común se salvaron del caos provocado por los Cien Héroes. Se volvió a la ley de la selva más terrible: había que defenderse si no se quería sucumbir ante el más fuerte, y atacar para

apoderarse de los recursos de las tribus vecinas.

Aquella fue la Edad del Caos, en la que se perdieron gran parte de los avances que habían traído los Cien Héroes tras su llegada y la fundación posterior de Aitamalad. Entre las pocas cosas que se mantuvieron estaba el idioma común que los Cien Héroes enseñaron a los primeros humanos. Pero ni siquiera esto fue suficiente para que los habitantes del mundo vivieran en paz entre ellos. Se había derruido toda la estructura de la civilización, y cada pueblo debía sobrevivir como podía. Durante decenas de miles de años, los pueblos de aquel mundo apenas avanzaron. A la rebelión de los Cien Héroes siguieron tiempos de tinieblas para las que no parecía haber una salida.

Mientras tanto, los Cien Héroes se dispersaron por todo el mundo en parejas de hombre y mujer. Cada una de esas parejas llevó consigo un esqueje del árbol de la vida para seguir alimentando sus cuerpos con ese alimento superior, pero muy pronto tuvieron la impresión de que su desobediencia había traído una consecuencia fatal para ellos: el árbol de la vida ya no les proporcionaba la energía y la inmortalidad de la que hasta entonces habían gozado. Pasaron menos de cien años del día en que se rebelaron cuando todos ellos empezaron a sentirse inusualmente cansados, incluso enfermos en ocasiones. Para su horror comprobaron que sus cuerpos estaban empezando a mostrar los típicos signos de envejecimiento. No así sus Hijos Invisibles que, al no ser de carne y hueso, ni envejecían ni morían.

Los Cien Héroes maldijeron largamente a los Altísimos por haberles privado de la posibilidad de vivir eternamente en el planeta, aunque en realidad habían sido ellos mismos quienes se habían negado la inmortalidad, al rebelarse y apartarse así de los designios amorosos de los gobernantes celestiales.

Puesto que no iban a vivir eternamente en el planeta pensaron que, mientras su fuerza vital les acompañara, deberían engendrar descendencia corpórea, que ayudara al Príncipe del Mundo a continuar

con su gobierno y con el control del planeta. Crearían una raza superior que gobernara a las demás, y que llevara a cabo los designios de su nuevo dios. Así que se emparejaron frenéticamente y comenzaron a tener hijos, los primeros descendientes humanos de los Cien Héroes. Ese fue el origen de la raza danita.

****

Pero los cielos no habían abandonado a aquellos pobres humanos a su suerte, y tampoco permanecieron indiferentes ante la rebelión del Príncipe del Mundo y su séquito.

Al principio, cuando la rebelión estalló, los gobernantes del cielo decidieron dejar pasar un tiempo, para que los Cien Héroes, el Príncipe del Mundo y el séquito inicial que lo acompañaba se dieran cuenta por ellos mismos de su equivocación y tuvieran ocasión de rectificar. Cada uno de ellos tuvo tiempo y ocasiones suficientes para darse cuenta de su error. Algunos de ellos, abatidos ante la situación de aquel mundo atribulado, se alejaron de los rebeldes y fueron enviados de vuelta a los cielos. Su arrepentimiento les había salvado. Fueron aproximadamente dos de cada diez miembros del séquito y la mitad de los Hijos Invisibles. El resto, junto con la totalidad de los Cien Héroes, decidió compartir la suerte del Príncipe del Mundo.

Como el tiempo no transcurría igual en los cielos que en la tierra, los Cien Héroes vivieron sin oposición durante muchas generaciones. Incluso llegaron a pensar que allá arriba se habían olvidado de ellos.

Pero en los cielos no les habían olvidado.

Y los Cien Héroes empezaron a envejecer… y a morir.

Uno a uno, fueron abandonando el cuerpo que les había acompañado durante miles de años. No sin miedo, pues sabían que la muerte les obligaba a rendir cuentas de su desobediencia ante los gobernantes de los cielos. Pero, aunque intentaron retrasar el envejecimiento utilizando todo tipo de remedios y curas, nada les evitó el tránsito de la muerte.

Cuando el último de los Cien murió, había en el mundo unos diez mil danitas. Eran unos hombres y mujeres magníficos, dignos descendientes de sus padres superhumanos, que dieron origen a una raza de hombres y mujeres fuertes, orgullosos de sus ancestros. Eran de estatura media y de pelo negro o castaño; El color de su piel era ligeramente tostado, y sus ojos eran mayoritariamente de color ámbar. Tenían una fuerte tendencia a despreciar a las razas autóctonas, que ellos llamaban los "pueblos de color" pues, según la raza a la que pertenecían, el tono de su piel adoptaba el mismo color característico cuando se exponía al sol.

Ese sentimiento de superioridad fue el que hizo que los danitas intentaran siempre dominar a los pueblos vecinos. Además, tenían tendencia a ser belicosos, con lo que se enzarzaban en guerras incluso entre ellos mismos por la tierra y los recursos naturales que esta encerraba. Con algunas razas no pudieron, y en esos casos se desplazaron a lugares donde no encontraron una oposición tan fuerte. Pero cuando sí conseguían derrotar a sus adversarios los tomaban como esclavos o los exterminaban, si es que consideraban que no podrían aprovecharse de ellos como mano de obra esclava.

Así, a la Edad del Caos le sucedió un largo período de hegemonía danita. La civilización del mundo avanzó un poco, pero ese avance suponía apenas una décima parte del que se habría dado si los Cien Héroes hubieran seguido con el plan establecido por los gobernantes celestiales.

Pero ¿qué había sido del Príncipe del Mundo durante todo ese tiempo?

El Príncipe del Mundo siguió manteniendo Aitamalad como su lugar de residencia, la ciudad que iba a ser el foco de cultura y civilización del planeta, pero que fue decayendo con el tiempo debido al caos y al libertinaje que imperó tras la rebelión.

Los Cien Héroes no podían perder el contacto con él, pues le veían

allí donde los ojos mortales no contemplaban más que espacio vacío. Durante los primeros años, y cada siete años del tiempo del planeta, los Cien Héroes partían de sus hogares para regresar a Aitamalad, donde celebraban un solemne cónclave con el Príncipe del Mundo. En él los Cien Héroes informaban al Príncipe del Mundo de sus acciones, y el Príncipe del Mundo a su vez les aconsejaba sobre lo que debían hacer y les informaba de sus contactos con otros príncipes rebeldes de aquél rincón del universo.

Pero, a medida que los Cien Héroes iban envejeciendo, los viajes fueron haciéndose cada vez más penosos para ellos, y esos cónclaves dejaron de celebrarse. De modo que el Príncipe del Mundo (que podía trasladarse a cualquier lugar del planeta en cuestión de breves instantes) solo podía reunirse con ellos de uno en uno. Esto acabó por minar la cohesión que hasta entonces habían disfrutado, y muy pronto cada uno de los Cien Héroes fue por su lado para llevar a cabo su rebelión particular. Esto no hizo más que acelerar el desgobierno que reinaba en el planeta.

Cuando los administradores celestiales consideraron que el pueblo danita no podía ofrecer nada más que pudiera fomentar el avance de la civilización en el planeta, decidieron que era el momento de pasar a la segunda fase de su plan.

Y, entonces, se produjo la gran incomunicación. El Príncipe del Mundo dejó de poder contactar con el resto de los rebeldes de otros mundos. Para entonces, ni siquiera contaba con los Cien Héroes, pues hacía ya muchísimo tiempo que había muerto el último de ellos. Los Hijos Invisibles que quedaban estaban dispersos, y se comportaban como niños malcriados que aprovechaban su invisibilidad para atemorizar a los pobres habitantes del mundo. En cuanto a los componentes del séquito celestial que había permanecido junto al Príncipe, fueron enviados de vuelta a los cielos. Solo que, a diferencia de los que se arrepintieron, se les confinó en un mundo aparte donde

continuó su incomunicación a la espera del juicio que, inexorable, se había de celebrar.

Cuando el Príncipe del Mundo se dio cuenta de que se encontraba aislado, comprendió que sus planes de rebelión no podrían ir más allá del planeta. Pero su mente estaba ya tan corrompida por el mal que, lejos de arrepentirse por lo que había hecho, se dedicó a sembrar el caos y la destrucción. Se podría decir que dio rienda suelta a su locura, una locura provocada por una mente deformada por el mal.

Aquellos fueron unos tiempos en los que, si algo pudo ir peor, fue peor. Pero, una vez más, los gobernadores celestiales no abandonaron a su suerte a los infelices habitantes de ese mundo, y enviaron a un grupo de esplendorosos administradores celestiales, que se presentaron ante el Príncipe del Mundo y le anunciaron lo que él ya sospechaba.

La rebelión había fracasado en aquel rincón del universo. Todos los Príncipes que se habían rebelado habían sido depuestos. El Príncipe del Mundo debía abandonar Aitamalad y se le condenaba a vagar por el mundo hasta que se celebrara el juicio, para que tuviera ocasión de reflexionar sobre todo el mal que había causado.

Por su parte, los administradores celestiales intentarían retomar de manera interina el gobierno del planeta, y recuperar el curso normal de progreso que el planeta había abandonado durante demasiado tiempo.

El Príncipe del Mundo sabía bien que eso significaba que los gobernantes enviarían al planeta a una pareja de Primeros Padres, encargados de elevar la condición física y espiritual de los humanos nativos mediante la creación de una nueva raza.

Mientras abandonaba Aitamalad, una sonrisa malévola se dibujaba en los labios del Príncipe del Mundo. Al alejarse, un poderoso pensamiento ocupó por completo su mente: haría todo lo posible porque los Primeros Padres fracasaran. No iba a permitir que hubiera en ese mundo una raza que pudiera hacer sombra al pueblo danita. Ese era su pueblo y el de sus Cien Héroes, el pueblo que ellos habían contribuido a

crear. Si impedirlo implicaba la guerra total entre los pueblos y el fin de la humanidad de aquel mundo… que así fuera.

II

Los Primeros Padres llegaron al planeta cincuenta mil años después de que el Príncipe del Mundo fuera desterrado y expulsado de Aitamalad, cerca de una aldea de la región noroeste del continente, situada a las orillas del río Kimo, uno de los grandes ríos. Igual que sucedió con el Príncipe y su séquito, llegaron de improviso y se aparecieron ante los atónitos habitantes de la aldea, que pertenecían a la raza akai. La apariencia de los Primeros Padres era magnífica: eran medio hombre más altos que el más alto de los akai, el tono de su piel era claro y tendía a verse rosado con la luz del sol. Su piel también despedía una tenue luminosidad, que se hacía más visible durante la noche. El color de sus ojos era de un azul celeste intenso y sus cabellos eran largos y rubios. Pero sobre todo tenían una belleza sobrehumana que dejaba sin palabras a quienes los contemplaban.

Del mismo modo que con los Cien Héroes, los Primeros Padres tuvieron que hacer grandes esfuerzos para evitar que los humanos les veneraran como a dioses. Igual que sucedió con los Cien Héroes, solo lo consiguieron a medias.

Los Primeros Padres se llamaban Adán y Eva, y dijeron venir para ayudar a los mortales a mejorar sus condiciones de vida y a ellos mismos. Por eso, pidieron al pueblo akai que les ayudara a construir una ciudad, que sería el centro de cultura y progreso material y espiritual que no consiguió ser Aitamalad. El pueblo akai consideró aquello un gran privilegio y les ayudaron con mucho entusiasmo. La

construcción de la ciudad llevó cincuenta años, y los Primeros Padres le pusieron por nombre Edén.

Edén no se parecía a ninguna de las ciudades que existían hasta entonces en aquel mundo. Sus construcciones no eran espectaculares, pero sí funcionales. Más que sus edificios, lo que destacaba de aquella ciudad era su enorme extensión y sus jardines, de una belleza y exuberancia que dejaba maravillados a los visitantes. Allí se cultivaban todas las plantas comestibles y todos los árboles frutales del planeta. Los Primeros Padres no habían elegido aquel emplazamiento por casualidad: el valle del Kimo era uno de los más fértiles del planeta, tan solo superado por el valle de Aitamalad.

Cuando los habitantes de la aldea akai vieron que los Primeros Padres no envejecían, recordaron la leyenda de los Cien Héroes y volvieron a aferrarse con fuerza a la creencia de que los Primeros Padres eran divinos; incluso llegaron a pensar que eran hermanos de aquellos seres superhumanos que vinieron con el Príncipe del Mundo. Pero los Primeros Padres lo desmintieron: aunque también venían de los cielos, no tenían ninguna relación con los Cien Héroes. En cualquier caso, habían venido a reparar el daño que los Cien habían causado al desviarse del plan divino. Los Primeros Padres eran inmortales porque ellos también habían traído consigo el árbol de la vida, aquel que los Cien Héroes empleaban para mantener su inmortalidad, y que según la leyenda acabó desapareciendo por el descuido de aquellos superhumanos. A los Cien dejó de interesarles la suerte de aquel arbusto en cuanto supieron que se les había privado de los efectos benéficos de su fruto a causa de su desobediencia.

Mientras se construía la ciudad, los Primeros Padres empezaron a tener hijos. Estos eran tan hermosos como sus padres, aunque su piel no despedía luminosidad y eran de menor estatura. Su aspecto era en general más humano que el de sus progenitores. En cuanto sus primeros hijos fueron lo bastante mayores, los Primeros Padres crearon

escuelas para los más pequeños, en las que los maestros eran precisamente los hermanos mayores. A estas escuelas también fueron invitados los miembros más capaces de los pueblos vecinos. Los que primero asistieron fueron los niños del pueblo akai que ayudó a los Primeros Padres a construir Edén. Pero muy pronto se corrió la voz entre los pueblos vecinos y entre otras razas que vivían en aquella mitad del continente. En cuestión de unos pocos años, las escuelas de Edén tenían alumnos de todas las razas. Allí, los niños permanecían hasta la edad adulta y recibían educación de todo tipo. Cuando ese periodo de enseñanza llegaba a su fin, regresaban a sus pueblos de origen, llevando consigo todo lo que habían aprendido.

Pasaron los años y la progenie de los Primeros Padres iba en aumento. Puesto que Adán y Eva seguían siendo fuertes y el paso del tiempo no les afectaba, seguían trayendo al mundo toda la descendencia que su naturaleza les permitía. Mientras tanto, sus hijos se emparejaban entre ellos y engendraron una progenie humana igual de magnífica. Cuando los visitantes de otros pueblos les preguntaban por qué no buscaban pareja entre los pueblos vecinos, los Primeros Padres respondían que seguían fielmente los planes divinos. Si los visitantes mostraban más curiosidad, añadían que no se emparejarían con otros pueblos hasta que no llegaran al millón de descendientes puros. Así que, mientras no alcanzaran ese número, seguirían multiplicándose y trabajando para que las escuelas de Edén transmitieran todo el conocimiento olvidado tras la desobediencia del Príncipe del Mundo y los Cien Héroes.

Como la extensión de Edén era limitada, llegó un momento en el que los descendientes de Adán y Eva tuvieron que buscar otro lugar donde vivir. Así que poco a poco fueron construyendo sus casas en los alrededores de Edén, y más adelante en los pueblos vecinos, donde por regla general eran bien recibidos. Para un pueblo de las razas de color, era un honor tener como vecinos a hijos de los Primeros Padres. Aunque

ellos se llamaban a sí mismos la raza violeta, muy pronto los demás pueblos de color empezaron a llamarles pelopaja (en alusión al color de su cabello, hasta entonces desconocido entre los pueblos de color)

Para entonces el pueblo danita había seguido aumentando en número y dominaban la mitad este del continente de Saph, el único continente del planeta, con Aitamalad como su centro cultural y espiritual. Allí donde no llegaba el radio de influencia de los danitas, el territorio estaba repartido entre las diferentes razas de color. El empuje de sus culturas era diverso; no todas estaban igual de avanzadas. Algunos pueblos habían desarrollado una civilización floreciente, mientras que otros seguían prácticamente igual que cuando llegaron los Cien Héroes. Estos pueblos atrasados poblaban las zonas más inaccesibles y las más calurosas del planeta, aquellas donde no había prácticamente posibilidad de relacionarse con otros pueblos.

En cuanto supo de la llegada de los Primeros Padres, el Príncipe del Mundo se apresuró a hacerles una visita. A diferencia de los humanos, y debido a su naturaleza, Adán y Eva sí podían ver al Príncipe.

En primer lugar, y tras los saludos de rigor, el Príncipe pretendió que los fundadores de la raza violeta le reconocieran como Dios del Mundo, tal y como él se había proclamado tras la rebelión. Pero los Primeros Padres no solo se negaron rotundamente, sino que hicieron oídos sordos a los argumentos insensatos y a los sofismas del Príncipe. Conocían muy bien la historia de aquel atribulado mundo; tuvieron que estudiarla bien para saber a lo que se enfrentaban. Adán y Eva tenían muy claro que no iban a seguir el camino del mal, y así se lo manifestaron al Príncipe. Seguirían el plan divino y conseguirían que el mundo recobrara la senda del progreso y de la paz. El Príncipe se marchó de Edén lleno de furia, no sin antes amenazarles con hacer todo lo posible para que sus planes fracasaran.

Aunque Adán y Eva intentaron por todos los medios acercarse a

los pueblos danitas e invitar a sus hombres y mujeres más capaces a pasar una temporada en las escuelas de Edén, los líderes danitas rechazaron una y otra vez sus invitaciones. Muy pronto empezaron a ver a los pelopaja como una amenaza, y vigilaron sus movimientos para impedir que se acercaran demasiado al territorio que ellos dominaban. Gran parte de este recelo fue fomentado por el Príncipe del Mundo, que empleaba a los danitas como peones al servicio de su pérfido plan.

El Príncipe del Mundo influía en los líderes danitas todo lo que podía. Aun cuando estos no podían verle, les inducía ideas mientras dormían, y manipulaba el entorno físico para crear señales de mal agüero relacionadas con los pelopaja, que para los danitas, que siempre habían tendido a ser supersticiosos, eran pruebas irrefutables de que su desconfianza tenía una razón objetiva. El Príncipe del Mundo contaba para ese menester con un grupo numeroso de Hijos Invisibles, que se encargaban de fomentar la idea de que los pelopaja pretendían someterlos y esclavizarlos.

Así, la raza violeta continuó creciendo y extendiéndose por la mitad oeste del continente de Saph. Estaban a punto de alcanzar el número mágico de un millón, la cifra en la que comenzarían a mezclarse con las razas de color y a elevar las aptitudes físicas, mentales y espirituales de los humanos del planeta, cuando algo hizo que los planes saltaran de nuevo por los aires.

Los danitas comenzaron una ofensiva hacia el oeste con el fin de frenar la expansión de la raza violeta. El Príncipe del Mundo les hizo creer que los pelopaja habían asesinado a uno de los diez miembros del Consejo de Dan, el máximo órgano de gobierno de Aitamalad y del pueblo danita, cuando en realidad había sido otro de los miembros del Consejo, en una de las innumerables intrigas de poder en las que estaban inmersos continuamente los danitas. Para estos, aquel crimen había sido la gota que colmaba el vaso en su tolerancia hacia los pelopaja, y también la oportunidad de expandirse hacia el oeste y

extender su dominio por nuevas tierras y nuevas riquezas. Así que se prepararon para la guerra y avanzaron hacia occidente con un ejército numeroso.

Los pelopaja sabían de la hostilidad que sentían los danitas hacia ellos y no estaban dispuestos a dejarse masacrar. Así que, allí donde habían fundado ciudades propias, resistieron valientemente el ataque de los danitas. Los que vivían en las ciudades y pueblos de las razas de color eligieron huir a zonas seguras donde los danitas no pudieran alcanzarles, o bien trasladarse a ciudades donde la raza violeta era mayoría. De este modo, no hubo grandes bajas entre ellos. Pero este no fue el daño más grave que los danitas infligieron al pueblo violeta.

Lo más perjudicial para la raza violeta y la ejecución del plan divino de la mejora de las razas humanas fue que los danitas, impulsados sin ellos saberlo por el Príncipe del Mundo, se dirigieron a Edén, el centro cultural y espiritual del pueblo violeta, con el fin de saquear la ciudad y destruirla por completo. No querían ningún foco de civilización que pudiera hacer sombra a Aitamalad y a su hegemonía en el mundo.

Adán y Eva, dotados de sentidos sobrenaturales que les permitían conocer acontecimientos situados lejos de su residencia, supieron muy pronto de los planes danitas y, tras unos días de oración y de dolorosas deliberaciones, tomaron una difícil decisión: abandonarían Edén y se dirigirían con los hijos que todavía seguían con ellos hacia el norte, a un lugar donde los danitas no pudieran o no quisieran alcanzarles. Evitarían por todos los medios que se derramara sangre inocente. En el nuevo emplazamiento construirían un nuevo Edén, y esperarían el momento propicio para extender su influencia benéfica al resto de la humanidad.

Mientras tanto, sus descendientes tenían autorización para tomar esposas y maridos entre los miembros de las razas de color que ellos consideraran más valiosos. Esta orden se propagó entre todos los

pelopaja que vivían lejos de Edén gracias a la labor heroica de un cuerpo de mensajeros, estudiantes de las escuelas de la ciudad que no dudaron en cruzar territorio enemigo para transmitir el mandato de los Primeros Padres.

Cuando los danitas llegaron hasta las mismas puertas de Edén, comprobaron para su disgusto que la ciudad se encontraba vacía. Adán y Eva, a quienes les acompañaba parte de su progenie, les llevaban días de ventaja. Así que, en lugar de continuar con su persecución, descargaron su ira destruyendo completamente la ciudad y arrasando los hermosos jardines que la rodeaban. Una vez hecho esto, volvieron por donde habían llegado. Para ellos había sido una victoria agridulce. Es cierto que habían conseguido su objetivo, pero carecían de los hombres y los recursos necesarios para controlar el territorio de occidente que habían conquistado, así como para someter los reductos que quedaban, debido a la habilidad y al dominio de la estrategia de los pelopaja. De modo que, en cuestión de dos años, los danitas volvieron a su antiguo radio de influencia, aunque varios grupos permanecieron en algunas ciudades del oeste a modo de avanzadilla.

Adán y Eva se dirigieron hacia el norte hasta que encontraron una llanura entre montañas escarpadas en la que las condiciones climatológicas no eran tan extremas como sería de suponer, gracias a la presencia de actividad volcánica que mantenía el suelo a una temperatura lo bastante cálida como para permitir el cultivo de plantas y árboles frutales. Aquellas tierras estaban habitadas por humanos aoi, otra de las razas de color del planeta. Los autóctonos se sintieron atraídos por los Primeros Padres y por su descendencia casi de inmediato y, del mismo modo que los akai con el primer Edén, se aprestaron a ayudarles a construir el segundo jardín, que se llamó también Edén, como la primera ciudad que fundaron. En esta ocasión planearon un número menor de edificios y una mayor extensión de jardín. Habían previsto que, puesto que aquel segundo Edén era más

inaccesible que el primero, vendrían muchos menos estudiantes de otros pueblos, así que se construyeron menos escuelas. Pero eso no significaba que descuidaran el aspecto educativo de su misión en el planeta. Tan solo que las circunstancias les obligaban a llevar a cabo una educación a menor escala.

Adán y Eva se habían propuesto que el segundo Edén fuera el foco de civilización que el primer jardín no pudo ser, pero eran conscientes de que los danitas no iban a ponerles las cosas fáciles, estando como estaban influidos por el Príncipe del Mundo. Así que decidieron esperar durante unos años a que las cosas se calmaran, y continuar su labor callada de enviar a sus descendientes por todo Saph para mejorar a los pueblos del mundo… incluyendo a los confundidos y desorientados danitas. El reto era importante, pero su determinación era firme y sabían que tenían que ser pacientes: tarde o temprano lo conseguirían. El Príncipe del Mundo no iba a salirse con la suya. Además, contaban con el apoyo de los gobernantes celestes, que hasta ahora habían apoyado todas sus decisiones.

Mientras tanto la raza violeta, siguiendo el mandato de los Primeros Padres, comenzó a mezclarse con los humanos más capaces de los pueblos de color. Por lo general, mostraban una mayor predisposición a emparejarse con los akai, los aoi y los kiroi, los pueblos más avanzados con diferencia (sin contar a los danitas) Al cabo de diez generaciones de mestizaje ya se podía hablar de una raza mixta, que perdió el tono rosado o violeta de la piel (aunque siguió manteniendo un tono común pálido) y que adoptó las características raciales más marcadas de las razas con quienes se mezclaron, pero a la que se le siguió dominando pelopaja pues el color del pelo se mantuvo.

Los pelopaja eran inteligentes y curiosos por naturaleza, así que allí donde vivían se idearon numerosas mejoras en todos los ámbitos de la vida en sociedad, principalmente en la agricultura, la ganadería, la

manufactura, la familia y el ocio. Les gustaba mucho jugar, y la agresividad que habían heredado de los pueblos de color con quienes se habían mezclado les llevaba a competir. Esto hizo que tanto los deportes como las expresiones artísticas tuvieran un gran auge entre los pelopaja. Había un interés común en ser el mejor y en hacerlo mejor, que impulsaba su cultura hacia niveles que ni los pueblos de color ni los danitas habían alcanzado jamás.

Pero, debido a la enorme cantidad de tiempo transcurrido desde la destrucción del primer Edén y a la pérdida del vínculo con los Primeros Padres, los pelopaja olvidaron cuál era su propósito como pueblo. Y con ello cayeron en el mismo error que cometieron los danitas: se creyeron demasiado superiores para seguir mezclándose con otros pueblos y para mantener la paz con ellos. Así, mucho antes de que lograran elevar a todos los pueblos del mundo, se limitaron a mantener contactos únicamente con sus comunidades. Las migraciones se tornaron de pacíficas en violentas; en algunos casos llegaban a ser auténticos genocidios, en los que eran masacrados pueblos enteros que los pelopaja consideraban inferiores y que por tanto no merecían vivir. A pesar de que los Primeros Padres adoptaron como idioma la lengua única que trajeron los Cien Héroes, los pelopaja se empeñaron en añadir cambios a esa lengua que solo conocieran ellos. Con el paso del tiempo, esto dio como resultado un nuevo idioma.

En cuanto el Príncipe del Mundo percibió esa nueva tendencia en los pelopaja, no dudó en fomentarla, sembrando el desconcierto, la confusión y la desconfianza entre ellos siempre que tenía ocasión. Sin la influencia benéfica de Adán y Eva, los líderes políticos y religiosos de los pelopaja iban a ciegas. Muchos de entre los suyos llegaban a negar incluso la existencia de los Primeros Padres, afirmando que eran simplemente personajes de leyenda, como los Cien Héroes o el mismo Príncipe del Mundo. Por supuesto, este último se encargaba de que quienes lo creían tuvieran siempre mucho público que les escuchara.

Mientras tanto Adán y Eva, en su exilio voluntario en el segundo Edén, y conocedores de que sus descendientes pelopaja estaban alejándose del camino correcto, elegían periódicamente emisarios de entre sus hijos y les enviaban hacia el este con el fin de transmitir la verdad sobre su raza y mantener los valores de colaboración y fraternidad con los demás pueblos. Pero las distancias eran largas, las comunidades pelopaja estaban muy dispersas y los emisarios eran demasiado pocos. Aunque tuvieron éxito en muchos de los asentamientos que visitaron, en otros fueron rechazados y en algunos incluso llegaron a darles muerte.

Así, la civilización en el mundo avanzó un poco más durante la expansión pelopaja, pero la paz definitiva entre los pueblos parecía tan lejana como el sol que les calentaba. A pesar de todo, los Primeros Padres confiaban, esperaban y actuaban guiados por esa confianza inquebrantable en el triunfo del bien sobre el mal.

Capítulo 1

- ¡Omahé! ¿Dónde estás?

- Estoy aquí, madre Oré. Había ido al lavadero.

Oré sonrió. A pesar de que no era la madre de Omahé, le gustaba que la muchacha la llamara madre. Bien sabe el Dios Único que la quería como una hija y que la había criado como tal.

- Quería que me ayudaras a preparar una pomada para las heridas. Como dices que quieres aprender…

- Sí, madre Oré. Quiero aprender todo lo que sabes.

La mujer, ya avanzada en la madurez, sonrió complacida. Le gustaba que la chica quisiera aprender a preparar medicinas. Esa era una de las cosas por las que ella era muy apreciada en la comunidad donde vivían, y quería que ese aprecio se dirigiera también a la joven.

- ¿Has visto a Geres en el lavadero? –preguntó, mientras ponía a macerar unas plantas.

- Sí, estaba muy ilusionada con lo de su matrimonio. ¡No paraba de hablar de su prometido!

- Supongo que estarás un poco triste por perder a tu mejor amiga… -comentó Oré, mientras le lanzaba una mirada escrutadora.

Omahé se encogió de hombros, pero no dijo nada.

Oré suspiró. Sabía que, desde que habían ido a parar a aquella aldea, hacía ya cinco años, Omahé había tenido problemas para adaptarse a aquellas gentes. Geres había sido la única chica con la que la joven había hecho migas, pero Oré sabía que no habían llegado a congeniar como hacían otras jóvenes del pueblo. Omahé era diferente, y las demás lo sabían y se mantenían a distancia.

Omahé también era consciente de que no era como las demás

chicas del pueblo y de que nunca lo sería; por esa razón la mayor parte de las veces prefería la compañía de Oré que la de las muchachas de su edad. Con Oré se sentía segura; sabía que la mujer la protegía y la comprendía, sabía quién era y de dónde venía, y había sido su padre y su madre desde que se quedó sin ellos, un aciago día de invierno. Habían pasado cinco años de aquello y todavía tenía pesadillas por la noche, en las que revivía todo el miedo que sintió tras aquella traumática pérdida, cuando era una niña de diez años.

Omahé tenía ahora quince años, una edad en la que las muchachas de la aldea ya estaban prometidas o a punto de casarse. Pero ella no sentía atracción hacia ningún chico del pueblo, y ningún muchacho había manifestado ningún interés por ella. Al menos, no abiertamente. Omahé suponía que infundía cierto temor a los jóvenes de su edad, sin que ella supiera muy bien por qué.

Por lo que Omahé sabía, era de raza danita. Era una muchacha alta y esbelta de piel ligeramente tostada, pelo castaño claro de rizos suaves y ojos de un color ámbar intenso. Los rasgos de su cara eran afilados y armoniosos. Según los estándares de su raza, era una joven hermosa. Por contraste, los midori eran de baja estatura y tendían a ser rechonchos. Su piel era aceitunada y cuando se exponía al sol ofrecía un tono inequívocamente verdoso. Sus rasgos faciales tendían a la redondez y sus ojos por lo general eran oscuros y grandes, sus labios eran gruesos y su nariz ancha. La misma Oré era una representante típica de su raza.

Los padres de Omahé le dijeron en numerosas ocasiones que eran descendientes por línea directa de los Cien Héroes, aquellos semidioses que según las leyendas crearon a los danitas para que dominaran al resto de pueblos del mundo. Según sus progenitores, Omahé era de sangre cien por cien danita, a diferencia de la mayoría de su raza, que había acabado mezclándose con otras para dar lugar a pueblos de origen mixto, lo que según ellos les estaba llevando a la

decadencia de manera inexorable. Mientras peinaba su larga cabellera, su madre se complacía en decirle que estaba destinada a ser la esposa de un destacado líder del pueblo danita, con el que engendrar una estirpe fuerte y poderosa de gobernantes. Tanto se lo repitió, que en sus juegos infantiles Omahé jugaba a casarse con un joven y apuesto danita, que resultaba ser el rey de su pueblo y que la llevaba a un maravilloso palacio rodeado de jardines exóticos donde sus hijos correteaban y jugaban felices.

Pero todos aquellos planes se deshicieron como volutas de humo poco después de su décimo cumpleaños.

Oré trabajó para los padres de Omahé como sanadora de la familia. Conocía muchos tratamientos para curar enfermedades, que según afirmaba había aprendido de los Primeros Padres cuando era joven.

Omahé tenía cinco años de edad cuando sus padres la llevaron consigo hacia un nuevo y remoto asentamiento danita, del que el padre de Omahé, de nombre Endogan, iba a ser el futuro gobernador. En aquellos tiempos el pueblo danita estaba organizado en ciudades autónomas cuya influencia se extendía hacia los pueblos vecinos, formando una especie de miniestados donde la figura máxima del gobierno era el jefe local. Pero en Aitamalad, donde residía el Consejo Mayor Danita, pretendían crear una nación danita con un gobierno único, y con ese fin enviaron gobernadores a cada una de esas ciudades-estado para ejercer un mayor control sobre ellas y colocar así una autoridad superior por encima de los dirigentes locales.

Acompañaba a los padres de Omahé un pequeño séquito de expertos, pues era mucho el trabajo que tendrían que hacer. Hacía seis meses que habían partido de Aitamalad, el centro político y espiritual del pueblo danita, cuando conocieron a Oré.

Los padres de Omahé llevaban un par de días en un pueblo llamado Tolmún, situado en el llamado Camino del Norte, tomando

fuerzas para proseguir su largo viaje. Akka, la madre de Omahé, siempre había sido de salud delicada, y un día de mercado ella y Oré se encontraron por casualidad. Oré llevaba seis meses en aquella pequeña ciudad de danitas; los días de mercado abría una consulta al aire libre donde atendía a los enfermos. Los sanadores locales la toleraban porque solo ejercía los días de mercado y atendía a las personas que por sus pocos recursos no podían permitirse pagar los servicios de los sanadores del pueblo.

Siempre se formaba una cola de personas muy larga ante la humilde consulta de Oré, y eso fue precisamente lo que llamó la atención de Akka, que había visitado sin éxito a todos los sanadores de los pueblos por los que había pasado. Así que decidió probar y hacer cola pacientemente para ser atendida por Oré, pese a las protestas de su esposo.

Cuando fue su turno, Oré le hizo algunas preguntas sobre su salud y, mirándola fijamente a los ojos, le dijo que no necesitaba ningún medicamento, sino procurar tomar todos los días una infusión de una planta muy conocida en aquellas tierras. La salud de Akka mejoró tan espectacularmente desde que empezó a tomar aquellas infusiones que a los pocos días la madre de Omahé propuso a Oré contratar sus servicios como sanadora de la familia, y que fuera con ellos al nuevo asentamiento. Oré aceptó casi de inmediato, pues empezaba ya a sentir cierta hostilidad por parte de los sanadores locales, nada complacidos con su éxito en la curación de dolencias. Sin embargo, advirtió a Akka que solo les acompañaría durante un tiempo, pues era su intención regresar con su pueblo, los midori, para enseñarles todo lo que había aprendido con los Primeros Padres.

Así que, cuando Akka se encontró plenamente restablecida, reanudaron su viaje hacia el nuevo asentamiento danita, situado al noreste de aquel continente, acompañados por Oré, la sanadora midori.

Las dos mujeres llegaron a tener una gran amistad. Oré era una mujer bondadosa e inteligente que se hacía querer incluso por aquellos que al principio recelaban de ella por pertenecer a otra raza. Akka pensó acertadamente que Oré era la persona indicada para educar a su pequeña, de modo que la mujer midori, además de sanadora, ejerció también de preceptora de Omahé.

Para entonces ya se habían instalado en el nuevo asentamiento danita, que habían llamado Xylobis pues este era el nombre de una de las Cincuenta Heroínas. El padre de Omahé pasaba la mayor parte del tiempo en la Casa de Dan, la sede del gobierno, dedicado a poner orden en el caos reinante en aquella ciudad recién construida.

Endogan era un hombre afectuoso con su familia, pero firme y severo cuando se trataba de asuntos de gobierno. Los líderes y jefes danitas siempre tenían problemas cuando intentaban poner orden entre su pueblo; los danitas tenían una gran tendencia a ser indisciplinados y no eran obedientes por naturaleza. Estaban demasiado convencidos de su superioridad como para aceptar diligentemente órdenes de nadie. A muchos de ellos les gustaba decir que solo obedecían y servían a los Cien Héroes. Pero, como todos ellos habían muerto hacía muchísimo tiempo, esto significaba que no obedecían ni servían a nadie.

Así que, para conseguir el respeto y la obediencia de los suyos, los dirigentes danitas se veían obligados a hacerse respetar con mano dura. Endogan lamentaba profundamente ese defecto de su pueblo, y quería hacer todo lo posible porque eso cambiara algún día y su pueblo se diera cuenta de que tenían que cambiar si algún día querían ser grandes de verdad. Estaba convencido de que la mejor manera de conseguir ese cambio era mejorando la educación de los pequeños, para inculcarles desde muy temprano el valor de la disciplina y del trabajo en equipo. De hecho, tenía pensado reforzar las escuelas de Xylobis con ese fin, en cuanto hubiera resuelto los problemas más

acuciantes.

Desde el momento en que puso un pie en la ciudad, Endogan no tuvo ni un solo momento de respiro. El gobierno provisional de Xylobis lo recibió con frialdad; los antiguos dirigentes no desaprovechaban ninguna oportunidad de darle a entender que le consideraban un intruso que pretendía imponer sus criterios solo porque venía de Aitamalad. Necesitó muchas dosis de diplomacia y de persuasión para convencer a aquellos dirigentes de que era preciso hacer las cosas de otra manera. Casi todos los días llegaba a casa muy tarde y completamente agotado. Lo único que le confortaba durante aquellos difíciles días era su pequeña familia. Siempre que podía intentaba jugar con su hija, pues eso le hacía olvidar momentáneamente sus preocupaciones de gobierno. Pero la mayor parte de los días Omahé estaba ya profundamente dormida cuando él llegaba a casa, así que casi siempre tenía que limitarse a darle un beso de buenas noches.

Por el contrario, Omahé se adaptó estupendamente a aquella ciudad a los pocos días de llegar. Su madre había hecho buenas migas con las esposas de unos ricos comerciantes que tenían hijos de la edad de Omahé, de modo que muy pronto tuvo compañeros de juegos. Eso era algo que, como hija única, apreciaba mucho. Siempre había deseado tener más hermanos con los que poder jugar, pues sus padres estaban siempre muy ocupados con sus asuntos. El día que le preguntó a su madre por qué no tenía más hermanitos, esta sonrió tristemente y le respondió que el Dios Único no había tenido a bien darle más hijos. Así que la pequeña Omahé no volvió a hacer ningún comentario sobre el tema.

Cuando no estaba con Oré aprendiendo a leer y escribir la lengua única, Omahé buscaba a sus compañeros de juegos y juntos se iban a un bosquecillo cercano donde jugaban al escondite o a inventar historias. En verano iban a bañarse a un remanso del río que fluía muy cerca de la ciudad, y en invierno jugaban a tirarse bolas de nieve

o a deslizarse por la superficie helada del río. Xylobis estaba asentada en un paraje especialmente bello, de bosques extensos y profundos y montañas que la protegían de los vientos fríos, pero al estar situada muy al norte del continente tenía un clima más extremo que Aitamalad, de modo que los inviernos eran largos y muy fríos y los veranos, aunque calurosos, eran cortos. Pero a Omahé eso no le importaba. Cualquier estación del año era buena para divertirse y pasarlo bien con sus amigos.

Hasta que llegó el invierno de su décimo cumpleaños.

Por primera vez desde que llegó a Xylobis, Endogan pensaba que podía relajarse un poco. Los asuntos del gobierno de la ciudad iban más o menos bien; los dirigentes que habían formado parte del gobierno provisional, y a los que Endogan había mantenido en distintos cargos de responsabilidad, parecían haberle aceptado y hacía tiempo que no cuestionaban todas y cada una de sus ideas de mejora. Así que, para celebrar los cuatro años de su llegada a Xylobis y el buen funcionamiento del gobierno, se le ocurrió que podría organizar un banquete en la Casa de Dan, al que estarían invitados sus cargos de confianza y las personas más influyentes de Xylobis. De este modo, pensó, podría reforzar el sentido de comunidad con el fin de que todos trabajaran unidos para la prosperidad de la ciudad.

En cuanto propuso la idea a su equipo de gobierno, todos se mostraron entusiasmados y estuvieron más que dispuestos a ayudarle con los preparativos. Akka y sus amigas propusieron el menú y se encargaron de hacer las compras necesarias en el mercado. Iba a ser un banquete magnífico.

A la celebración asistieron unas cien personas. Los invitados iban acompañados de sus esposas; todos iban vestidos con sus mejores galas. Se había previsto que una pequeña orquesta tocara durante todo el banquete y después, en el baile posterior.

Omahé también hubiera querido estar en el banquete, no tanto

por la comida como por el baile que le seguiría. Le encantaba bailar y en Xylobis no tenía muchas oportunidades de bailar con música. Pero sus padres fueron tajantes al respecto. Aquella era una fiesta para personas mayores, no había sitio para niños. Así que, cuando se acercó la hora del banquete, la dejaron al cuidado de Oré y fueron a su habitación para darle un beso y arroparla.

Esa fue la última vez que vio a sus padres. A pesar de que habían pasado cinco años, todavía tenía fresco aquel recuerdo, el de sus padres dándole las buenas noches con una sonrisa desde el quicio de la puerta. Dos padres jóvenes, guapos y elegantemente vestidos que la querían.

Nada más llegar al salón del banquete, Akka intuyó que había algo que no iba bien. Aparentemente todo era normal: los invitados reían y charlaban animadamente, pero se palpaba algo en el ambiente. Había cierta tensión, la diversión parecía forzada. Pero su esposo parecía tan contento y relajado después de aquellos años tan difíciles que no quiso comentarle sus sensaciones. Así que se sentaron en los lugares de honor, comieron, bebieron y charlaron con la música de la orquesta como fondo perfecto para la velada.

Akka buscó con la mirada a sus amigas, las esposas de los comerciantes, y al no encontrarlas preguntó por ellas a uno de los ayudantes de su esposo, justamente el encargado de la lista de invitados. Sabía positivamente que tanto ellas como sus maridos estaban invitados a la fiesta. Ella misma se había asegurado de que estuvieran en la lista.

- Todos ellos han excusado su asistencia, mi señora - le respondió el ayudante con una sonrisa cortés - Han tenido que emprender un viaje imprevisto.

- ¿Un viaje? - se extrañó Akka - Qué raro, esta mañana he hablado con ellas y no me han dicho nada.

- Así son los imprevistos, mi señora - respondió el hombre, y acto

seguido se dio la vuelta para charlar con el comensal que tenía a su lado, dando así por acabada la conversación.

Esto no hizo más que aumentar la desazón de Akka. Sin sus amigas, aquella no era más que una reunión de extraños. Además, ¿por qué no habían venido? Si era cierto lo del viaje, ¿por qué no habían ido a su casa a despedirse de ella? Se dirigió a su marido para comunicarle sus preocupaciones, pero este estaba charlando alegremente con Kuro, su segundo en el gobierno. Por lo que pudo ver, su marido había bebido más de la cuenta y se reía tontamente con cada uno de los comentarios que Kuro le hacía.

Akka percibía el peligro por alguna parte. Algo en su interior le decía que debía marcharse de allí cuanto antes, pero no sabía cómo hacerlo llevándose a su marido consigo. Ocupaban los puestos de honor, eran los anfitriones del banquete. No podían marcharse de la fiesta sin más.

En esos pensamientos estaba cuando llegó la hora del postre. A una señal de Kuro, la orquesta se puso a tocar una canción enérgica y alegre, que los invitados corearon dando palmadas para seguir el ritmo. En ese momento salieron de las cocinas unos sirvientes cargados con unos enormes pasteles de fruta y nata. Todos los invitados aplaudieron con entusiasmo la llegada de aquel postre tan apetitoso.

Como el protocolo exigía, las enormes tartas de fruta fueron puestas ante los anfitriones, para que dieran su visto bueno al manjar. Endogan asintió con la cabeza, complacido, mientras los invitados que le rodeaban se levantaron y se colocaron junto a él, sonrientes.

Cuando Akka comprendió lo que sucedía, ya no había escapatoria.

Justo en ese momento, los que se hallaban de pie sacaron unas espadas que tenían camufladas en sus túnicas y atravesaron con

saña a Endogan. Una de ellas, la que le alcanzó al corazón, hizo que muriera en el acto. Su última mirada fue para Akka, que pudo ver en sus ojos el dolor de la traición.

Akka gritó y, cuando iba a abalanzarse sobre su marido, notó también cómo unas hojas frías y afiladas se clavaban en su carne. Mientras agonizaba, y con la mirada fija en su esposo muerto, solo podía pensar en una cosa: Omahé.

El banquete había sido una farsa, no era más que la excusa para perpetrar un asesinato fríamente planeado. Los anteriores gobernantes de Xylobis jamás aceptaron que su marido viniera de Aitamalad para gobernarles, y tan solo estaban esperando el momento en que Endogan bajara la guardia para eliminarle y volver a ocupar el poder. Los fieles a Endogan, incluyendo a las amigas de Akka y sus esposos, corrieron la misma suerte aquella noche sangrienta. El resto no dudó en seguir con la fiesta, una vez los cadáveres fueron retirados. Ni siquiera se tomaron la molestia de limpiar la sangre.

Mientras tanto, en la residencia de Endogan y Akka, Oré intentaba leer un viejo tratado de medicina sin poder concentrarse en la lectura. Se encontraba nerviosa, tenía la sensación de que algo iba mal. Sabía que su intuición no le había fallado nunca, así que estaba convencida de que había algún peligro acechándola.

Cuando no pudo más se levantó y salió a la puerta de la calle, donde podían escucharse los sonidos lejanos de la música del banquete y de carcajadas amortiguadas por la distancia. Esos eran los únicos sonidos de una noche por lo demás silenciosa. Suspiró y se arrebujó en su capa de lana, mientras miraba a las estrellas que titilaban en un cielo sin luna ni nubes, como buscando respuesta en las alturas.

La respuesta llegó al cabo de unos minutos, cuando vio llegar a dos de las sirvientas de la casa corriendo, asustadas. Al verla se abalanzaron sobre ella, sollozando. Estaban tan alteradas que apenas

decían algo coherente, pero sí acertaron a decir “muertos”, y eso fue suficiente para Oré.

Inmediatamente supo que la pequeña estaba en peligro, así que sin pensarlo dos veces ordenó a las sirvientas que le prepararan uno de los caballos de Endogan. Las mujeres obedecieron entre sollozos entrecortados. Mientras tanto, ella preparó en un petate lo más básico, tomó todo el dinero que había en la casa, que Endogan guardaba a buen recaudo en un hueco de su alcoba, despertó a la pequeña y le dijo que debían marcharse a toda prisa. Omahé, medio dormida todavía, apenas protestó. Todavía entonces, al recordar todo aquello, se preguntaba por qué no había preguntado por sus padres en aquel momento. Es como si de alguna manera lo hubiera sospechado.

Aún podía recordar el frío de la noche metiéndosele en los huesos, a pesar de toda la ropa de abrigo que Oré le había puesto. Afortunadamente, nadie fue tras ellas. Debieron pensar que una mujer midori y una niña de diez años no supondrían ningún peligro. ¿Qué iban a hacer? ¿Ir a Aitamalad para acusarles del asesinato de Endogan y Akka? ¿A quién iban a creer? ¿A un danita o a una midori?

Pero Oré no tenía ninguna intención de ir a Aitamalad por dos razones. En primer lugar, porque la antigua ciudad danita estaba demasiado lejos y había demasiados peligros en ese viaje para una mujer midori que viajaba con una niña. Y, en segundo lugar, porque decidió que era el momento de hacer lo que tenía pensado desde hacía tiempo: ir donde su pueblo y asentarse entre ellos con la pequeña Omahé. Allí estaría protegida de las intrigas danitas. Los danitas en general despreciaban a los midori y no tenían ningún interés especial en someterlos.

Quizá más adelante, cuando los danitas consiguieran vivir en paz entre ellos, Oré llevaría a Omahé con los de su raza. Pero en ese momento la niña debía ser protegida, y Oré era lo único que le

quedaba a la pequeña. Por nada del mundo la abandonaría.

Capítulo 2

Oré llevaba días intranquila.

“Tengo la sensación de que este ha dejado de ser un lugar seguro”, se decía, preocupada. “Pero, ¿a dónde podemos ir Omahé y yo?”.

Llevaban más de cinco años viviendo en Nafrún, aquella aldea habitada por gente midori. A pesar de que no eran de la aldea, tanto Oré como Omahé fueron recibidas con cariño. Justamente el sanador del pueblo había fallecido recientemente, así que Oré tuvo asegurado inmediatamente un trabajo con el que podían mantenerse las dos. Sus convecinos la ayudaron a arreglar una pequeña casita semiderruida situada en las afueras del pueblo, de modo que muy pronto aquella vivienda se convirtió en su hogar. Oré adquirió tanto prestigio como sanadora que hasta el alcalde del pueblo iba a su casa a menudo para pedirle consejo en los casos de litigios por la tierra o por los pastos para los animales.

Fiel a la promesa que hizo a los Primeros Padres, Oré trabajó con el alcalde del pueblo para crear una escuela de adultos, donde enseñaba a sus vecinos prácticas de higiene, de cocción y conservación de los alimentos, así como métodos eficaces de riego. La inmensa mayoría de los habitantes del pueblo se dedicaban a la agricultura, pero también había un pequeño grupo de ganaderos y artesanos. La aldea no rendía cuentas a nadie más que a sus vecinos; estaban lejos del radio de influencia del pueblo danita, que no tenía especial interés en las tierras que ocupaban. En cuanto a los pelopaja… sus asentamientos quedaban todavía lejos, así que tampoco resultaban una amenaza. Al menos, eso era lo que creían los

midori.

El gobierno de la aldea se limitaba al alcalde del pueblo y a un representante de cada profesión, que se elegía periódicamente de entre sus pares. Eran como una gran familia donde todos se conocían, de modo que no les costaba ayudarse mutuamente cuando surgía algún problema. Normalmente no había grandes problemas entre ellos; eran gente pacífica. Cuando dos personas tenían un litigio, se citaban en la plaza del mercado y se retaban a insultos mientras daban garrotazos al suelo. Una vez se habían desahogado, se abrazaban y se iban juntos a beber a la cantina.

Oré se esforzaba mucho en ayudar a sus convecinos a mejorar sus condiciones de vida. Por eso se desesperaba con la tendencia a la pereza y la indolencia de los habitantes de la aldea. En general carecían de afán de superación; si algo funcionaba más o menos bien, ¿para qué cambiarlo?

Luego estaba el problema de la defensa de la aldea. Oré había intentado cientos de veces que mantuvieran una mínima estructura de defensa en caso de que la aldea fuera atacada. El mundo no era un lugar pacífico, había otros pueblos con afán de conquista que algún día podían poner sus ojos en aquella aldea. Pero los midori hacían oídos sordos a sus advertencias. Cuando Oré insistía ante el alcalde, este replicaba que hasta ahora ningún otro pueblo se había acercado por allí, que ellos no representaban un peligro para nadie y que tampoco tenían riquezas que otros pudieran codiciar. Así que, ¿por qué iban a preocuparse por defenderse?

Oré se exasperaba ante la indolencia de los habitantes de la aldea, pero apretaba los labios y no decía nada. Aunque, cuando estaba en casa a solas con Omahé, la muchacha a menudo la escuchaba mascullar mientras hacía las tareas de la casa:

- Por el Dios Único, estoy rodeada de idiotas ... - y acto seguido pedía perdón a Dios por haber insultado a sus convecinos. Pero,

cuando tenía otra discusión con ellos, volvía a maldecir y a gruñir.

Mientras tanto, Omahé aprendía de Oré todo lo que esta podía enseñarle. Le gustaba que Oré le contara historias de cuando estuvo en Edén, allí en el lejano norte, aprendiendo de los Primeros Padres las artes de la curación. Disfrutaba cuando Oré le hablaba de los habitantes de Edén, de lo alegres que eran, de cómo vivían en paz y armonía. También le describía la ciudad y los parajes que la rodeaban, y a Omahé le parecía que le estaban describiendo el cielo, de tan increíble que le resultaba que hubiera un lugar así en el mundo.

-Y, si era un lugar tan bonito y te encontrabas tan a gusto allí, ¿por qué te fuiste, madre Oré? -le preguntó la muchacha en una ocasión.

Oré suspiró y, mientras le acariciaba el cabello, respondió:

- Porque tenía una responsabilidad ante mi pueblo. Tenía la obligación moral de transmitirles todo lo que había aprendido, para que algún día ellos vivieran mejor. Quedarme en Edén habría sido egoísta por mi parte. Se me había dado la oportunidad única de aprender con los Primeros Padres, pero con la condición de regresar para compartir ese conocimiento con los míos.

- A mí me gustaría ir, madre Oré. Cuando tu pueblo haya aprendido, ¿me llevarás a Edén?

Oré sonrió y, tomándola de las manos, le dijo:

- De acuerdo, mi niña. Aunque no sé para cuándo será eso. ¡Estos midori están resultando ser duros de mollera!

Omahé creció así sin ningún apego al pasado y centró su atención en el momento presente. No sabía lo que el futuro le iba a deparar, pero la perspectiva de pasar en aquella aldea lo que le quedaba de vida le encogía el corazón. Aquel no era su sitio y no lo sería jamás. A veces se preguntaba qué sería de ella cuando Oré muriera. De momento la mujer no era lo bastante mayor como para

morir, pero ¿qué haría Omahé cuando Oré se marchara para reunirse con sus antepasados? ¿Abandonaría Nafrún? Sí, pero ¿a dónde iría? Ella era de la raza danita, pero ¿a quién conocía de entre los danitas? No sabía de ningún familiar. De Aitamalad, la ciudad donde nació y pasó sus primeros años de vida, apenas tenía recuerdos, y los pocos que tenía no eran precisamente buenos. ¡Ni siquiera podía jugar fuera de casa! Cuando se desplazaba con sus padres dentro de la ciudad siempre era corriendo y con el temor a ser asaltados en las calles. En cuanto a Xylobis, no quería volver por nada en el mundo. Por lo general, evitaba recordar los buenos momentos que pasó allí, porque eso llevaba irremediablemente al recuerdo de aquella noche en que sus padres fueron asesinados en una fiesta macabra. Probablemente sus amigos de entonces habrían corrido la misma suerte que sus padres.

El corazón le decía que ninguno de aquellos dos lugares era bueno para ella. Así que llegó a la conclusión de que, de momento, su sitio estaba con Oré. Cuando su madre adoptiva faltara, cualquier lugar del planeta sería bueno para ella. Pero de vez en cuando se imaginaba en Edén, y ese pensamiento la reconfortaba enormemente.

Un atardecer de otoño, uno de los pastores del pueblo regresó sin sus ovejas, visiblemente alterado. Sus ropas estaban hechas jirones y estaba sucio y malherido. Cuando consiguió calmarse, contó que un grupo de unos diez jinetes pelopaja le había robado sus ovejas y él, al intentar impedirlo, se había llevado una buena tunda. Cuando se cansaron de darle golpes y de mofarse de él, los pelopaja se marcharon, no sin antes decirle unas palabras que hicieron que a Oré se le helara el corazón al escucharlas:

- Los Exterminadores vendrán a visitaros muy pronto.

En su viaje de regreso, cuando abandonó Edén, Oré oyó hablar de los Exterminadores en numerosas ocasiones. Eran descendientes de los pelopaja y de la raza kiroi, y habitaban una meseta situada al

sureste de Edén. Eran muy hábiles montando a caballo y poco a poco fueron extendiendo sus dominios a través de la conquista. Creían firmemente que eran superiores al resto de las razas (incluida la raza kiroi de la que procedían), y estaban convencidos de que su misión era acabar con los pueblos que ellos consideraban inferiores (de ahí que les llamaran Exterminadores) De vez en cuando realizaban incursiones fuera de sus tierras y se dedicaban a su terrible tarea de "limpieza". Una vez el territorio estaba "limpio", procedían a ocuparlo. Pero no siempre salían triunfadores de esta empresa y a menudo, si les oponían resistencia, preferían dar media vuelta y marcharse a otra parte. Juzgaban la valía de un pueblo por su capacidad para defenderse y, aunque se consideraran por encima del resto, consideraban que si un pueblo podía defenderse a sí mismo merecía vivir y les dejaban en paz.

Una vez hubo curado las heridas del pobre pastor, Oré fue inmediatamente a hablar con el alcalde.

- Tenemos que hacer algo para defender el pueblo, y tenemos que hacerlo ya - le dijo Oré con vehemencia - Si es cierto que los Exterminadores están por aquí cerca, no nos van a dar mucho tiempo para prepararnos.

- Mujer, no creo que sea necesario preocuparse. Las tierras de los Exterminadores están muy lejos de aquí. ¿Por qué iban a venir tan al sur a molestarnos?

- ¿Por qué? Yo te diré por qué. Porque creen firmemente que están haciendo justicia cuando se dedican a hacer "limpieza". Y porque siempre salen ganando algo. Cuando atacan una aldea, también se llevan lo que consideran que tiene valor suficiente para no ser destruido.

El alcalde se la quedó mirando unos segundos, como sopesando la situación, y finalmente dijo:

- Está bien. Voy a avisar a los miembros del consejo de la aldea.

Nos reuniremos aquí en mi casa mañana al amanecer, y estudiaremos la manera de defendernos de los Exterminadores. Tú también estás convocada.

Oré dio las gracias, pero la decisión del alcalde no acabó de tranquilizarla. Como ya le había pasado otras veces a lo largo de su vida, la sensación de peligro estaba alojada en su mente y no la abandonaba. Pero en esos momentos no podía hacer otra cosa que esperar a que amaneciera. Así que regresó a su casa, donde Omahé la esperaba con la cena ya preparada.

Apenas comenzaron a cenar, la muchacha sacó a colación el incidente del pastor. La noticia había corrido como la pólvora en un pueblo donde por lo general nunca pasaba nada digno de mención.

- Sí, parece que los Exterminadores andan por aquí cerca. Y eso no me gusta. No me gusta nada... - comentó Omahé, mientras removía la comida de su plato.

Omahé se dio cuenta de que algo preocupaba a Oré. Su semblante era serio y apenas estaba probando bocado. Así que intentó animarla:

- No te preocupes, madre Oré. Probablemente pasen de largo. ¡Total, aquí nunca pasa nada!

- Ojalá pasaran de largo - suspiró Oré - Pero por si acaso hemos de estar preparados para lo peor.

La muchacha la miró fijamente y, tomándole la mano por encima de la mesa le dijo, muy seria:

- Quiero que sepas que confío en ti, madre Oré. Estoy segura de que ayudarás al pueblo a defenderse.

Oré sonrió tristemente.

- Puedes estar segura de eso - dijo - Pero hay cosas que tendríamos que haber hecho antes, y que no se hicieron porque no he podido hacerles comprender que el pueblo necesita defenderse del pillaje. No podemos construir una muralla ni refugios bajo tierra en

unas horas. El mundo está loco y hay que protegerse de la locura si no queremos que acabe con nosotros.

- Entonces habrá que prepararse para huir - dijo Omahé.

- Probablemente - suspiró Oré.

Aquella noche, después de cenar, Omahé fue a su habitación, preparó una bolsa con ropa y lo más imprescindible para un viaje y la colocó al lado de su lecho. Si había que marcharse de allí rápido, quería tenerlo todo listo.

Cuando Oré fue a su cuarto a darle las buenas noches, como hacía siempre, vio el petate y comprendió.

- Haces bien, hija mía - le dijo - Yo también haré lo mismo. Pero por lo pronto cuando amanezca debo ir a casa del alcalde. Le diré que hay que prepararse para evacuar la aldea. A una hora y media caminando tenemos unas cuevas. No sabemos lo profundas que son, pero si tenemos suerte quizá los Exterminadores no las conozcan y podamos estar allí el tiempo suficiente como para que se olviden de nosotros y busquen otra presa.

Omahé asintió, aunque no se sentía satisfecha. Por las palabras de Oré, interpretaba que todavía no abandonarían el pueblo. Se resistía a decirle a su madre adoptiva que no quería seguir allí, pues comprendía que ese era el pueblo de Oré y que querría estar con los suyos. Pero por otro lado este incidente le había hecho darse cuenta de que no soportaba la idea de estar en esa aldea mucho más tiempo. Por eso le dijo:

- Madre Oré... ¿Y si nos fuéramos de aquí? Ya sabes, cuando haya pasado el peligro.

Oré la miró y supo al momento lo que pensaba la muchacha.

- Sí - asintió la mujer - Te prometo que, si conseguimos que los Exterminadores se vayan a otra parte, nos iremos de aquí.

Omahé se incorporó del lecho y, con los ojos brillantes por la emoción, preguntó:

- ¿Podríamos ir a Edén, madre Oré?

- ¿A Edén? - repitió Oré. Y, tras pensarlo durante unos instantes, respondió - Quizá no sea mala idea. Creo que aquí ya he enseñado lo suficiente, y mientras vamos de camino puedo ir ejerciendo mis habilidades como sanadora en otros pueblos. Además, por lo que sé, eres la primera danita que muestra interés en ir a Edén. Seguro que serás muy bien recibida.

La muchacha se abrazó a Oré y exclamó, llena de alegría:

- ¡Muchas gracias, madre Oré! - y le dio un beso en la mejilla.

La mujer se separó un momento de la muchacha para contemplarla.

- Estás hecha toda una mujer... Debemos llevarte a un lugar donde salga todo tu potencial, y estoy segura de que Edén es ese lugar. Los tuyos todavía están demasiado confundidos y ocupados en hacerse la guerra entre ellos. ¡Quién sabe! Quizá seas tú la que traiga la paz entre los danitas. ¡Pero de momento hay que descansar! ¡Mañana nos espera un día muy largo!

Oré le dio otro beso en la mejilla y se alejó. Omahé se arrebujó entre las mantas, llena de alegría. ¡Pronto se marcharía del pueblo! ¡Iría a Edén! La perspectiva de emprender aquel viaje la excitó tanto que le costó mucho dormir.

Poco podía imaginar entonces que su deseo se haría realidad, pero no de la manera que ella esperaba.

Capítulo 3

Omahé y Oré se despertaron con el estrépito de caballos acercándose a la casa, cuando todavía no había despuntado el alba.

- Ya están aquí - dijo Oré con voz angustiada mientras se vestía a toda prisa.

- ¿Son los Exterminadores, madre Oré? - preguntó la muchacha, mientras se ponía sus ropas.

- Sí, son ellos - confirmó Oré, mientras intentaba reunir otro petate con ropa y otros enseres - Y me temo que la primera casa a la que van a llegar será la nuestra. Estamos justo en la entrada del pueblo por el camino principal. Así que más vale que salgamos corriendo.

- ¿Qué vamos a hacer, madre Oré?

- Lo único que podemos hacer: huir. Tú y yo iremos a las cuevas donde teníamos pensado evacuar a la gente de la aldea, hasta que los Exterminadores se marchen.

- Pero… ¿y los demás? - preguntó la muchacha, inquieta.

Oré suspiró y le dijo, tomándola de la mano y con el semblante triste como jamás la había visto:

- Ya es tarde para ellos. Tenemos que pensar en salvar la vida. Vamos por detrás. Saldremos por el patio, no podemos arriesgarnos a salir por la entrada principal porque da al camino. Podrían vernos.

Aquella situación le recordaba demasiado a aquella vez que huyeron de Xylobis, así que Omahé procuró no pensar. Seguiría a Oré y buscarían otro lugar donde los odios raciales las dejaran en paz. Parecía que, estuviera donde estuviera, su destino era estar de paso, de camino a otro lugar donde tendría que empezar de cero.

Omahé siempre recordaría lo que ocurrió a continuación como si hubiera sido una pesadilla en la que todo transcurría muy, muy despacio.

Oré justo había traspasado el umbral de la puerta que daba al patio, cuando algo se abalanzó sobre ella. Un jinete pelopaja agarró a Oré y le rebanó el cuello con un tajo preciso, mientras decía en el dialecto pelopaja de la lengua única:

- A dónde te crees que vas, escoria.

Omahé, todavía amparada por la oscuridad de la casa, ahogó el grito que pugnaba por salir de su garganta y buscó un escondite donde no la encontraran. Lo encontró en la trastienda, donde Oré guardaba sus preparados y lociones, entre un montón de haces de hierba apilados en una esquina. Se quedó allí, inmóvil, reprimiendo las ganas de salir corriendo, de gritar, de llorar. Venía a su memoria la imagen de Oré cayendo lentamente al suelo, con la sangre saliéndole a borbotones del cuello.

Durante todo el tiempo que estuvo escondida, Oré no dejó de escuchar los gritos de los habitantes de la aldea, de aquellos hombres, mujeres, niños, ancianos… de aquellos con los que había convivido. Pensó fugazmente en su amiga Geres, que estaba tan feliz con su compromiso matrimonial. En el alcalde, un poco simplón pero afable y buena persona. En tantos y tantos otros que con toda seguridad pasarían por la espada de los Exterminadores.

Todavía escuchaba los gritos y lamentos en su cabeza cuando se dio cuenta de que afuera reinaba el silencio. Los caballos y sus jinetes parecían haberse esfumado.

Durante unos minutos que le parecieron eternos, Omahé dudó. ¿Se habían marchado de verdad? ¿Era el momento de salir del escondite y alejarse de la aldea todo lo que sus piernas le permitieran? Por la luz que entraba por la pequeña ventana de la trastienda, el sol ya estaba bastante alto. Tendría que darse prisa si no quería que la

noche se le echara encima antes de llegar a las cuevas. Así que salió lentamente de su escondite y avanzó lentamente hacia el patio trasero. Allí en el patio, en medio de un charco de sangre, estaba el cuerpo sin vida de Oré.

Y Omahé se vino abajo.

En esos momentos sintió que no podía contener más toda la tensión que había ido acumulando en esas horas trágicas, cayó de rodillas y lloró por su madre adoptiva, por su amiga, por su maestra, por el único vínculo afectivo que tenía en el mundo. Nunca más volvería a estar con Oré. Sus padres hacía años que habían muerto. Estaba sola.

Muy pronto se dio cuenta de que quedarse a llorar por Oré había sido un gran error. Escuchó ruido de pisadas y levantó la cabeza. A unos metros de ella se encontraba un jinete pelopaja, con sus ropas manchadas de sangre. Llevaba el cabello rubio despeinado y recogido en una coleta descuidada. Sus ojos eran azul oscuro y ligeramente rasgados, y su boca estaba torcida en una sonrisa desdeñosa.

- Vaya, qué tenemos por aquí - dijo, mientras se acercaba lentamente a donde estaba Omahé. Esta le sostuvo la mirada, mientras pensaba rápidamente en la manera de esquivarle y salir corriendo. Pero el pelopaja tenía las salidas cubiertas, y lo sabía. Por eso no se daba prisa por acercarse.

- La vieja midori tenía un tesoro escondido, por lo que parece - siguió diciendo el pelopaja, con su fuerte acento. Omahé hablaba la lengua midori con sus convecinos de la aldea pero con Oré siempre hablaba en la lengua única, y le costaba entender a aquel pelopaja.

Omahé permaneció en silencio, sin perder de vista al guerrero pelopaja.

- Tú no eres como ellos - siguió diciendo el pelopaja - ¿De dónde vienes?

La muchacha no pudo evitar esbozar una sonrisa amarga. ¿De

dónde venía? ¿De Aitamalad? ¿De Xylobis?

- De ninguna parte - contestó finalmente.

El pelopaja ahora estaba más cerca, y la miraba de una manera que a Omahé le producía escalofríos.

- Pareces danita - espetó - Aunque no es que me importe demasiado. Para lo que te emplearía, lo mismo me da lo que seas o de dónde vienes.

La joven empezó a sentir de nuevo que el pánico le subía por la garganta. No quería acabar violada o, aún peor, como la esclava sexual de un pelopaja. Y mucho se temía que iba a pasar una cosa, la otra o las dos. Así que, sin pensárselo dos veces, agarró una piedra que tenía junto a su pie derecho y la lanzó contra el pelopaja con tan buen tino que le dio en la frente. La muchacha pretendía salir por la puerta trasera del patio, que daba al campo, y correr todo lo que sus piernas le permitieran. Pero el pelopaja, que se había recobrado rápidamente del golpe, se abalanzó hacia ella como una tromba y la hizo caer al suelo entre imprecaciones.

- Eres una pequeña zorra, y te voy a dar tu merecido - masculló con rabia, mientras se sentaba a horcajadas sobre ella y la inmovilizaba con sus brazos, demasiado fuertes para que Omahé se opusiera.

Justo en ese momento, cuando la joven pensaba que todo estaba perdido, el filo de una espada apareció muy cerca de la mejilla izquierda del pelopaja, y se escuchó decir:

- Tócale un solo pelo de la ropa y te rebano el cuello.

El jinete, sobresaltado, se quedó inmóvil, con los ojos filos en la hoja de la espada.

- Ahora te vas a levantar muy despacio - dijo la voz - Será mejor para ti que no hagas ningún gesto raro. Como intentes coger la espada te dejo sin mano.

El pelopaja obedeció, y Omahé pudo zafarse de él. Aunque no

acababa de estar tranquila. Por el acento y la voz, la joven supo que quien había intervenido era otro joven pelopaja. Y cuando pudo incorporarse sus temores se confirmaron.

Ante ellos estaba un pelopaja, sí, pero ligeramente distinto al jinete que había pretendido abusar de ella. Era de elevada estatura y complexión atlética, pelo rubio tan claro que casi parecía blanco recogido en una coleta muy larga, y ojos ligeramente rasgados de un azul claro como Omahé no había visto jamás. Su piel estaba bronceada por el sol, y aún así la tonalidad de su piel era ligeramente rosada. Tenía también una enorme cicatriz en la cara, que iba desde el extremo del ojo derecho hasta casi la comisura de los labios. Ese tajo en el rostro afeaba ligeramente unas facciones casi perfectas.

El nuevo pelopaja no parecía mirar a la muchacha, y centraba toda su atención en el jinete. Omahé asistía como convidada de piedra al particular duelo entre los dos jóvenes, sin saber muy bien si la aparición del nuevo pelopaja había supuesto su salvación o solo había pospuesto su condena.

Cuando el jinete se puso finalmente de pie, los dos quedaron frente a frente, aunque el nuevo pelopaja le superaba en estatura casi una cabeza entera.

- Buen chico - dijo el nuevo pelopaja, que en ningún momento dejó de apuntarle con su espada - Ahora, quiero que te largues con los tuyos. Bastante daño habéis hecho ya por aquí.

- ¿Qué me vaya? ¿Y dejar aquí este tesoro? - espetó el jinete, señalando a Omahé con la barbilla.

- Precisamente - respondió el nuevo - Veo que lo has entendido.

- ¿Qué pasa, que la quieres para ti? - dijo el jinete con desprecio.

Justo en ese momento, el nuevo lanzó una mirada fugaz a Omahé, y la muchacha no pudo evitar que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo, pues la mirada parecía totalmente fría y vacía de expresión.

- Sí, es posible - respondió el nuevo tranquilamente - Hace ya mucho tiempo que no duermo con ninguna mujer, y nunca he probado a una danita.

Omahé pensó que ahora sí estaba condenada.

- ¿Y si me opongo? - insistió el jinete.

- Oh, no querrás oponerte - replicó el nuevo con una sonrisa irónica - Los tuyos hace ya tiempo que han abandonado la aldea. Y créeme, soy mejor luchador que tú. Mi coleta lo demuestra.

Oré le había dicho a la joven en alguna ocasión que los pelopaja mostraban su valía en la lucha con la longitud de su coleta. Cuando eran derrotados en una lucha, se la cortaban de un tajo. Y aquel nuevo pelopaja tenía una coleta muy larga.

Aquello acabó de convencer al jinete, que finalmente consideró que no merecía la pena perder su coleta por la joven.

- Está bien, me marcho. Tampoco es que la pequeña zorra merezca tanto la pena.

Entonces, el nuevo se apartó y le dejó marchar. El jinete se fue dando largas zancadas y sin volver la vista atrás.

Así que Omahé y el nuevo pelopaja se quedaron solos en el patio. El joven suspiró profundamente, como si se hubiera quitado un peso de encima. La muchacha seguía muda y le miraba, sopesando su situación. En aquellos momentos le pareció que no había mejorado mucho respecto a cuando estaba tumbada en el suelo con un jinete pelopaja sentado a horcajadas sobre ella.

- Lo menos que podrías decir es gracias - le espetó él, enfundando su espada.

- ¿Gracias? - exclamó Omahé, indignada - ¿Por qué tengo que darte las gracias? ¿Acaso me has salvado la vida?

- Eso creo - repuso el joven tranquilamente - ¿Crees que ese jinete te habría dejado con vida después de abusar de ti? A los Exterminadores tampoco les gustan mucho los danitas, ¿sabes?

- No es muy diferente de lo que piensas hacer tú - Omahé pensó justo en ese momento que no debería provocar al pelopaja, pero no pudo contenerse. El dolor que sentía al ver en el suelo el cuerpo sin vida de Oré hacía que le costara mucho controlar sus palabras.

El semblante del joven se puso serio y, agarrando fuertemente a Omahé del brazo, le dijo, mirándola tan intensamente y con tanta rabia contenida que la muchacha no pudo sostenerle la mirada:

- Pues te equivocas. No soy como ellos. Jamás exterminaría a un pueblo entero como hacen los Exterminadores. Jamás tomaría a una mujer que no me diera su consentimiento. Así que te agradecería que no me metieras en el mismo saco.

El joven la soltó, ofendido. Omahé se desinfló con aquellas palabras, y ya solo sintió el dolor por la pérdida de su madre adoptiva.

- Entonces… ¿por qué le has dicho al jinete que me querías para ti? - preguntó, sin comprender.

- Porque era lo único que ese tipo podía comprender - respondió el joven - Era más fácil que te dejara en paz si le decía que quería apoderarme de su botín de guerra. Si le hubiera dicho la verdad, que solo quería salvarte la vida, no lo habría entendido y habría insistido en poseerte.

Omahé asintió con la cabeza. Ahora comprendía. Aquel pelopaja le había salvado la vida. Pero, aunque su situación había mejorado temporalmente, el futuro seguía presentándose sombrío para ella.

El pelopaja pareció adivinar el tono de sus pensamientos. Miró el cadáver de Oré en el suelo y, señalándolo con la cabeza, preguntó a la muchacha:

- ¿Quién era esa mujer para ti?

- Mi madre - respondió Omahé, con un nudo en la garganta - Se llamaba Oré. Cuidó de mí cuando mis padres murieron.

El joven asintió.

- Lo siento - dijo, y había compasión en su mirada - Ojalá

hubiera podido detener esta locura. Pero cuando llegué ya era tarde.

- Tampoco podrías haber hecho gran cosa. Por muy buen guerrero que seas, ellos eran más.

- ¿Y qué vas a hacer ahora? - preguntó el pelopaja, preocupado - ¿Tienes familiares? ¿Algún sitio al que ir?

Omahé negó con la cabeza.

- Solo tenía a Oré - respondió, con el dolor oprimiéndole el pecho.

La muchacha vio que el joven se debatía internamente, como queriendo buscar una solución a su situación. Pero ella no veía ninguna, y su mente solo albergaba pensamientos lúgubres.

Entonces, el pelopaja le dijo, con el semblante muy serio:

- Ven conmigo.

La joven, inmersa en sus pensamientos, pareció despertar de repente.

- ¿Contigo? Soy una danita, ¿recuerdas? - exclamó, asombrada.

- Para mí eres una muchacha sola que no tiene donde ir, y no me quedaría tranquilo si te abandonara a tu suerte - replicó él con semblante grave.

- ¿No te importa que sea danita? - insistió ella.

El joven negó con la cabeza. Omahé consideró el ofrecimiento como un golpe de buena suerte el día en que creía haberlo perdido todo.

- Los danitas no somos muy bien recibidos en las ciudades pelopaja - señaló la muchacha.

- Lo sé - asintió el joven - Pero estoy seguro de que adonde me dirijo serás bien recibida.

La joven le interrogó con la mirada, sin comprender.

- ¿Has oído hablar de Edén? - preguntó el pelopaja.

Omahé se quedó boquiabierta. No podía creer que, ahora que se había quedado sola y nada la ataba a ningún sitio, alguien le propusiera ir a Edén. Quiso decirle al pelopaja que llevaba mucho

tiempo pensando en ir allí, que no quería seguir en aquella aldea por más tiempo, pero la tensión de aquel día había sido mucha y en aquel momento le abandonaron las fuerzas hasta para hablar.

- ¡Sí! ¡Llévame contigo, por favor! - exclamó, finalmente.

- Muy bien - dijo el joven - Entonces no perdamos más tiempo. Recoge tus cosas. Pronto anochecerá y quiero estar lejos de aquí para entonces.

- Lo tengo todo listo, así que podemos irnos cuando quieras - y la muchacha entró en la casa para buscar el petate que había preparado la noche anterior.

Como fuera que el pelopaja parecía sorprendido, ella añadió:

- Oré temía que los Exterminadores llegarían en cualquier momento y las dos estábamos preparadas para marcharnos.

"Lástima que para ella fuera demasiado tarde", pensó con amargura.

Omahé fue a buscar su bolsa y regresó al patio, donde el joven pelopaja parecía estar enfrascado en otro debate interior y no hacía ademán de marcharse.

- ¿Qué pasa? - inquirió la muchacha.

El pelopaja pareció decidirse en ese momento.

- No nos iremos sin enterrar antes a tu madre – respondió con determinación.

Omahé miró de nuevo el cuerpo sin vida de Oré. Entre los midori no era costumbre enterrar a los muertos; cuando alguien fallecía, trasladaban el cuerpo a lo más denso del bosque y allí lo ofrecían a los dioses de la naturaleza para que se alimentaran de ese cuerpo y crearan nueva vida con la carne muerta. Pero los danitas sí tenían esa costumbre, así que eso era algo que tenían en común con los pelopaja.

- Está bien - dijo la muchacha, mientras dejaba el petate en el suelo del patio - Entonces, enterrémosla justo fuera de la casa, en aquel pequeño claro de allí. Creo que todavía tenemos una pala de

cuando nuestros vecinos nos ayudaron a reparar la casa.

No encontró una, sino dos palas, así que entre los dos cavaron un agujero lo suficientemente grande como para que cupiera el cuerpo de Oré, y lo bastante hondo para que no quedara al descubierto con las primeras lluvias. En cuanto introdujeron el cuerpo en el hoyo y lo cubrieron de tierra, Omahé se asombró cuando el pelopaja puso en el centro tres piedras grandes, dispuestas en triángulo, y se quedó frente a la tumba con los ojos cerrados y en actitud respetuosa.

La muchacha le imitó, centró sus pensamientos en Oré y deseó con todas sus fuerzas que siguiera viviendo en alguna otra parte, donde la muerte, el dolor y el miedo ya no pudieran afectarla.

Al cabo de unos minutos, el pelopaja volvió a hablar:

- Ya está. Marchémonos de aquí.

La muchacha le siguió casi corriendo. Las piernas del pelopaja eran muy largas y sus zancadas también.

- Dejé mi caballo en el bosque, cerca de tu casa - añadió el joven - No creo que podamos montar los dos en él mucho tiempo, pero nos hará avanzar más que si no lo tuviéramos.

La muchacha asintió. La última vez que había montado a caballo fue cuando ella y Oré huyeron de Xylobis. Una vez más, los malos recuerdos regresaron a su mente, pero intentó apartarlos. Su atención estaba centrada ahora en la nueva etapa que comenzaba en su vida.

- Por cierto, ya que vamos a viajar juntos durante un tiempo, me gustaría poder llamarte por tu nombre - observó el joven.

- Me llamo Omahé - dijo la muchacha - ¿Y tú?

- Boku – respondió él.

Y, sin decir nada más, llegaron hasta donde estaba el caballo, montaron y se alejaron de la aldea devastada sin mirar atrás.

Capítulo 4

Cuando llegó a la aldea midori, Boku llevaba dos años viajando solo. Desde que Kare, su maestro, murió en un trágico incidente, la soledad pasó a ser su compañera de viaje. Los bosques tenían caza en abundancia, así que no tenía problemas en abastecerse por el camino; era un hábil cazador con las flechas. De vez en cuando necesitaba acercarse a alguna ciudad pelopaja para aprovisionarse, pero ni aún así le gustaba quedarse en ningún sitio más de lo estrictamente necesario. Lo máximo que había estado en la misma ciudad había sido dos semanas.

Hacía dos años que Boku se había propuesto ir a Edén, y no descansaría hasta llegar al hogar del pueblo violeta.

Boku era hijo de una pareja de descendientes de Adán y Eva, y por tanto de raza violeta pura. Sus padres, Anta y Sensa, nacieron en Edén, y al poco tiempo de contraer matrimonio partieron hacia el sur junto con otros treinta habitantes de la ciudad, con la misión de llevar la paz y las enseñanzas de Edén a los pueblos pelopaja. Los Primeros Padres les habían instado a avanzar todo lo que pudieran para llegar a los rincones más alejados y llevar la luz de Edén a todos los pueblos por los que pasaran, sin distinción de razas. Transcurrido un año nació su primer hijo, Boku.

Los padres de Boku prosiguieron su viaje pocos meses después del nacimiento de su bebé, pues su misión no había hecho más que empezar. Pasaron por muchas ciudades pelopaja y de otros pueblos, como los aoi, los akai y los kiroi. En algunas ciudades y aldeas tenían más éxito que en otras. Cuanto más se alejaban de Edén, más les costaba hacer entender a los lugareños que procedían de allí. Para la

mayoría de ellos, Edén era más un paraíso imaginario, una leyenda, que una ciudad real.

También visitaron pueblos poco avanzados, que incluso pretendieron adorarlos como a dioses encarnados. Cuando se daba ese caso intentaban sacarles del error y, si no lo conseguían, se marchaban rápidamente.

Anta y Sansa hicieron un trabajo extraordinario dando a conocer las enseñanzas de Edén, y muchos pueblos pelopaja y de las razas de color se beneficiaron de su misión. Durante trece años avanzaron por el continente de Saph hasta casi las mismas puertas del territorio danita. A lo largo de todo ese tiempo tuvieron cinco hijos más: tres niños y dos niñas. Boku, como hermano mayor, se preocupaba mucho por sus hermanos y procuraba que no hicieran travesuras, aunque no siempre lo conseguía. Si había un rasgo común en los pueblos violeta era su curiosidad y su afán de aventura.

En aquel grupo itinerante de habitantes de Edén viajaba Kare, otro descendiente puro de la raza violeta, ya entrado en la madurez. Los padres de Boku le habían nombrado responsable de la parte educativa de su misión y, cuando nació Boku, le nombraron su tutor. Los edenitas consideraban la educación como una parte fundamental en el desarrollo de la persona y le daban una atención preferente. Los padres eran los encargados principales de la formación de sus hijos, pero en las escuelas eran los tutores quien se encargaban de los pequeños. En su caso no disponían de una escuela propiamente dicha pero no querían prescindir de los tutores así que, en cuanto nacieron los primeros niños, se les asignaron tutores entre los treinta y dos miembros de la expedición. Los tutores se comprometían incluso a adoptar a los niños a su cargo en caso de que sus padres fallecieran. Para un edenita, ser tutor de un niño era un gran honor.

A medida que la familia de Boku se fue ampliando, Kare fue asumiendo también la tutoría de sus hermanos. Había otras parejas

que habían tenido descendencia a lo largo de los años y que también habían nombrado a otros tutores, pero los padres de Boku querían que fuera Kare quien se encargara de sus hijos. Le consideraban uno de los hombres más sabios de Edén y estaban encantados con que se hubiera ofrecido voluntario para acompañarles en su misión. Justo unos meses antes de partir de Edén, mientras los padres de Boku estaban con los preparativos de su misión, la esposa de Kare falleció en un desafortunado accidente. Habían sido padres de diez hijos que ya eran lo bastante mayores como para ser independientes, así que Kare pensó que lo mejor que podía hacer para superar el dolor por la pérdida de su esposa era embarcarse en aquella aventura y contribuir a que tuviera éxito. Y eso hizo.

Boku consideraba a Kare no solo su maestro sino también su segundo padre. Como todo niño de la raza violeta, era curioso y siempre quería saber más. Kare no solo respondía pacientemente a todas sus preguntas, sino que las aprovechaba para enseñarle cosas nuevas. También le gustaba hacerle preguntas al pequeño, para que este intentara buscar la respuesta por sí mismo. Kare le iba guiando con otras preguntas a medida que el niño le daba respuestas. Para Boku, aquello era como un juego y disfrutaba enormemente, aunque a veces se impacientaba cuando creía haber encontrado la respuesta y su maestro le planteaba otra pregunta que le hacía comprender que la respuesta no era todo lo correcta que debería ser. Pero no toda su enseñanza se basaba en aprender conocimientos sobre el mundo. También había tiempo para el entretenimiento y las actividades manuales. Boku y sus hermanos pasaban tardes enteras enfrascados en juegos que ellos mismos inventaban, y que luego imitaban otros niños de la expedición.

Boku disfrutaba con aquel estilo de vida y no le importaba viajar de un sitio para otro, sin residencia fija. Antes al contrario, disfrutaba conociendo lugares nuevos y esto le despertaba una curiosidad que

Kare apenas conseguía saciar con su erudición. Para él y sus hermanos, de algún modo el mundo entero era su hogar.

Hasta que, un día, ese mundo que veían como suyo se volvió hostil para ellos.

Era una mañana soleada de primavera en la meseta central de Saph. La expedición se dirigía a un lejano asentamiento pelopaja del que apenas llegaban noticias a Edén. Adán y Eva encargaron a los padres de Boku que se dirigieran allí, pues temían que el aislamiento hubiera causado que sus habitantes olvidaran la cultura y los orígenes del pueblo violeta. Así que incluyeron a aquella remota aldea en su misión.

Entre la última ciudad y el asentamiento perdido había como mínimo diez días de viaje y los caminos en aquel tiempo eran traicioneros, así que los miembros de la expedición siempre procuraban viajar de día y montar guardias por la noche para proteger el sueño de los que dormían. La verdad es que, en todos aquellos años, con la excepción de alguna que otra escaramuza rápidamente neutralizada, nunca habían tenido grandes problemas viajando de un pueblo a otro. De alguna manera su apariencia y su actitud imponían respeto a las gentes de los lugares por los que pasaban.

Llevaban unos siete días de viaje. Aquel día amaneció soleado y sin nubes. Los días anteriores habían sido fríos y desapacibles, pero esa mañana la naturaleza parecía haberse congraciado con ellos y tan solo soplaba una leve brisa muy agradable. En cuanto tomaron el desayuno se dispusieron a recoger el campamento y proseguir su camino. Todos sabían lo que tenían que hacer, incluso los niños.

Boku había acabado de recoger sus cosas y se dirigía a buscar a su caballo cuando de repente vio, entre los árboles, un precioso corcel blanco sin montura que parecía mirarle fijamente.

Nunca supo por qué sintió ese impulso irresistible, pero lo cierto es que, sin pensarlo dos veces, montó en su caballo y se dirigió a

galope a perseguir al corcel blanco, que inmediatamente dio la vuelta y se adentró en el bosque.

Kare, que no andaba lejos de él y que siempre procuraba no perder de vista a sus pupilos, vio que el muchacho cabalgaba como una exhalación hacia el bosque y le gritó:

- ¡Boku! ¿A dónde vas?

Como fuera que el joven ni siquiera le escuchó, su maestro no lo pensó dos veces. Montó en su caballo y salió tras él todo lo rápido que el noble animal le permitía.

Mientras tanto, Boku había perdido contacto visual con el corcel blanco, pero no por eso había dejado de buscarle. El animal le había parecido de una belleza sobrenatural; el blanco de su pelaje era tan brillante que parecía despedir brillo. Lo único que en ese momento tenía en su mente era el deseo de capturar aquel animal. No le importaba haber dejado atrás a la expedición, a sus padres, a sus hermanos, a Kare. Ese corcel tenía que ser suyo como fuera.

A veces le parecía ver algo blanco entre los árboles, pero luego se daba cuenta de que no era sino un rayo de sol que se colaba por la espesura. Estuvo un buen rato persiguiendo haces de luz hasta que se dio cuenta de algo terrible.

Estaba perdido.

Había dado tantas vueltas buscando al caballo y se había adentrado tanto en el bosque que no recordaba por dónde había venido. Pero ni aún así sintió miedo, porque su deseo de encontrar al corcel blanco era más fuerte que el pensamiento de encontrarse solo en un bosque que no conocía.

Durante un tiempo que parecía transcurrir fuera del devenir habitual, Boku estuvo vagando por el bosque, hasta que de repente se dio cuenta de cuál era su situación y de que debía volver cuanto antes junto a los demás. Intentó buscar el sol para orientarse, pero el bosque era tan denso allí que no pudo encontrarlo. La luz que llegaba

al suelo era muy tenue y apenas podía ver por dónde pisaba. Se bajó del caballo e intentó buscar sus propias huellas para desandar el camino, pero había estado cabalgando en círculos y pronto se dio cuenta de que se haría de noche antes de poder volver con los suyos.

Entonces se vio como lo que era: un mocoso de doce años perdido en un bosque extraño.

Y sintió miedo.

Se recostó en el tronco de un árbol enorme, lleno de angustia. ¿Qué iba a ser de él? Probablemente habrían salido en su busca. Pero, ¿cuánto tardarían en encontrarle? De repente le asaltó el hambre. Debía ser la hora de la comida del mediodía. O incluso más tarde. No podía saberlo.

Empezaba a dudar seriamente de que el corcel blanco fuera real. Sintió ganas de llorar, pero no quería hacerlo. Era de la raza violeta. Era el mayor de sus hermanos. Tenía que ser valiente. Entonces pensó en sus padres, en sus hermanos, en su maestro, en cuánto los echaba de menos y en lo estúpido que había sido. Suplicó al Dios Único que le ayudara y, agotado, se durmió.

No supo precisar cuánto tiempo estuvo dormido. Se despertó con los toques insistentes de Kare, su maestro.

- Boku, levántate – le dijo mientras le sacudía levemente los hombros – Tenemos que volver con los demás.

El muchacho se alegró enormemente de ver a su maestro.

- ¿Por qué te has marchado al bosque? – le reprendió el hombre mientras se montaban en los caballos - ¡Estábamos a punto de seguir nuestro camino!

Boku bajó la vista sin responder, avergonzado. Le pareció que la verdad sonaría demasiado ridícula a oídos de su maestro.

- Creí que no podría encontrarte nunca – siguió diciendo Kare, ya a lomos de su caballo, mientras Boku se esforzaba por seguirle con el suyo – Al principio podía verte, pero te perdí de vista en un recodo.

Entonces fui siguiendo las huellas de tu caballo, pero a medida que el bosque se hacía más espeso fui perdiendo tu rastro.

- ¿Y cómo me encontraste? – preguntó Boku. Le parecía increíble que hubieran dado con él en aquel lugar, donde todos los árboles se parecían y apenas se podía tomar alguna referencia para orientarse.

El hombre sonrió para sus adentros y se limitó a responder:

- Escuché tus pensamientos.

Boku se sorprendió. Sabía que entre los edenitas había personas que tenían el poder de comunicarse telepáticamente, aunque con ciertas limitaciones. Era algo que los Primeros Padres y sus hijos directos podían hacer sin dificultad, aun dentro de un radio de acción limitado. En las siguientes generaciones este don fue perdiendo radio de alcance y capacidad de control. En tiempos de Boku no era muy frecuente entre el pueblo violeta. Por eso se decía de aquellos pocos privilegiados que tenían el Don.

- Entonces… ¡Tienes el Don! - exclamó el muchacho con admiración.

Kare asintió.

- Y tú también - replicó - De lo contrario, no habría podido escucharte.

Boku se quedó perplejo.

- ¿Yo? ¡Pero si nunca he notado nada!

- A veces el Don despierta al cabo de un tiempo - contestó su tutor - Pero ya hablaremos de eso en otro momento. Tenemos que darnos prisa para volver con los demás. ¡Tus padres deben estar muy angustiados!

Con Kare, el regreso fue mucho más rápido. Pero lo que encontraron al llegar a donde había estado el campamento fue una terrible escena que Boku no podría olvidar jamás.

Todos los miembros de la expedición yacían muertos en el suelo, con heridas terribles. Habían sido asesinados a sangre fría, sin

excepción. Se habían llevado los caballos y habían quemado las tiendas.

Kare, como Boku, presenciaba aquel horror con estupor. Durante un momento se quedó inmóvil, con la mente bloqueada. Sabían que aquel camino era peligroso, pero ¿por qué ese ensañamiento? ¿Por qué no habían dejado a nadie con vida?

Cuando el muchacho reaccionó finalmente, lanzó un grito largo y desesperado y buscó a sus padres y a sus hermanos entre los cuerpos. Finalmente los encontró; Sansa, su madre, había muerto con su hermanita pequeña, que apenas tenía tres años, entre los brazos. Las dos tenían dos tajos enormes en el cuello. El resto de sus hermanos estaban también junto a su madre. Anta, su padre, estaba un poco más allá; por sus heridas, parecía haber muerto luchando… y matando, pues había tres cuerpos de extraños a su alrededor.

Con los ojos anegados por las lágrimas, Boku se dio cuenta de un detalle que a sus ojos era terrible. Los extranjeros que yacían muertos junto a su padre eran pelopaja, aunque su aspecto estaba enormemente embrutecido. Entonces, el muchacho dedujo que los que habían perpetrado aquella masacre eran los mismos a los que iban a visitar en son de paz.

Kare, su maestro, también debió haber averiguado lo mismo, porque dijo como para sí mismo:

- Este es el recibimiento que nos han dado…

Boku no pudo soportar más aquel horror y se abrazó a su maestro, llorando.

- Han muerto todos. Todos – repetía entre sollozos.

Mientras, su maestro dejaba que se desahogara en sus brazos. Él mismo estaba muy afectado. Todos los que yacían en el suelo sin vida eran sus hermanos. Llevaban tantos años viviendo juntos que eran parte de su familia.

Cuando el sol ya estaba comenzando a declinar y Boku se había

calmado un poco, el maestro se despegó suavemente de su abrazo y le dijo:

- Tenemos que alejarnos de aquí, hijo mío. Este lugar es peligroso.

Era la primera vez que Kare llamaba "hijo" a Boku. Entonces, este cayó en la cuenta de que, puesto que el maestro era también su tutor y sus padres habían fallecido, eso comportaba que Kare se había convertido en su nuevo padre.

- ¿Qué vamos a hacer ahora, maestro? - preguntó el muchacho, angustiado - ¿A dónde vamos a ir?

Kare suspiró hondamente.

- Está claro que proseguir nuestro camino hacia la aldea perdida no haría más que firmar nuestra sentencia de muerte - respondió finalmente - Debemos desandar el camino y visitar otros pueblos donde seamos bien recibidos. La misión debe continuar.

- Pero... ¿vamos a regresar a Edén? - preguntó Boku.

Su maestro se quedó pensativo durante unos instantes.

- De momento no - respondió finalmente - El cometido más elevado de un miembro del pueblo violeta no es el de permanecer en su hogar, sino salir al mundo para mejorar a los pueblos del mundo y ayudarles a que tengan una cultura más avanzada. Con ese propósito tus padres y muchos otros salieron de Edén, y nosotros haremos lo mismo.

Boku asintió. Todavía estaba lleno de dolor, pero sus lágrimas se habían secado y sintió que tenía que confiar en su maestro. Era lo único que le quedaba.

Kare hizo el ademán de regresar con los caballos, y entonces Boku le tomó del brazo para retenerle:

- ¡Espera, maestro! ¿No vamos a enterrarles?

Kare le miró con una sonrisa triste.

- No, hijo mío. Debemos marcharnos ya. No podemos quedarnos

aquí si no queremos correr la misma suerte que ellos.

- Pero nuestra costumbre es... - comenzó el muchacho, pero su tutor le interrumpió.

- Lo sé, Boku. Pero son muchos cuerpos y nosotros solo somos dos. Pronto será de noche y quiero alejarme de aquí lo antes posible, para pasar la noche en un lugar más seguro.

El muchacho se quedó quieto y cabizbajo. Boku le obligó a mirarle a los ojos y le tomó por los hombros.

- A mí me apena tanto como a ti - le dijo con tristeza - Pero no tenemos elección. Sé que el pueblo violeta entierra a sus muertos, principalmente por una cuestión de higiene. Los cuerpos que ves aquí están vacíos; no hay vida en ellos. Ya te conté alguna vez que cuando morimos nos vamos a otro lugar donde no podemos ir con este cuerpo, y todos ellos están ahora de viaje hacia ese lugar. La carne que queda aquí es para que otros seres vivos se alimenten de ella. No es más que ropa vieja.

Boku asintió, luchando para que las lágrimas no resbalaran por sus mejillas. Su maestro le abrazó de nuevo para consolarle y, cuando se apartó, dijo con una firmeza que no daba lugar a discusión:

- Vamos.

Boku obedeció. Montó en su caballo y salió al galope de allí sin volver la vista atrás.

Capítulo 5

Boku y Kare emprendieron así una nueva etapa de la misión encomendada por los Primeros Padres, que les había llevado a recorrer una buena parte de la mitad occidental del continente de Saph, dando a conocer la sabiduría de Edén a los pueblos que allí vivían.

Lo primero que hicieron fue regresar a la última aldea que la expedición había visitado, antes de ser masacrados por aquellos crueles pelopaja de la aldea remota a la que no pudieron llegar. Allí les dieron alojamiento y comida y se compadecieron de ellos por lo ocurrido.

- Apenas tenemos contacto con ellos - explicó su anfitrión, que era el alcalde de la aldea - Vienen dos o tres veces al año para intercambiar mercancías con nosotros. Nunca han sido muy amables y apenas chapurrean algo del idioma único. Pero jamás podríamos haber imaginado que iban a cometer una matanza tan terrible y a sangre fría contra gente que no les ha hecho nada. De lo contrario, os habríamos disuadido de ir allí.

- ¿Alguna vez alguien de esta aldea había ido a visitarles? - preguntó Kare.

Su interlocutor negó con la cabeza.

- No, que yo sepa - matizó - Como ya he dicho, no parecían amistosos y con los trueques que hacíamos un par de veces al año ya teníamos tratos más que suficientes con ellos.

- Está claro que no quieren visitas - intervino la mujer del anfitrión, mientras le servía un poco de guisado a Boku, que comía despacio y en silencio. Y añadió, dirigiéndose a su marido -

Deberíamos evitar todo comercio con ellos. Me repugna hacer tratos con gente que tiene las manos manchadas de sangre inocente.

- Estoy de acuerdo contigo - asintió el aludido - Además, ¿quién nos puede asegurar que no volverán a hacer algo parecido? Nosotros podríamos ser los siguientes.

A pesar de sentirse hambriento, Kare tenía que obligarse a tragar una cucharada tras otra. Todavía sentía demasiado dolor en el alma como para disfrutar con la comida.

- Comparto vuestra preocupación, y tampoco entiendo por qué han hecho lo que han hecho - dijo finalmente - Si tan solo tuviera la posibilidad de hablar con ellos y que me explicaran por qué nos atacaron... Pero temo que ni siquiera me escuchen. Y tengo que proteger a mi pupilo.

La mujer acarició la cabeza de Boku, en un gesto cariñoso. El muchacho recordó que su madre solía hacer el mismo gesto y se le hizo un nudo en la garganta.

- Será mejor que tomen otro camino - aconsejó el anfitrión - Esos brutos solo entenderían el lenguaje de las armas.

Y eso hicieron. Durante cuatro años, Boku y su maestro se dedicaron a recorrer todos aquellos asentamientos que les quedaban por visitar. En todos los pueblos que visitaban llevaban a cabo el mismo procedimiento: iban a buscar al alcalde, le comunicaban quiénes eran y de dónde venían, además del propósito que les había llevado hasta allí. Por lo general, el mismo alcalde les ofrecía casa y comida. Ellos respondían a su hospitalidad dando noticias de Edén y de los pueblos por los que pasaban.

Kare decidió que sería buena idea visitar las escuelas de los pueblos y hablar a los niños de Edén y de la historia pasada de los pueblos pelopaja. Para Boku, aquella parte de su misión era la más dolorosa, porque cada vez que veía a aquellos pequeños se acordaba de sus cinco hermanos. No había día que no recordara a su familia.

Mientras tanto, Kare atendía también la educación del propio Boku. Dada la situación en la que se encontraban, y puesto que ya no contaban con la protección de un grupo más numeroso, Kare enseñó al muchacho el manejo de la espada, el puñal, el arco y las flechas. En Edén no existían conflictos que necesitaran del uso de las armas, pero todo habitante que saliera de allí debía estar entrenado para salir al mundo y poder defenderse de un ataque violento.

A Boku le gustaba entrenar con su maestro. Era uno de los pocos momentos del día en los que se olvidaba de la tragedia que había vivido. En lo único que podía pensar mientras luchaba era en defenderse y atacar. Era un juego que, además, y para satisfacción de su maestro, se le daba muy bien.

A medida que pasaba el tiempo, Boku se iba adaptando cada vez mejor a su nueva situación. Kare era un padre excelente para él, realmente no habría podido tener un tutor más dedicado a su pupilo. Era severo cuando tenía que serlo, y comprensivo cuando el muchacho tenía algún tipo de problema. El joven edenita seguía acordándose mucho de su familia, pero poco a poco fue superando el dolor. No olvidaba lo ocurrido, pero ya no sentía esa opresión en el pecho cuando los recuerdos le asaltaban.

En cuestión de dos años, Boku pasó de tener un cuerpo de niño a rebasar incluso la altura de su maestro. A los catorce años era un joven violeta con un físico espléndido. Como viera que entre los pueblos pelopaja que visitaba era costumbre que los hombres se dejaran una coleta larga como símbolo de sus victorias en la lucha, él decidió seguir la costumbre y dejó de cortarse el pelo. En sus entrenamientos a menudo peleaba con otros jóvenes pelopaja, y él siempre les ganaba a todos en fuerza y en sagacidad. Así que se tenía merecida una larga coleta.

Este detalle y su apariencia física hacían que no pasara desapercibido allí donde iba, y que todas las muchachas de las aldeas

por las que pasaban pusieran sus ojos en él. La mayoría de ellas solo se atrevían a mirarle a escondidas, pero siempre había alguna más atrevida que le abordaba con la excusa más peregrina. A Kare eso le divertía enormemente, pero Boku se sentía muy incómodo ante esas situaciones. Prefería luchar a vérselas con una muchacha enamoriscada de él.

Como todo joven, Boku pensaba a menudo en su futuro, y compartía muchas de sus preocupaciones con su tutor.

- Maestro… ¿Qué se supone que debo hacer cuando sea adulto? - le preguntó un día, después de una sesión de entrenamiento con la espada.

- Eso lo has de decidir tú, hijo mío - respondió Kare mientras enfundaba su arma.

- Sí, pero… ¿vamos a ir de un pueblo a otro para siempre? - insistió el joven.

Kare le miró, pensativo. Se había hecho esa pregunta muchas veces.

- No - respondió finalmente - Si estuviera solo, eso es que lo haría. Seguiría con esta misión hasta que mi cuerpo no tuviera ya fuerzas. Pero mi circunstancia es distinta a la tuya. Yo ya soy viejo, he tenido una vida plena con mi esposa y mi familia. Pero tú tienes toda la vida por delante y, como hijo de edenitas, tienes una responsabilidad.

El muchacho asintió. Kare le había hablado de su responsabilidad muchas veces.

- Algún día tendré que tomar esposa y tener descendencia.

- Así es. Te estás convirtiendo en un hombre espléndido. Sería un desperdicio que no propagaras un linaje tan magnífico como el tuyo. El pueblo pelopaja necesita un líder que los aglutine y les haga recordar lo que son. Pero, por encima de todo, lo que necesitamos es que haya paz con los danitas. Porque, si los pueblos violeta y los

danitas no dejan de verse como enemigos, si no trabajamos juntos, no habrá paz en este mundo. Esto es algo que hemos de intentar que entiendan tanto ellos como nosotros.

Boku movió la cabeza dubitativamente.

- ¿En serio piensas que yo puedo ser ese líder? - preguntó.

Kare le pasó el brazo por los hombros, sonriendo.

- No es que crea que puedes. Estoy convencido de que serás ese líder. Me lo dice el corazón. Pero no quiero que te abrume la responsabilidad. Ahora eres un muchacho de catorce años que está aprendiendo sobre la vida. Dejemos que todo siga su curso natural, y preocupémonos del futuro cuando se convierta en presente.

- Maestro… ojalá estuvieras conmigo cuando llegue a ser ese líder - dijo Boku con los ojos clavados en el suelo. Le daba vergüenza confesarle a su maestro lo mucho que le necesitaba.

Kare rió a carcajadas y le dio un fuerte abrazo.

- Por supuesto - respondió - Estaré contigo hasta el día que muera. Eres mi hijo, ¿recuerdas?

Y así, con la confianza de tener a alguien que le guiara, fue pasando el tiempo. Poco a poco, Boku volvió a sonreír y a disfrutar de lo que la vida le iba deparando. Hasta que, a la edad de dieciséis años, la vida le reservó otro trago amargo.

Por aquel entonces, Kare tenía intención de atravesar una zona montañosa para llegar hasta un valle extenso y profundo donde los aoi era la raza predominante. Les constaba que habían recibido visitas constantes de edenitas, y que habían sido bien recibidos. Pensaban hacer un recorrido por el valle para ver cuál era la situación, y si había algo más que ellos pudieran hacer.

Por suerte, el invierno todavía quedaba lejos, así que el paso de las montañas no sería excesivamente penoso. No tendrían que guardarse de la nieve o el hielo, pero sí de los animales salvajes que poblaban aquellas tierras. Pero tanto Kare como Boku llevaban

muchos años en los caminos como para que el exceso de confianza o la ignorancia les hiciera presa fácil del ataque de un depredador.

Aquellos parajes eran particularmente hermosos y, a pesar de que Boku había viajado durante toda su vida y había visitado muchos lugares, le pareció que aquellos bosques eran los más bellos que había visto, y así se lo señaló a su maestro.

- Sin duda el paisaje es espectacular - observó Kare - Pero, si conocieras Edén, estoy seguro de que estos bosques no te parecerían más bonitos que la cuna del pueblo violeta.

Boku suspiró, mientras avanzaban por un sendero rodeado de árboles altos y frondosos. Entonces recordó algo.

- Ya que mencionas Edén… hay algo que me gustaría contarte.

- ¿Qué es, hijo mío?

- Anoche tuve un sueño extraño.

- ¿Por qué dices que es extraño? ¡Todos los sueños lo son! - exclamó su maestro.

- Normalmente no suelo recordar los sueños que tengo por la noche, pero este ha sido distinto a los demás, porque recuerdo todos y cada uno de los detalles.

Por un momento, Kare pareció sorprendido, pero siguió caminando e instó a Boku a que continuara.

- Soñé que estaba en un valle precioso y abierto, entre montañas muy altas cuya cima quedaba fuera de mi vista. El sol brillaba intensamente y soplaba una brisa suave que mecía la hierba y las flores que crecían por doquier. A lo lejos, más abajo desde la pendiente en la que me encontraba, había una ciudad blanca rodeada de jardines y de campos de cultivo.

“Me encontraba completamente solo, y estaba esperando a que llegara alguien, aunque no tengo muy claro por qué estaba tan seguro de que pronto tendría compañía. Me distraje durante un momento contemplando las nubes que se movían lentamente por el cielo,

cuando de repente giré la cabeza y me encontré a una mujer que me miraba sonriente. No sabría decir si era joven o no; sus rasgos eran de una belleza casi sobrenatural. Era muy alta, como dos cabezas más alta que yo. Su cabello era rubio como el nuestro. Llevaba una túnica blanca muy amplia ceñida únicamente en la cintura, y despedía una luminosidad tenue que era visible sobre todo alrededor de su cabeza. Sus ojos eran de un azul intenso y su mirada era de una dulzura que casi me hizo llorar, pues me recordó mucho a mi madre.

El semblante de Kare cambió por momentos a medida que Boku iba explicando su sueño.

- ¿Ocurre algo, maestro? - preguntó Boku, al advertir el cambio de expresión.

- Sigue, por favor - le instó su tutor, evidentemente interesado por saber más sobre el sueño.

- La verdad es que no hay mucho más - reconoció el joven - Lo único que pasó después fue que aquella mujer me llamó por mi nombre y me dijo, tendiendo los brazos: "Ven conmigo". Justo en ese momento me desperté.

Durante un momento fueron avanzando por el camino sin hablar, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que Boku finalmente preguntó:

- Maestro, la mujer de mi sueño... ¿era Eva?

Kare suspiró hondamente y respondió:

- Tal como la has descrito, no tengo ninguna duda de que era la Primera Madre.

- Y la ciudad blanca que vi a lo lejos... era Edén, ¿verdad? - insistió el muchacho.

El maestro asintió, sumido en profundas cavilaciones.

- ¿Crees que este sueño puede significar algo? - volvió a preguntar Boku.

En lugar de responderle directamente, su tutor le hizo otra

pregunta:

- ¿Recuerdas cuando te dije que tenías el Don?

- Claro, maestro - respondió Boku. Aquella revelación formaba parte de un recuerdo muy amargo, pero no por ello quería olvidarla.

- Ese sueño tuyo… creo que también forma parte del Don - dijo Kare - Es una manera que tienen los Primeros Padres de comunicarse con sus hijos, cuando la distancia les impide hacerlo telepáticamente. Como con la transmisión del pensamiento, entre los miembros del pueblo violeta esta capacidad aparece muy raramente y tiene muchas más limitaciones. De ahí que tu sueño fuera tan breve.

- Entonces, maestro, ¿qué hacemos? - preguntó el muchacho con impaciencia mal contenida - ¿Damos media vuelta y tomamos el camino a Edén?

Kare sopesó la cuestión.

- Tenemos una misión…

- ¡Pero este sueño quiere decirnos algo! – le interrumpió el joven, deteniéndose bruscamente.

- Lo sé, hijo. Pero, ya que hemos llegado hasta aquí, creo que debemos continuar nuestro camino y visitar los pueblos de este valle - razonó su maestro - En tu sueño la Madre no mencionaba ningún peligro ni nos ordenaba que no fuéramos, ¿verdad? Así que seguiremos el plan previsto.

- Me dijo que fuera con ella - insistió Boku.

- Y eso haremos… cuando hayamos terminado esta misión - replicó Kare, en un tono tajante que no daba lugar a discusión.

Así que siguieron avanzando por el bosque. Según los cálculos de Kare, todavía debía de quedar un día para abandonar las montañas, y otro día más para llegar a la primera aldea aoi del valle.

Al anochecer, y como fuera que caía una tenue llovizna, decidieron pasar la noche en una pequeña cueva que encontraron en una pared rocosa que se erguía enorme ante ellos y que se verían

obligados a rodear a la mañana siguiente. Buscaron ramas secas y encendieron la hoguera de rigor a la entrada de la cueva, para evitar que los leños se humedecieran y el fuego se acabara apagando.

Aquella noche, antes de caer dormido, Boku deseó volver a ver a la Madre, pero ella no apareció en sus sueños. No pudo evitar sentirse algo decepcionado por ese motivo cuando su maestro le dio unos toques suaves en el hombro para despertarle. Había empezado a clarear, lo que para ellos era señal de que un nuevo día comenzaba y debían proseguir su viaje.

Boku se alejó un momento para buscar agua en un arroyo que fluía cerca de la cueva, cuando oyó un rugido y un grito allí donde había dejado a su maestro. Volvió sobre sus pasos todo lo que sus piernas le permitían, y entonces vio lo que había sucedido.

El maestro yacía herido en el suelo, y junto a él un enorme oso se disponía a rematarlo para llevárselo como presa. Boku no se lo pensó dos veces y, dando un enorme grito, desenfundó su espada y se abalanzó sobre el animal, sin considerar el peligro que suponía una fiera mucho más corpulenta y fuerte que él. En ese momento en lo único que pensaba era en alejar a la bestia de su maestro. Boku hundió la espada en el vientre del animal, que rugió malherido y le dio un zarpazo para defenderse que le arañó el rostro. Pero Boku, a pesar del dolor y de que notaba que la sangre le estaba empezando a caer por la mejilla derecha, no cejó en su empeño hasta que el oso finalmente se alejó, dejando un rastro de sangre a su paso.

El joven se abalanzó sobre su maestro, rogando porque el animal no le hubiera matado. Para su alivio, su maestro todavía vivía, aunque malherido. Respiraba con dificultad, tenía los ojos cerrados y una mueca de dolor en el rostro.

- ¡Maestro! - gritó Boku con desesperación. Intentó levantar a su tutor, y comprobó con horror que tenía heridas muy profundas en el torso y el abdomen.

Kare abrió los ojos lentamente e intentó fijar su mirada en su pupilo.

- Lo siento, Boku. Ya no voy a poder compartir tu camino - susurró entrecortadamente.

- ¡No digas eso! - exclamó el joven, que se negaba a admitir que su maestro estaba herido de muerte - ¡Ahora mismo te subiré al caballo y te llevaré a la aldea para que te curen!

Su tutor negó imperceptiblemente con la cabeza.

- Es inútil, hijo mío. Mi viaje termina aquí.

Boku no quería aceptarlo. La perspectiva de quedarse solo le resultaba demasiado terrible. Su mente estaba tan bloqueada que ni siquiera se daba cuenta del goteo constante de sangre que manaba de su mejilla derecha.

- Maestro - le suplicó, con lágrimas en los ojos - No me dejes solo, por favor.

Kare intentó sonreír, pero el dolor y la debilidad hicieron que apenas esbozara una mueca.

- Adonde voy no puedes acompañarme. Ve con ella - dijo, y la vida le abandonó.

El joven gritó con desesperación, mientras abrazaba el cuerpo inerte de su maestro.

Tenía dieciséis años, y esa era la segunda vez en su vida que experimentaba el dolor de perder lo que más quería.

Entonces, justo cuando más abatido se sentía, recordó las dos únicas palabras que había pronunciado la Madre en su sueño.

“Ven conmigo”.

Boku se puso en pie, como impulsado por un resorte. De repente sintió que ya estaba bien de llorar y lamentarse. A partir de ese momento tendría que arreglárselas solo.

En primer lugar, buscaría un lugar donde enterrar a su maestro. Le repugnaba la idea de que su cuerpo fuera pasto de las bestias

carroñeras, como pasó con su familia. Le costó cavar un hoyo en la tierra porque no tenía utensilios apropiados, pero aún así se las arregló. Cuando terminó de cubrir la tumba, colocó tres piedras en forma de triángulo a la altura de donde estaba la cabeza de su maestro, y rezó para que tuviera un buen viaje hasta el verdadero hogar de los Primeros Padres.

Una vez hubo terminado esa tarea, el dolor de las heridas que le había infligido el oso comenzó a pasarle factura. Sentía que la mejilla derecha le ardía, y tenía magulladuras y heridas superficiales por todo el cuerpo. La sangre del rostro se le había coagulado, pero tendría que curar ese corte si no quería que se infectara.

Entonces recordó que entre el equipaje de Kare había un pequeño frasco que contenía un antiséptico natural. Se dirigió al arroyo y miró de lavarse la herida todo lo que pudo. Para su preocupación, el corte en la cara era más profundo de lo que creía. Tendría que ir a un sanador para que le curara, así que se aplicó el antiséptico lo mejor que supo y se dijo que debía dirigirse a la aldea más cercana, allí donde tenía pensado ir con su maestro. Tomó el equipaje de su tutor, ató el caballo de Kare al suyo y emprendió el camino hacia la aldea aoi, con el propósito firme de dirigirse hacia Edén una vez sus heridas estuvieran curadas.

Llevaba dos años de viaje cuando su camino se cruzó con el de Omahé.

Capítulo 6

Cuando el sol cayó y se hizo imposible continuar el camino, Boku bajó del caballo y dijo:

- Haremos noche aquí.

El viaje había sido silencioso. Omahé todavía seguía impresionada por todo lo que había sucedido aquel día funesto. Su mente estaba en blanco, así que se sumergió en el mutismo mientras iba contemplando el paisaje que se extendía ante ellos.

Boku por su parte estaba sumido en sus pensamientos. Aquel había sido un giro inesperado en su viaje. No había previsto tener compañeros de viaje, y mucho menos una muchacha danita. La misión que su maestro había querido continuar había terminado con su muerte. Boku se veía demasiado joven y desorientado para continuar con ella. Además, estaba la llamada que la Madre le hizo en sueños. Por alguna razón que de momento desconocía debía dirigirse a Edén, donde estaban sus orígenes.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que tardó en darse cuenta que apenas había cruzado cuatro palabras con la muchacha. Justo entonces, mientras compartía caballo con Omahé, tuvo la certeza de algo que no le gustó.

Había perdido la costumbre de estar con otras personas.

Para alguien que descendía de los Primeros Padres era algo especialmente grave, pues no habían nacido para estar en soledad sino para mezclarse con otros pueblos. Esto hizo que su determinación de ir a Edén se hiciera más fuerte. Estaba seguro de que allí encontraría su razón de ser.

Boku rompió de nuevo el silencio entre los dos:

- Voy a buscar leña para hacer una hoguera. No te muevas de aquí.

Omahé asintió, ausente. Notaba las piernas entumecidas y el trasero le dolía terriblemente. No estaba acostumbrada a montar a caballo y su cuerpo había acusado la falta de práctica. Desató su petate de la grupa del animal y extrajo una esterilla y una manta con la que abrigarse para dormir.

Se sentó en una roca a esperar. El sol había desaparecido ya por el oeste, y las primeras estrellas habían hecho su aparición. Empezó a soplar un viento frío que la hizo estremecerse y se arrebujó en su manta. Poco a poco, empezó a salir de su bloqueo mental y a pensar en cuál iba a ser su vida a partir de entonces.

Por lo pronto, en un solo día había pasado de vivir una vida tranquila con Oré, su madre adoptiva, a estar sola en el mundo y tener de compañero de viaje a aquel extraño pelopaja. No tenía ni idea de cómo podía resultar aquello. En Nafrún apenas trató con chicos, y desde luego Boku no se parecía en nada a los jóvenes midori. La última vez que tuvo un trato más o menos continuado con otros niños fue en Xylobis, pero entonces era una niña. Ahora las circunstancias eran muy distintas.

Boku no habló apenas durante el viaje, pero eso a Omahé no le importó demasiado. Ella tampoco tenía muchas ganas de hablar. Le gustaba que respetaran sus silencios, y tan solo esperaba que esos momentos no fueran incómodos para ninguno de los dos. Ya tendrían ocasión de conversar, y de acostumbrarse el uno al otro.

En esos pensamientos estaba cuando Boku regresó cargado con un montón de ramas secas. Enseguida encendió fuego y sacó una pequeña hogaza de pan de una bolsa de tela que formaba parte de su equipaje. Le dio la mitad a Omahé, junto con un poco de carne curada.

- Siento no tener nada más - se disculpó el joven - Pero por lo

menos te quitará el hambre.

Omahé le dio las gracias y empezaron a comer. Hasta entonces no se dio cuenta de lo desfallecida que se sentía. No había probado bocado en todo el día.

Cuando terminó con su comida se sintió con mejor ánimo, aunque se encontraba tremendamente fatigada. No pudo evitar que se le escapara un bostezo, detalle que a Boku no le pasó inadvertido.

- Puedes echarte a dormir si quieres - dijo el joven - Yo me quedaré un rato más despierto.

La muchacha negó con la cabeza.

- Estoy cansada, pero no creo que pueda dormir todavía.

-Como quieras - replicó Boku, encogiéndose de hombros, y fijó su mirada en las llamas de la hoguera.

Omahé acabó también con los ojos fijos en el fuego. Se dio cuenta de que se sentía muy incómoda cuando Boku la miraba. Debía ser por el color de sus ojos. Eran de un azul tan transparente que parecían atravesarla con la mirada. Nunca había visto a nadie con ese color de ojos, y le producía cierta desazón.

De repente, Boku le preguntó:

- ¿Cuántos años tienes, Omahé?

Era la primera vez que él la llamaba por su nombre, y le sonó raro. Debía de ser por su fuerte acento pelopaja.

- Dieciséis - respondió ella, que le preguntó a su vez - ¿Y tú?

- Dieciocho.

- Pensaba que eras más mayor - observó Omahé.

- Soy mayor - replicó él - Aunque entre mi pueblo no se alcanza la mayoría de edad hasta los veintiún años.

- Entre los danitas, si no recuerdo mal, ya serías mayor de edad - observó la joven.

- De todos modos, tampoco estoy entre mi pueblo - dijo Boku como para sí mismo, dando un suspiro.

- ¿Cómo es que viajas solo? - preguntó Omahé.

Boku, que seguía con la mirada fija en las llamas, sonrió ligeramente.

- Es una historia muy larga - acabó por responder - Digamos que me fui quedando solo por el camino.

- Como yo - dijo la muchacha.

- Como tú - asintió él. Y añadió - ¿Sabes que tenía una hermana de tu edad?

- ¿De verdad? ¿Y dónde está ahora?

Boku suspiró, y su mirada pareció endurecerse mientras sus ojos azules reflejaban la danza hipnótica de las llamas.

- La mataron. Como a toda mi familia.

- Lo lamento - se apresuró a decir la muchacha - Sé lo que es eso. Yo no tenía hermanos, pero sé lo que es que maten a tu familia.

Boku giró la cabeza para mirarla, sorprendido.

- ¿También mataron a tus padres? - preguntó.

- Así es - asintió la joven - Y lo peor de todo es que quienes lo hicieron eran danitas, como nosotros.

- Vaya, veo que tenemos algo en común - observó Boku con una sonrisa amarga.

Omahé se estremeció.

- ¿Unos danitas mataron a tu familia? - aventuró, temerosa. Pero Boku negó con la cabeza.

- No, fueron pelopaja. El mismo pueblo que la raza violeta ayudó a crear - respondió - Así que ya ves, los dos hemos sido víctimas inocentes de nuestra propia gente.

- Me he preguntado muchas veces si el mundo no está loco - reflexionó la joven en voz alta - ¿Tan difícil es vivir en paz?

- Eso parece - respondió Boku - Pero estoy convencido de que llegará el día en que todos vivamos en paz como un solo pueblo. Eso creía mi maestro, y yo también lo creo. Por mi parte, haré todo lo

posible por hacerlo realidad.

- Me temo que vas a tener mucho trabajo por delante - replicó Omahé - Sobre todo con los danitas. En mis primeros diez años de vida no viví otra cosa que no fueran luchas, intrigas y más luchas.

- El Príncipe del Mundo tiene a los tuyos muy confundidos - comentó el joven.

- La mayoría cree que el Príncipe del Mundo es el protector del pueblo danita. Incluso muchos lo veneran tanto como al Dios Único.

- Pues no deberían - replicó Boku, tajante - Es un espíritu maligno que ha sembrado el caos en este mundo. Se rebeló contra el plan divino y está haciendo todo lo posible para que fracase el plan de los Primeros Padres. Si no fuera por él, el mundo sería un lugar mucho mejor.

- Es curioso cómo cambia la historia según quién la cuenta - observó la muchacha, con una sonrisa amarga.

Boku se volvió a mirarla con un atisbo de desconfianza.

- ¿Acaso crees lo que dicen los danitas sobre el Príncipe del Mundo?

La muchacha negó con la cabeza.

- No he dicho que todos los danitas creyeran que el Príncipe del Mundo es nuestro protector. Mis padres por ejemplo creían justo lo contrario. De hecho su intención era conseguir la paz entre los danitas para después acercarse a otros pueblos y extender la buena voluntad. Si hubieran pensado de otra forma no habrían contratado a una mujer midori para que fuera mi tutora.

Boku asintió, aliviado.

- Por cierto, ella me contó la verdadera historia del Príncipe del Mundo - añadió Omahé - Y también la llegada de los Primeros Padres y lo que sucedió con el primer Edén. Mi maestra estuvo en el segundo Edén, ¿sabes?

- ¿En serio? - exclamó el joven, sorprendido - Entonces es posible

que conociera a Kare, mi maestro.

La chica se encogió de hombros.

- No recuerdo ese nombre - dijo - Pero me contó muchas cosas de cuando estuvo allí. ¿Tú no eres de Edén?

- No - negó Boku - Mis padres sí nacieron allí. Yo nací por el camino. Nunca he estado en Edén.

- Entonces no has visto a los Primeros Padres.

El joven entonces recordó el sueño en el que vio la ciudad blanca y a la Madre.

- No - acabó diciendo - Al menos, no despierto.

Omahé se lo quedó mirando, como interrogándole, pero él no dio más explicaciones, así que cambió de tema.

- ¿Llevas mucho tiempo viajando solo? - le preguntó la muchacha.

- Dos años - respondió el joven - Desde que murió mi maestro.

- ¿También le mataron cuando perdiste a tu familia?

- No. Eso fue hace seis años. Mi maestro se hizo cargo de mí cuando mataron a mi familia.

Omahé no quiso insistir. Era demasiado evidente que el joven no quería hablar de aquello, y ella lo comprendía. Había pasado por una experiencia similar, y sabía lo doloroso que era revivir los momentos amargos.

Omahé levantó la vista hacia el cielo, donde las estrellas titilaban y formaban figuras caprichosas. Recordó cuando, de niña, jugaba con su madre a imaginar formas de animales en las estrellas. Cada vez que se inventaba un animal nuevo, su madre le daba un beso, y eso la animaba a seguir ejercitando su imaginación. Años después, cuando era ya una adolescente, le gustaba sentarse con Oré a la entrada de su casa, en las noches de verano, disfrutando del aire fresco antes de ir a dormir. Su maestra le contaba muchas cosas de las estrellas, cosas que había aprendido en Edén. Le dijo que el sol que calentaba

su mundo se llamaba Urizaph, y que las estrellas eran en realidad otros soles que calentaban otros mundos como el suyo, donde vivían humanos como ellos. Pero también le habló de otros mundos especiales, donde residían los seres celestiales que gobernaban los asuntos de los hombres, y a donde iban las almas de los que habían fallecido.

Esta vez, fue la joven quien rompió el silencio:

- Mi maestra me dijo que los Primeros Padres vinieron del cielo, como el Príncipe del Mundo y los Cien Héroes.

- Así es - asintió Boku - Mi padre decía que todos llegaron del mismo mundo especial. Todos los descendientes de los Primeros Padres saben su nombre: Jerusem.

- Jerusem - repitió la muchacha - Es cierto, lo había olvidado. Oré lo mencionó cuando me contó la historia. Me dijo que, dentro de mucho tiempo, iríamos allí.

- Dentro de mucho tiempo - repitió Boku.

- ¿Crees que tu maestro y mi maestra estarán ya allí? - preguntó Omahé, esperanzada.

- No lo creo - respondió Boku, después de pensar un poco - Mi maestro hace ya dos años que murió, y no estoy seguro de que haya llegado tan lejos. Y tu maestra ha muerto hoy. Se necesitan al menos tres días para llegar al otro lado.

- ¿Al otro lado? ¿Te refieres a donde viven nuestros antepasados?

- Algo así. Me refiero al siguiente mundo.

- ¿Jerusem?

- No, no es Jerusem. Mi maestro me explicó que antes de llegar a Jerusem teníamos que pasar antes por otros mundos especiales. Si no me equivoco, eran siete.

Omahé se quedó un momento pensativa.

- Así que mi maestra está de viaje… - musitó finalmente.

El joven asintió con la cabeza.

- Mi maestro me dijo que un ángel lleva al otro lado las almas de los que han muerto, porque no pueden viajar por sí solas.

- Me alegro de que Oré no esté sola - dijo la joven, con los ojos todavía fijos en el cielo y la esperanza reflejada en su rostro - Así no se perderá y llegará al otro lado sin problemas.

Boku la miró con una sonrisa cálida.

- Eres una muchacha muy fuerte - dijo - Seguro que tus padres y tu maestra estarían orgullosos de ti. Pero ahora deberías descansar. Has tenido un día terrible.

- No estoy cansada, en serio - protestó Omahé. Pero otro bostezo contradijo sus palabras.

- Descansa - insistió Boku, señalándole su esterilla.

- Pero... -titubeó Omahé. No quería admitirlo, pero tenía miedo de tener pesadillas con lo sucedido aquel día.

Boku pareció captar cuáles eran los temores de la muchacha, y le dijo:

- No te preocupes, nadie va a hacerte daño. Yo estaré aquí contigo.

Finalmente, la joven se dio cuenta de que era absurdo resistirse, y se tumbó en su esterilla con su manta. Intentó buscar una postura cómoda para dormir, pero llevaba tiempo sin dormir a la intemperie y empezó a dar muchas vueltas.

- Con el tiempo te acostumbrarás - oyó que decía Boku, que extendió su esterilla junto a la suya y se tumbó en ella - Buenas noches.

- Buenas noches - dijo ella a su vez, todavía intentando encontrar la postura. Finalmente el calor de la hoguera, el cansancio del día y la presencia del joven cerca de ella contribuyeron a sumergirla en un sueño profundo y sin pesadillas.

Boku estuvo durante un buen rato vigilando el sueño de la muchacha. Nunca dormía muchas horas seguidas, así que prefería

esperar a estar completamente cansado y listo para entregarse al sueño. Jamás podía tomarse un momento de respiro, así que se podía decir que había aprendido a dormir con un ojo abierto. Su supervivencia dependía de ello. Y ahora además estaba la muchacha danita.

Mientras la contemplaba dormir, hecha un ovillo con su manta, pensó que se sentiría tremendamente culpable si le pasara algo y que debía protegerla como fuera. Por lo poco que sabía, ella también había sufrido mucho y no tenía a nadie. Se merecía ir a un lugar donde por fin pudiera sentirse a salvo.

Y justamente en eso Boku iba a ayudarla.

Capítulo 7

Cuando Omahé despertó todavía no había amanecido, pero Boku ya estaba en pie.

- Buenos días - le dijo el joven con una sonrisa mientras recogía su esterilla y la colocaba con el resto del equipaje - ¿Has dormido bien?

La muchacha se incorporó, y justo entonces se dio cuenta de que le dolía todo el cuerpo.

- Sí, muy bien - se limitó a responder, devolviéndole la sonrisa - No quería quejarse ni mostrar debilidad delante de Boku.

- Estupendo. Entonces comeremos algo y seguiremos nuestro camino. Tenemos por delante un día muy largo.

Omahé asintió. Se levantó, enrolló su manta y su esterilla y de repente sintió la urgencia de las necesidades fisiológicas.

- Yo… tengo que… -dijo, titubeante, mientras señalaba hacia una zona cercana de arbustos y matorrales.

- Sí, claro, ve - respondió Boku sin darle mayor importancia - Pero no te alejes mucho.

Omahé agradeció el pequeño paseo. Poco a poco se fue desentumeciendo. Cuando el joven ya no podía verla, aprovechó para desperezarse. Tomó una bocanada de aire fresco y se dirigió adonde los arbustos formaban una masa espesa. Ya estaba empezando a clarear, y comenzó a escuchar el canto de los pájaros a lo lejos. La vida animal también se había despertado.

Cuando pudo ver mejor los arbustos, descubrió que estaban llenos de un pequeño fruto que le resultaba muy familiar. Decidió recoger unos cuantos y llevarlos consigo.

- ¿Qué es eso? - preguntó el joven cuando la vio con las manos llenas.

- ¿No lo conoces? - Boku negó con la cabeza, y Omahé le explicó - Los midori lo llaman kaf. Se toma en infusión, y te mantiene despierto y activo durante mucho rato. He descubierto que estamos rodeados de estos arbustos. Espera, vas a probarlo.

La muchacha puso a calentar un poco de agua en una cazuela y, cuando rompió a hervir, echó unos cuantos granos de los que había traído. Entonces lo apartó del fuego, lo dejó reposar, quitó los granos, lo sirvió en dos vasos y tendió uno a Boku

- Ten cuidado, está muy caliente - le advirtió.

Boku tomó un pequeño sorbo e hizo una mueca.

- Está amargo - protestó.

- Sí, pero cuando te acostumbras llega a gustarte - comentó la joven, mientras daba un largo sorbo a su vaso.

El joven dudaba mucho de que algún día llegara a gustarle aquel brebaje, pero poco a poco se lo fue tomando.

- No está tan mal, después de todo - admitió.

- Si se tuesta el grano, está mucho más bueno - le dijo la muchacha.

El joven sonrió.

- Es curioso, me he pasado toda la vida viajando y todavía hay muchas cosas que desconozco.

- El kaf es una bebida que conocen y beben principalmente los midori - explicó Omahé - Si no has tenido muchos tratos con ellos, es normal que no la conozcas.

Boku debía reconocer que apenas sabía nada de los midori.

- ¿Llevabas mucho tiempo en aquella aldea? - preguntó el joven.

- El suficiente para saber que no era mi sitio - respondió la muchacha - No es que estuviera mal. Al contrario, vivía con Oré, a la que adoraba, y la gente de la aldea era amable y sin malicia, pero

sentía que si me quedaba mucho tiempo allí me marchitaría y me echaría a perder, como la fruta cuando madura demasiado y no sirve ni para dar de comer a los animales.

Boku asintió.

- Te comprendo - dijo - No estar entre los tuyos debe de haber sido duro para ti.

- No - replicó la muchacha, tajante - Lo que fue duro para mí fue perder a mis padres cuando era una niña. Desde el mismo día en que otros danitas mataron a mis padres, dejé de considerarlos como “los míos“. Soy danita de raza, pero nada más.

El joven movió la cabeza en señal de desaprobación.

- No deberías guardar rencor a los danitas por lo que ocurrió con tus padres - le aconsejó, y se tomó el último trago de kaf.

Omahé lanzó un suspiro hondo mientras fijaba la vista en el contenido de su vaso.

- Lo sé. No es justo, pero cada vez que pienso en cómo les mataron siento que no puedo perdonarles por lo que hicieron. Mis padres eran buenas personas, no habían hecho nada malo. ¿Por qué tuvieron que quitarles la vida?

- Quién sabe. Luchas de poder, envidias… Los motivos pueden haber sido muchos – respondió él con el semblante grave.

La muchacha miró fijamente a Boku, a pesar de que seguían intimidándole sus ojos azules, y le preguntó:

- ¿Has perdonado a los pelopaja que mataron a tu familia?

Boku se tomó un tiempo antes de responder, pero no había duda en su corazón cuando dio la respuesta.

- Sí, les he perdonado, aunque siga sin entender por qué lo hicieron.

En un principio, Boku no pensaba dar más detalles de lo ocurrido, pero sintió que la muchacha le comprendería y le explicó lo que pasó aquel día en que la expedición sufrió una emboscada y todos

resultaron muertos.

- Supongo que se vieron amenazados por vuestra visita y decidieron tomar una solución drástica - conjeturó la joven - Pero matar también a los niños... No sé, me cuesta imaginar en qué estaban pensando para cometer aquella masacre a sangre fría.

- Al principio llegué a odiarles terriblemente - confesó Boku - No dije nada a mi maestro, pero pensé muchas veces en regresar y matarlos a todos de la manera más horrible posible por el daño que me habían hecho. Sin embargo, un buen día me di cuenta de que estaba sufriendo enormemente con esos pensamientos. Ese día comprendí que vengarme no iba a hacer que me sintiera mejor, y que odiar consumía una energía que prefiero dedicar a cosas más constructivas que la venganza. Así que, finalmente, perdoné.

La muchacha asintió, pensativa.

- Espero que mi historia te haga reflexionar sobre si quieres entregarte a pensamientos de venganza y muerte, o prefieres mirar al futuro con esperanza - añadió el joven.

- Bueno, he de reconocer que me has hecho pensar - admitió Omahé y añadió, con un bufido - Dame tiempo.

Boku sonrió ligeramente. Se levantó, rebuscó entre sus cosas y finalmente extrajo un rollo de papel grueso. Se sentó en cuclillas junto a Omahé y extendió el pergamino.

- ¿Qué es esto? - preguntó la muchacha - ¿Un mapa?

- Así es. Hay muy pocos como este. Este mapa era de mi padre, y luego lo tuvo mi maestro. Me ha sido de gran ayuda para elegir el mejor camino de regreso a Edén.

Era la primera vez que Omahé veía un mapa de Saph.

- Parece un águila con las alas extendidas - comentó la muchacha cuando vio la forma del continente - Aunque el lado derecho es más corto que el izquierdo.

El joven señaló un punto situado más o menos en el centro.

- Ahora estamos aquí, y tenemos que ir hasta aquí - dijo, señalando otro punto del extremo superior izquierdo - Si no hay contratiempos con otros hombres y las fuerzas de la naturaleza nos lo permiten, calculo que podemos llegar a Edén dentro de seis meses.

La muchacha asintió fascinada, con los ojos fijos en el mapa. Boku se dio cuenta y preguntó:

- ¿Dónde naciste, Omahé?

- En Aitamalad. ¿En qué parte del mapa está?

El joven señaló el punto con el índice.

- Es cierto, está escrito - reconoció la muchacha.

- ¿Reconoces la escritura antigua? - se asombró Boku.

- Claro. Mi maestra me enseñó.

Boku entonces trazó una figura en el mapa con el dedo, mostrando cuál sería la ruta que iban a seguir.

- Lo más duro será atravesar las montañas de Sunest, la antesala de Edén, pero según mis previsiones pasaremos por allí a comienzos del verano, así que al menos no tendremos el problema del frío y la nieve - explicó Boku.

La muchacha suspiró, aliviada. En la región en la que se encontraban, donde había vivido los últimos seis años, los inviernos solían ser muy suaves, así que no estaba demasiado acostumbrada al frío.

Boku enrolló el mapa, se incorporó y lo guardó con mucho cuidado entre sus pertenencias. Entonces, mientras miraba su montura, dijo como pensando en voz alta:

- Tendría que conseguir otro caballo. Iríamos más rápido, y no forzaríamos tanto al pobre animal.

- Los caballos cuestan dinero - comentó Omahé, mientras lamentaba para sus adentros llevar tan pocas monedas encima. Los midori hacían la mayor parte de transacciones con trueques, así que prácticamente no tenían dinero en casa.

- El dinero no es problema - replicó Boku - Todavía me queda una buena parte de lo que conseguí con la venta del caballo del maestro. Pero sé que en esta región no abundan.

La muchacha movió la cabeza afirmativamente.

- En la aldea donde vivía el único que tenía caballo era el alcalde - comentó.

El joven suspiró.

- En fin, espero que la buena fortuna nos sonría y encontremos a alguien dispuesto a vender un caballo a buen precio. Ahora vayámonos de aquí. Según el mapa, tenemos la aldea de Noth a media jornada de viaje. A ver si allí podemos conseguir una montura para ti.

Boku ayudó a Omahé a montar, y siguieron su camino.

Hacía tiempo que el sol había pasado por el cénit cuando vieron por fin la aldea. La muchacha rezó porque tuvieran caballos para vender. Pasar tantas horas pegada a Boku le hacía sentir una desazón extraña que nunca había experimentado antes. Por un lado le gustaba el contacto con el cuerpo del joven, pero por otro intentaba reprimir esa sensación. Boku era un extraño al que prácticamente acababa de conocer.

Mientras tanto, Boku andaba con pensamientos parecidos. A media mañana, y durante un buen rato, Omahé se había quedado dormida y estuvo apoyada en su espalda. Sentir el calor de su cuerpo contra el suyo le hizo sentirse tremendamente bien. Desde que murió su maestro apenas había tenido tenía contacto físico con nadie, y lo echaba muchísimo de menos. Se moría de ganas de volver a sentir la calidez de un abrazo, pero procuró ahuyentar ese pensamiento de su mente y centrarse en la visita a aquella aldea.

Siempre que visitaba un sitio nuevo, Boku sentía un nudo en el estómago en los momentos previos a su llegada. Normalmente era bien recibido, pero la experiencia le había enseñado a ser precavido. Cuando llegaron a las primeras casas de la aldea, Boku tuvo un mal

presentimiento, que Omahé expresó en voz alta:

- Qué raro, no se ve gente…

Siguieron avanzando hacia el centro de la aldea, donde en la mayoría de casos solía haber una plaza para el comercio y la reunión de los convecinos. No encontraron ni un alma. Todo estaba sospechosamente en silencio y, una vez más, la muchacha expresó los temores de Boku:

- Por el Dios Único… ¡espero que los Exterminadores no hayan pasado también por aquí!

Boku tocó instintivamente su espada, como para comprobar que seguía en su sitio. Cuanto más se adentraban en la aldea, su sensación de peligro aumentaba, así como las ganas de salir corriendo. Pero por otro lado quería conseguir lo que habían ido a buscar, y sentía también curiosidad por saber qué había pasado.

Finalmente llegaron a la plaza del pueblo, que estaba desierta como todo lo demás. Boku se bajó del caballo y ayudó a Omahé a hacer lo mismo. Estaban mirando a su alrededor, intrigados, cuando una piedra que fue lanzada justo a su espalda pasó rozando la mejilla izquierda de Boku. El joven se dio la vuelta para comprobar quién había lanzado la piedra, con el tiempo justo de ver la silueta de un niño esconderse en el interior de una casa.

- Me temo que no vamos a tener un buen recibimiento - comentó para sí, y luego se dirigió a la muchacha - Quédate junto a mí.

- ¿No deberíamos marcharnos? - dijo la muchacha, a quien la pedrada le había confirmado que aquel silencio estaba cargado de hostilidad, y quién sabe si de algo peor.

- Necesitamos un caballo - replicó Boku obstinadamente.

- Olvídate de eso. Aquí no vamos a encontrarlo - dijo la joven, recorriendo con la mirada todas las casas de la plaza.

Durante un largo minuto, nada ocurrió. Boku miraba a su alrededor, pendiente de cualquier movimiento que detectara. Omahé

estaba cada vez más nerviosa, y solo pensaba en salir de allí.

Cuando la espera estaba empezando a ser insoportable, de la casa donde había entrado el niño que tiró la piedra salió un hombre midori de mediana edad. Su cara era de pocos amigos y se acercó a ellos lo justo para que oyeran su voz. Por el collar que llevaba al cuello, Omahé supo que era el alcalde de la aldea.

- ¿Qué habéis venido a hacer aquí? - dijo en la lengua midori.

Boku se quedó desconcertado pues no entendía el idioma. Omahé sí, y respondió por él.

- Venimos en son de paz. Tenemos que hacer un largo viaje, y necesitamos un caballo.

El hombre soltó una risa que no tenía nada de alegre.

- ¿En son de paz? - se burló - No nos engañes, muchacha. Veo que hablas nuestra lengua y eso significa que conoces al pueblo midori, pero viajas con una compañía indeseable para nosotros. Si queréis conservar la vida, será mejor que os marchéis de aquí.

- ¿Indeseable? ¿Por qué dices eso?

El alcalde la miró con desconfianza.

- ¿De verdad no sabéis lo que ha pasado? Tu amigo era uno de ellos, no me cabe ninguna duda.

Boku asistía como convidado de piedra al diálogo entre el hombre y la joven. No entendía lo que decían, pero las miradas fugaces y hostiles que le dirigía aquel hombre le indicaban que él era el tema principal de la conversación.

- ¿A qué te refieres? - Omahé albergaba un temor que no se atrevía a expresar en palabras, y que finalmente el alcalde confirmó.

- Anoche los Exterminadores pasaron por aquí. ¡Malditos pelopaja! - y escupió en el suelo al decir la palabra - Tuvimos suerte de que no nos mataran a todos. Podrían haberlo hecho, pero debían estaban cansados y no se emplearon a fondo. Justo esta tarde hemos acabado de llevar a los muertos al bosque.

La muchacha notó que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Aquellos Exterminadores de los que el hombre hablaba eran sin duda los mismos que habían masacrado su aldea. Y ahora tenía que intentar controlar el miedo que sentía, y convencer como fuera a aquella gente de que ellos no habían tenido nada que ver con lo sucedido.

Mientras tanto, y poco a poco, iba saliendo gente de las casas. Algunos tenían heridas y aún tenían sangre seca en cara, torso y brazos. Pero todos tenían la misma expresión de hostilidad en la cara.

- Lamento mucho todo lo que os ha pasado, y espero que los dioses acojan a vuestros seres queridos. Nosotros no tenemos ninguna relación con los Exterminadores... - dijo, intentando mantener la calma, pero el hombre la interrumpió, enojado.

- ¡Mientes! ¿Vas a decirme que él no es uno de ellos? - exclamó, señalando a Boku abiertamente con el dedo. El joven intentó mantener una expresión impasible para no provocar más al hombre, pero confirmó su temor de que el problema era justamente él.

Omahé miró a Boku con cara de circunstancias. Recordó que Oré le dijo una vez que los miembros de una raza tenían dificultad en distinguir a los que pertenecían a otra. Estaba claro que aquellos midori habían metido a los Exterminadores y a Boku en el mismo saco porque no eran capaces de distinguir las diferencias entre ellos.

Justo iba a responder la pregunta del hombre, cuando alguien de los allí reunidos lanzó otra piedra, que esta vez alcanzó a Boku en la frente, muy cerca de la sien izquierda. El joven lanzó una exclamación de dolor y se agachó, mientras se tocaba la zona herida. Esto hizo que la joven reaccionara y dijo, con gran vehemencia y levantando aún más la voz para que todos la oyeran:

- ¡Escuchadme! Sí, es cierto que es un pelopaja, pero no iba con los Exterminadores ni tiene ninguna relación con ellos. Por lo que decís, esos mismos Exterminadores fueron los que atacaron la aldea

de Nafrún, donde yo vivía. Mi madre adoptiva era midori, como vosotros, y fue asesinada por uno de esos indeseables. Yo también habría muerto de no ser por su ayuda - dijo, señalando a Boku - Él me salvó de acabar violada y asesinada por un Exterminador, y ahora viajamos juntos. ¡Por favor, creedme!

La encendida defensa de Omahé, y el hecho de que se expresara en la lengua midori, acabaron por convencer a los allí reunidos.

- Está bien. Pareces decir la verdad - dijo el alcalde con expresión ceñuda aunque algo más relajada - Aún así, nada podemos hacer por vosotros. Los Exterminadores se han llevado toda la comida que teníamos almacenada, así que nos espera un invierno muy duro de hambre y privaciones. Tampoco tenemos caballos que vender.

La muchacha tradujo al joven lo que acababa de decir el alcalde de Noth, y acto seguido se dirigió a él para decirle:

- De acuerdo. Gracias de todas formas. Que los dioses os ayuden.

Omahé hizo una leve inclinación de cabeza en señal de respeto, se dirigió a Boku y le preguntó en voz baja:

- ¿Estás bien?

- Creo que sí - susurró él. La muchacha pudo ver que le salía sangre de la herida, así que pensó que lo mejor que podía hacer eran marcharse de allí cuanto antes e intentar curar la herida de Boku.

Montaron en el caballo y se alejaron de la aldea tan rápidamente como pudieron. Todavía podían ver las casas de la aldea cuando Omahé pidió al joven que detuviera al caballo.

- Quiero ver cómo tienes la herida - explicó.

Boku asintió. La verdad es que notaba un dolor pulsante allí donde la piedra le había alcanzado. Se sentó sobre una piedra, y Omahé examinó la frente.

- Por suerte la herida no es profunda - dijo la muchacha - La lavaremos con agua y unas hierbas que evitarán que se infecte. Eso sí, el golpe te dolerá durante unos días.

Extrajo de su petate un frasquito con un líquido añil espeso, un paño limpio y agua.

- Quizá te escueza un poco - advirtió la muchacha antes de comenzar.

- No te preocupes. Lo importante es que no se infecte.

La joven comenzó a curarle, teniendo cuidado de no hacerle más daño del necesario. Él de vez en cuando hizo algún gesto de dolor, pero no protestó.

- No hará falta coser la herida, pero es posible que te quede una cicatriz - advirtió ella.

El joven sonrió con un deje de amargura.

- ¿Qué importa una cicatriz más en la cara? - comentó con sarcasmo.

La muchacha miró instintivamente la cicatriz que le recorría la mejilla derecha y le preguntó, señalándola con la barbilla:

- ¿Cómo te hiciste este corte tan grande?

Boku suspiró.

- El oso que mató a mi maestro me dio un zarpazo - respondió - Él me hizo esto en la cara, y yo le dejé malherido para alejarle de mi maestro. Así que creo que estamos en paz.

- Es una lástima que te haya quedado una marca tan grande - comentó la muchacha sin pensar demasiado en lo que decía. Iba a añadir "con lo guapo que eres", pero se dio cuenta a tiempo y se contuvo, ruborizada.

El joven no se dio cuenta de que a Omahé le había subido la sangre a las mejillas y replicó:

- Cuando ocurrió aquello fui a la aldea más cercana a que me curaran. El sanador hizo lo que pudo, así que no le culpo. Desde entonces me doy cuenta de que casi todo el que habla conmigo me mira la cicatriz. También de que le doy miedo a los niños - añadió, con una sonrisa triste.

La muchacha no pudo resistirse al impulso de pasar un dedo por la cicatriz. Boku no pudo evitar sentir un escalofrío ante el suave contacto de los dedos de la muchacha en el rostro.

- Es una cicatriz hermosa - le dijo, conmovida - La tienes por haber intentado defender a tu maestro.

Boku se sintió emocionado con esas palabras y no supo qué decir. Como la muchacha ya le había curado, se puso en pie para ocultar su turbación. Iba a proponerle a Omahé que siguieran con su viaje cuando de repente lo vio.

Un precioso caballo de pelo alazán pastaba tranquilamente a unos cincuenta pasos de donde ellos se encontraban. Llevaba riendas y montura, así que era evidente que había pertenecido a un jinete.

Boku indicó con gestos a Omahé que mirara el caballo. La joven ahogó una exclamación de sorpresa.

- Voy a intentar acercarme - susurró el joven - No te muevas.

La muchacha obedeció, y él comenzó a dar pasos en dirección al equino, procurando no hacer gestos bruscos. Entretanto el caballo permanecía indiferente a ellos, con el morro pegado al suelo mientras comía hierba.

Finalmente Boku consiguió llegar hasta donde estaba el caballo sin que este se asustara o saliera trotando. Le acarició el cuello y le dio palmadas, que el corcel pareció agradecer. Estuvo un buen rato así, hasta que tuvo la seguridad de haberse ganado la confianza del animal. Entonces le tomó de las riendas y juntos se dirigieron hacia donde estaba Omahé con el caballo de Boku.

La muchacha miraba al equino maravillada.

- ¡Esto ha sido un regalo del cielo! - exclamó.

- Ya tienes caballo - dijo Boku, sonriente, entregándole las riendas.

La joven todavía no se creía que hubiera aparecido aquel corcel alazán de la nada, justo cuando lo necesitaban.

- Es precioso - dijo, mientras lo acariciaba - ¿Cómo habrá venido hasta aquí?

- Seguramente pertenecía a un Exterminador - respondió Boku - La forma de la montura es típica de ellos.

- ¿Y dónde estará el jinete? - preguntó la muchacha, mirando a su alrededor con aprensión - No creo que los Exterminadores dejen ir a sus caballos así como así.

Boku se encogió de hombros.

- No veo a nadie por aquí, y no voy a buscar a su dueño para devolvérselo. Mucho menos cuando se trata de un Exterminador. Probablemente se escapara en plena refriega cuando el ataque a Noth así que, si ha sido un regalo del cielo, ¡bienvenido sea!

La muchacha subió al caballo, que pareció aceptarla sin problemas, y prosiguieron su viaje.

Capítulo 8

El viaje con los dos caballos fue mucho más cómodo y rápido. La región que debían atravesar en la primera etapa de su viaje conjunto era una llanura habitada por pueblos midori y orenji. La tierra no era fértil y tampoco había pasto en abundancia para los animales, así que los pueblos que allí vivían practicaban una economía de supervivencia. Boku no había visitado aquella región con anterioridad; si pasaban por allí, era porque parecía estar situada en el camino más corto hacia Edén. Ahora que estaban atravesando aquella región, el joven se preguntaba si había hecho una buena elección.

Cada vez que llegaban a una aldea, sus habitantes les miraban con gran recelo, principalmente a Boku. Apenas conocían a los pelopaja, y lo poco que sabían de ellos era gracias a la acción devastadora de los Exterminadores. Como sucedió en Noth, los naturales de aquellas aldeas confundían al joven con un Exterminador, así que Omahé tenía que intervenir casi siempre para que aceptaran a Boku.

Con los pueblos orenji aún era peor, pues ahí tanto Boku como Omahé se estrellaban contra la barrera del idioma. Su civilización estaba quizá algo más avanzada que la de los midori, sobre todo en lo que a la construcción de casas se refería, pero hablaban un idioma completamente distinto a la lengua midori y al idioma único de la mayoría de pueblos. Además, eran tremendamente supersticiosos, y sus escaramuzas con los Exterminadores les habían hecho albergar la superstición de que el pelo rubio era señal de mal agüero. Por eso, cuando veían a Boku, o bien se escondían asustados o bien echaban sal a su paso para ahuyentar a los malos espíritus, como luego

supieron.

Por este motivo, entre los dos acordaron que fuera Omahé la que llevara las conversaciones con los lugareños. Como apenas habían tenido contacto con los danitas, los moradores de aquella región no tenían prejuicios raciales contra ellos. Además, el hecho de que Omahé fuera una muchacha, aunque tuviera una apariencia diferente, no les inspiraba temor.

En cuanto a Boku, era la primera vez en el largo viaje que había sido su vida que era rechazado de una manera tan sistemática y, aunque procuraba que no le afectara, no podía evitar sentirse un poco dolido. Casi siempre había visitado aldeas habitadas por pelopaja o por pueblos mezclados que sentían una gran admiración hacia los nacidos en Edén o hacia sus descendientes directos, como era su caso. En su fuero interno pensaba que, si era cierto que estaba destinado a ser un gran líder, como dijo su maestro, lo primero que haría sería resolver el problema con los Exterminadores.

Omahé notaba que Boku estaba más serio de lo que solía y, cuando estaban solos, intentaba animarle.

- Estoy segura de que habrá ocasiones en el viaje en que seas tú quien tengas que defenderme. Los danitas han dejado mucho peor recuerdo en otras regiones que los pelopaja, de eso estoy segura - le decía.

Pero a Boku eso no le consolaba demasiado.

Por ese motivo, y mientras atravesaban aquella región, procuraban visitar las aldeas solo cuando era estrictamente necesario. Afortunadamente, el otoño por aquellos lugares era bastante cálido, y dormir a la intemperie no suponía un problema. Omahé ya se había acostumbrado a tener el suelo por colchón, y dormir junto a Boku le daba seguridad para entregarse a un sueño reparador después de una agotadora jornada de viaje.

Todas estas circunstancias hacían que pasaran mucho tiempo

solos. Seguía habiendo muchos momentos de silencio entre ellos, pero no resultaban incómodos para ninguno de los dos. Omahé a su manera estaba disfrutando de aquel viaje. A pesar de los peligros que conllevaba un viaje en aquellos tiempos revueltos, se sentía libre como nunca lo había sido. Ahora estaba sola en el mundo y era la única responsable de su destino. Por alguna razón que no podía expresar, ese pensamiento la hacía sentirse bien.

Después de comprobar el rechazo de los habitantes de aquella región, Boku pensó que haberse encontrado con Omahé había sido un golpe de suerte. Muy pronto se disiparon sus temores iniciales acerca de que la muchacha podía hacer más lento y más difícil su viaje. La joven jamás se había quejado cuando las condiciones del viaje se volvían especialmente duras. Desde luego, su maestra había hecho un buen trabajo.

De alguna manera, sus vidas habían seguido caminos paralelos. Tenían mucho en común. Los dos habían perdido a sus familias, habían sido educados por otra persona en soledad, lejos de sus orígenes, y ahora estaban solos en el mundo, intentando encontrar su lugar en él.

¿Sería Edén ese lugar? El corazón le decía que no. Edén era la siguiente etapa de su vida, pero presentía que su destino final sería otro. Si tenía tanto empeño en ir a Edén era precisamente para saber cuál sería la siguiente meta. Estaba convencido de que allí encontraría la respuesta a sus inquietudes, el porqué del impulso que le aguijoneaba para tomar el camino a Edén.

Justo acababan de llegar a lo alto de una loma cuando vieron algo que les dejó boquiabiertos.

Ante ellos se extendía una llanura inmensa en la que crecía muy poca vegetación; abundaban los arbustos y escaseaban los árboles. Pero lo que destacaba en el paisaje no era la naturaleza, sino una enorme torre cónica situada en el centro. Desde donde estaban no

podían apreciar los detalles ni la altura real, pero pronto iban a averiguarlo, pues era justamente allí por donde tenían que pasar.

Los dos se bajaron de sus monturas y contemplaron la extraña edificación que dominaba aquel llano.

- ¿Quién lo habrá construido? - preguntó la muchacha - ¡Jamás había visto nada igual!

- Yo tampoco - reconoció Boku.

- ¿Crees que pueden haber sido los orenji? Después de todo, construir se les da bien - aventuró Omahé.

- No lo creo. Hasta ahora no hemos encontrado nada parecido en la región - respondió Boku.

El joven consideró que, puesto que quedaban unas horas para que anocheciera, podrían pasar la noche junto a aquella extraña construcción. Si se daban prisa, podrían aprovechar la luz del día para inspeccionarla detenidamente.

- De todas formas, nuestro camino nos lleva hasta la torre, así que tendremos ocasión de echarle un vistazo - dijo a la muchacha. Y reanudaron la marcha.

Cuanto más se aproximaban, más detalles podían percibir de la construcción, y más conscientes eran del enorme tamaño de aquella especie de monumento, edificio o como se le pudiera denominar. Cuando les quedaban unos cien pasos para llegar hasta la misma base, se detuvieron de nuevo para contemplar su magnificencia.

La torre estaba hecha de enormes bloques de piedra ocre, y constaba de tres estructuras cilíndricas apiladas formando una especie de cono truncado. La base tenía una entrada enorme en la parte este, por la que podrían entrar dos hombres subidos uno encima del otro. En la parte superior de la base, en el anillo formado entre esta y el siguiente nivel, se erigían unas estatuas enormes hechas de una piedra blanca y brillante que representaban a hombres y mujeres vestidos con túnicas. Los dos niveles superiores tenían distribuidos

uniformemente unos grandes huecos cuadrados a modo de ventanas.

Visto de cerca, el conjunto estaba en un estado ruinoso. Muchas estatuas estaban rotas y otras estaban pintadas y mancilladas de tal forma que tenían un aspecto grotesco.

- ¿Cuándo tiempo debe llevar aquí? - preguntó Omahé, señalando aquella extraña torre.

- No tengo ni idea - reconoció Boku - Pero no recuerdo que mi maestro me hablara de una construcción semejante, y jamás he visto nada igual. Dudo mucho que sea obra de los pelopaja o de los edenitas. Apenas hay en esta región.

- Quizá esta construcción sea de mucho antes - aventuró la joven.

- ¿A qué te refieres? - preguntó Boku, intrigado - ¿A antes de que vinieran los Primeros Padres?

Entonces, la muchacha pareció recordar algo y exclamó:

- ¡No puede ser…! ¿La Torre de Dan?

Boku la miró, sin saber a qué se refería.

- Cuando era pequeña, mi padre me contó una historia… - empezó a decir, pero entonces sucedió algo que provocó que interrumpiera su relato.

De la entrada salió un hombre de mediana edad, que se acercó a ellos receloso. Por su aspecto parecía de la raza kuro. Era de elevada estatura, piel azabache y grandes y expresivos ojos negros. Su pelo era muy corto y ensortijado. Llevaba una túnica raída y unos colgantes parecidos a los que llevaban los alcaldes midori. Esto significaba que debía ser alguien importante. O al menos creía serlo.

Boku, como siempre en estos casos, estaba alerta a cualquier movimiento extraño que detectara. El hombre iba desarmado, pero podía no estar solo. De hecho, era bastante probable que no lo estuviera. Dentro de la torre había sitio para un ejército entero.

Cuando el hombre estuvo frente a ellos, dijo algo en un idioma

que ni Boku ni Omahé entendieron.

- ¿Hablas nuestro idioma? -preguntó la muchacha en la lengua única.

Entonces el hombre respondió en ese mismo idioma, con orgullo:

- Por supuesto. Es la lengua de los dioses - Y después preguntó, desconfiado - ¿Qué motivos os traen a este lugar?

- Estamos haciendo un largo viaje y pasábamos por aquí - respondió el joven - Me llamo Boku, y soy hijo de edenitas.

- Yo me llamo Omahé, y mis padres eran danitas - se presentó la muchacha.

- Lo sabía - dijo el hombre, que a partir de ese momento se dirigió a la muchacha e ignoró abiertamente a Boku - En cuanto te vi, supe que eras hija de los dioses.

Omahé se sorprendió, pero no dijo nada. Sabía que la creencia de que los Cien Héroes eran dioses estaba muy extendida, no solo entre los danitas sino entre otros pueblos del continente. Creencia que, por cierto, los pelopaja se esforzaban mucho en erradicar allí por donde pasaban.

- Mi nombre es Bahm - prosiguió el hombre - Soy el sumo sacerdote de este templo construido hace mucho tiempo en honor a los dioses del mundo por sus hijos los danitas. Ellos hace mucho tiempo que se marcharon, pero nuestra orden sigue aquí.

- ¿Vuestra orden? - repitió la muchacha, recorriendo los ventanales de la torre con la mirada.

- La orden de los Cien Dioses. Esos que veis ahí - afirmó con solemnidad, señalando las estatuas.

Los dos jóvenes contemplaron de nuevo las figuras talladas en piedra. Omahé recordó más detalles de la historia que su padre le había contado acerca de la Torre de Dan. Quiso decir algo al respecto, pero Bahm estaba encantado de tener quien le escuchara, y siguió diciendo:

- La leyenda dice que los Cien Dioses murieron. ¡Ja! ¡Como si los dioses pudieran morir! Nosotros, los miembros de la orden, creemos que siguen aquí como espíritus invisibles, gobernando los asuntos de los hombres. Controlan las fuerzas de la naturaleza y el destino del mundo. A veces se enfadan y entonces provocan tormentas que arruinan las cosechas, y guerras que aniquilan a pueblos enteros. Así que, cuando algo de eso sucede, ofrecemos sacrificios para apaciguar su ira.

Boku torció el gesto al escuchar estas palabras, pero no dijo nada.

Bahm señaló a lo alto de la torre, con los ojos brillantes de la emoción.

- Muy pronto colocaremos allí una nueva imagen, que los constructores de la torre no pudieron terminar. Rezo porque podamos ponerla en su sitio antes de que llegue el invierno. Así el templo a los Cien Dioses estará por fin completo.

- Pero antes has dicho que esas imágenes representan a los Cien Héroes… - comenzó Omahé, pero Bahm la interrumpió para corregirla.

- Los Cien Dioses. Sí, estos son los Cien Dioses, pero supongo que no has olvidado que hay un dios por encima de todos ellos, ¿verdad?

- Sí. El Dios Único - dijo Boku, desafiante.

Bahm le miró con desdén, y dijo:

- ¿El Dios Único? Bah, ese es un dios de pelopajas. No, me refiero al dios que gobierna sobre los otros cien.

- El Príncipe del Mundo - dijo Omahé.

- El Dios del Mundo - corrigió Bahm - Sí, a él irá dedicada esa estatua, que colocaremos en lo alto del templo, por encima de los demás dioses y de nosotros mismos. Es él quien nos protege y le veneramos. Es el más poderoso de todos, y el que más sacrificios

exige.

Aunque veía que el joven procuraba mantener una expresión impasible, Omahé percibió que Boku estaba impaciente por marcharse de allí. Y, francamente, ella sentía lo mismo. No le apetecía nada pasar la noche en aquel lugar, por muy confortable que pudiera ser la torre por dentro. Así que dijo:

- Nosotros debemos continuar nuestro camino. Tenemos por delante un viaje muy largo.

Bahm pareció sorprendido.

- ¿No vais a quedaros aquí a pasar la noche? La torre tiene muchas habitaciones donde guareceros del frío. Compartiremos nuestra comida con vosotros. Los pueblos de los alrededores son generosos con la Orden de los Cien Dioses y nunca nos falta comida.

- Os agradecemos vuestra hospitalidad, pero debemos seguir nuestro camino - dijo la muchacha con una firmeza que hizo que Bahm no insistiera.

- Como queráis. Que los Cien Dioses os protejan.

Los dos jóvenes montaron en sus caballos y se marcharon de allí todo lo deprisa que pudieron.

Durante el camino cabalgaron en silencio mientras daban vueltas en su cabeza a aquel encuentro con el extravagente sacerdote kuro. Al caer la noche, hicieron un alto en el camino para descansar. Cuando Boku terminó de encender el fuego, rompió el silencio para decir:

- Ese Bahm… estoy convencido de que estaba solo en aquella torre.

- ¿Cómo lo sabes? - preguntó la muchacha, escéptica - Dentro de aquella torre podía haber una multitud de gente y ni siquiera lo sabríamos.

- Tengo una especie de sentido especial para esas cosas - confesó Boku - Allí dentro no había un solo ser humano. Y aún así, el sitio me daba escalofríos. Tengo la impresión de que ocurrieron sucesos

sangrientos allí.

- Creo que no vas desencaminado - admitió la muchacha - Mientras estábamos allí, recordé la historia de la Torre de Dan, que mi padre me contó cuando era pequeña.

"Hace mucho tiempo, cuando los danitas comenzaban a ser un pueblo numeroso y se formó el Consejo de Dan, uno de los consejeros propuso construir una torre, un monumento diseñado para demostrar al resto de pueblos la grandeza y superioridad de la raza danita. Después de considerar unas cuantas propuestas, finalmente el Consejo decidió hacer una torre que llegara hasta el cielo y, para ello, buscaron a los miembros de su raza que estuvieran mejor preparados para acometer una obra semejante. Después de bosquejar los planos iniciales, buscaron un lugar donde construir la torre, y lo encontraron donde estaba situada por aquel entonces la frontera del territorio danita.

"Y comenzaron los trabajos de construcción. En un principio todo fue bien, pero muy pronto hubo discrepancias en el Consejo sobre la finalidad última de la torre, y se formaron dos bandos. El bando más numeroso quería que la torre fuera un templo dedicado a los Cien Héroes y al Príncipe del Mundo, donde venerar a los que habían sido los padres de la raza danita. Pero también surgieron voces que pretendían justo lo contrario: hacerse perdonar las guerras y las tribulaciones que los Cien Héroes habían causado con la rebelión. Querían que el monumento contuviera un centro de enseñanza, y que a su alrededor se creara una ciudad que fuera el referente de la cultura danita para los demás pueblos; una especie de sucursal de Aitamalad que hiciera de faro de la civilización para el resto de pueblos de Saph.

"Las obras siguieron su curso, y una tras otra se fueron construyendo las estatuas que representaban a los Cien Héroes. Pero los conflictos entre los dos bandos fueron en aumento y, cuando la

torre estaba casi terminada y solo quedaba por hacer la estatua que representaba al Príncipe del Mundo, estalló una lucha a muerte entre los dos bandos. Muchas de las estatuas fueron destruidas, y la obra se abandonó. No pasó siquiera una generación, y el monumento quedó abandonado a su suerte, símbolo del gran defecto del pueblo danita: su incapacidad de vivir en paz. Pasó otra generación más, y las fronteras del pueblo danita retrocedieron y dejaron el monumento en manos de otros pueblos, que utilizaron la torre como símbolo de sus creencias o de sus supersticiones".

Cuando la muchacha terminó su relato, hubo unos momentos de silencio entre los dos. Tanto Boku como Omahé reflexionaban sobre la moraleja de la historia.

- En uno de los pueblos que visité con mis padres cuando era pequeño me contaron una historia parecida - recordó Boku - En ella decían que los danitas habían sido tan orgullosos como para pretender construir una torre que llegara hasta el cielo, la morada de los dioses, y que estos les habían castigado enemistándolos entre ellos y llevándolos a la guerra.

- Probablemente se referirían a la Torre de Dan - dijo la muchacha.

- Probablemente - repitió el joven mientras se tumbaba en su esterilla. De repente se encontraba muy fatigado. No solo porque aquel día hubieran cabalgado más de lo habitual, sino también porque pensaba en todo el trabajo que quedaba por hacer en aquel atribulado mundo.

Capítulo 9

Pasó un mes antes de que llegaran a territorio pelopaja. Boku pensó que en las ciudades donde predominaran los descendientes de la raza violeta tendrían un mejor recibimiento, pero la presencia de Omahé era un elemento perturbador para muchos de sus miembros. Además, hasta allí hacía mucho tiempo que no llegaban misiones procedentes de Edén, y desconfiaban también de Boku. La memoria humana es frágil, y la existencia de Edén se había convertido en una leyenda para aquellos pueblos. Así que, cuando los habitantes de la región le preguntaban a dónde iban, y él contestaba que iban a Edén, siempre hacían el mismo comentario:

- ¿A Edén? ¡Imposible! ¿Y con ella? ¡Menos aún!

Boku entonces no insistía. Tan solo replicaba:

- Piensa lo que quieras. Es la verdad.

En cuanto a Omahé, procuraba no despegarse de Boku cuando estaban en uno de aquellos pueblos. A pesar de que aquella gente no parecía especialmente violenta o agresiva, podía notar sus miradas hostiles cuando iba por el pueblo. Incluso alguno, más explícito, escupía después de que ella pasara. Cuando eso ocurría, Boku se detenía desafiante ante quien lo había hecho, pero la muchacha le tomaba del brazo y le obligaba a proseguir su camino.

- Déjalo, no importa - le decía.

Pero, aunque intentaba que no le afectara, no podía evitar sentirse triste cuando notaba el rechazo de la gente.

- Hay demasiado odio entre los dos pueblos - decía Boku cuando estaban a solas - Pero no habrá paz en este mundo hasta que los pelopaja y los danitas no se mezclen en un solo pueblo.

Omahé asintió. Entonces cayó en la cuenta de que el comentario de Boku parecía tener un significado especial para ellos dos y se ruborizó.

Dado que la muchacha no era recibida con simpatía salvo en muy contadas ocasiones, y para evitar que se quedara sola, Boku acabó explicando que Omahé era su amante. Era una mentira que le repugnaba, pero decir que no tenían ninguna relación entre ellos o que estaban casados era mucho peor. La primera posibilidad dejaba desprotegida a Omahé ante la hostilidad de los demás, y la segunda hacía que fueran los dos quienes quedaran desprotegidos, pues un compromiso tan fuerte como el matrimonio colocaba a Boku al mismo bajo nivel de consideración que tenía Omahé ante aquellos pueblos. De esta forma, Omahé constaba como propiedad de Boku y nadie osaría hacerle daño si no quería vérselas con él. Entre ellos la coleta larga que lucía el joven también tenía mucho valor.

Puesto que tenían que comportarse de acuerdo con la explicación oficial, cuando pasaban la noche en un pueblo dormían juntos en una misma habitación. El lecho que les preparaban era mucho más cómodo que el suelo del camino, pero Boku siempre dejaba el lecho para Omahé y se acostaba con su esterilla en el suelo. Por lo general la cama que les preparaban era demasiado estrecha para que pudieran dormir sin tocarse, y el joven prefería evitar la tentación de dar rienda suelta a sus deseos.

Porque, justo cuando entraron en la región pelopaja, Boku se dio cuenta por primera vez de algo que le perturbaba enormemente.

Omahé le gustaba. No solo eso; también la deseaba con una intensidad que no había sentido jamás.

Un día que pasaron por un río de aguas poco profundas, la muchacha decidió que podía aprovechar para lavar la ropa que llevaba en su petate. Fue con la ropa hasta la orilla, y las algas que recubrían las piedras la hicieron resbalar y caer de una manera tan cómica que

Boku no pudo evitar reír a carcajadas.

Omahé, más que enfadarse ante la reacción del joven, se sorprendió. Era la primera vez que escuchaba reír así. Ni entre los danitas ni entre los pueblos que habían visitado en su viaje había escuchado jamás una risa tan abierta y sonora.

- Lo siento - se disculpó Boku, todavía riendo - Te has caído de una manera tan graciosa que no he podido evitarlo. ¿Te has hecho daño?

La muchacha intentó levantarse. Se había mojado toda la ropa que llevaba puesta y la que iba a lavar, pues ya la había sumergido en el agua antes de caerse. El joven se acercó para ayudarla a levantarse, y justo cuando la tomó de la mano la muchacha tiró de él y Boku también cayó al río.

- ¡Esto es por reírte! - exclamó la muchacha, divertida.

Boku volvió a reír a carcajadas y forcejeó en broma con la muchacha para intentar sumergirle la cabeza en el agua. Omahé se resistía, pero el joven era más fuerte y la muchacha acabó con la cabeza debajo del agua varias veces.

En uno de los lances del juego, Boku abrazó a Omahé para inmovilizarla y sus cuerpos quedaron pegados. Justo entonces el joven sintió un deseo enorme de besar a la muchacha y de hacerla suya allí mismo. Aquel impulso fue tan intenso que sintió miedo y soltó a la joven.

Cuando finalmente salieron del agua, los dos estaban completamente empapados.

- Qué desastre - dijo Omahé, mientras intentaba despegarse la ropa del cuerpo - Me he quedado sin ropa seca. Tendré que lavarla y tenderla al sol antes de que podamos continuar.

Boku asintió sin mirarla, todavía azorado por el pensamiento que había tenido hacía un momento, mientras estaba dentro del agua. Él también tendría que hacer algo con lo que llevaba puesto. Comenzó a

quitarse la ropa mojada, sin pensar en otra cosa que en lo que acababa de pasar. Justo cuando le quedaba por quitarse la última prenda, se dio cuenta de que la muchacha estaba roja como un tomate, sin saber a dónde mirar, vestida y empapada de pies a cabeza.

Entonces se dio cuenta de la situación y él también se ruborizó.

- Perdona, ahora mismo me voy a otra parte - dijo atropelladamente, mientras se dirigía adonde habían atado los caballos. Sacó una muda de su petate y, detrás del grueso tronco de un árbol, donde ni él podía verla a ella, ni ella a él, se desnudó, se secó como pudo con su manta y se vistió con ropa limpia.

Imaginó que la muchacha ya se había quitado la ropa mojada y no quiso acercarse al río, para no pillarla en una situación comprometida. No tenía ni idea de lo que habría tomado para cubrirse, pues la muchacha se había quedado sin ropa seca, pero tampoco quería averiguarlo. Aquella sensación de deseo hacia la joven le había sorprendido tanto que prefería estar a solas y poner en orden sus pensamientos.

¿Qué le estaba pasando? Desde la caída en el río, era pensar en Omahé y venirle a la mente toda clase de deseos y pensamientos inconfesables. Incluso con el cuerpo todavía frío por el chapuzón involuntario, podía notar como una parte de su cuerpo reaccionaba ante el simple recuerdo de aquel lance.

Era cierto que la muchacha le cayó bien desde que se conocieron. Como compañera de viaje, era la mejor que podía tener. Jamás se había quejado de la dureza del viaje, le ayudaba siempre que podía e incluso le había sido muy útil cuando pasaron por pueblos donde los pelopaja no eran bien vistos. Hasta entonces, Boku pensaba que sus destinos tomarían caminos separados una vez llegaran a Edén. Pero ahora la sola idea de separarse de Omahé le resultaba insoportable.

Cuando consideró que había pasado el tiempo suficiente para que la muchacha se pusiera ropa encima, regresó adonde estaba ella.

Omahé se había enrollado su manta al cuerpo, y ya había tendido la ropa mojada en las ramas de los árboles cercanos.

- Afortunadamente hace sol y sopla el viento, así que la ropa no tardará demasiado en secarse - le dijo la chica, con una sonrisa tímida.

Boku asintió, sin mirarla. ¿Por qué ahora le costaba tanto mirarla a los ojos? La muchacha se dio cuenta pero malinterpretó su actitud.

- ¿Estás enfadado por haberte tirado al río? Lo siento...

- No, no estoy enfadado - se disculpó él, forzándose a mirarla y aparentando toda la naturalidad de la que era capaz - Eres tú la que podrías estar enfadada conmigo, después de que me riera de ti.

La muchacha se encogió de hombros.

- No tiene importancia. Además, ha sido divertido.

Boku no pudo evitar que la vista se le fuera hacia los hombros y los brazos desnudos de Omahé, lo que hizo que los pensamientos extraños volvieran a su mente.

- Creo que voy a intentar pescar algunos peces - dijo, mirando al río - Todavía nos queda un buen rato hasta que se seque la ropa, y no nos iría mal un cambio en la dieta.

Y se alejó siguiendo el curso del río.

Desde aquel día, la muchacha había notado un cambio de actitud en Boku. Hablaban menos que de costumbre, y a veces lo sorprendía mirándola de una manera extraña, momento en el que él desviaba la vista a otra parte. A veces los silencios que se producían entre ellos, que al principio de conocerse habían parecido normales y fluidos, se volvían incómodos. La muchacha se preguntaba el motivo de ese cambio de actitud en el joven, e incluso llegó a pensar que, ahora que estaban en terreno pelopaja, Boku se avergonzaba de ella. Pero, cada vez que el joven la defendía de los desaires que le hacían los habitantes del lugar, esa idea le parecía ridícula y la desechaba. Hasta

que una mirada extraña o una respuesta lacónica la hacían dudar de nuevo.

En cuanto a su contacto con los pueblos pelopaja, a pesar de la desconfianza inicial, ella hacía todo lo posible por ganarse la amistad de aquellas gentes. En una de las aldeas que visitaron fueron acogidos en casa de una familia que tenía enfermo a su hijo pequeño desde hacía diez días. El niño tenía fiebre muy alta y sus padres se temían lo peor. Omahé entonces se ofreció para curarle:

- Mi madre adoptiva aprendió las artes de la curación en Edén, y ella a su vez me enseñó todo lo que sabía - dijo a su madre, en cuyo rostro podía ver el dolor por la enfermedad de su pequeño - Si me dejas intentarlo, puedo hacer que tu hijo se ponga bien.

La mujer, indecisa, miró a Boku como pidiendo confirmación de las palabras de la joven.

- Dice la verdad - afirmó el joven - Deja que te ayude.

La mujer finalmente accedió, y Omahé se puso manos a la obra. Ayudada por Boku, fue a buscar en los bosques cercanos las hierbas necesarias para preparar los medicamentos. Con ellas preparó unas infusiones que fue dando al pequeño endulzadas con miel, para que fuera más fácil para él tomarlas. Al cabo de un par de días, el niño dejó de tener fiebre y abandonó el lecho en el que había estado postrado durante tantos días. Transcurridos tres días, el pequeño correteaba y jugaba por los alrededores de su casa.

Los padres del niño quedaron tan agradecidos que incluso querían pagar a Omahé por haberle curado. Ella rechazó educadamente el ofrecimiento.

- No tenéis que pagarme nada. Con vuestra hospitalidad estoy más que agradecida - les dijo.

- Una vez más, te damos gracias por hacer esto desinteresadamente - dijo el padre del pequeño - ¿Podríamos pedirte un favor más?

- Sí, por supuesto - respondió la muchacha sin vacilar.

- Queremos que nos enseñes a curar - pidió la madre - Nos gustaría saber cómo has curado a nuestro hijo. Nosotros los pelopaja no solemos caer enfermos, pero queremos estar preparados para recuperar la salud cuando eso suceda.

- También nos gustaría que nos enseñaras a curar heridas - intervino el padre - Nuestros métodos no son muy buenos y eso acaba complicando la curación.

La joven miró a Boku, que parecía aprobar lo que decía aquella pareja.

- No hay problema. Nuestro viaje va según lo previsto, así que podemos quedarnos unos días más - confirmó el joven.

Así que la madre reunió a diez mujeres más en su casa y todos los días, mañana y tarde, la muchacha enseñaba cuáles eran los mejores remedios para bajar la fiebre y para curar las heridas que se producían en la vida cotidiana del pueblo. Incluso les enseñó a preparar un poderoso antídoto contra el veneno de una pequeña serpiente que era la pesadilla de la región.

Omahé, lejos de ver aquello como una obligación, disfrutaba explicando lo que sabía. Era realmente gratificante poder ser de ayuda a aquellas gentes, y que dejaran de verla como a una enemiga. El último día por la tarde, cuando Omahé dio por terminadas las clases y se estaban despidiendo, una de las mujeres a las que enseñaba, que había escupido a su paso el primer día que llegaron, se disculpó con ella diciendo:

- Te pido perdón por haber creído que eras nuestra enemiga. Ahora me doy cuenta de que eres una buena muchacha.

- Gracias – dijo Omahé con una amplia sonrisa - Mi mayor deseo es que haya paz entre todos los pueblos de Saph. No tengo nada que ver con los problemas que hay entre los danitas y los pelopaja.

- Sí, ya vemos que predicas con el ejemplo - dijo otra de las

mujeres, con un tono levemente burlón, que hizo que las demás rieran, cómplices.

La muchacha entendió por dónde iba la broma, y sonrió sin decir nada. Allí también habían contado la mentira de que ella era propiedad de Boku.

- ¿Sabes? No me creo que el edenita y tú seáis amantes - observó una de las mujeres, con una pícara sonrisa.

- ¿Por qué no? - preguntó la muchacha a la defensiva, mientras notaba con horror que estaba empezando a ruborizarse.

- La manera en la que te mira - respondió la mujer - No te mira como alguien que ya te tiene, sino como alguien al que le gustaría tenerte. Es ligeramente distinto.

Las demás mujeres asintieron, sonrientes.

Puesto que ya se había ganado la confianza de todas ellas, Omahé reconoció la verdad.

- Sí, es verdad, no tenemos ninguna relación. Boku decía que esa explicación era la mejor para protegerme, dado que los danitas no caemos muy simpáticos entre los pelopaja.

- Y es cierto que no nos caen bien - asintió otra mujer - Pero eso era antes de conocerte a ti.

- Pero no es verdad que yo le guste - afirmó la joven - Solo es amable conmigo e intenta protegerme para poder llegar a Edén sanos y salvos.

Las mujeres rieron de nuevo.

- ¡Ay, chiquilla! - exclamó una de ellas, tomándola del brazo en un gesto cariñoso - ¿Tan ciega estás que no reconoces lo evidente?

La muchacha las miró a todas, sorprendida.

- ¿Creéis que Boku está…? - preguntó, roja ya como un tomate.

- …enamorado de ti - terminó la frase la madre del pequeño - Hasta los niños son capaces de verlo.

Omahé no sabía que decir. Se quedó mirando a sus

interlocutoras con los ojos abiertos como platos.

- La cuestión es… ¿te gusta él? - preguntó la mujer de mayor edad, más osada.

- Bueno, es cierto que es muy guapo… - reconoció la joven, y una de las mujeres la interrumpió.

- ¿Muy guapo? ¡Por el Dios Único, chiquilla, es un edenita! ¡Ellos son el modelo de belleza para todos los pelopaja! Todas las muchachas del pueblo darían un brazo porque Boku les mirara como te mira a ti.

- Pero os equivocáis - insistió Omahé obstinadamente - No creo que yo le guste.

Justo en ese momento apareció Boku, y todas callaron y clavaron sus miradas en él. El joven advirtió que pasaba algo extraño, y malinterpretó el silencio.

- ¿Ocurre algo? - preguntó a la muchacha.

- No, nada, estábamos despidiéndonos - respondió ella, intentando disimular la turbación que sentía.

- Venía a buscarte para ir a casa del alcalde. Como es nuestro último día en el pueblo, ha querido invitarnos a cenar.

La muchacha se abrazó con todas y cada una de las mujeres que habían sido sus alumnas durante aquellos días. Cuando le tocó el turno a la madre del pequeño, esta le susurró al oído:

- Aclara tus sentimientos hacia él, y sé feliz.

Omahé sonrió tímidamente, sin saber que decir, y abandonó con Boku la casa de sus anfitriones.

Cuando los jóvenes se habían alejado ya una docena de pasos, la mujer de más edad observó:

- Hacen buena pareja, ¿verdad?

Todas asintieron.

- Pero el corazón me dice que no lo van a tener fácil – observó la madre del pequeño.

- Nada es fácil en este mundo – apostilló otra de las mujeres.

Capítulo 10

El invierno les sorprendió atravesando territorio akai. A diferencia de otras razas como los aoi o los kiroi, que estaban empezando a formar pequeños estados, gracias en parte a la influencia de los pelopaja, los akai seguían empeñados en mantener una estructura de tribus independientes. Eran un pueblo habilidoso e inteligente, con el único defecto de ser demasiado belicosos, lo que causaba problemas entre ellos y con otras razas.

Lo que caracterizaba inequívocamente a los akai era el color de su piel, de tono cobrizo. El pelo era lacio y de color negro azabache, y los ojos eran en general negros o castaños, muy raramente verdes. Eran de estatura elevada (aunque no tanto como los pelopaja) y de complexión robusta. Hablaban la lengua única y veneraban al Dios Único. Eran seminómadas; su actividad principal era la caza, aunque estaban comenzando a desarrollar una agricultura incipiente, lo que les estaba llevando poco a poco a asentarse de manera permanente en el territorio.

Los akai tenían contactos frecuentes con los pueblos pelopaja y no era extraño que se mezclaran; en algunas zonas habían sido absorbidos, de manera que ya no podían considerarse akai puros. Justamente este pueblo mezclado era el que estaba comenzando a desarrollar la agricultura de manera más firme, a fundar ciudades y a considerar la creación de un estado que las agrupara.

Pero los pueblos por los que Boku y Omahé pasaron en su viaje eran predominantemente akai. Puesto que los edenitas no les eran extraños, enseguida reconocieron a Boku como tal. Los akai de aquellas tierras tenían escaramuzas periódicas con un asentamiento

de danitas, descendientes del ejército que destruyó el primer Edén y que tuvo después que replegarse hacia su territorio al no poder mantener las tierras conquistadas. Por ese motivo al principio miraban a Omahé con recelo, pero el hecho de que acompañara al joven edenita era garantía suficiente para ellos y siempre la trataron con la misma consideración que a Boku. Para los dos jóvenes, el hecho de ser bien recibidos en los lugares por donde pasaban era siempre un alivio y les facilitaba mucho las cosas.

Puesto que habían tomado un camino que les llevaba hacia el norte, el invierno era más frío y no era extraño que nevara. Boku era consciente de que poco podrían avanzar durante esa estación. Afortunadamente, los akai eran hospitalarios por naturaleza y no tuvieron problemas en conseguir alojamiento. En lugar de vivir en casas permanentes, montaban tiendas enormes hechas de pieles de animales, donde cabía holgadamente una familia entera. Pasaban la mitad del año en un mismo sitio, y en primavera y verano se dirigían aún más al norte, donde la caza era más abundante.

Como la idea había funcionado muy bien entre los pelopaja, y dado que la muchacha fue bien recibida entre los akai, Omahé se ofreció para enseñar a un grupo de mujeres conocimientos básicos sobre curación. Primero preguntó por las dolencias y accidentes más habituales en el campamento, y ajustó sus clases de acuerdo a ellos.

Por su parte Boku, que a lo largo de los años se había vuelto un excelente cazador, acompañaba a los hombres en sus cacerías. En invierno la caza escaseaba, así que debían partir antes de que despuntara el alba y regresaban cuando se hacía de noche. Era agotador, pero a Boku le gustaba pues incitaba su espíritu aventurero y disfrutaba con los desafíos. Además, era la única actividad en la que conseguía olvidarse por unos instantes de Omahé, pues la búsqueda de presas requería de toda su atención. Aún así, en el momento menos pensado le asaltaba el recuerdo de la muchacha, y entonces la

echaba terriblemente de menos.

En una de esas expediciones, uno de los jóvenes akai, que debía tener más o menos la edad de Boku, hizo un comentario ante sus compañeros mientras compartían la comida alrededor de una hoguera y las mujeres pasaron a ser el tema de conversación:

- Pues a mí no me importaría cortejar a la muchacha danita. Es diferente a nuestras mujeres, pero me gusta.

En ese momento Boku estaba algo apartado y de espaldas a ellos, así que el joven akai hizo aquel comentario pensando que el edenita no le estaba escuchando. Pero Boku tenía el oído muy fino, y todavía más cuando oía la palabra "danita". De repente sintió una oleada de celos, y el impulso de gritarle al joven akai que Omahé era suya y que ni se le ocurriera acercarse a la muchacha. Pero en lugar de eso, y aunque la sangre le hervía por dentro, se controló y prestó mucha más atención a lo que estaban diciendo, mientras fingía estar ocupado con su caballo.

- Pero la muchacha pertenece al edenita - replicó uno de los hombres, un akai de mayor edad.

- Eso dicen ellos, pero nadie les ha visto retozar juntos - insistió el joven akai.

- Es cierto - corroboró otro de los jóvenes, que estaba comprometido con la hija de los anfitriones de Boku y Omahé - Annuk me ha dicho que ni siquiera duermen abrazados.

Los akai dormían todos en una misma estancia, así que las parejas no tenían intimidad. Alguna que otra noche, cuando el sueño le era esquivo, Boku había fingido dormir mientras oía risas y exclamaciones ahogadas de sus anfitriones. Así que no era extraño que los akai hubieran notado que Omahé y él no se entregaban a la pasión nocturna, como sí hacían ellos.

- Quizá sientan vergüenza - terció el hombre de mayor edad - Ellos no son de nuestro pueblo, y puede que sus costumbres sean

otras.

- ¡Si ni siquiera se besan! - exclamó el joven a quien le gustaba Omahé.

- Los akai tampoco nos besamos en público - intervino otro.

- Pero, si lo hubieran hecho, alguien les habría visto - insistió el pretendiente de la muchacha - En el campamento es difícil esconderse de los demás.

Finalmente, el hombre de más edad zanjó la conversación:

- Da igual lo que hagan, no debes interponerte entre ellos. Son nuestros huéspedes, y pretender a una muchacha que pertenece a un huésped sería violar las leyes de la hospitalidad, que para el pueblo akai son sagradas. Si dicen que son pareja, es que lo son.

El joven asintió, cabizbajo, y no insistió.

A partir de aquel día, Boku procuraba vigilar todos los movimientos del joven akai, y evitó por todos los medios que se quedara a solas con Omahé.

Mientras los hombres estaban de caza, Omahé ayudaba a las mujeres en sus tareas, y de vez en cuando pensaba en Boku. Los días de caza Boku y Omahé apenas se veían y se cruzaban una docena de palabras. Al anochecer, cuando volvían al campamento, el joven se encontraba tan cansado que, apenas cenaba, se acostaba y se quedaba dormido al instante.

Lo que le habían dicho las mujeres pelopaja le había hecho considerar sus sentimientos hacia el joven, y lo cierto es que tenía que reconocer que Boku le provocaba pensamientos que hasta entonces nunca había tenido. Por las circunstancias de su vida, Boku fue el primer hombre joven con el que había convivido. Los jóvenes midori de Nafrún no se atrevían a hablar con ella, y eso ni siquiera le importaba, pues no se sentía atraída por ninguno de ellos.

Entre los akai, las costumbres sexuales eran algo más relajadas que entre los pelopaja y otros pueblos que habían visitado. Cuando la

joven no estaba dando clases, pasaba la mayor parte del tiempo con las muchachas de su edad, y muchas veces era testigo del cortejo desplegado por los muchachos del campamento. Con alguna ligera variante, el procedimiento era más o menos el mismo: al principio el chico tanteaba el terreno con la chica que le gustaba y le hacía alguna broma o comentario insinuante. Si ella le correspondía, seguían una conversación llena de dobles sentidos y risas, que acababa con la pareja "esfumándose" hacia algún lugar donde pudieran estar a solas y dar rienda suelta a sus impulsos.

Omahé presenciaba todo aquel proceso divertida, pero también con un poco de envidia. Le costaba imaginar a Boku en la misma situación en la que se hallaban los jóvenes akai. Comparado con ellos, Boku se veía mucho más maduro. Solía estar serio todo el tiempo, pero en ocasiones, cuando la situación le permitía relajarse, mostraba un sentido del humor muy agudo. Y luego estaba aquella vez que rió a carcajadas, cuando ella resbaló y se cayó en el río.

La muchacha rememoró entonces aquel episodio. Revivió el momento en que forcejeó con el joven en el agua, pegados el uno al otro, y no pudo evitar sonrojarse ante ese recuerdo. Durante un breve instante, pudo sentir la fuerza del abrazo del joven, y deseó que hubiera durado un poco más. Pero él la soltó demasiado pronto y luego empezó a tratarla con mayor distancia.

Entonces, una sospecha comenzó a anidar en el corazón de la muchacha.

"¿Será que no quiere que me haga ilusiones?", pensó, abatida.

Esa explicación tenía sentido, cavilaba para sus adentros. Puesto que era hijo de edenitas y se había quedado solo, probablemente se dirigía a Edén para buscar una esposa digna de él. Aunque el joven no le había dicho nada remotamente parecido, pensó que era una explicación plausible. ¿Acaso no era la razón de ser de los edenitas generar una descendencia abundante que hiciera aumentar el número

de sus descendientes, los pelopaja?

Además, ¿cómo podía competir con una joven edenita? No tenía el cabello rubio ni los ojos azules, y seguro que ante Boku las edenitas se verían mucho más bellas que ella, que ni siquiera se veía guapa a sí misma. Además, pertenecía a la raza danita, enemigos de los pelopaja desde el inicio de los tiempos y eternos rivales en la lucha por el dominio de Saph. Los pelopaja consideraban al Príncipe del Mundo como el Mal en la tierra; los danitas (salvo excepciones) le consideraban su dios y protector.

Siempre que se entregaba a esos pensamientos negativos, se sentía abatida y todavía se desanimaba más. Hasta que el joven le hacía algún gesto o comentario en el que daba a entender que se preocupaba por ella, y sus dudas se disipaban hasta el próximo episodio de inseguridad.

Una noche en que los hombres acababan de regresar de cazar, se escuchó un grito agudo en una de las tiendas, que hizo que todos fueran corriendo hacia el lugar de donde procedía. Boku y Omahé también estaban entre ellos.

El que había gritado así era un niño de unos diez años. Omahé le conocía bien pues durante el tiempo que llevaban en el campamento había estado intentando mejorar su salud, que según comentaba su madre era enfermiza desde que nació. Al lado del niño estaba su madre, desesperada e impotente ante el sufrimiento de su hijo. Pero, por encima de todo, estaba aterrorizada.

Todos los presentes se quedaron mudos de asombro, pues jamás habían visto nada igual.

El niño estaba tumbado y girando sobre sí mismo en el aire. De vez en cuando daba unos gritos espantosos, que no correspondían con un niño de su edad y su constitución, o hablaba con una voz ronca en un idioma incomprensible.

Un grupo de los hombres allí presentes intentaron bajar al niño

para que tocara el suelo, pero el niño reaccionaba violentamente y comenzaba a dar patadas en el aire para que nadie le tocara.

Omahé no sabía qué era aquello. Intentó pensar en algún remedio que pudiera tranquilizar al pequeño, pero finalmente desechó la idea. Además, ¿cómo iba a hacer que tomara algo, si no permitía que nadie se acercara a él? La muchacha miró a Boku, que contemplaba la escena junto a ella, con el semblante muy serio y sin mostrar sorpresa ninguna, lo que hizo sospechar a Omahé que el joven sabía lo que estaba pasando.

- ¿Qué es lo que tiene este niño? - le preguntó la muchacha en voz baja.

El joven le hizo callar con un gesto y siguió mirando la escena con expresión concentrada, sus ojos fijos en el niño. Omahé no entendía nada, pero no insistió.

Al cabo de unos minutos que se hicieron interminables, el niño cayó de repente en el suelo, inconsciente. Entonces la madre se abalanzó sobre él y le abrazó, llorando. Todos los presentes se acercaron un poco más.

- ¡Mi hijo! ¡Está muerto! - exclamaba la mujer, abrazando con más fuerza a su hijo.

Omahé entonces creyó que debía hacer algo, y se abrió paso hasta donde estaban ellos. Tal como le había enseñado Oré, comprobó que el niño todavía respiraba y que tenía pulso.

- No, no está muerto - afirmó, rotunda - Tan solo ha perdido el conocimiento. Tenemos que intentar que despierte.

No había acabado de decir esas palabras, cuando el niño abrió los ojos y miró a su alrededor con sorpresa, como si acabara de despertar de un mal sueño. La madre soltó una exclamación de alivio y se aferró a su pequeño.

- ¿Qué pasa, mamá? - decía el niño - ¿Por qué están todos aquí?

El pequeño, aparentemente, no recordaba nada de lo sucedido.

Omahé pensó que, una vez pasado aquel ataque, lo mejor era darle al niño una infusión tranquilizante y que descansara toda la noche. No podían hacer más.

Una vez todos regresaron a sus tiendas y el pequeño se quedó dormido, Omahé y Boku se marcharon también. El joven no había abandonado en ningún momento su expresión grave.

En cuanto estuvieron solos, Boku dijo:

- Mañana temprano nos marcharemos de aquí.

La muchacha quedó sorprendida ante esa afirmación. Justamente hacía pocos días el joven le había comentado que seguirían en aquel poblado al menos una semana más.

- Pero tú dijiste que… - comenzó la muchacha.

- Sé lo que dije – la interrumpió Boku, tajante - Pero lo de esta noche me ha hecho cambiar de opinión.

La joven se lo quedó mirando, intrigada.

- Tengo la impresión de que sabes lo que ha pasado - le dijo sin apartar la mirada, buscando la confirmación de sus sospechas.

El joven asintió y, tomándola del brazo, la llevó a un lugar lejos de las tiendas, donde no pudieran escucharles. Entonces le dijo:

- Hace ya tiempo, mi maestro me habló de los siervos del Príncipe del Mundo. Vagan por todo Saph sin control. Poseen las mentes de los más débiles y provocan cosas como las que has visto esta noche.

La muchacha se quedó boquiabierta. Entonces recordó que, hacía mucho tiempo, durante los años que pasó en Xylobis, uno de sus amigos le habló de los espíritus malignos del Príncipe, una noche en que todos se juntaron para contar historias.

- Nada más entrar en la tienda, he sentido algo extraño - prosiguió el joven - Una especie de presencia maligna. He intentado concentrarme y ponerme en contacto con ese espíritu a través de la mente, para ordenarle que dejara en paz a ese pobre niño. Pero me temo que no me ha hecho ningún caso y lo ha dejado cuando ha

querido.

El joven se quedó durante unos momentos en silencio, como si dudara de contar todo lo que sabía. La muchacha insistió:

- Y… ¿has podido descubrir algo más?

Boku suspiró, los ojos fijos en el suelo.

- El espíritu ha intentado averiguar quién era yo y por qué podía sentir su presencia. Por supuesto, no le he dicho nada, pero me temo que hemos atraído su atención, y eso no me gusta. No quiero que el Príncipe del Mundo sepa de nuestra existencia y quiera impedirnos que lleguemos a Edén. Por ese motivo quiero irme de aquí lo antes posible. Si el espíritu ha tomado interés en nosotros, mejor que lo alejemos de este poblado akai, que nos ha acogido con tanta hospitalidad.

Entonces Omahé tuvo un pensamiento que la atemorizó.

- ¿Ese espíritu maligno puede hacernos daño?

El joven negó con la cabeza.

- No, nuestra mente es demasiado fuerte para él. Mientras no tengas miedo, todo irá bien. Lo que me preocupa es la influencia que pueda tener sobre otros que sí pueden hacernos daño físicamente.

La muchacha asintió, preocupada, aunque entendió las razones de Boku.

- De todas formas, quizá tengamos suerte y este espíritu ya no esté a las órdenes del Príncipe. Ha habido mucho desorden en este mundo y el Príncipe no ha podido mantener el control de todos sus siervos. Al menos, eso es lo que mi maestro me dijo.

- Esperemos que sea cierto - replicó la muchacha con expresión sombría, y regresaron juntos a la tienda de sus anfitriones.

Capítulo 11

- ¿Qué novedades traes, Nigosán? Llevaba tiempo sin verte por aquí.

- He estado divirtiéndome un rato, gran Dios del Mundo.

- No te lo reprocho. Por mi parte podéis hacer lo que queráis siempre y cuando me mantengáis informado de lo que sucede en mi reino. Y dime, ¿has visto algo digno de mención?

- Ciertamente, mi señor. Por eso he venido hasta aquí.

- Adelante, cuéntame.

- Pues bien, estaba haciendo travesuras con un niño akai enfermizo, de mente tan débil que no tuve apenas dificultad en introducirme en ella y controlar su voluntad. Debo decir que cuando es tan fácil no resulta tan divertido, pero de todos modos intenté disfrutar de la experiencia, pues no había nadie más en aquel campamento a quien pudiera dominar.

- Hasta ahora no has contado nada nuevo.

- A eso voy, mi señor. Estaba en plena diversión cuando, entre los presentes, apareció un edenita.

- ¿Un edenita? Eso me interesa.

- Y no estaba solo. Le acompañaba una muchacha danita.

- ¿Ya están empezando a confraternizar? Eso no entra precisamente en mis planes.

- Lo sé, mi señor. Por eso he venido a informarle. Además, el edenita me pareció especialmente poderoso.

- ¿Pudo verte?

- No lo creo, pero de lo que sí estoy seguro es de que sentía mi presencia… porque intentó comunicarse conmigo. Me ordenaba que

saliera del cuerpo de aquel niño. Podía percibir la fuerza de sus pensamientos de manera muy insistente.

- Muy interesante. ¿Pudiste averiguar a dónde se dirigían?

- No pude entrar en sus mentes, pero sí sé que tomaron el camino de Nilfin.

- ¿No hay una colonia danita no muy lejos de ese camino?

- Así es, mi señor. La ciudad de Venubym.

- Quizá sería buena idea que les "empujáramos" a que los encuentren.

- Sí, suena divertido.

- Tenemos que hacer todo lo posible por separarles. No quiero a edenitas y danitas codo con codo. Y, si podemos deshacernos del edenita, mucho mejor. De esa manera habrá uno menos del que preocuparse. ¿Te encargarás de hacerlo?

- Creo que me apetece. Tengo la impresión de que me lo voy a pasar bien.

- ¿Puedo estar seguro de que lo harás?

- ¿Le he fallado alguna vez, mi señor? ¿O se ha olvidado ya de Garamim?

- Un Dios del mundo no olvida jamás, Nigosán.

- Aquella vez fue memorable. ¡Provoqué que mataran a una expedición edenita entera! ¡Y ni siquiera tuve que echar mano de los danitas! Conseguí empujar a unos pelopaja tan degenerados que ni siquiera reconocieron a sus antecesores cuando los tuvieron delante. Fue muy fácil inculcarles el miedo hacia aquellos edenitas, y todo lo demás vino solo.

- Aún así, debo recordarte que no murieron todos.

- Es cierto, mi señor. No entiendo qué fue lo que pasó exactamente. Estaban todos juntos, listos para la matanza, cuando de repente un niño salió cabalgando hacia el bosque y un adulto fue tras él.

- De todos modos, conseguiste abortar su misión, y eso ya era

suficiente.

- Sí, mi señor.

- Pero no quiero cabos sueltos en esta ocasión. Tengo la impresión de que no tardaré en recibir una visita indeseada, y quiero acelerar mi plan todo lo posible antes de que eso suceda. Hemos de hacer todo lo posible por evitar que los hijos de Edén lleguen a dominar el mundo. Ellos siguen los planes de los Altísimos, no los nuestros. Yo soy quien dirijo el mundo, no ellos. Y, mientras siga siendo el Dios del Mundo, no permitiré que nadie en las alturas gobierne mi creación.

- Pero, mi señor, esta no es su creación. Este mundo fue creado por…

- ¡Silencio! Soy el Dios del Mundo y por tanto esta es mi creación.

- Si usted lo dice…

- Yo lo digo y es verdad. Yo gobierno los asuntos de este mundo. Yo decido quien vive y quien muere. Los Altísimos me nombraron Príncipe del Mundo, pero el Soberano del Sistema me abrió los ojos y me hizo comprender que soy libre para dirigir mi creación como yo quiera.

- Por cierto, mi señor… ¿hay noticias de Lucifer?

- Me temo que no, Nigosán. Mucho me temo que los Altísimos hayan hecho algo contra él. Llevo siglos pensando que en cualquier momento vendrán a por mí… por eso no hay tiempo que perder. Quiero que el mundo siga avanzando hasta mi objetivo de libertad total. Que todos sepan que no hay más Dios que yo. Que somos víctimas de la tiranía de tres lejanos Ancianos, que han diseñado un plan diabólico para las criaturas mortales. Les prometen la vida eterna simplemente para mantenerlos bajo control a lo largo de todo el universo, mientras van de mundo en mundo. Dicen que el destino final es el Paraíso, la morada de Dios sin espacio ni tiempo. ¡Ja! ¡Como si pudiera existir algo fuera del espacio y el tiempo!

- Pero el Hijo Creador sí que procede del Paraíso…

- Déjate de tonterías. Es cierto que fue mi Creador y como tal le

reconozco, pero está aliado con los Ancianos de Uversa para hacernos creer que su plan está diseñado por el Dios del Paraíso. Él dice que procede del Padre y que ha estado en su presencia en numerosas ocasiones, pero yo no lo creo.

- En su última visita, Lucifer nos dijo que los Altísimos apelaban a la fe en aquellas realidades que no podíamos ver…

- ¡Tonterías! Ese es un recurso pueril para mantenernos sometidos. Lucifer no creía en esas patrañas, y yo confío en él. Él me hizo abrir los ojos, y ya nunca más volveré a creer en algo que no pueda percibir por mí mismo. Si alguien me lleva al Paraíso y puedo verlo con mis propios ojos, entonces creeré que el Paraíso existe. Si, una vez allí, me llevan ante la misma presencia del Dios del Paraíso, entonces creeré en el Dios del Paraíso. Mientras tanto, yo soy el dios aquí y haré lo que considere que tengo que hacer con los humanos de este planeta.

- Y yo le serviré, mi señor.

- Me alegra escucharlo, Nigosán.

- De todas maneras, entiendo que le hagamos la vida imposible a los descendientes de los edenitas, pero ¿por qué también a los danitas?

- ¿A qué te refieres, Nigosán?

- Estaba recordando el caso del gobernador de Xylobis que usted hizo asesinar. Él y su mujer eran descendientes directos de los Cien Héroes, realmente eran dos danitas espléndidos…

- Pero no creían en mí. No necesito a ningún danita que no me vea como su dios. Si no van a servir a mis propósitos, prefiero que estén bien lejos de mi creación.

- Y lejos están, mi señor.

- Pero dejemos de hablar de los enemigos del Dios del Mundo. Dime, Nigosán, ¿has visto a alguno de tus hermanos recientemente?

- Sí, mi señor, de vez en cuando me encuentro con alguno de ellos en mis viajes, sobre todo cuando me dirijo al sur. Allí es donde hay más humanos fáciles de manipular y con los que lo pasamos mejor. De

hecho entre ellos el caos es mucho mayor que entre los pueblos del norte.

- Habéis hecho un buen trabajo. Cuando vuelvas allí, di a tus hermanos que sigan así. Cuanto más desorganizados estén, más fáciles serán de dominar por los danitas.

- De acuerdo, pero hasta ahora los danitas no muestran ningún interés en conquistar el sur.

- Un Dios del Mundo siempre ha de pensar en el futuro, Nigosán. Quiero que los danitas dominen el mundo porque de esa forma yo también dominaré a todos los seres de mi creación, sean de carne y hueso o no.

- Pero están los pelopaja… y no podemos olvidarnos de Edén.

- Por supuesto. Ellos son el mayor obstáculo para mi plan. Adán y Eva son duros de pelar. Llevo miles de años intentando tenderles la mano para trabajar juntos en el mundo, pero rechazan mis propuestas una y otra vez. Saben que yo estoy detrás de muchos de sus planes fallidos, y ya no quieren ni escucharme.

- Es cierto. Intentamos separarles para hacerles caer, pero fue inútil. Son fieles a los Altísimos, no hay nada que hacer con ellos.

- Si solo me escucharan y aceptaran mi plan para este mundo, estaría dispuesto incluso a aceptar a los pelopaja como parte de mi creación, porque entonces todos los pueblos del mundo servirían a mi propósito. Pero se niegan obstinadamente. Empiezo a temer que no tengo nada que hacer con ellos, y que la única solución será una guerra abierta y a muerte entre pelopaja y danitas.

- ¿Una guerra? ¡Eso suena muy divertido!

- No te hagas demasiadas ilusiones, Nigosán. Todavía queda mucho trabajo por hacer antes de que las circunstancias sean propicias.

- No importa, mi señor, mientras sepa que algún día habrá una buena guerra. Recuerde que mis hermanos y yo somos inmortales, el

tiempo para nosotros pasa muy rápido.

- Ojalá pudiera provocarla antes de que vengan los Hijos de urgencia… Bien saben ellos que no voy a rendirme fácilmente.

- Es posible que tengamos suerte en eso, mi señor. La respuesta de los cielos suele ser muy lenta.

- Cierto, pero cuando llega es rotunda.

- No creo que haya que preocuparse por eso, mi señor. Somos libres para hacer lo que queramos, ¿recuerda? Eso fue lo que nos dijo cuando decidió unirse a la rebelión contra los Altísimos, y mis hermanos y yo le creímos.

- Tienes razón, Nigosán, pero no estoy tranquilo. No puedo estarlo, pensando en que la respuesta de los cielos puede llegar en cualquier momento, y que puede suponer que me lleven a juicio. A veces la tensión resulta insoportable.

- ¿Acaso tiene miedo al castigo, mi señor?

- ¿Bromeas? Soy el Dios del Mundo, y un dios no tiene miedo. Nadie del universo local puede juzgarme. Los únicos que se atribuyen esa prerrogativa son los Ancianos de los Días, y los rebeldes no reconocemos su tribunal.

- ¿Se refiere usted al tribunal de supervivencia de una criatura?

- Así es. Los Ancianos son los únicos que se creen con el derecho de sentenciar a una criatura a la muerte definitiva. Los Altísimos dicen que, en realidad, no son los Ancianos los que condenan a muerte, sino que son las criaturas las que eligen morir cuando abrazan el mal, porque en ese momento pasan a ser irreales. ¡Tonterías! Lo que ellos llaman "mal" para mí significa "libertad". No necesito su perdón ni su misericordia para seguir existiendo.

- Recuerdo perfectamente la última visita de los Hijos de urgencia… Según ellos vinieron a ofrecer misericordia a cambio de arrepentimiento.

- Rechacé su oferta rotundamente, y volvería a rechazarla tantas

veces como fuera necesario. Dejé de obedecer sus órdenes hace mucho tiempo, y no pienso volver a obedecerlas. Yo soy quien manda aquí.

- Y mientras siga siendo el Dios del Mundo estaré a sus órdenes, mi señor.

- ¿Mientras siga siéndolo? ¿Lo dudas acaso?

- Nunca se sabe, mi señor. Las huestes celestiales no se quedarán de brazos cruzados.

- No sabes lo que sucede allá arriba, Nigosán, y hace mucho tiempo de la última visita de los Hijos de urgencia.

- Eso debo admitirlo, mi señor. Pero hace muchísimo tiempo que no sabemos de Lucifer ni de Satanás. Quizá estén retenidos en el mundo-prisión de Jerusem. Y, si eso fuera así, no sería de extrañar que vinieran a por nosotros.

- Todo eso son conjeturas, y no puedo reinar sobre este mundo basándome en suposiciones. Es angustioso no poder comunicarnos con nuestros superiores, pero era de esperar que los Altísimos cortaran los circuitos cuando nos rebelamos contra ellos.

- Sí, supongo que tiene usted razón. Además, nosotros solos nos bastamos, ¿no es así?

- Quieren aislarnos, debilitarnos, hacernos dudar de nuestras convicciones. ¡Pero no lo conseguirán! ¡No pienso rebajarme a pedir perdón para seguir con vida! Y no pueden obligarme a hacer algo que no quiero hacer.

- Si usted lo cree… yo también, mi señor.

- Entonces… ¿puedo contar contigo para esta misión, Nigosán?

- Por supuesto, mi señor. Nunca digo que no a una buena diversión. Si no hay nada que hacer, el tiempo parece estirarse indefinidamente, más aún cuando se es eterno. Y si, por el camino, encuentro sujetos propicios para la posesión, ¡mucho mejor! ¡Eso sí que me hace disfrutar! Ver el temor en los rostros de quienes la presencian me hace sentir poderoso.

- El miedo es mucho más poderoso que el amor para dominar la voluntad humana. Por eso no me opongo a que los Invisibles os dediquéis de vez en cuando a sembrar el miedo. Si eso hace que los humanos crean en el Dios del Mundo y en que hay fuerzas oscuras que les gobiernan, mucho mejor. ¡Más súbditos para mí, y menos para los Altísimos! Nunca olvides que estamos luchando en una guerra con los cielos, y que el simple hecho de resistir ya es vencer.

- Resistiremos, mi señor. Y ahora me dirigiré raudo como la luz a la aldea danita de Venubym. Es hora de cruzarme en el camino de ese edenita insolente.

Capítulo 12

Con el paso de los días, Boku sentía la imperiosa necesidad de confesar sus sentimientos a Omahé pero, siempre que se proponía hacerlo, había algo que hacía flaquear su determinación, y finalmente permanecía en silencio o decía cualquier otra cosa. Justo cuando el momento de la confesión parecía propicio, cuando se decía para sus adentros "ahora o nunca", recordaba las palabras de Kare, su maestro, cada vez que le hablaba sobre cuál era su responsabilidad como edenita:

"Cuando seas mayor de edad, tienes que tomar una esposa entre las mejores mujeres pelopaja y tener descendencia con ella".

A veces, el joven no podía evitar sentir que estaba fallando a su pueblo al haberse enamorado de Omahé. Ella era danita, y bien podría ser que su destino fuera regresar con su pueblo y conseguir que entraran en razón respecto a su hostilidad frente a los pelopaja y los Primeros Padres. ¿Y quién era él para interponerse en el destino de la muchacha?

Además, ¿era realmente amor lo que sentía hacia la joven danita? Si bien era cierto que ese sentimiento era nuevo para él, ¿cómo sabía que era amor, y no simple deseo? Pero, siempre que se hacía esa pregunta, sabía cuál era la respuesta.

No era solo deseo lo que sentía hacia Omahé. Eso ya lo había experimentado en ocasiones anteriores, y había cedido ante la necesidad que le provocaba, pero esta vez era distinto. Había habido otras muchachas antes, desde su primera vez con una joven pelopaja, poco después de la muerte de su maestro, y con todas había sucedido más o menos lo mismo: una vez había satisfecho su necesidad, en lo

único que pensaba era en seguir su camino y alejarse de ellas, pues no le provocaban más que indiferencia.

En cuanto a ellas, la mayoría solo pensaban en lo afortunadas que eran por ser compañeras de lecho de un edenita. No pedían nada más, pues pensaban que tener como esposo a alguien como él estaba fuera de su alcance. Les atraía Boku porque era guapo (a pesar de la cicatriz) y porque, con suerte, podrían quedar embarazadas de un descendiente directo de los Primeros Padres. Pero, a pesar de que no había podido comprobarlo pues nunca se quedaba mucho tiempo en los lugares por los que pasaba, el corazón le decía a Boku que eso no había llegado a suceder. Todavía no había descendientes suyos en Saph, de eso estaba convencido. Y ahora se alegraba enormemente, pues cada vez sentía con más intensidad que quería que Omahé fuera la madre de sus hijos.

A veces, fantaseaba con la idea de que, una vez llegaran a Edén, los Primeros Padres bendijeran su unión. Esa era la costumbre en Edén, según decía su maestro. No había matrimonio en Edén que no estuviera sancionado por Adán y Eva. Aunque, de acuerdo con las explicaciones de Kare, los Primeros Padres eran muy sabios y sabían si aquella unión iba a funcionar o no, de modo que todas las parejas de Edén iban a ellos para buscar la aprobación de su unión.

Entonces, otro mar de dudas volvía a asaltar a Boku. ¿Qué pasaría si los Primeros Padres no aprobaban su unión con la muchacha danita? Siempre que consideraba esa posibilidad, no podía evitar que le invadiera un sentimiento de desesperación. Le angustiaba esa posibilidad, porque entonces se vería obligado a elegir entre su pueblo y Omahé. Y no sabía qué haría si llegara ese momento.

Porque, además, todavía no sabía cuáles eran los sentimientos de la joven hacia él. En realidad, cualquier otra situación pasaba por aclarar aquel punto. Necesitaba saber si Omahé le correspondía. Lo

cierto es que la muchacha parecía estar a gusto con él; la convivencia era perfecta. Con el paso del tiempo, llegaron a conocerse bien. El joven le contaba muchas cosas de su vida pasada, pues sentía la necesidad de que ella lo supiera todo de él. Ella al principio era más reservada; Boku suponía que era porque había episodios de su vida que prefería no recordar. Pero también poco a poco se fue abriendo al joven y llegó incluso a contarle el asesinato de sus padres en Xilobys y la huida posterior con Oré.

Mientras más vueltas le daba, más difícil veía declarar sus sentimientos a Omahé. Porque, ¿y si ella no le correspondía, después de confesarle lo que sentía? Todavía les quedaba mucho camino antes de llegar a Edén, y continuar el viaje con la certeza de que la muchacha no sentía nada por él sería más de lo que podría soportar. Además de que eso crearía una situación muy incómoda entre ellos, el hecho de viajar juntos haría prácticamente imposible para Boku que pudiera olvidar a la muchacha y superar el rechazo.

Prácticamente cada día, Boku se sumergía en esos razonamientos, sin ver una salida a sus dudas. A veces no podía por menos que sonreír ante el pensamiento de que había luchado contra un oso y había salido airoso de muchas situaciones de peligro, pero no podía con una muchacha de dieciséis años.

Una noche especialmente fría se vieron obligados a dormir a la intemperie. No había ninguna cueva o rincón natural que pudiera servirles de refugio, y la aldea más próxima estaba a un día de camino. Así que Boku encendió la hoguera de rigor y juntaron sus esterillas todo lo que pudieron para protegerse del frío. Pero ni aún así conseguían el calor necesario para poder dormir, de modo que Boku le dijo a Omahé:

- Lo mejor será que durmamos abrazados.

Al principio la muchacha titubeó, pero finalmente accedió. Juntaron sus mantas y pegó su cuerpo al de Boku, aunque dándole la

espalda. El joven pasó su brazo por encima de ella a la altura de la cintura, y el calor de su cuerpo le proporcionó una sensación muy agradable. Muy poco tiempo después, percibió por su respiración que la joven estaba ya profundamente dormida.

Sin embargo, y para su desesperación, Boku no veía la manera de conciliar el sueño. Verse tan cerca de la muchacha estaba haciendo que el deseo viniera a visitarle de nuevo con más fuerza que nunca. Empezó a pensar en lo mucho que le gustaría acariciar el cuerpo de la joven, y más ahora que ella estaba dormida y no iba a ofrecer resistencia. Era tan fácil que parecía estúpido negarse a hacerlo. Pero enseguida un pensamiento sensato vino a su mente.

“Si lo hago, no seré mejor que el pelopaja que intentó violarla”.

Justamente esa certeza fue la que hizo que pudiera dominar sus impulsos. No, no iba a hacer nada a la joven sin su consentimiento. Aprovecharse de ella sería rastrero y la sola idea le repugnaba profundamente. Así que le dio un beso en el pelo, le susurró un “que descanses” e intentó dormir. Cosa que, por otra parte, consiguió al poco tiempo.

Por su parte, Omahé percibía que Boku se comportaba de manera diferente, pero era incapaz de intuir lo que le estaba pasando. Alguna vez le había sorprendido mirándola de manera extraña, pero entonces el joven apartaba la mirada y ella se preguntaba si no estaría imaginándose cosas raras.

Con el paso de los días, la muchacha se daba cuenta de que el edenita le gustaba cada vez más. El joven parecía tener una elegancia natural que se manifestaba en todos sus movimientos. A pesar de ser muy alto, no resultaba para nada desgarbado, y se movía como si tuviera bajo control cada parte de su cuerpo. Omahé se sorprendía a sí misma muchas veces mirando al joven sin que este lo supiera. Y, aunque se conformaba con esos momentos fugaces, indefectiblemente al final le asaltaba el mismo pensamiento de desesperanza: “Lástima

que no pueda ser para mí". Entonces apartaba la vista, triste, mientras procuraba centrarse en lo que estaba haciendo o simplemente miraba hacia otra parte.

De ese modo fueron transcurriendo los días, en los que ni el uno ni el otro tenían el valor suficiente para confesar sus sentimientos. Edén todavía estaba lejos, así que les esperaba un viaje muy largo. La muchacha esperaba que, cuando llegaran a su destino, sus peores temores se confirmaran y Boku se alejara de ella al estar de nuevo con los suyos. El joven, por su parte, deseaba y temía llegar a Edén, pues era su intención pedir permiso a los Primeros Padres para emparejarse con la muchacha danita, y le preocupaba no obtener la aprobación de sus ancestros. O aún peor, que le tuvieran reservada una esposa edenita.

Pero, en cualquier caso, debían ir a Edén. Boku tenía la impresión cada vez más intensa de que le estaban esperando. Ese era su destino inmediato, el lugar adonde debía dirigirse, donde sabría lo que tenía que hacer con su vida. Omahé pensaba de un modo parecido. En esos momentos, no se le ocurría ningún otro sitio al que ir que no fuera Edén. A veces se preguntaba si su camino sería parecido al que siguió Oré, su maestra y madre adoptiva: aprender todo lo que pudiera en las escuelas de los Primeros Padres para luego salir al mundo y ofrecer sus conocimientos por el bien de todos. Pero ese pensamiento hacía que se sintiera triste, pues Boku no tenía cabida en él. En ese futuro alternativo que vislumbraba, el edenita se esposaba con una joven de su pueblo y ella abandonaba Edén para regresar al mundo hostil y cruel del que procedía. Conforme pasaban los días, ese era el destino que le parecía más probable. Hasta entonces la felicidad había sido muy esquiva con ella. ¿Por qué iba a ser diferente en el futuro? Quizá lo mejor que podía hacer era aprovechar los buenos momentos, y después atesorar esos recuerdos.

De vez en cuando, y mientras se entregaba a esos pensamientos,

la muchacha suspiraba profundamente. Boku lo advertía, pues siempre estaba pendiente de lo que hacía la muchacha, pero no se atrevía a preguntar el motivo.

Habían transcurrido veinte días de camino desde que dejaron el campamento akai. Aquel tramo del camino transcurría por una zona muy poco poblada. Los habitantes del lugar les recomendaron que evitaran en lo posible los bosques de aquella región, pues las alimañas abundaban y no era recomendable adentrarse en ellos si no era como parte de un grupo numeroso, así que procuraron seguir el consejo. De vez en cuando encontraban algún pequeño asentamiento de lugareños, que les acogían como huéspedes y les daban comida y cobijo. Los akai sentían todos el orgullo ancestral de haber ayudado a los Primeros Padres a construir el primer Edén, de modo que consideraban la visita de un edenita como un gran honor.

En el último asentamiento antes de llegar a la región de Chedor, caracterizada por sus numerosos lagos, el jefe del clan les previno:

- Últimamente hemos tenido muchas escaramuzas con los danitas de Venubym. Tened cuidado pues, aunque no atravesaréis su ciudad, sus hombres suelen merodear mucho por nuestras tierras, y no creo que seáis bienvenidos entre ellos. Quizá no por la muchacha, que es claramente danita, sino por ti - dijo, dirigiéndose a Boku.

El joven siguió el consejo escrupulosamente y, mientras atravesaban aquella región, mantenía los ojos y los oídos bien abiertos a cualquier movimiento extraño.

El amanecer era un momento especialmente duro del día en aquella región y aquella estación del año. Era cuando la temperatura era más baja y solía soplar un viento helador que más de una vez había apagado la hoguera con la que se calentaban por la noche. Aquel día, Boku se despertó con una intensa sensación de frío. La muchacha todavía seguía dormida, aunque se movía inquieta debido a la falta de calor. El joven se levantó y fue a buscar leña seca para

volver a encender la hoguera, manteniendo el contacto visual con la joven en todo momento. Cuando regresó junto a ella, la luz del día estaba ganando la partida a la oscuridad de la noche. La mañana se presentaba con un cielo claro, completamente despejado de nubes.

Al sentir el calor, la muchacha se arrebujó en su manta todo lo que pudo, mientras se resistía a despertar.

- Despierta, perezosa - le dijo Boku con cariño, sacudiéndole el hombro ligeramente.

La muchacha abrió los ojos con desgana.

- He pasado una noche horrible. Apenas he podido pegar ojo - confesó la joven mientras intentaba disimular un bostezo.

- ¿Y eso?

- No he parado de tener pesadillas. Me despertaba de una, me volvía a dormir, y me perseguían los mismos sueños extraños. Al final he podido dormir, pero de puro agotamiento, porque tenía miedo de volver a soñar.

- ¿Y qué soñabas?

La muchacha no quería recordar sus pesadillas, pero finalmente acabó diciendo:

- Soñaba que unos danitas me perseguían. En el sueño sabía que eran los asesinos de mis padres, aunque en realidad ni siquiera llegué a conocerles; yo era muy pequeña para saber quiénes trabajaban con mi padre. Siempre que estaban a punto de alcanzarme, me despertaba con el corazón desbocado. Y en cuanto volvía a dormirme, allí estaban ellos otra vez, dispuestos a matarme.

Omahé parecía tan angustiada que Boku sintió deseos de estrecharla fuertemente entre sus brazos para tranquilizarla, pero solo le apretó el brazo y le dijo:

- No te preocupes, solo ha sido un sueño. Ya verás cómo cuando tomes algo caliente te sentirás mejor.

La muchacha asintió, y reanudaron la rutina habitual de todas

las mañanas para preparar un frugal desayuno.

Durante un momento, Boku no pudo evitar quedarse parado y mirar a la joven mientras iba preparando las hierbas que les servirían para calentar el estómago y acompañar la comida. A veces, fijaba los ojos en la muchacha y el mundo parecía detenerse a su alrededor. Nada más le importaba. No existía ninguna otra cosa que le preocupara en esos instantes.

Entonces, pensó que no iba a seguir con aquella incertidumbre ni un minuto más. Decidió confesar sus sentimientos a Omahé en ese mismo momento. No le importaba que la muchacha le rechazara; necesitaba saber si la joven correspondía a sus sentimientos, y necesitaba saberlo ya. Y, si Omahé no sentía lo mismo por él, al menos sabría la verdad y sabría qué era lo que podía esperar a partir de entonces, por mucho que le doliera.

Así que se armó de valor y llamó a la muchacha:

- Omahé...

La joven se volvió y, aunque al principio sonreía, pronto su gesto se tornó de horror. Justo entonces todo sucedió muy rápido, y Boku no tuvo tiempo de reaccionar. Sintió un golpe muy fuerte en la cabeza, y entonces la negrura invadió su visión hasta que finalmente perdió el conocimiento y cayó de bruces al suelo.

Ante la muchacha estaban tres hombres jóvenes. Por su aspecto, eran indudablemente danitas. Omahé se preguntaba cómo no les habían oído llegar. Boku tenía un oído muy fino y parecía percibir el peligro a mucha distancia. Pero en esa ocasión le habían pillado totalmente por sorpresa.

Omahé estaba horrorizada. Boku, su compañero de viaje y protector, yacía inconsciente en el suelo. Ni siquiera quería pensar que podía haber muerto con el golpe. Y ante ella estaban tres desconocidos de los que desconocía sus intenciones. Pero, a juzgar por lo que habían hecho con el edenita, no debían ser precisamente

buenas.

Una vez más, maldijo su suerte. Pero inmediatamente después se dijo que no iba a permitir que los tres desconocidos pudieran con ella. Es cierto que podían hacer todo tipo de cosas con su cuerpo, pero su espíritu seguiría siendo libre.

- Esto sí que es tener suerte - dijo el que había golpeado a Boku - Nos hemos deshecho de un edenita y hemos encontrado una bella muchacha danita. Ahora no me importa no haber cazado nada.

- ¿Qué vamos a hacer con ella? - preguntó otro de ellos.

El que habló primero, que parecía tener la voz cantante, fijó en la muchacha sus grandes y penetrantes ojos negros.

- Tengo la impresión de que esta muchacha es de noble cuna - dijo finalmente. Y preguntó a la muchacha - ¿De dónde vienes?

Omahé no sabía qué responder. ¿Aitamalad? ¿Xylobis? ¿Nafrún? Finalmente dijo, intentando que su voz sonara firme:

- Nací en Aitamalad.

El hombre soltó un silbido de admiración.

- Vaya, vaya... ¡nada menos que la capital de nuestro pueblo! ¿Y qué haces tan lejos de Aitamalad?

- Mi padre fue destinado a Xylobis como gobernador. Allí le asesinaron y desde entonces he ido viajando por todo Saph.

- ¿Y qué hacías con este pelopaja? - preguntó el tercer hombre, que hasta entonces no había participado en la conversación, mientras daba un puntapié al cuerpo inconsciente de Boku.

A la muchacha, aquella patada le dolió como si la hubiera recibido ella, pero intentó no demostrarlo y mantener la serenidad.

- Nuestros caminos se cruzaron el otoño pasado, y puesto que él también iba de viaje decidimos viajar juntos.

- Pues vaya un compañero de viaje que te buscaste - espetó el segundo hombre soltando un bufido.

El hombre que había golpeado a Boku ladeó la cabeza y la miró

con los ojos entrecerrados.

- Espero que no estéis juntos como marido y mujer, porque si es así le remato aquí mismo - amenazó.

- ¡No! - exclamó la muchacha inmediatamente. Justo entonces pensó que tenía que hacer lo posible para salvar la vida del edenita, aunque ello supusiera tener que dejarle - Podéis creerme, no dormíamos juntos.

Los tres hombres se miraron entre sí, como sopesando la verdad de las palabras de la muchacha. Entonces la muchacha dijo las palabras más dolorosas de pronunciar de toda su vida.

- Si le dejáis en paz, estoy dispuesta a ir con vosotros. Hace muchos años que no estoy entre la gente de mi pueblo, y me gustaría volver con ellos. Además, conozco las artes de la curación; puedo ser de mucha ayuda en vuestra aldea.

- A mí se me ocurre algo mejor - dijo el danita que llevaba la voz cantante.

A la joven se le heló la sangre, pero procuró no expresar el horror que sentía. ¿Qué idea se le había ocurrido al danita de los ojos grandes y negros?

- Nuestro jefe está soltero, y estará encantado de que le llevemos una esposa de Aitamalad - y seguidamente le preguntó sin tapujos - ¿Eres virgen?

Omahé asintió con la cabeza.

- ¿Y tú la crees, Nilnet? - le espetó el segundo danita - Mírala, estaría dispuesta a decir que es una cierva con tal de salvar el pellejo.

- Eso es fácil de comprobar, idiota - replicó el aludido - El jefe seguro que hará que la examinen, y entonces sabremos si dice la verdad. Y, como nos haya mentido... ¡anticipo que ese mismo día todos podremos disfrutar de ella!

Entonces intervino el tercer danita:

- ¿Y por qué no nos damos el gusto con ella ahora mismo, y que

el jefe se busque otra novia?

Nilnet le fulminó con la mirada y contestó, visiblemente enfadado:

- Escúchame bien, imbécil. Esta muchacha no es una danita cualquiera. Aunque nos hubiera mentido con lo de que su padre fue nombrado gobernador, salta a la vista que es hermosa. En nuestra aldea no hay ninguna joven como ella. Si se la entregamos al jefe, probablemente se alegre tanto que nos dé una recompensa mucho mejor que la que obtendremos si nos damos el gusto con ella ahora mismo, como propones tú.

Los otros dos asintieron, y el segundo danita dijo:

- Supongo que tienes razón. Yo personalmente prefiero la recompensa del jefe.

Entonces, el tal Nilnet se dirigió a la muchacha, más calmado, y le dijo:

- No te preocupes, el jefe es uno de nuestros mejores guerreros. Como su esposa, serás la mujer mejor tratada de todo Venubym.

Omahé pensó que preferiría estar muerta a ser la esposa de otro hombre que no fuera Boku, pero en ese momento no tenía otra elección que acompañar a los guerreros danitas. Más adelante ya buscaría un modo de escapar de Venubym y de su destino como esposa del jefe, como ellos le llamaban.

- Muy bien, ahora mismo recojo mis cosas - dijo, procurando no mirar el cuerpo de Boku para evitar que su determinación flaqueara. Tenía que hacer todo lo posible por alejar a los tres danitas del edenita, y si eso pasaba por poner tierra por medio entre los dos, entonces no tenía más remedio que separarse de él.

Una vez estuvo lista, montó en su caballo escoltada por los tres guerreros danitas y se alejaron de allí al galope. Omahé sentía como si tuviera desgarrado el corazón, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos. Tan solo le quedaba

rezar porque Boku solo estuviera inconsciente y pudiera seguir vivo. En ese momento, eso era más importante para ella que su propio destino.

Capítulo 13

Todavía estaba inmerso en la negrura cuando empezó a escuchar dentro de su cabeza una voz de mujer, que identificó inmediatamente como de la Primera Madre:

"Boku… Boku, despierta".

El joven intentaba abrir los ojos, pero los párpados le pesaban como losas. Tenía la boca pegada al suelo; podía incluso sentir el gusto de la tierra. Intentó moverse y, para alivio suyo, sus miembros le respondían.

Se puso primero a cuatro patas, los ojos todavía cerrados. Poco a poco se estaba despertando un dolor pulsante en la parte de atrás de la cabeza, cerca de la nuca. Aún así, hizo un último esfuerzo por sentarse en el suelo y abrir los ojos.

No recordaba muy bien lo que había pasado. Estaba con Omahé cuando de repente recibió un golpe y perdió el conocimiento. La hoguera se había apagado y el sol estaba todo lo alto que podía estar en esa estación del año. Notaba sus miembros entumecidos. Probablemente había estado inconsciente un buen rato.

Pero lo peor era que estaba completamente solo, rodeado de silencio.

"Dios mío, se han llevado a Omahé", pensó angustiado. La cabeza le dolía tanto que no sabía si lo podría soportar. Intentó tocarse con cuidado el foco del dolor, y pudo palpar un enorme chichón. Quienquiera que le hubiera dado el golpe pretendía ponerle fuera de combate. Y desde luego lo consiguió.

Boku se preguntaba cómo habían podido acercarse tanto a él sin que se diera cuenta. Entonces, de repente, recordó los momentos

previos al golpe. Estaba tan centrado en confesarle sus sentimientos a Omahé, que había dejado de prestar atención a todo lo que sucedía a su alrededor. Ese había sido su gran error.

Y ahora la muchacha no estaba a su lado. Sentía una mezcla tal de desesperación y tristeza que no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos. Le dolía enormemente la cabeza, y además se enfrentaba, por tercera vez en su vida, al dolor emocional de la pérdida. Se encontraba cansado y solo, terriblemente solo. Aunque hacía sol, soplaba un viento frío que azotaba su cuerpo sin piedad.

Solo de pensar en lo que podrían estar haciendo con la muchacha sentía una oleada de ira abrirse paso a través del dolor de cabeza. Había fracasado en protegerla, había perdido ese combate. Esa certeza le hizo sentirse furioso consigo mismo de tal manera que agarró con fuerza su coleta, que con el golpe estaba medio deshecha, y estaba dispuesto a cortarla con su espada de un solo tajo cuando escuchó una voz de niña a su espalda:

- Sería una pena que te cortaras una coleta tan larga.

Entonces se dio media vuelta y, con los ojos llorosos, vio quién le había hablado.

Ante él estaba una pequeña de unos diez años de pelo largo y negro, rasgos finos, tono de piel tostado y unos grandes ojos de color ámbar. Este último detalle hizo que le doliera el corazón al verla; le recordaba demasiado a Omahé.

- Debería hacerlo, porque he fracasado - dijo Boku, dejando caer la espalda con desmayo en el suelo.

- ¿Eras tú el que viajaba con esa muchacha danita tan guapa? - preguntó la niña.

El joven asintió con la cabeza, mientras intentaba trabajosamente ponerse de pie. La niña corrió hacia él para ayudarle, y Boku se lo agradeció. Al levantarse la cabeza le daba vueltas.

- Gracias - le susurró a la niña.

La niña aprovechó la cercanía para estudiar sus rasgos detenidamente y sin disimulo. A Boku le dolía demasiado la cabeza como para que eso le importara.

- Nunca había visto a nadie como tú. ¿De dónde eres? - preguntó la pequeña.

- Mis padres nacieron en Edén - respondió el joven.

- ¿En Edén? - repitió la niña - Entonces eres un pelopaja.

- No exactamente, pero ahora mismo no te voy a llevar la contraria - dijo Boku, todavía agarrado a la pequeña para no caerse.

- Mis padres me dijeron que los pelopaja son los descendientes de los Primeros Padres y que no debemos hacernos amigos de ellos. Pero tú ibas con la muchacha danita, así que debíais ser amigos.

Boku pensó amargamente que le hubiera gustado ser algo más que un amigo de Omahé, pero solo dijo:

- Sí, así es.

La niña lo siguió mirando fijamente y finalmente dijo, muy seria:

- Entonces yo también quiero ser tu amiga. Me caes bien.

- Gracias - dijo Boku intentando sonreír, aunque solo lo consiguió a medias. Le seguía doliendo la cabeza, pero al menos podía tenerse en pie sin marearse.

- Por cierto, me llamo Kimi. ¿Tú cómo te llamas?

- Boku.

- Encantada de conocerte, Boku - dijo la niña solemnemente, como si estuviera repitiendo algo aprendido.

- Lo mismo digo, Kimi.

- ¿Qué vas a hacer ahora? - preguntó la pequeña.

Boku suspiró. A pesar de lo abatido que se sentía y de que no se encontraba precisamente en la mejor situación para idear un plan, se dijo a sí mismo que no iba a dejarse vencer tan fácilmente. Una idea se asentó firme en su mente: tenía que recuperar a Omahé, fuese como fuese. Estaba convencido de que la muchacha no se había

alejado de él por iniciativa propia para marcharse con unos extraños.

- Voy a buscar a Omahé - respondió finalmente.

- ¿Omahé? ¿Así se llama la muchacha que iba contigo?

- Sí - asintió Boku - Estoy seguro de que no se marchó por voluntad propia. Ella iba conmigo a Edén, y me temo que otros hombres me golpearon en la cabeza y se la llevaron por la fuerza.

Entonces, Boku recordó un detalle que antes le había pasado inadvertido.

- Antes me preguntaste si iba con Omahé... ¿Dónde la has visto?

- Oh, la vi cabalgando con tres guerreros de Venubym. Iban de vuelta a la aldea.

- Esos debían ser los que me golpearon - dijo Boku como para sí, y se soltó de la niña para caminar hacia donde estaba su caballo. Pero al tercer paso que dio notó que todo le daba vueltas y se tambaleó, de modo que la niña fue de nuevo hacia donde estaba y evitó que cayera.

- No puedes ir así - dijo Kimi - Si no puedes ni tenerte en pie, ¿cómo pretendes luchar contra un guerrero danita?

- Tengo que ir a Venubym - dijo Boku con determinación - No tengo tiempo que perder. No sé qué puede sucederle a Omahé, y tengo que evitar que la hagan daño.

Kimi se quedó un rato pensativa, y finalmente dijo:

- Lo he decidido. Voy a ayudarte a que rescates a la muchacha danita.

Boku la miró, sorprendido.

- ¿En serio?

La niña asintió con la cabeza y dijo, con una mirada pícara:

- Ya te he dicho que me caes bien. Además, por la manera en que hablas de ella, está claro que te gusta. ¿Sois novios?

El edenita se quedó asombrado con el desparpajo de aquella niña. En medio de su ofuscación, se preguntó por primera vez de dónde habría salido. Parecía haber surgido de la nada, pero bien que

debía vivir en algún sitio. Antes había mencionado incluso a sus padres.

- No, no éramos novios - admitió Boku - Nunca llegué a decirle que me gustaba.

- ¿Y por qué no? - preguntó Kimi. Y añadió, mostrando esa lógica aplastante que solo tienen los niños - Si la quieres, ¿por qué no le has dicho nada todavía?

- Es largo de explicar - respondió Boku con un bufido - ¿Sabes? Los edenitas tenemos una responsabilidad muy importante, y no tenía claro si Omahé era compatible con ella.

La niña pareció mirarle sin comprender.

- No lo entiendo - reconoció Kimi - Los mayores habláis mucho de responsabilidades y obligaciones, pero también es importante querer y que te quieran.

- Tienes razón - admitió Boku - Por eso quiero recuperarla, porque quiero decirle lo que siento por ella. Ya me las arreglaré después con mis responsabilidades como edenita.

- Muy bien, pues entonces vámonos - dijo la niña, decidida - Mi casa no está lejos de aquí.

- ¿Tu casa? - preguntó Boku, desconcertado - Pero tus padres…

- No están. Se fueron ayer a ver a unos parientes.

- ¿Te han dejado sola?

- Por supuesto -.dijo la niña con suficiencia - Ya soy mayor para cuidar de la casa. Además, tengo que ocuparme de los animales, y estaré sola cuatro días nada más.

- Te lo agradezco mucho - dijo el joven - Pero tengo que ir a Venubym…

- No seas testarudo - le espetó Kimi - Espera a recuperarte un poco. Además, te he dicho que te ayudaré, ¿verdad? De momento iremos a casa, comerás y descansarás todo lo que puedas.

Finalmente Boku comprendió que la niña tenía razón. Aunque se

desesperaba pensando en que deseaba recuperar a la muchacha cuanto antes, no podía ir en ese estado a rescatar a Omahé.

- Está bien - admitió finalmente - Iré a tu casa. Súbete conmigo a mi caballo, así llegaremos antes.

La niña asintió con la cabeza, ilusionada con la idea de montar a caballo. Boku la ayudó a subir y, una vez estuvieron listos, salieron al galope. Al cabo de no mucho divisaron una casa de campo bastante grande, con un anexo que parecía estar reservado para el ganado.

- Esta es mi casa - dijo la niña.

Boku ayudó a la pequeña a bajar del caballo, y entraron juntos en la vivienda.

- Pon tus cosas en mi habitación - le dijo Kimi - Yo dormiré en la cama de mis padres.

- No me voy a quedar a dormir - replicó Boku, mientras dejaba su petate en el suelo.

- No seas testarudo - insistió la niña - Esta noche te quedarás a dormir aquí, descansarás y mañana por la noche irás a rescatar a tu amiga. ¿No te apetece un baño caliente? Mi padre construyó una bañera muy grande para nosotros. Ven, te la voy a enseñar.

La niña le tomó de la mano y le enseñó una estancia que hacía de cuarto de baño, con un excusado y una bañera rectangular.

Boku se sorprendió. Así que los danitas también construyen bañeras, pensó. Ese grado de refinamiento solo lo había visto entre algunos pelopaja. La verdad es que hacía mucho tiempo que no se daba un buen baño, y lo echaba de menos. No le gustaba sentirse sucio, y estaba lleno de tierra por todas partes.

Kimi pareció adivinar por dónde iban sus pensamientos, porque le dijo:

- Enseguida te caliento el agua. En casa soy yo la que me encargo, así que lo hago muy bien. Espera a que llene la bañera.

Boku finalmente accedió. Aunque seguía atormentado pensando

en lo que podían hacerle a Omahé, también sabía que tenía que estar al cien por cien físicamente y con la mente lo bastante despejada si quería tener éxito en el rescate.

Mientras la niña se encargaba de llenar la bañera y de controlar la temperatura del agua, Boku le preguntó:

- ¿Cómo me encontraste, Kimi? ¿Qué hacías en ese camino sola?

La niña, sin dejar de atender lo que estaba haciendo, contestó:

- Esta mañana temprano, cuando fui a dar de comer a las ovejas, me di cuenta de que se había roto parte de la cerca y una de las ovejas más jóvenes se había escapado. Tapé la cerca como pude y salí a buscarla. No quiero que mis padres me regañen, ¿sabes? Quiero demostrarles que soy una niña mayor y que me pueden dejar a cargo de la casa.

“Mientras iba recorriendo el camino, buscando a mi oveja, vi cómo se acercaban a todo galope tres guerreros de Venubym con la chica danita. Les hice que se pararan y les pregunté si habían visto a mi oveja. Se echaron a reír, pero la muchacha no se reía para nada. Es más, me pareció que estaba muy triste.

Boku sintió una punzada en el corazón, pero animó a la niña a que continuara.

- Entonces, uno de ellos, creo que era el que mandaba, respondió. “No he visto tu oveja, niña, pero sí que hemos dejado fuera de combate a una alimaña”. Los otros se rieron con la respuesta de su jefe, y prosiguieron su camino sin decirme adiós. ¡Vaya unos maleducados!

“Entonces, seguí avanzando por donde ellos habían venido, y no había caminado mucho cuando te encontré tirado en el suelo. Me acerqué para ver si estabas muerto de verdad, pero justo entonces empezaste a moverte, así que corrí a esconderme detrás de un árbol para que no me vieras.

“Desde mi escondite vi cómo intentaste levantarte, y la cara de

pena que pusiste después me hizo pensar que no eras la alimaña de la que hablaron los guerreros. Cuando te vi llorar y que ibas a cortar tu coleta me dije que tenía que evitarlo porque pareces buena persona.

Para entonces, la bañera ya estaba llena, así que la niña añadió:

- Y eso fue lo que pasó. Ahora métete en la bañera y quédate el tiempo que quieras. Yo voy a hacer la comida, que se ha hecho tarde. ¿No tienes hambre?

Lo cierto es que las tripas de Boku hacía rato que protestaban. Con el incidente de los guerreros ni siquiera había desayunado, y estaba hambriento. Así que asintió.

La niña se marchó de la estancia, y el joven se soltó la coleta, se desnudó y se metió en la bañera. El agua caliente fue como un bálsamo para su cuerpo dolorido. Sumergió su cabeza durante unos segundos y pensó en Omahé. Tenía que idear un plan para sacarla de Venubym y recuperarla, y no tenía tiempo que perder. Agarró una pastilla de jabón que Kimi le había dejado junto a la bañera, y empezó a enjabonarse el pelo y todo el cuerpo. La herida de la cabeza no era la única que le escocía. Al pasar la pastilla de jabón por el costado izquierdo, se dio cuenta de que le dolía como si le hubieran dado un golpe. Entonces se miró, y pudo ver un morado relativamente grande.

“Seguro que me dieron una buena patada”, pensó. Pero no le dio más importancia; en ese momento lo importante era que estaba vivo y que tenía que recuperar a Omahé. Hasta entonces no tendría descanso ni paz. Incluso se preguntaba cómo podría dormir aquella noche. En su agitación, incluso se preguntaba qué sucedería si finalmente Omahé era asesinada.

"Volvería a Edén, supongo, pero como un muerto en vida", pensó el joven. Sacudió la cabeza, intentando ahuyentar esos pensamientos tan lúgubres. Ni siquiera quería considerar esa opción.

Cuando estuvo seco y con ropa limpia, se sintió mucho mejor. Kimi le había preparado una comida copiosa que Boku prácticamente

devoró. Después de aquello, el joven sintió que había recobrado gran parte de sus fuerzas, y eso le animó. Además, su mente estaba ahora mucho más despejada que cuando despertó de la inconsciencia.

Boku ayudó a Kimi a recoger la mesa y a limpiar lo que se había ensuciado. Mientras se dirigían al lavadero, la niña le dijo:

- Ya sé qué voy a hacer para ayudarte.

- ¿Qué vas a hacer?

- Mañana muy temprano tengo que ir a Venubym a llevar leche para vender. Intentaré averiguar dónde está Omahé. No creo que sea muy difícil saberlo, las noticias vuelan rápido en la aldea. Además, yo ya la he visto, así que a nadie le extrañará que pregunte por ella.

Boku asintió, con el semblante serio. Desde luego, necesitaba saber dónde ir a buscarla.

- Entonces, cuando vuelva, te contaré todo lo que haya descubierto - prosiguió la niña - También te haré un plano para que sepas por dónde ir. Sé escribir, ¿sabes?

Boku revolvió el cabello de Kimi en un gesto cariñoso.

- Eres una niña muy lista - le dijo, con una sonrisa, y la niña sonrió también - Tus padres deben estar muy orgullosos de ti.

- ¿Y los tuyos? - preguntó Kimi - ¿Están en Edén?

El joven negó con la cabeza.

- Murieron cuando yo tenía doce años, junto con mis hermanos.

La niña le miró, visiblemente apenada.

- Lo siento - dijo - Yo me pondría muy triste si me pasara eso. Quiero mucho a mis padres. Mi madre enfermó cuando yo era muy pequeña y, aunque al final se curó, le dijeron que no podría tener más hijos. Así que no tengo hermanos, solo me tienen a mí. Por eso intento ayudarles todo lo que puedo.

- Y lo haces muy bien - dijo Boku, y la niña volvió a sonreír, visiblemente contenta por el halago.

Boku ayudó a la niña con el resto de quehaceres de la casa hasta

que finalmente empezó a oscurecer. Kimi preparó una cena más frugal que la comida, y el joven se dijo que lo mejor que podía hacer a continuación era descansar. Necesitaba todas sus fuerzas para el día siguiente, que prometía ser largo e intenso.

Cuando se acostó en el lecho de Kimi, dudaba de si podría dormir, pero no pasó mucho tiempo hasta que cayó en un profundo sueño reparador.

Capítulo 14

Omahé cabalgó junto a los tres guerreros danitas en silencio durante todo el camino hasta Venubym. Desde que se unió a Boku en su viaje a Edén, siempre había sentido la seguridad que le daba la presencia del edenita, y había afrontado las incidencias del viaje con una mezcla de ilusión e incertidumbre. Pero en esta ocasión la ilusión brillaba por su ausencia y sus sentimientos no podían ser más lúgubres cuando divisó Venubym por primera vez.

Más que aldea, Venubym era una pequeña ciudad rodeada por una muralla compuesta de enormes bloques de piedra. Una enorme puerta de madera permitía la entrada a la ciudad. La puerta estaba abierta pero vigilada por un grupo de guardias. Estos parecían conocer a los guerreros que la acompañaban y se saludaron amistosamente.

Atravesaron muchas calles hasta llegar finalmente a su destino. La pequeña ciudad bullía de actividad a esa hora del día, y había momentos en los que era difícil abrirse paso entre la muchedumbre. Era día de mercado y parecía que todos los habitantes de la aldea estaban en las calles. Hacía mucho tiempo que Omahé no se encontraba entre los suyos y, a pesar de lo abatida que se sentía, no podía evitar fijarse en ellos y recordar sus días de infancia. Algunos de los niños que vio le recordaron a sus compañeros de juegos de Xylobis, y no pudo evitar sentir una punzada de nostalgia.

Finalmente llegaron a un edificio mayor que los demás. Tenía una altura de tres plantas y las paredes eran de piedra rojiza. Cuando los guerreros desmontaron y le ordenaron bajar, la muchacha supo inmediatamente que aquella iba a ser su cárcel particular.

- Esta es la Casa de Dan de Venubym - le dijo Nilnet - Aquí es donde vive Vat, nuestro jefe, y donde vivirás tú también a partir de ahora.

Omahé no dijo nada y se limitó a contemplar el edificio con expresión grave.

Igual que en la muralla, había cuatro guerreros apostados en la entrada, vigilando el acceso a la Casa de Dan. Una vez frente a la puerta, se bajaron de los caballos y, como en la muralla, los acompañantes de Omahé saludaron con familiaridad a los guardianes y mantuvieron una breve conversación. Llegaron unos mozos que se llevaron los caballos, y los cuatro entraron en el edificio.

Omahé vio con pena cómo se alejaba su caballo. ¡Cómo le hubiera gustado salir al galope de allí en ese mismo momento! Pero ya tendría ocasión de escapar.

Esa, al menos, era su esperanza.

La Casa de Dan de Venubym era tan grande por dentro como se veía por fuera. Tenía un patio interior enorme, desde el que podían verse todas las entradas a las diferentes estancias. Unas escaleras de mármol blanco veteado de gris subían por los laterales hacia los pisos superiores. Los guerreros danitas subieron hasta la última planta a un paso tan rápido que la muchacha tuvo que esforzarse en seguir su ritmo. No estaba acostumbrada a subir escaleras.

Caminaron por la galería del piso superior hasta que entraron en una de las estancias, una habitación con un lecho sin preparar, una palangana y una jarra. Tenía una ventana que daba al exterior, tapada por una especie de cortina espesa que protegía la estancia de las inclemencias del tiempo. Uno de los guerreros abrió la cortina para que entrara la luz del sol y pudieran ver mejor.

- Este va a ser tu cuarto hasta que regrese Vat - le dijo Nilnet - Mientras no recibamos otras órdenes de nuestro jefe, no podrás salir de tu habitación a no ser que vayas acompañada por uno de nosotros.

Si necesitas algo, vamos a estar junto a la puerta haciendo turnos.

- No es necesario que me vigiléis tanto - replicó la muchacha mientras dejaba su petate a un lado del lecho - No voy a huir.

El guerrero la miró con expresión desconfiada.

- No estoy tan seguro de eso - respondió él - Tengo la impresión de que estás esperando aprovechar la mínima ocasión para poner tierra de por medio. Pues métete esto en la cabeza, muchacha: No puedes marcharte de aquí tan fácilmente. Todas las salidas están vigiladas día y noche, tanto en la Casa de Dan como en la muralla. Durante milenios hemos aprendido bien a defender lo nuestro. No nos ha quedado otro remedio, estando como estamos rodeados de pueblos de color.

"Sois vosotros los que atacáis, no ellos a vosotros", pensó Omahé, recordando lo que escuchó en el último asentamiento akai por el que pasaron. Pero no lo expresó en voz alta. En esos momentos de poco servía discutir.

Después de aquellas palabras, los tres hombres se marcharon de la habitación, y la joven se quedó a solas.

La muchacha se dirigió hacia la ventana y contempló la vista que se extendía a su alrededor: casas bajas y calles por las que circulaba gente, la muralla un poco más allá, y el resto del mundo a lo lejos, en el horizonte. Justamente allí era donde quería estar. Bien lejos de aquellas cuatro paredes.

Apenas llevaba unas horas en Venubym, y Omahé ya estaba pensando en la manera de escapar de allí. De una cosa estaba segura: no quería ser la mujer de un jefe danita, aunque quizá sus padres hubieran sido muy felices con esa perspectiva. Quería volver al camino y proseguir su viaje a Edén. Aunque, con todas las vueltas que le daba a la idea, siempre acababa haciéndose la misma pregunta:

"Pero... ¿y Boku?"

La muchacha se resistía con todas sus fuerzas a la idea de que

Boku pudiera estar muerto. De hecho, no tenía ninguna prueba de que eso fuera así. De modo que lo que tenía que hacer era huir de Venubym y encontrarse con Boku. Y debía de hacerlo pronto pues Vat, el jefe de Venubym con quien pretendían emparejarla, regresaba dentro de tres días de un largo viaje desde Aitamalad.

En sus cavilaciones, la joven también consideraba la posibilidad de que Boku fuera a buscarla. Pero eso, aparte de ser muy peligroso, no dejaba de tener su parte de incertidumbre. En el caso de que Boku estuviera vivo, no sabía si estaría en buen estado físico para ir a rescatarla antes de que regresara Vat.

"No puedo esperar a que Boku venga a buscarme", se dijo Omahé. ¿Y si el joven estaba herido y la necesitaba? Tenía que ayudarle y acompañarle en su viaje. ¿Qué otra cosa iba a hacer ella, si no? Estaba sola en el mundo, no tenía ningún otro sitio adonde ir.

Y, además, la separación le había hecho ver claramente lo que antes era un sentimiento confuso.

Era incapaz de imaginar su vida sin Boku. Ya no tenía dudas sobre lo que sentía. No era solo atracción física. Echaba de menos su presencia, su conversación, su sonrisa, sus gestos amables hacia ella. Quizá él no la considerara como una posible pareja por su condición de edenita, pero eso ya no le importaba. Quería aprovechar al máximo todos los momentos que pudieran estar juntos. La vida en Saph era dura y la felicidad demasiado efímera como para jugar al escondite con ella. Ahora que Boku y ella no estaban juntos había aprendido una lección amarga: si se le da demasiadas vueltas a los propios sentimientos, se puede perder la oportunidad de hacérselos llegar a la persona amada.

Pero ella era una muchacha fuerte y no iba a dejarse vencer por las circunstancias. Desde que murió Oré, se repetía muchas veces a sí misma que ella y solo ella era la dueña de su destino. Y prefería estar muerta a pasar lo que le quedaba de vida como esposa y madre de los

hijos de un jefe danita, por muy guapo y bueno que fuera. No era a él, sino a Boku, a quien amaba. Y, si no podía estar con él…

Omahé sacudió enérgicamente la cabeza. Ni siquiera quería pensar en la posibilidad de quitarse la vida, pero la perspectiva de vivir el destino que le habían reservado la angustiaba todavía más.

Siguió sumida en ese tipo de pensamientos durante un buen rato más, hasta que la puerta se abrió y apareció una niña morena y menuda de unos doce años y expresión grave, cargada con un fardo de ropa.

- Hola - saludó - Me llamo Eane. A partir de ahora seré tu criada. Vengo a hacer la cama.

- Hola, Eane - respondió Omahé con una sonrisa. A pesar de la actitud seria de la niña, tenía un aire inocente que le inspiraba ternura - Deja la ropa encima de la cama. Ya me encargaré yo de prepararla.

- Pero… Tengo que hacerla yo - titubeó Eane, desconcertada.

- Pues entonces te ayudo - replicó Omahé - ¿De acuerdo?

La niña asintió, y juntas hicieron la cama en un santiamén. Una vez estuvo hecha, Omahé se sentó al pie del lecho y observó durante unos breves instantes a Eane, que parecía considerar la posibilidad de marcharse o quedarse un rato más con aquella extraña muchacha danita.

- ¿Por qué no te sientas aquí a mi lado y charlamos un poco? - la invitó Omahé, dando una palmada en la cama - El tiempo se hace muy largo cuando se está solo en una habitación si nada que hacer.

Eane finalmente decidió quedarse a conversar con la muchacha danita y se sentó junto a ella.

- Dicen los guerreros que viajabas con un pelopaja muy raro - soltó la niña sin más preámbulos.

- Así es - asintió Omahé, con un suspiro. En cuanto recordaba a Boku sentía una punzada de nostalgia tan intensa que le oprimía el

corazón.

- ¿Cómo era? - preguntó Eane - Nunca he visto ninguno.

- Bueno, los edenitas son muy diferentes en aspecto a nosotros... - comenzó Omahé, y la niña le interrumpió:

- ¿Edenita? ¿Quieres decir que venía de Edén?

La muchacha asintió.

- Mis padres me dijeron una vez que Edén no existe, que es un invento de los pelopaja - afirmó Eane.

- Bueno, Boku nunca estuvo allí, pero sus padres sí venían de Edén, así que él estaba seguro de que era un lugar real.

- ¿Boku?

- Sí, así se llamaba... se llama el edenita con quien viajaba - rectificó Omahé. No quería hablar de Boku en el pasado, como si estuviera muerto.

- ¿Era guapo? - soltó Eane.

- Mucho - respondió Omahé con un suspiro.

- Así que te gustaba - prosiguió la niña.

- Sí. Pero no estábamos juntos como marido y mujer - aclaró la muchacha.

- Mejor. Así te olvidarás pronto de él - replicó la niña secamente.

Omahé la miró, dolida.

- ¿Por qué dices eso?

Eane la miró como si hubiera hecho una pregunta estúpida.

- ¿Cómo que por qué? Porque vas a casarte con otro. Si vas a ser la esposa de otro hombre, no puedes estar pensando en otro. Romperías el pacto.

- ¿El pacto? - preguntó la muchacha.

- En Venubym todos los matrimonios son concertados - aclaró Eane - Antes de que un niño cumpla diez años, sus padres ya le han asignado una esposa.

La muchacha recordó en ese momento que entre los danitas

estaba muy extendida la costumbre de concertar el matrimonio cuando los prometidos eran niños. No fue el caso de sus padres, que se casaron muy enamorados, pero en Aitamalad las normas sociales eran algo más relajadas que en el resto de ciudades danitas.

- Eso quiere decir que ya estás prometida - dedujo Omahé.

La niña sacudió la cabeza afirmativamente.

- ¿Y qué pasaría si, dentro de unos años, te enamoraras de otro muchacho? - preguntó la joven.

- No puedo hacer eso - respondió la muchacha rápidamente - Traicionaría a mis padres. Rompería el pacto.

- Pero no es tan fácil como decir que uno no puede enamorarse de otra persona. La mayor parte de las veces simplemente pasa.

La niña fijó la mirada en el suelo y se encogió de hombros, visiblemente incómoda. Omahé lo advirtió pero aún así siguió ahondando en esa cuestión:

- ¿Conocéis a vuestro futuro esposo o esposa desde pequeños?

La niña asintió, con la cabeza gacha.

- Así aprendemos a querernos - dijo Eane, como recitando una lección aprendida desde hacía mucho tiempo.

- ¿Y tú? ¿Quieres a tu futuro marido? - preguntó Omahé sagazmente.

La niña se quedó en silencio durante un momento, y finalmente dijo:

- Al principio me caía bien e incluso jugábamos juntos de vez en cuando, pues sus padres y los míos trabajan en la Casa de Dan. Pero hace ya mucho tiempo que dejamos de jugar juntos, porque cada vez que estábamos solos encontraba algún pretexto para pegarme o para meterse conmigo. Muchas veces volvía a casa con los brazos llenos de moretones.

- ¿Y no le dijiste nada a tus padres? - preguntó Omahé, sorprendida.

- Sí, pero me dijeron que era mi prometido y que tenía que acostumbrarme - respondió la niña - Incluso me dijeron que, si me daba algún golpe, sería porque me lo merecía.

- ¿Y crees que mereces que te den un golpe?

Eane sacudió la cabeza.

- Nunca le he hecho nada para que me pegue - respondió con tristeza.

Omahé la miró con los ojos llenos de compasión. Por un momento se olvidó de Boku y de su probable destino como esposa de otro hombre, y decidió que, mientras ella siguiera en la Casa de Dan, haría lo posible por ayudarla.

- Si al menos fuera como su hermano mayor... - añadió Eane, cabizbaja.

- ¿Tiene un hermano?

- Tiene tres hermanos. Mi prometido es el más pequeño. Yo creo que está un poco mimado, y por eso se cree que puede hacer conmigo lo que quiera, como hace en su casa. En cambio su hermano mayor es muy amable y simpático. Uno de los días en que mi prometido me dio un coscorrón sin venir a cuento, no pude más y me puse a llorar justo después de que se marchara. Y su hermano, que lo había visto, se acercó para consolarme. Incluso me dijo que regañaría a su hermano pequeño por lo que acababa de hacer. Él sí que es bueno.

- Y está prometido también - afirmó Omahé, más que preguntó.

La niña asintió, con los ojos bajos y las manos juntas sobre el regazo.

- Su hermano parece un buen muchacho - comentó la joven - Hubiera sido mucho mejor que te hubieran emparejado con él.

- Al menos cuando me case con mi prometido podré estar cerca de su hermano - dijo Eane, con un atisbo de sonrisa. A Omahé le pareció evidente que ese era el único consuelo que la muchacha había podido obtener de todo aquello.

- Pero tú preferirías que te casaran con el hermano mayor, no con el pequeño

Ante aquel comentario de la joven, Eane volvió a ponerse a la defensiva.

- Lo que yo piense no importa. Tengo que obedecer a mis padres, me guste o no.

En ese momento, Omahé quiso decirle muchas cosas a la pequeña. Veía que iba a ser desgraciada con el prometido que sus padres habían elegido para ella, y quería animarla a que cambiara su destino. Pero también comprendió que Eane tan solo era una niña asustada que se aferraba al mínimo atisbo de felicidad que pudiera conseguir para poder sobrellevar la dura vida que tenía por delante.

- No te preocupes. Seguro que tienes un buen amigo en su hermano, y que siempre podrás acudir a él cuando tu prometido te haga daño.

La niña asintió, esperanzada.

- Pero, si se te presenta la oportunidad, por pequeña que sea... escapa de ese destino - añadió la joven.

Eane la miró durante unos instantes, sorprendida ante ese consejo. Pero finalmente se levantó y dijo:

- Tengo que irme. Se me ha hecho tarde y tengo tareas que hacer en casa.

Omahé asintió y la niña se dirigió hacia la puerta. Antes de abandonar la habitación se dio media vuelta, miró a la muchacha como queriendo decir algo, y finalmente se marchó.

De nuevo a solas, la joven se tumbó en la cama y volvió a enfrascarse en sus cavilaciones sobre lo que haría a partir de entonces. Se preguntó si Eane la ayudaría a escapar, pero la niña parecía demasiado obediente y asustada como para tomar esa iniciativa por cuenta propia. Y así, empeñada en idear y desbaratar planes de huida, se hizo la hora en que Eane regresó con su cena.

En esta ocasión, la niña se limitó a saludarla y se marchó sin decir nada más en cuanto le entregó la bandeja con la comida. Omahé cenó de pie junto a la ventana, contemplando la puesta de sol. No sentía hambre pero se propuso comer todo lo que había en la bandeja, pues necesitaba energía para afrontar los retos que se avecinaban, En cuanto terminó, se acostó en su lecho y, aunque quería seguir dándole vueltas a su plan de huida, el cansancio y los acontecimientos de aquel día pudieron con su determinación. Cuando vio que se estaba quedando dormida, este fue su último pensamiento antes de caer en un sueño profundo:

"Boku… Te echo tanto de menos…".

Capítulo 15

Boku estaba desesperado. Llevaba una cantidad de tiempo imposible de precisar recorriendo galerías interminables en busca de Omahé. Los pasillos estaban prácticamente sumidos en la oscuridad, pues las antorchas que había colgadas en las paredes apenas iluminaban lo suficiente para saber lo que había un poco más allá. El joven tenía que hacer verdaderos esfuerzos para ver por dónde pisaba.

Se sentía completamente indefenso, sumido en aquella penumbra y sin arma con la que defenderse. Pero lo que más le angustiaba era escuchar la voz de Omahé, que le llamaba entre sollozos. A veces los pasillos se bifurcaban y tenía que decidir cuál tomar, pero por mucho que lo intentara era incapaz de precisar de dónde procedía la voz de la muchacha. Fuera por donde fuera escuchaba la voz con la misma intensidad, tenue pero persistente. No le importaba el peligro que podría acecharle tras un recodo, a pesar de no llevar armas. Lo que le desesperaba era no encontrar a la muchacha.

Entonces, por fin, la vio. Estaba como a unos veinte pasos de él, después de doblar un recodo igual que los muchos que había recorrido. El pasillo terminaba abruptamente en una puerta abierta al cielo estrellado. La silueta de la muchacha se recortaba contra el cielo vuelta hacia él. A pesar de que la oscuridad no le permitía ver su rostro, supo inmediatamente que la muchacha estaba muy triste.

Boku quiso correr a su encuentro, pero de repente se sintió paralizado, como si una fuerza invisible lo mantuviera fijo en el suelo. Quiso gritar, pero su voz tampoco le respondió. Lo único que pudo hacer fue presenciar, horrorizado, cómo la joven le daba la espalda y se lanzaba al vacío, mientras pronunciaba su nombre por última vez.

Justo entonces se despertó, sobresaltado y empapado en sudor.

"Solo ha sido un maldito sueño", se dijo, mientras se levantaba para mirar por la ventana. La luz del día empezaba a insinuarse por el horizonte, y el edenita se maravilló por haber dormido tanto y tan profundamente. Pero la pesadilla había hecho que su inquietud no solo no remitiera, sino que fuera todavía mayor. Aunque sabía que necesitaba toda la sangre fría de la que fuera capaz para pensar con calma, se sentía culpable de no salir a buscar a Omahé y tenía que reprimir su impulso de montar en su caballo y partir a todo galope a Venubym.

A pesar de las sensaciones desagradables ocasionadas por el sueño inquietante que acababa de tener, debía admitir que físicamente se encontraba mucho mejor que cuando se acostó. El golpe que había recibido en la cabeza había dejado de producirle aquel dolor insistente, y ahora solo le dolía cuando palpaba la zona afectada. Eso le dio ánimos y, mientras se lavaba la cara y se vestía, comenzó a preparar mentalmente su estrategia para rescatar a Omahé.

En cuanto salió de la habitación pudo ver a Kimi, ya vestida y preparada para salir.

- Buenos días - le dijo la niña - ¿Has dormido bien?

- Más o menos - respondió Boku con un suspiro, todavía con el corazón oprimido al recordar la escena de su sueño en la que Omahé se lanzaba al vacío.

- Me alegro. ¿Te apetece desayunar ya?

Boku asintió, y la pequeña le puso en la mesa un cuenco con leche, frutos secos y miel.

- ¿Prefieres otro tipo de desayuno, quizá? También tengo carne de ternero curada y huevos frescos.

Él joven recordó entonces algo que le dijo Kare, su maestro, cuando todavía era un chiquillo.

"Los Primeros Padres no comen carne ni huevos. Se alimentan de fruta, verdura, cereales y frutos secos. Pero sus hijos, cuando salen de Edén hacia otras tierras, poco a poco van perdiendo sus hábitos y se alimentan de animales.".

- No - respondió Boku finalmente - Leche y frutos secos ya está bien.

La niña al parecer ya había desayunado, porque se sentó frente al joven y se limitó a contemplar cómo comía, pensativa. Al joven no le incomodó. Sus pensamientos estaban en Venubym, aunque nunca había estado en esa ciudad.

Finalmente Kimi pareció salir de su ensimismamiento y le dijo:

- Ahora me marcho a Venubym. Tengo que llegar cuanto antes a la ciudad para que me dé tiempo a vender la leche y regresar a casa antes de la hora de comer. He de pasar por muchas casas, pero primero tengo que ir a la Casa de Dan. Seguro que allí averiguaré dónde está Omahé.

- ¿Quieres que te acompañe hasta la entrada? - preguntó Boku impulsivamente. No le hacía ninguna gracia esperar toda la mañana a que la niña regresara.

La niña sacudió la cabeza varias veces enérgicamente.

- No, es peligroso. Podrían descubrirte merodeando por allí y entonces sí que tendrías un problema gordo. No hace falta que me acompañes, a mí no va a pasarme nada. Soy una niña valiente.

- No lo dudo, pero solo de pensar que tengo que estar aquí encerrado esperando a que llegues...

- No tienes que estar encerrado si no quieres. Pero no te alejes mucho de la casa. De todas formas, vigila que no se acerque nadie. Ven, te enseñaré algo antes de irme. Puedes entrar allí si viene alguna visita inesperada.

La niña le tomó de la mano y le llevó hacia la parte trasera de la casa, donde estaba el acceso a los establos. Retiró una estera del

suelo y descubrió una trampilla con una argolla. Tiró de ella y pudo verse el acceso a un sótano. La niña tomó una lámpara de aceite que había en la estancia, la encendió y bajó por unas escaleras.

Boku la siguió hasta una estancia subterránea muy amplia, en la que había un gran jergón de paja, varias tinajas y otros recipientes. El joven dedujo que contendrían agua y comida.

- Este es nuestro escondite por si nos atacan - explicó la niña.

- ¿Lo habéis usado alguna vez? - preguntó Boku.

- Solo una vez, hace ya tiempo. Yo era muy pequeña y casi no me acuerdo. Pero al final no pasó nada. Entramos solo por precaución, por si los akai nos atacaban. Pero mis padres mantienen el escondite siempre lleno de agua y comida, por si acaso. Al estar fuera de la protección de la ciudad, tenemos que protegernos de los ataques. Así que este puede ser un buen lugar para que te escondas si alguien viene por aquí.

- ¿Y qué pasa si ven mi caballo? - preguntó Boku.

- Oh, no sospecharán nada. Pensarán que es nuestro.

- ¿Y no se darán cuenta de que la montura es diferente a las danitas? - insistió Boku. No quería dejar cabos sueltos.

Ahí la niña se quedó pensativa durante unos instantes.

- No había caído en eso - reconoció.

- Lo mejor es que no dejemos rastros visibles de mi presencia aquí. Ahora mismo recogeré todas mis cosas y las meteré en el escondite.

Y eso fue lo que hicieron, de modo que no quedó nada en la parte exterior de la casa que indicara que Boku estaba allí.

- Bien, tengo que irme - se despidió la niña finalmente - Volveré al mediodía con información sobre tu amiga. ¡Espérame!

Boku vio marcharse a Kimi desde el porche de la entrada, montada en un pequeño carro cargado de tinajas de barro, llenas de leche a rebosar. Antes de perderle de vista, la niña se dio la vuelta y le

dijo adiós con la mano mientras sonreía. El edenita le devolvió el saludo con una sonrisa. Le pidió mentalmente al Dios Único que la niña no tuviera ningún problema y regresara a su casa en el tiempo previsto. De lo contrario la espera se le haría aún más insoportable.

Una vez solo, el joven se dijo que tendría que mantenerse distraído para que la mañana pasara más rápido. Así que al principio se entrenó con la espada en el interior de la casa, procurando colocarse en lugares que no fueran visibles desde el exterior. Hizo ejercicios de movimientos silenciosos que solía practicar con Kare, su maestro. Revisó el estado de sus armas y, cuando ya lo tenía todo listo, decidió que lo mejor que podía hacer era relajar su tensión y meditar. Aquello acabó por despejar su mente y darle si cabe una mayor determinación.

Kimi regresó antes de lo que él pensaba, lo cual hizo su espera mucho más llevadera. La niña corrió hacia él sonriente, como deseando soltar todo lo que sabía.

- He conseguido mucha información - dijo la niña, orgullosa.

- ¿Sabes dónde está Omahé?

Kimi asintió con la cabeza.

- Está en la Casa de Dan.

- ¿La has visto? - Boku sentía que su corazón latía desbocado.

- No, pero sé que está bien. Los guerreros la llevaron directamente a la Casa de Dan porque, según me han dicho, quieren ofrecérsela a Vat como esposa.

Ahora el joven sintió como si se le hubiera detenido el corazón.

- ¿Quién es Vat? - preguntó a la niña.

- El jefe de Venubym. Vive en la Casa de Dan. Pero no te preocupes, no está allí. Se fue de viaje a Aitamalad.

- ¿Sabes cuándo vuelve?

- Según me han dicho, dentro de tres días, si todo va bien.

Boku suspiró aliviado. Estaba claro que no había tiempo que

perder.

- Voy a hacer la comida. Supongo que tendrás hambre - dijo Kimi.

- No mucha, la verdad - respondió el joven. Ahora mismo tenía otras cosas en las que pensar, y comer no era una de ellas.

- Pues yo sí - replicó la niña, rotunda - Así que ya te iré dando más información mientras cocino.

Y así hizo. Mientras preparaba la comida y después, cuando dieron buena cuenta de ella, Kimi le explicó cuáles eran las entradas a la muralla que rodeaba Venubym y los puntos más vulnerables para escalarla. Le explicó también cómo llegar hasta la Casa de Dan y, una vez allí, cómo dirigirse hacia la habitación donde tenían recluida a Omahé. Boku anotó mentalmente todos los detalles. Por suerte, tenía buena memoria.

- Entonces, ¿ya tienes un plan para rescatar a Omahé? - le preguntó la niña cuando ya habían terminado de comer.

- Más o menos - respondió Boku lacónicamente. Ahora que sabía todo lo que necesitaba para rescatar a la muchacha, la impaciencia estaba volviendo a aguijonearle. No veía el momento de que se hiciera de noche para partir hacia Venubym.

- Pues aún no te he dicho todo lo que sé - dijo la niña con una sonrisa traviesa.

Boku la miró, sorprendido.

- ¿Hay algo más?

Kimi sonrió aún más abiertamente mientras le miraba con ojillos pícaros.

- Esta noche, los guerreros van a hacer una especie de fiesta dentro de la Casa de Dan, aprovechando que Vat todavía no ha llegado - explicó la pequeña – Nuestro jefe es muy estricto y no le gusta que los guerreros beban demasiado, así que cuando él está no les da muchas oportunidades de beber licor del sueño.

- ¿Licor del sueño? ¿Así llamáis aquí al alcohol? - preguntó el joven, intrigado.

- No. Así le llamo yo. Una vez bebí licor del sueño por equivocación, pensando que era agua, y estuve toda una mañana durmiendo en mi cama sin moverme. Desde entonces mi padre lo guarda bien escondido para que yo no pueda encontrarlo. Aunque no le haría falta. Cuando me desperté me sentía tan mal que no me quedaron ganas de repetir.

- Así que los guerreros se van a emborrachar esta noche... - dijo Boku, pensativo. Eso sin duda favorecía sus planes. Sería más fácil pasar desapercibido ante unos guerreros más ocupados en beber que en vigilar a una muchacha.

- Eso es - asintió Kimi - ¿No es fantástico? Con suerte no habrá nadie vigilando a Omahé.

El edenita asintió, pensativo.

- Bueno, no hay duda de que eso es una ventaja, pero eso no significa que tenga que confiarme demasiado - dijo finalmente - Aún así, la situación es muy difícil. Voy a estar solo y rodeado de enemigos por todas partes.

La niña se lo quedó mirando descaradamente, como solía hacer casi siempre, y le espetó.

- Por cierto, espero que te tapes la cabeza. Tu color de pelo llamaría muchísimo la atención. No hay rubios entre nosotros.

Boku se tocó la cabeza inconscientemente.

- Tienes razón - reconoció - Me cubriré con un pañuelo.

- Y no mires a nadie a los ojos, porque tampoco hay ojos azules entre los danitas - aconsejó Kimi.

- Espero no verme en esa situación - replicó el joven con una ligera sonrisa. Y justo entonces le surgió una pregunta - ¿Cómo es que sabes tantas cosas de la Casa de Dan?

- Ah, bueno, tengo una amiga que trabaja allí como criada -

respondió la niña despreocupadamente - Además, también les vendo leche, así que he entrado muchas veces. De hecho, empecé a hacerme amiga de Eane justamente por eso.

- ¿Eane? ¿Así se llama tu amiga?

- Sí. Es un poco más mayor que yo, pero nos llevamos muy bien. Hemos tenido suerte, porque los guerreros encargaron a Eane que fuera la criada de Omahé. Ella fue quien me dijo dónde estaba tu amiga y lo de la fiesta de los guerreros de esta noche. Pero no te preocupes, no le dije nada de ti. Simplemente me hice la niña curiosa.

Boku no pudo evitar maravillarse de que fueran precisamente dos niñas las que le ayudaran en su empresa.

Finalmente el sol empezó a descender en su recorrido por el cielo, y el joven se preparó para partir hacia Venubym.

- ¿Vendréis aquí después? - preguntó Kimi mientras Boku ensillaba su caballo.

- No, pequeña, me temo que no - respondió el edenita - Una vez recupere a Omahé, lo mejor será alejarnos de aquí todo lo que podamos.

- Pero nadie sospechará que estás aquí - insistió la niña.

Boku se volvió y le respondió, mientras le daba palmaditas cariñosas en la cabeza:

- Ya me has ayudado mucho, y no quiero que tengas problemas por mí.

La niña finalmente se resignó, aunque parecía algo triste.

- Entonces eso significa que no voy a volver a verte y que nunca voy a conocer a tu amiga danita - dijo la niña muy seria.

Boku se agachó para ponerse a la altura de la niña y le acarició la mejilla.

- Nunca se puede decir nunca - le dijo - Te prometo que, la próxima vez que salga de viaje, volveremos a vernos.

- ¿En serio? - el rostro de la niña se iluminó.

- Un edenita nunca promete en vano.

- Entonces, si vas a volver… ¿puedo pedirte una cosa?

- Claro.

La niña entonces pareció ruborizarse.

- ¡Prométeme que no te vas a reír cuando te lo diga! - exclamó la niña, que estaba tan azorada que ni siquiera levantaba la vista del suelo.

- Lo prometo - dijo Boku, que no podía ni siquiera imaginar lo que Kimi iba a pedirle a continuación. Entonces la niña reunió el valor suficiente para mirar a los ojos al joven y decirle:

- Cuando vuelvas… ¿podrías traerme de Edén a uno como tú para que sea mi novio?

Boku tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reír a carcajadas ante la inocente petición de la niña, pero había prometido no hacerlo y se contuvo.

- Claro - respondió el joven, que de repente sintió una ternura tremenda hacia la pequeña danita - Pero igual pasa mucho tiempo antes de que vuelva a salir de viaje.

- No importa. Esperaré - afirmó la niña con determinación. Y añadió - Quiero un novio que sea como tú. Pero, como ya tienes a Omahé…

Justo entonces, Boku recordó las palabras de su maestro, cuando le dijo que los pelopaja y los danitas debían aprender a vivir juntos y en paz. Quién sabe si ellos no serían los primeros en ponerlo en práctica…

- Ah, y tráete otro novio para Eane - añadió Kimi - Su prometido es un patán.

Ahí Boku no pudo contener la risa.

- De acuerdo. Otro edenita para Eane - dijo el joven alegremente - ¿Algo más?

- No. Solo me queda desearte que tengas buena suerte y puedas

cumplir tu promesa - respondió la niña con aire solemne.

Boku, que ya había terminado de preparar sus cosas, abrazó a Kimi y le dio un beso en la mejilla.

- Muchísimas gracias por todo lo que me has ayudado. Eres una niña extraordinaria - le dijo, todavía abrazada a ella - Ojalá pudiera llevarte conmigo a Edén.

- No puedo marcharme de aquí. Echaría mucho de menos a mis padres, y ellos a mí - respondió la niña.

- Lo sé. Pero Saph necesita más danitas como tú.

- No te preocupes. Yo esperaré aquí hasta que vuelvas y cumplas tu promesa.

Boku le dio otro beso en la mejilla y montó en su caballo.

- Adiós, pequeña - se despidió - Volveremos a vernos.

- Adiós, Boku. Que el Dios Único te proteja - le respondió la pequeña, haciéndole un gesto de despedida con la mano.

Y el edenita se marchó de allí para dirigirse a Venubym.

Capítulo 16

Aquella mañana, poco después de que Eane le trajera el desayuno, la joven recibió otra visita. Una mujer de mediana edad, de expresión adusta, entró en la habitación y le dijo sin más preámbulos:

- Túmbate en la cama y abre las piernas. He venido a comprobar tu virginidad.

La muchacha obedeció. Fue un momento muy incómodo para ella, pues nunca nadie había hurgado en sus zonas íntimas, pero pensó que no tenía sentido oponerse y se dejó hacer. Además, esa sería su garantía de que los guerreros la dejarían en paz, así como su seguro de vida momentáneo. Ella era el regalo que pensaban hacerle a su jefe, y un regalo mancillado no tendría ningún valor.

El día transcurrió como una copia casi exacta del día anterior. La muchacha estaba cada vez más segura de que preferiría tirarse al vacío desde la ventana antes que desposarse con el tal Vat. Pero rezó al Dios Único para que le diera una oportunidad de sobrevivir y vivir el destino que ella quería.

Omahé llevaba ya un buen rato escuchando más jaleo del que había sido habitual en todo el tiempo que llevaba encerrada en aquella habitación de la Casa de Dan. Cuando Eane llegó con la cena aprovechó para preguntarle por el motivo, y la niña respondió:

- Los guerreros van a celebrar una fiesta esta noche.

- ¿Una fiesta? - repitió la muchacha - ¿Qué clase de fiesta?

- La típica fiesta en la que los hombres se emborrachan hasta caer redondos sobre la mesa - respondió Eane encogiéndose de hombros.

Omahé pensó que quizá esa era la respuesta del Dios Único a sus

plegarias, y que tendría una oportunidad de escapar de allí mientras los guerreros estuvieran dedicados a beber y a divertirse, pero la niña enseguida echó por tierra sus esperanzas.

- He oído a Nilnet decir a dos de los guerreros que ellos no podrán participar en la fiesta porque tendrán que vigilar la entrada a tu habitación.

"Maldita sea", pensó la joven. Pero no se desanimó. Seguro que encontraría la manera de salir de allí, y rogó mentalmente al Dios Único para que la ayudara. Probablemente tendría que esperar a la madrugada, cuando la bebida hubiera hecho efecto en todos y el sueño se apoderara de sus vigilantes.

"Espero no dormirme yo también", se dijo. Aunque le parecía bastante improbable que eso sucediera. Estaba demasiado nerviosa y tenía demasiadas ganas de salir de allí como para quedarse dormida.

La noche anterior había tenido un sueño inquieto en el que se despertó muchas veces. Había tenido sueños confusos y angustiosos en los que vagaba por lo que se suponía era la Casa de Dan buscando a Boku y, justo cuando creía que iba a encontrarle, se despertaba. Desde mucho antes del alba fue incapaz de conciliar el sueño.

Pero ahora se encontraba muy despejada. Por la tarde, después de comer, la falta de descanso nocturno la había hecho dormir una siesta reparadora, así que podría aguantar despierta sin mucho esfuerzo.

A diferencia de otras veces, Eane esperó a que la muchacha terminara su cena. A Omahé no le importó; pasaba demasiado tiempo sola y la niña, aunque tímida y de pocas palabras, le caía simpática. Cuando la joven apartó la bandeja, la niña se acercó para recogerla y le dijo en voz baja, como si temiera que los vigilantes que estaban al otro lado de la puerta pudieran escucharla:

- ¿Vas a escaparte esta noche, verdad?

Omahé asintió. No tenía sentido mentirle a la niña; además,

intuía que no iba a delatarla.

Eane se quedó un rato pensativa con semblante serio y finalmente le dijo, también en susurros:

- Me lo imaginaba. Intentaré ayudarte, pero si me preguntan yo no sé nada.

Omahé se alegró tanto al oír sus palabras que la abrazó impulsivamente y la niña casi tiró la bandeja al suelo.

- Gracias - le susurró al oído, y le dio un beso en la mejilla.

La niña sonrió tímidamente.

- Que descanses - dijo, ya en voz alta, y salió de la habitación.

La joven se asomó a la ventana y contempló la puesta de sol, firmemente convencida de que no vería amanecer entre aquellas cuatro paredes. Y esperó, con toda la paciencia de la que era capaz.

Las estrellas llevaban ya mucho tiempo brillando cuando escuchó ruido de sillas, risas y voces más altas de lo habitual. Incluso escuchó algún conato de canción, interpretada con más voluntad que acierto. Omahé deseaba con todo su corazón que bebieran, que bebieran hasta que no fueran capaces de levantarse del asiento y mantener el equilibrio. Los necesitaba a todos fuera de combate si quería tener alguna posibilidad de escapar de allí.

Pasaban las horas, y la intensidad de las risas y las voces se mantenía. Una vez incluso escuchó el sonido metálico que producían las espadas al chocar. "Alguno tiene mal beber y se está peleando. Mejor, que se peleen entre ellos si eso les divierte", pensó.

Omahé se preguntaba cómo iba a ayudarla Eane. De momento, necesitaba salir de la habitación sin que la vieran, así que tendría que aprovechar un momento de despiste de sus vigilantes. Quizá la niña la ayudara a distraer la atención de los guerreros.

En esos pensamientos estaba cuando Eane llegó hasta donde estaban los guerreros que vigilaban la entrada a su habitación. Llevaba dos jarras llenas a rebosar de licor.

- ¿No os apetece beber un poco? Os he traído estas jarras.

Al principio los guardianes se mostraron reticentes y se miraron entre ellos, como preguntándose si debían tomarlas. Eane mantuvo las jarras frente a ellos con expresión inocente, mientras se oían las risas estentóreas del resto de sus compañeros.

- Qué demonios - dijo uno de ellos, tomando la jarra que la niña le ofrecía - Si ellos pueden divertirse, nosotros también.

Su compañero lo imitó, y muy pronto dieron buena cuenta del licor. Al poco rato, la niña regresó con otra jarra más para cada uno de ellos, y muy pronto estuvieron tan bebidos como los guerreros que estaban en la planta baja.

Mientras tanto, Omahé aguardaba junto a la ventana a que fuera el momento propicio para escapar. Sabía que la puerta de su habitación no tenía cerrojo, así que podría abrirla cuando quisiera. El problema eran los dos guerreros que había junto a la entrada. ¿Cómo podría saber que estaban dormidos? Hasta entonces habían estado largo rato en silencio, a veces interrumpido por algún comentario. El alcohol había hecho que sus lenguas se desataran un poco más, pero justo cuando la muchacha consideraba que el silencio entre ellos podría significar que estaban dormidos, escuchaba sus voces de nuevo.

Y así la noche iba avanzando. Omahé sentía cómo los nervios le atenazaban el estómago. Ya no debía quedar mucho para poder salir de allí, pero temía no saber cuándo sería el momento de escapar. La cera de la vela que iluminaba la estancia estaba prácticamente agotada. Muy pronto quedaría sumida en la oscuridad.

Y en esas estaba, llena de inquietud, cuando oyó gritos ahogados y unos golpes secos y fuertes al otro lado de la puerta. Omahé se quedó inmóvil junto a la ventana, sin saber qué pasaba ni qué hacer.

De repente, la puerta se abrió y la vela se apagó de golpe, dejando la estancia casi a oscuras. La muchacha vio la silueta de un hombre

alto y encapuchado recortándose contra la entrada y, temiendo que fuera uno de los guerreros con intenciones de probar antes que el jefe el "regalo" que le tenían preparado, se subió al alféizar de la ventana y gritó:

- ¡Si te acercas, me tiro por la ventana!

Lo que sucedió después pareció transcurrir muy, muy despacio. El desconocido se abalanzó sobre ella a una velocidad pasmosa y la atrajo hacia sí con una fuerza increíble, alejándola de la ventana. Omahé intentó sin éxito zafarse de aquel abrazo, pero entonces escuchó una voz familiar que le dijo al oìdo:

- Tranquila, Omahé. Soy yo, Boku.

- ¿Boku? - la muchacha se despegó un poco del abrazo para intentar verle mejor, pero la oscuridad se lo impedía. Intentó decir algo más, pero el joven la interrumpió:

- No hay tiempo que perder. Tenemos que salir de aquí. Vamos.

Boku le tomó de la mano y salieron de su habitación a toda prisa. A un lado de la puerta, la muchacha vio tirados en el suelo a sus vigilantes, inconscientes. Fueron bajando las escaleras todo lo sigilosamente que pudieron, con cuidado de no encontrar a ningún guerrero fuera de la sala donde estaban celebrando la fiesta, que era donde convenía que estuviesen. Afortunadamente, no se cruzaron con nadie. La bebida les había dejado fuera de combate y la mayoría estaban durmiendo la mona.

Justo cuando estaban a punto de cruzar la puerta principal para salir a las calles de Venubym, se toparon con Nilnet, que regresaba al interior y les bloqueaba la salida. Boku y Omahé detuvieron en seco su carrera. La muchacha ahogó un grito, asustada.

- Vaya, parece que fue una buena idea salir a tomar el aire - dijo Nilnet, sacando su espada. Sus ojos estaban enrojecidos y entrecerrados por la bebida, pero parecía lo bastante sobrio como para ser un oponente a tener en cuenta.

Boku también sacó su arma y, sin más preámbulos, se abalanzó sobre Nilnet, que a duras penas pudo repeler su embestida con la espada.

Sin perder de vista al danita, y sin dejar de atacarle, el joven gritó a la muchacha, que asistía inquieta a la lucha entre los dos:

- Busca la muralla norte y trepa por ella. He dejado unas cuerdas. Espérame al otro lado.

La muchacha dudó durante unos breves instantes. Ahora que había vuelto a ver a Boku, no quería separarse de él de nuevo. ¿Y si Nilnet conseguía matarlo y no volvía a verle nunca más? Pero el joven no parecía dispuesto a que Omahé siguiera allí, de espectadora muda de la contienda.

- ¡Vete! - gritó Boku, y le dirigió una mirada tan breve como intensa que no daba lugar a discusión, así que la muchacha salió corriendo de allí todo lo rápido que sus piernas le permitían.

Cuando se quedaron solos, Nilnet le dijo mientras entrechocaban sus espadas:

- Si crees que vas a salir de esta, estás muy equivocado. Te derrotaré y atraparemos a la muchacha.

- Eso ya lo veremos - respondió Boku, sin distraerse ni un solo momento. Aunque podía ver que Nilnet era bueno con la espada, también se dio cuenta de que el licor había hecho sus reflejos más lentos. Y Boku no solo era muy rápido; también estaba sobrio y tenía la firme determinación de deshacerse de Nilnet para reunirse con Omahé. Ahora que la había encontrado de nuevo, no iba a permitir que un guerrero danita le separara de ella.

Boku pensó que tenía que derrotar a Nilnet lo más rápido posible. No quería que otros guerreros se unieran a la fiesta. Y por ese motivo redobló la fuerza y la precisión de sus ataques. El guerrero se defendía como podía, pero ya había recibido más de un corte y sus heridas estaban empezando a sangrar. En cambio Boku no había recibido ni

un solo rasguño.

- Maldita sea, eres bueno - masculló Nilnet entre jadeos.

- ¿Qué tal si hacemos un trato? Tú me dejas ir, y yo te dejo con vida - le dijo Boku, sin perder la concentración, buscando los cada vez más numerosos flancos de su oponente.

El joven hizo aquel ofrecimiento no para que Nilnet aceptara su proposición, sino para ir desgastando su ánimo. Por eso se sorprendió cuando el guerrero se apartó de él y dijo, visiblemente cansado:

- Está bien. Tú ganas. Tampoco es que la chica merezca tanto la pena.

Boku se quedó atónito. ¿Qué clase de guerreros eran aquellos, que abandonaban la lucha a las primeras de cambio? Nilnet advirtió la expresión sorpendida del edenita y añadió:

- Mira, estoy bastante borracho y tú eres muy bueno con la espada. Mis guerreros están ahora mismo durmiendo la mona y tampoco están en condiciones de ayudarme. Así que he decidido que no me apetece morir esta noche, y menos por ofrecerle una esposa a Vat.

- Pero... ¿No se enfadará tu jefe cuando sepa que habéis dejado marchar a Omahé? – preguntó Boku, sin poder evitar sentir curiosidad ante el razonamiento del danita.

- No sabe nada. Quería darle una sorpresa, pero otra vez será. Ya le buscaremos otro regalo - respondió Nilnet, encogiéndose de hombros.

Boku seguía sin entender esa actitud, tan impropia de un guerrero, pero no quiso desperdiciar la oportunidad de terminar con aquello, así que le ordenó, todavía apuntándole con la espada:

- Tira tu espada bien lejos y apártate de la puerta.

Nilnet obedeció. Aparentemente estaba desarmado, pero Boku no quería correr riesgos. Era más que posible que tuviera armas entre su ropa, así que se mantuvo alejado de él sin dejar de blandir su espada.

Iba a salir corriendo cuando el guerrero le dijo:

- Ya que te dejo marchar... ¿Podrías hacerme un favor?

- Habla - le dijo Boku, intrigado.

- Déjame inconsciente - le pidió Nilnet, mirándole a los ojos con determinación.

- ¿Cómo dices? – preguntó el edenita, estupefacto.

- Será mi coartada ante mis hombres - explicó el guerrero - No puedo decirles que te dejé marchar sin más. Dame un golpe en la cabeza que me deje sin conocimiento. Es lo único que me impediría luchar contigo.

El joven no podía salir de su asombro, pero no dudó un solo momento. "Si es eso lo que quiere, desde luego que se lo voy a dar", pensó.

- Date la vuelta - le ordenó.

Nilnet obedeció, y Boku buscó un objeto contundente en el recibidor en el que se hallaban. Sus ojos enseguida localizaron una tinaja de barro bastante grande. La alzó y la estrelló en la cabeza del guerrero sin avisar.

El golpe con la tinaja surtió el efecto esperado, y Nilnet cayó desplomado en el suelo. Boku pidió al Dios Único no haberse pasado con el golpe. Hasta entonces no había matado a nadie, y no quería hacerlo si podía evitarlo. Y, sin más, agradeciendo su suerte, Boku salió a las calles de Venubym todo lo rápido que le permitían sus piernas. Por fortuna las calles estaban desiertas y no encontró a nadie. Tan solo esperaba que Omahé hubiera encontrado la muralla norte y las cuerdas, y le esperara al otro lado.

Subió por la cuerda con el corazón desbocado por la carrera y la ansiedad de reencontrarse con la muchacha. Cuando saltó al otro lado, fuera de la muralla, sintió como si la sangre se le helara en las venas al no ver a la joven.

- ¡Omahé! - la llamó - ¿Dónde estás?

Entonces, de la oscuridad a su izquierda contestó una voz:

- Aquí -y la muchacha salió de un hueco de la muralla - Me había escondido mientras te esperaba.

Boku se alivió enormemente al verla, pero todavía no estaban a salvo. Quién sabe si aquellos volubles danitas querrían recuperar a la joven y enviaban una expedición para buscarla. Se moría de ganas de abrazarla, de besarla, de decirle todo lo que sentía por ella, pero sentía que ese no era el momento y que debía dejar las muestras de afecto para más adelante, cuando se encontraran lejos de allí.

- He dejado mi caballo un poco más allá, atado a un árbol. Vamos, no tenemos tiempo que perder - dijo finalmente a Omahé. Y corrieron en la oscuridad hasta llegar donde el animal les esperaba tranquilamente.

La muchacha lamentó que su caballo se hubiera quedado atrás, en los establos de la Casa de Dan. Ahora volvían a tener un solo corcel, el de Boku, y tendrían que conseguir otro para ella. Volvían a estar como al principio de su viaje juntos.

- No te preocupes, encontraremos otro caballo - le dijo Boku mientras la ayudaba a montar. Y añadió, con emoción contenida - Lo importante eres tú.

Y, espoleando a su caballo, se marcharon de allí tan rápido como el animal lo permitía.

Capítulo 17

Boku y Omahé cabalgaron durante horas bajo las estrellas y la luz que ofrecía Suki, la luna roja que marcaba los meses en Saph. En esos momentos lucía en un círculo casi perfecto y proyectaba sobre el camino una luz mortecina de un tono anaranjado. Muchos pueblos de Saph permanecían en sus casas los días en que Suki estaba llena, pues creían que los espíritus malignos salían de sus escondites cuando su luz era más intensa. Pero ni Boku ni Omahé eran supersticiosos respecto a la luna roja, así que cabalgaron todo lo deprisa que el corcel les permitía, vigilando en todo momento si alguien les seguía.

Cuando pasaron cerca de la casa de Kimi, Boku miró en aquella dirección y pensó:

"Gracias por todo, pequeña. Espero que seas muy feliz. Volveremos a vernos, te lo prometo".

Estaba empezando a clarear por el este cuando el joven hizo que el caballo se detuviera.

- ¿Por qué nos detenemos? - preguntó Omahé, intrigada - El caballo no parece cansado.

- Pero nosotros sí - respondió Boku - Ha sido un día muy largo y será mejor que descansemos un poco. Además, este lugar parece ideal para esconderse. Más adelante quizá no tengamos la ocasión de descansar y permanecer ocultos.

En aquel tramo, el camino atravesaba un bosque pedregoso, plagado de refugios naturales. Al bajarse del caballo, Omahé se sintió revivir al percibir los frescos olores de las plantas y escuchar el canto de los pájaros que se ocultaban entre las ramas de los árboles, y se

alegró de haber escapado de la jaula que le habían preparado en Venubym. Pero, sobre todo, se sentía feliz de volver a estar con el edenita.

Fueron alejándose del camino a pie, mientras Boku sujetaba al caballo por las riendas. Muy pronto encontraron un conjunto de piedras enormes que surgían de la tierra, y tras las que era fácil tumbarse y permanecer escondidos de otros posibles caminantes. Boku también puso al caballo fuera de la vista y lo ató a un árbol.

Justo en ese momento, Omahé cayó en la cuenta de que había dejado atrás, en Venubym, el petate con su ropa, su manta y todas sus demás pertenencias. Lo único que tenía era lo que llevaba puesto. Boku también parecía consciente de ello, pues sacó su manta y su estera y se las ofreció a la muchacha inmediatamente.

- Toma, úsalas mientras no consigamos otras.

- ¿Y tú? - preguntó la joven.

- No será la primera vez que duermo en el suelo. Además, no parece que sea muy duro.

Omahé bajó la vista hacia el suelo, y vio que entre la tierra asomaban muchas piedras pequeñas semienterradas. No le pareció que fuera precisamente una superficie cómoda para descansar.

- ¿Y por qué no lo compartimos? - sugirió.

Boku la miró, sorprendido.

- No es la primera vez que dormimos juntos - observó Omahé, recordando aquella noche en que habían dormido juntos para guarecerse del frío.

El joven tuvo que admitir que tenía razón pero, ahora que la muchacha volvía a estar con él, volvió a sentir la misma vieja incertidumbre respecto a cuál sería su reacción si sintiera a Omahé tan cerca. Aquella vez le costó mucho conciliar el sueño.

Por otro lado, desde que los guerreros danitas los separaron, Boku había tomado la firme decisión de confesar sus sentimientos a la

muchacha danita, pero ahora que volvían a estar juntos se preguntaba si debía esperar un momento más propicio.

"Quizá cuando estemos a salvo, en la próxima aldea", decidió finalmente.

La joven interpretó aquella indecisión como la negativa de Boku a compartir lecho con ella. Aquel pensamiento hizo que sintiera una pequeña punzada de tristeza y le dijera, con una sonrisa que no le llegó a los ojos:

- Duerme tú en la estera. Seguro que estás más cansado que yo.

- De ninguna manera - se negó Boku, mientras seguía tendiéndole la manta.

No supo si fue por el cansancio, por la tensión sufrida durante todas esas horas o por la sospecha de que el edenita no respondía a sus sentimientos, pero de repente la muchacha sintió tantas ganas de llorar que no pudo evitar que las lágrimas empezaran a correr por sus mejillas sin control.

El joven, al ver las lágrimas de la muchacha, corrió a abrazarla sin pensárselo dos veces.

- ¡Omahé! ¿Qué te pasa?

Ella intentó apartarse de su abrazo, pero Boku era más fuerte que ella y finalmente se aferró desmayadamente al edenita.

- ¿Tanto te desagrada que durmamos juntos? - preguntó la joven entre sollozos. Se encontraba tan abatida que no le importaba mostrar sus sentimientos y añadió, con un hilo de voz y la cabeza hundida en el pecho del joven - Eso es porque no me quieres, ¿verdad? No me quieres como yo te quiero a ti.

Entonces, el joven supo que no tenía sentido esperar más tiempo. Era el momento de mostrarle a Omahé lo que sentía por ella.

Boku se separó del abrazo para poder mirarla. La joven tenía la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo, ruborizada de pies a cabeza, sin poder creerse que había confesado sus sentimientos al edenita. El

joven le levantó la barbilla suavemente y la obligó a mirarle a los ojos. Por primera vez, Omahé sintió que podría sumergirse en aquellos ojos azules, porque en su mirada, que tanto le intimidaba al principio, encontró una calidez y una intensidad que no había percibido hasta entonces.

Entonces Boku, en lugar de responder a la muchacha, acercó su rostro al de ella y le dio un beso en los labios. Al principio fue apenas un roce, pero después el joven supo que no podría contenerse más, volvió a estrecharla entre sus brazos y a besarla, esta vez con más intensidad, buscando con su lengua la lengua de la muchacha.

Omahé se sentía como si flotara. Nunca la habían besado así, y aquellos besos tan apasionados de Boku provocaban en ella una excitación que no había sentido jamás. En ese momento en lo único que pensaba era en abandonarse a aquella sensación, en entregarse a Boku. Nada de todo lo demás le importaba.

Pero el edenita no fue más allá.

- ¿Sigues pensando que no te quiero? - le preguntó mientras le acariciaba la espalda, todavía abrazado a ella.

- No. Ya no - respondió ella, disfrutando de la calidez de su abrazo - Pero llevaba mucho tiempo pensando que mi destino sería amarte en silencio, mientras veía cómo tomabas como esposa a una muchacha de Edén.

El joven se separó de ella y la miró, extrañado.

- ¿De dónde has sacado esa idea?

La muchacha bajó la mirada y se encogió de hombros.

- No sé... Pensaba que esa era una de las razones por las que ibas a Edén. Para buscar esposa y perpetuar tu raza - respondió, cada vez menos convencida de sus palabras.

- Pues te equivocas. Es cierto que, antes de conocerte, consideré la posibilidad de encontrar pareja en Edén, pero ahora esa opción está descartada. No quiero otra mujer que no seas tú. Y nadie puede

obligarme a tomar una esposa, ni siquiera los Primeros Padres – afirmó él, rotundo.

- Entonces... ¿no hay matrimonios concertados entre los edenitas?

Boku negó con la cabeza.

- Al principio, durante las primeras generaciones de hijos de los Primeros Padres, sí que los había, pues no estaba permitido que los primeros descendientes se mezclaran con otros pueblos de Saph... Pero ahora la situación es muy distinta. Los edenitas ya se han mezclado con otras razas y han creado lo que vosotros llamáis pueblos pelopaja... Hace ya mucho tiempo que los hijos de Edén pueden elegir con quién tendrán descendencia.

- Pues, según parece, nunca han elegido a ningún danita - replicó Omahé.

- No por falta de interés, créeme. El danita es un pueblo obstinado y confundido. Pero de momento me he ganado a una danita para la causa - dijo Boku sonriente, mientras la abrazaba con más fuerza.

- ¿Causa? ¿Qué causa?

- La unión de los dos pueblos. Ahora tengo más claro que nunca que esa va a ser mi misión. Y voy a predicar con el ejemplo.

Omahé le estrechó con más fuerza. Toda la tensión acumulada había desaparecido como por encanto, pero había sido desplazada por un cansancio enorme que apenas le permitía mantenerse en pie. Boku advirtió que a la muchacha le flaqueaban las piernas, y la sentó en el suelo, extendió la estera y la hizo tumbarse. Para entonces, ya había salido el sol y el cielo estaba de un color azul radiante.

Boku se tumbó junto a ella y le susurró al oído mientras la abrazaba:

- Descansa, Omahé. No tardaremos mucho en seguir nuestro camino.

La muchacha apenas podía mantener los ojos abiertos, pero aún así le preguntó:

- ¿A dónde vamos?

- A Norist, una aldea aoi que hay a tres días de camino. Allí miraremos de comprar lo que te falta. No puedes ir con lo puesto durante mucho tiempo.

- Mis hierbas y mis remedios... Todo se quedó en Venubym... - se lamentó Omahé, casi arrastrando las palabras de lo agotada que estaba.

- No te preocupes por eso ahora - le dijo el joven mientras le besaba los párpados dulcemente - Lo importante es que volvemos a estar juntos.

- Por cierto, ¿qué hiciste mientras estaba en Venubym? - preguntó Omahé, sin poder evitar un bostezo.

Boku sonrió para sí, y le contó de forma resumida su encuentro con Kimi y cómo la niña le había ayudado a recuperarse y a rescatarla, al darle toda la información que necesitaba para poder entrar en la Casa de Dan.

- Lástima que no haya tenido ocasión de conocerla - comentó Omahé - Parece una niña muy lista.

- No solo eso. Kimi es especial - respondió Boku - ¿Sabes qué me pidió antes de marcharme? ¡Un novio edenita para ella!

Los dos se echaron a reír ante la petición de la muchacha.

- ¿Y se lo vas a llevar? - preguntó la joven, sonriente.

- Por supuesto - respondió él, devolviéndole la sonrisa - Un edenita siempre cumple con su palabra. No sé cuándo podré cumplir mi promesa, pero lo haré.

La muchacha nunca había visto esa expresión de felicidad en el rostro de Boku, y le encantaba. Así, ni siquiera la cicatriz de la mejilla afeaba su belleza natural. Tras un momento de silencio, Omahé le dijo:

- Yo también tuve ayuda de una niña de doce años tímida y temerosa de su prometido, que servía como criada en la Casa de Dan. Llevó licor a los guerreros que me vigilaban para que durmieran la mona y me pudiera escapar. Así que ella te allanó el camino para deshacerte de mis carceleros.

Entonces Boku cayó en la cuenta de un detalle.

- ¿Sería ella la amiga de la que me habló Kimi, la que le dio todos los detalles sobre ti y sobre tu paradero? - se preguntó.

La muchacha no supo qué responder. Se habían dado tantas coincidencias increíbles, que no parecía extraño que se hubiera dado una más.

- Quién sabe - comentó finalmente, soltando otro bostezo.

- Ahora duerme un poco - le dijo Boku cariñosamente - Me vas a contagiar tanto bostezo a mí también.

Y Omahé, como si hubiera obedecido una orden, cayó profundamente dormida. Boku suspiró, y procuró dormirse él también, aunque los acontecimientos del día anterior (y, sobre todo, los de ese día que justo acababa de comenzar) le habían mantenido despejado y en un estado de excitación que contrarrestaba su cansancio.

El joven se preguntaba si los danitas de Venubym intentarían recuperar a Omahé. Dado el estado en que se encontraban cuando se escaparon, lo dudaba seriamente. Pero la gente hace cualquier cosa por orgullo, y Boku había herido gravemente su orgullo de guerreros marchándose tan fácilmente de allí con la muchacha. El edenita se preguntaba también si Nilnet se habría arrepentido de dejarle ir. Probablemente a esas horas estaría lamentando haber renunciado a luchar contra él. Eso si la resaca le dejaba pensar, claro.

"Aunque, en el fondo de su corazón, seguro que piensa que de esa manera salvó el pellejo, y agradece haberme dejado ir", pensó Boku. "Que el Dios Único me perdone, pero le habría matado sin

dudarlo ni un instante si hubiera sido lo único que se interponía entre Omahé y yo".

Justo en ese momento, Boku cayó en la cuenta de que nunca había matado a nadie, y recordó las palabras de Kare, su maestro, cuando le decía:

"No mates a nadie si puedes evitarlo; hazlo solo si crees que tu vida está en peligro. Tan solo el Dios Único debería tener la prerrogativa sobre quién debe morir y y quién sigue con vida".

Por el momento, había seguido el consejo de su maestro, y le alegraba enormemente. Pero la vida en Saph era impredecible, e imaginaba que algún día tendría que enfrentarse al dilema de matar a otro ser humano. Y lo peor de todo es que no podría dudar, pues su vida podía depender de ese breve instante de vacilación.

"Ahora mismo, si se diera el caso, no dudaría", pensó.

Estaba seguro de ello. Llevaba toda su vida siendo un superviviente. Se había escapado por los pelos de una matanza, se había defendido del ataque de un oso, había repelido los ataques de muchos hombres pendencieros en su camino. Sin embargo, si hizo todo aquello fue por puro instinto de supervivencia. Pero ahora era distinto.

Ahora que sabía lo que era amar y ser correspondido, no pensaba renunciar a ese maravilloso sentimiento por nada del mundo. Era consciente de que la vida humana en Saph no tenía apenas valor. La muerte era traicionera y podía sorprenderte en el recodo más insospechado del camino, pero defendería con uñas y dientes su vida y la de Omahé. El futuro era todavía muy incierto, pero lo que tenía claro es que quería a la muchacha danita en su vida para siempre. Quería saberlo todo de ella y que ella lo supiera todo de él. Quería disfrutar de momentos íntimos con Omahé cuanto antes.

"Pero no debo bajar la guardia", se dijo para sí. "No estaremos seguros hasta que no lleguemos a Edén".

Entonces sintió que le vencía el sueño, y se entregó a esa sensación sin resistirse. Antes de quedarse profundamente dormido, su último pensamiento fue:

"Edén… Necesitamos llegar a Edén".

Capítulo 18

Los tres días de viaje hasta Norist fueron para Boku y Omahé los más bonitos de su largo viaje a Edén hasta entonces. El paisaje no era especialmente bello, tuvieron que comer más frugalmente de lo habitual y no se encontraron con ningún otro ser humano, pero era la primera vez que se sentían tan felices, y eso hizo que nada de lo demás importara.

Esos días, Boku recordó muchas veces las palabras que le dijo su padre en una ocasión, cuando era todavía pequeño y le preguntó cómo sabría si había encontrado a su esposa:

"No te preocupes, hijo mío. Cuando la encuentres lo sabrás", respondió su padre con una sonrisa bondadosa en el rostro, mientras le revolvía el pelo en un gesto cariñoso.

"Mi padre tenía razón", pensaba Boku. "Ahora sé que la he encontrado".

Durante esos tres días, Boku y Omahé se confesaron mutuamente todos los pensamientos que habían tenido a lo largo del viaje y en todas las aldeas que habían visitado. Boku le habló de los celos que sintió del joven akai que manifestó deseos de cortejarla, y Omahé de la conversación que tuvo con las mujeres pelopaja, que hizo que se planteara sus sentimientos hacia el edenita por primera vez.

Boku le habló también del sueño que tuvo la noche antes de ir a rescatarla, y de cómo ese sueño volvió a su mente cuando la vio en la ventana de su celda, dispuesta a saltar al vacío.

- Cuando te vi allí, fue como si volviera a revivir aquel sueño tan angustioso, y casi podía sentir cómo se me detenía el corazón - le confesó el joven - Tan solo pensaba en que no quería que el sueño se

hiciera realidad, y llegué hacia ti todo lo rápido que pude para impedirte saltar.

Desde que se confesaron mutuamente sus sentimientos, pasaban la noche durmiendo abrazados. Aunque el invierno estaba llegando a su fin en Saph, las noches todavía eran frías, y se pasaban mucho mejor si compartían su calor. Omahé se sorprendió de que, a pesar de tener que compartir la estera, ahora dormía mucho mejor y más profundamente que antes, como si el calor corporal de Boku la relajara y le diera seguridad.

Todos los días por la mañana, él siempre la despertaba con un beso. Cuando hacían algún descanso en el viaje para comer, o simplemente para estirar las piernas, casi siempre acababan abrazados, y les resultaba inevitable entregarse una vez más a los besos apasionados.

Tras la sorpresa inicial del primer beso, Omahé disfrutaba con los besos de Boku, que eran cada vez más largos y acababan dejándola sin aliento. Entre los midori, con los que pasó su adolescencia, no existía la costumbre de besarse de esa manera. Y cuando vivía con sus padres jamás les había visto besarse así. Alguna vez se habían dado un beso en los labios y se habían dado alguna muestra de afecto en su presencia, pero nada más.

"Aunque es probable que reservaran ese tipo de besos para cuando estuvieran a solas", pensó Omahé.

Pero había otra cosa que la preocupaba más que las manifestaciones amorosas de los danitas, y era la certeza de que, tarde o temprano, Boku querría pasar a algo más que besos y caricias. Y, para ella, ese "algo más" era un terreno sin explorar.

Hacía tres años que Omahé sangró por primera vez. Entonces Oré le explicó los cambios que estaba experimentando su cuerpo. "A partir de ahora, un hombre podrá fecundarte", le dijo su maestra, y le explicó la manera en que una mujer quedaba embarazada. Así que la

muchacha sabía la teoría a grandes rasgos, pero eso no la hacía sentirse más segura ante la perspectiva de ponerla en práctica.

Por su parte, a Boku le costaba cada vez más estar en alerta por los caminos, pues su pensamiento estaba ocupado casi totalmente por la muchacha. A veces pensaba que era casi un milagro que no les sucediera nada, pues se sorprendía a sí mismo totalmente ajeno al mundo exterior y sus peligros. Intentaba recordarse que, justo en un momento en que había bajado la guardia, los guerreros danitas le golpearon y se llevaron a Omahé, y no se perdonaría jamás tropezar dos veces en la misma piedra.

Hasta que por fin, la tarde del tercer día, llegaron a la siguiente parada de su viaje.

En teoría, Norist estaba habitada por hombres aoi, pero las sucesivas oleadas de descendientes de los Primeros Padres habían ido dejando su huella, de modo que podía decirse que sus habitantes eran más pelopaja que aoi. De estos últimos, todavía mantenían la complexión robusta, el vello corporal abundante y cierto tono azulado en la piel, pero ahora también podía apreciarse en muchos de sus habitantes una estatura más elevada, más variedad en el color del cabello, ojos azules, y el tono azulado de la piel al exponerse al sol se estaba viendo reemplazado por un tono más rosado.

Edén todavía quedaba lejos, según los cálculos de Boku, pero la raza violeta se desplazaba por la mitad oeste del continente de manera inexorable.

"Nos queda la mitad este todavía", pensó Boku con un suspiro. Sabía que la misión de los edenitas no estaría completa hasta que no lograran mezclarse con los danitas. Y de momento los danitas habían rechazado obstinadamente todo contacto con la raza violeta.

Norist estaba asentada sobre terreno llano y era una pequeña ciudad próspera, a juzgar por la abundancia de nuevas construcciones que vieron al entrar. Las casas estaban hechas en su

mayoría de piedra, para aislarlas de las inclemencias del tiempo, y estaban dispuestas en calles en cuadrícula y pavimentadas con losas de piedra. Paralela a las casas discurrían unas acequias por las que corría agua fresca y limpia. Boku y Omahé jamás habían visto una ciudad tan limpia y dispuesta de una manera tan armoniosa.

Puesto que llegaron por la tarde, muy cerca de la puesta de sol, todos los habitantes se encontraban en sus casas, dispuestos a dar buena cuenta de la cena. Sin embargo, en su recorrido por las calles de Norist encontraron a algún que otro vecino apresurado que les miró con extrañeza. Fue a uno de ellos, un hombre de mediana edad de apariencia bondadosa, al que se dirigió Boku para preguntarle si había alguna posada para viajeros en el pueblo.

- De momento no tenemos posada, pero puedo llevaros a casa de mi hermana. Por un puñado de monedas, os puede dar alojamiento y comida - dijo, dirigiéndose a Boku pero echando de vez en cuando alguna mirada furtiva a Omahé, que permanecía en silencio, como siempre que llegaban a territorio pelopaja.

El joven aceptó, y el hombre les llevó a una casa situada a dos calles de donde se habían encontrado. Nada más entrar, sintieron el calor del fuego, y la sensación fue muy agradable. Con la caída del sol empezaba a hacer frío fuera.

El hombre llamó por su nombre a alguien y de una de las habitaciones que daban al salón principal donde se encontraban apareció una mujer de mediana edad y entrada en carnes. Su pelo castaño claro, donde había ya mechones enteros de pelo blanco, estaba recogido en un moño. Sus ojos, a la luz de las lámparas de aceite que iluminaban la estancia, se veían de color azul oscuro.

- Saludos, hermana, te traigo huéspedes - le dijo el hombre.

Ella les miró, sorprendida y, dirigiéndose a Boku, exclamó:

- ¡Por el Dios Único! ¡Tú debes ser de Edén!

- Yo no. Mis padres sí nacieron allí - explicó el joven.

- Pero desciendes de ellos - insistió la mujer - Hace muchas generaciones que no recibimos la visita de ningún habitante de Edén, pero tenemos muy vivo su recuerdo y esperamos que vuelvan a visitarnos algún día. Mi nombre es Benure. Sed bienvenidos.

- Gracias - dijo el joven - Yo soy Boku, y ella Omahé. Estamos muy fatigados del viaje, y nos gustaría comer algo y descansar. También necesitamos comprar algunas cosas para ella; perdió su equipaje y ahora va con lo puesto.

Entonces, Benure se dirigió a Omahé,

- Tú no eres de Edén - afirmó, más que preguntó.

La muchacha tragó saliva. A pesar de que había pasado muchas veces por una situación parecida, el hecho de tener que decir de dónde era en territorio pelopaja la ponía nerviosa.

- No. Soy danita. Nací en Aitamalad - respondió, procurando aparentar calma.

- Estamos juntos y nos dirigimos a Edén - explicó Boku, tomando de la mano a la muchacha.

La mujer arqueó las cejas y dijo, encogiéndose de hombros:

- No seré yo quien diga con quién has de emparejarte. Además, mientras no sea de Venubym... Ya os podéis imaginar que no les tenemos mucha simpatía.

- Sí, nos lo podemos imaginar - dijo Boku - Justamente venimos de allí. Unos guerreros de Venubym raptaron a Omahé y fui a rescatarla. Pretendían casarla con Vat.

-¿Con Vat? ¡Menudo patán! - intervino el hombre. Y, dirigiéndose a la muchacha, exclamó - ¡Te has librado de una buena!

En eso Omahé estaba de acuerdo.

- ¿Le conocéis? - preguntó Boku, sorprendido.

- Todos los pueblos de alrededor saben quién es Vat - respondió el hombre - Cada cierto tiempo sus guerreros intentan alguna que otra escaramuza para saquear lo que pueden. Aunque nosotros

estamos siempre alerta y no les dejamos.

- Pero dejemos esta conversación para cuando os hayáis llenado el estómago - intervino Benure - Tengo la cena casi lista, así que lo mejor es que comáis ahora y después os lleve a vuestra habitación.

Y eso hicieron. El hombre se despidió de ellos alegando que le esperaban en su casa, así que cenaron los tres solos.

- ¿Vive usted sola? - preguntó Boku a la mujer, mientras le servía un guiso de carne en un cuenco de madera.

La mujer asintió, con una sombra de tristeza en su mirada.

- Desde que mi esposo murió. Por desgracia no tuvimos hijos, así que lo único que me ha quedado de él es esta casa, que construyó con sus propias manos para que viviéramos juntos. Tenía la ilusión de tener muchos hijos, así que hizo una casa muy grande - y, dando un largo suspiro, añadió - Y ahora me agobia estar sola entre estas cuatro paredes, así que intento sacarle provecho admitiendo huéspedes que vayan de paso.

El joven asintió sin decir nada, y durante un buen tiempo estuvieron en silencio, dando buena cuenta del guiso, hasta que Benure reanudó la conversación:

- Entonces... ¿sois pareja de verdad?

Omahé miró a Boku, como esperando a que fuera él quien respondiera. Lo cierto es que se preguntaba si diría la verdad respecto a ellos o no.

- Sí, estamos juntos como esposos - dijo el edenita, sin apartar sus ojos de los de Omahé. Tan intensa fue su mirada que la muchacha apartó la suya y fingió concentrarse en la comida que tenía en el cuenco.

- A eso le llamo yo el triunfo del amor - comentó Benure con una sonrisa - Y contadme, ¿cómo os conocisteis?

- Es una historia muy larga - respondió Boku.

- Oh, vamos, ¿no vas a darle un poco de conversación a una

viuda sola con demasiado tiempo libre? - le insistió Benure en tono jovial. De modo que Boku le contó de manera resumida cómo se conocieron, las tierras que habían cruzado y lo ocurrido en Venubym.

La mujer se quedó pensativa durante unos instantes.

- Desde luego, habéis tenido una vida muy ajetreada - comentó, y se levantó para ir a la cocina y traerles el postre: frutos secos con miel y yogur. Mientras daban cuenta del postre, la mujer les dijo - Yo en cambio he pasado en esta aldea toda mi vida, rodeada siempre por mi familia y por gente como yo. Tengo que admitir que os envidio un poco: habéis visitado muchos lugares y conocido a mucha gente distinta a vosotros.

- Eso es cierto - dijo Omahé, interviniendo por primera vez en la conversación - Pero créame, me hubiera gustado tener un poco más de estabilidad en mi vida.

- Y ahora os dirigís a Edén... - dijo Benure moviendo la cabeza, pensativa. Y les preguntó - ¿Está muy lejos de aquí?

- Según mis cálculos, a caballo tardaremos unos tres meses en llegar hasta allí - respondió Boku.

- ¿Y tenéis pensado quedaros en Edén para siempre? - preguntó la mujer.

- Los hijos de los Primeros Padres no nacen para quedarse en Edén - respondió Boku inmediatamente - El propósito de mi viaje era encontrar allí las respuestas que me faltaron cuando me quedé solo en el mundo... Pero ahora también quiero que los Primeros Padres bendigan mi unión con Omahé.

A Benure se le iluminaron los ojos con las palabras de Boku.

- Así que es verdad.... ¡los Primeros Padres existen! - exclamó, llena de alegría.

- Por supuesto - afirmó Boku, convencido - Ellos no pueden morir.

- ¿Los has visto? - preguntó la mujer, ilusionada.

El joven recordó entonces la imagen de la Primera Madre llamándole en sueños.

- Algo así - respondió lacónicamente, con una sonrisa.

La mujer, que ya había acabado de comer, juntó las dos manos sobre la mesa, con la mirada perdida y una sonrisa en los labios.

- Las leyendas de Norist afirman que la aldea fue fundada por habitantes de Edén - explicó - Ya sé que eso no pudo ser exactamente así, pues somos medio aoi, pero me alegra saber que Edén no es un lugar imaginario sino que es real. Y si además me dices que los Primeros Padres no son personajes de leyenda sino que viven en alguna parte... no sé, tengo la sensación de que todavía hay esperanza de que haya paz entre los pueblos de Saph.

- Por supuesto que hay esperanza - replicó Boku - Siempre la hay.

- Pero también conocerás la leyenda que habla del Príncipe del Mundo - dijo Benure arqueando las cejas - ¿Vas a decirme que no existe?

El joven negó con la cabeza.

- No, por desgracia lo que cuenta la leyenda sobre el Príncipe del Mundo es cierto - respondió - Pero eso no significa que no haya esperanza de que Saph llegue a alcanzar la paz algún día. Mi maestro decía que los juicios del cielo nos pueden parecer lentos, pero que siempre acaban llegando. Y el Príncipe del Mundo tarde o temprano será juzgado por todo el mal causado en este mundo.

- Que el Dios Único te oiga, hijo mío - suspiró Benure - Pero ya no os entretengo más, porque supongo que un viaje tan largo y con tantos peligros acechando os habrá dejado rendidos. Al menos aquí tendréis un colchón blando en el que dormir. ¡Mucho mejor que el duro suelo de los caminos!

Y la mujer les llevó por un largo pasillo hasta la habitación del fondo, una estancia espaciosa con una cama amplia, un arcón y una

mesa baja donde había diversos utensilios de aseo.

- Junto a la habitación hay un cuarto con un pilón de agua caliente, por si queréis quitaros de encima el polvo del camino - les explicó Benure - En Venubym no lo saben, pero la tierra que rodea a Norist saca el fuego de dentro y nosotros lo aprovechamos para calentar el agua y nuestras casas en invierno.

Lo cierto es que (ahora se daban cuenta) el suelo de la casa era como de pizarra oscura y estaba caliente bajo sus pies.

Omahé se fijó que en la cama había una especie de camisón. La mujer se dio cuenta y aclaró:

- Como dijisteis que te habías quedado con lo puesto... pensé que sería una buena idea prestarte un camisón de los míos. Este era de cuando me casé y estaba delgada, como lo estás tú ahora.

- Gracias – dijo la muchacha, contenta ante la perspectiva del baño y la ropa limpia.

La mujer se los quedó mirando durante unos instantes.

- ¡Ah, quién pudiera volver a ser joven! - exclamó Benure con nostalgia. Y añadió - Que descanséis... o no.

Y cerró la puerta de la habitación a su paso mientras reía jovialmente.

Ahora que se habían vuelto a quedar solos, Omahé volvió a sentir la misma turbación que experimentó en el momento de la cena, cuando Boku clavó sus ojos en los suyos.

- ¿Te apetece bañarte? - le preguntó Boku.

Omahé asintió sin mirarle, fingiendo que miraba manchas imaginarias en su ropa.

- Báñate tu primero. Ya iré yo después - le dijo el joven.

Así que la muchacha fue a sumergirse en el pilón. El agua estaba deliciosamente caliente y era como un bálsamo para su fatigado cuerpo. Además, Benure les había dejado jabón con olor a flores, que la muchacha no dudó en usar para lavarse el pelo y todo el cuerpo. Ya

ni recordaba cuándo fue la última vez que tomó un baño como aquel, y la verdad es que no soportaba sentirse sucia.

Una vez seca, se puso el camisón que la mujer le había dejado, y comprobó para su satisfacción que le venía como hecho a medida. Cuando regresó a la habitación y se cruzó con Boku, este la tomó del brazo, le dio un beso fugaz en los labios y le dijo:

- Enseguida vuelvo.

Omahé se metió en la cama y se arrebujó entre las sábanas, disfrutando de una sensación de limpieza que echaba mucho de menos. Se sentía muy relajada después del baño, pero no quería dormirse pues quería esperar a Boku.

Finalmente el joven regresó del baño con un paño grande anudado a la cintura, que le tapaba justo lo que Omahé todavía no había visto de él. Fuera hacía tiempo que era noche cerrada, y la estancia estaba iluminada por una lámpara de aceite que había ido gastando su combustible y ahora lanzaba una luz tenue.

El joven se sentó en la cama junto a la muchacha y le acarició el pelo suavemente. Ella estaba tumbada de espaldas a él, así que la llamó y, cuando ella se dio la vuelta, acercó su rostro al de ella y le dijo:

- Esta noche no voy a dormir en la estera.

La muchacha comprendió inmediatamente el significado de aquellas palabras y, con una mezcla de nerviosismo y de deseo, se apartó para que el joven pudiera tenderse junto a ella, cosa que hizo al momento.

Él la estrechó contra su cuerpo y le susurró al oído.

- Quiero que nuestra primera vez sea en una cama. ¿Tú también quieres...?

Ella tardó unos segundos en responder; en esos momentos el corazón le latía desbocado.

- Sí - dijo ella en el mismo tono susurrante - Quiero hacerlo.

El joven la abrazó tan fuerte, que casi no la dejaba respirar. Ella se apartó un momento de su abrazo y le miró fijamente, muy seria.

- Boku... - empezó ella, mordiéndose el labio inferior.

- ¿Sí?

Ella titubeó durante unos segundos, vergonzosa.

- Supongo que ya lo sabes, pero eres mi primer hombre - confesó.

- No te preocupes. Tendré mucho cuidado - respondió él, y buscó su boca para besarla.

Cuando Omahé quiso darse cuenta, Boku le había quitado el camisón, y estaban los dos desnudos y con las piernas enredadas.

Capítulo 19

Omahé se despertó cuando los rayos de sol que se colaban directamente por la ventana le dieron directamente en el rostro. Durante un momento no supo dónde se encontraba, hasta que advirtió su desnudez, recordó todo lo que había sucedido aquella noche y se sonrojó hasta la raíz del cabello.

"Ahora ya sé lo que es hacer el amor", pensó.

Boku todavía estaba dormido y la abrazaba por detrás. Ella se dio la vuelta para poder ver su rostro. Le gustaba mirarle sin que él se diera cuenta, y esa era una de las raras ocasiones en que podía hacerlo. El edenita casi siempre era el primero de los dos en despertarse.

"Es tan guapo...", pensó, mientras le acariciaba suavemente la cicatriz de la mejilla.

La noche anterior había transcurrido entre episodios de pasión alternados con intervalos de sueño. La primera vez, Boku había tenido mucho cuidado y había sido tan tierno con ella que a Omahé apenas le dolió. Después de que él dejara su semilla dentro de ella, se quedaron abrazados durante un buen rato.

- Boku...

- ¿Sí?

-¿Se supone que estamos casados?

- Yo te considero mi esposa.

- ¿Desde cuándo?

- Desde que supe que sentías lo mismo que yo

- ¿Así es como os casáis?

- Por supuesto que no - rió Boku - Te recuerdo que no estamos

en Edén. Lo habitual es que los Primeros Padres bendigan la unión de sus descendientes con una ceremonia.

Omahé recordó entonces lo que el joven había dicho a Benure, respecto a sus intenciones cuando llegaran a Edén.

- ¿Y si los Primeros Padres no quieren aprobar nuestra unión? - preguntó la muchacha, preocupada - ¿Y si insisten en que tomes una esposa edenita?

Boku, que hasta entonces tenía en el rostro una expresión alegre, se puso serio de golpe.

- Si no lo aprueban, entonces nos volveremos por donde hemos venido - respondió sin vacilar - No voy a renunciar a ti, y tampoco voy a tomar otra esposa que no seas tú.

- Podrías tomar otra esposa y tenerme como amante – propuso Omahé, sin mucha convicción.

Boku levantó la ceja, en un gesto de escepticismo.

- ¿De verdad te conformarías con eso?

- No – reconoció la muchacha – Pero por otro lado me sentiría mal si tuvieras que alejarte de tu pueblo por mí.

Boku movió la cabeza negativamente.

- No, esa no es una opción – afirmó, rotundo - Los edenitas no tenemos amantes. Es más, me repugnaría hacer algo así.

- Pero es tu pueblo - replicó Omahé.

- Y tú eres mi mujer - insistió Boku y, estrechándola fuertemente entre sus brazos, añadió - Tu destino es el mío. Si no nos comprenden, buscaremos nuestro lugar en Saph. Estoy seguro de que lo encontraremos en alguna parte.

- No me importa dónde vivamos, mientras estemos juntos - dijo la joven, la cabeza recostada en el pecho de Boku.

- Solo dejaré de estar contigo cuando esté muerto. Y los edenitas vivimos mucho tiempo - dijo, y le besó el pelo.

- No me dejes nunca, por favor - le suplicó Omahé - Ya he

perdido a demasiados seres queridos.

- No voy a dejarte - le dijo él, y se amaron de nuevo.

Durante toda la noche, en cuanto se despertaban, volvían de nuevo a unir sus cuerpos, como si sintieran la urgencia de recuperar el tiempo perdido. La muchacha no había tenido ocasión de comparar con otros hombres, pero le pareció que Boku era muy apasionado haciendo el amor.

"No me extraña que las razas de color consideren un honor que los edenitas se emparejen con ellos", se dijo, mientras daba gracias al Dios Único de que Boku se hubiera cruzado en su camino. Aunque le hubiera gustado haberle conocido en otras circunstancias menos trágicas para ella.

El sol se había alejado ya bastante del horizonte, y Boku seguía dormido. Pero cuando la muchacha llevaba ya un buen rato contemplando su sueño pareció advertirlo y, de repente, sus ojos azules como el cielo se clavaron en los de Omahé.

- Buenos días, dormilón - le dijo ella con una sonrisa.

Él sonrió a su vez y, después de darle un beso, miró a su alrededor. La habitación estaba ya completamente iluminada por la luz del día.

- Supongo que habrá que levantarse - dijo él, incorporándose. La coleta se le había deshecho por completo y la melena rubia le caía hasta la mitad de la espalda.

- Supones bien, aunque de buena gana me quedaría en la cama todo el día - dijo ella con un suspiro, todavía con el cansancio de la noche a cuestas.

Entonces él volvió a tumbarse junto a ella y, con una sonrisa pícara, exclamó:

- Me parece buena idea. ¿Y si seguimos donde lo dejamos la última vez?

La joven rió y se entregaron a otra tanda de besos y abrazos.

Justo en ese momento, se oyó un rugir de tripas entre ellos y se echaron a reír.

- Mejor nos levantamos y desayunamos - dijo ella.

- Pero tendremos que ir a por nuestra ropa. La dejamos en el baño, ¿recuerdas?

Y allí fueron los dos, con cuidado de no ser vistos. Para su sorpresa, encontraron su ropa limpia y seca.

- Increíble... - dijo la muchacha, mientras la tocaba - ¿Cómo ha podido secarse tan rápido?

- Recuerda lo que dijo Benure. Aquí la tierra despide calor.

Una vez vestidos fueron al comedor, donde su anfitriona se encontraba barriendo el suelo de espaldas a ellos. Cuando les oyó llegar se volvió y, con una mirada elocuente, les dio los buenos días y añadió, sonriendo:

- Sentaos a la mesa. Ahora os traigo el desayuno.

Por la mirada de la mujer, Omahé supo que sabía a qué se habían estado dedicando aquella noche, y se sentía incapaz de sostenerle la mirada durante mucho tiempo. Y, por lo que Benure dijo a continuación, no se equivocó:

- Si he de hacer caso a mi oído fino y a mi sueño ligero, anoche fue vuestra noche de bodas - les dijo en tono jovial cuando les puso el desayuno en la mesa.

Omahé se sonrojó y bajó la vista, pero Boku le mantuvo la mirada con una sonrisa de oreja a oreja y no dijo nada.

- Lo dicho, quién fuera joven otra vez... - murmuró la mujer para sí, con un suspiro. Y, cambiando de tema, se dirigió a ellos - Dijisteis que necesitabais comprar ropa para ella. Tenéis suerte, hoy es día de mercado en Norist. Así que, si os dais prisa, podéis comprar todo lo que necesitéis para proseguir vuestro viaje.

- Gracias, eso haremos - dijo Boku - Por cierto, necesitaríamos comprar un caballo para Omahé. ¿Sabe dónde podríamos conseguir

uno?

La mujer iba a responder, pero se quedó callada unos instantes, como si le hubiera venido a la mente una idea distinta.

- No os preocupéis. Id al mercado y ya nos ocuparemos de eso más tarde.

Así que dieron buena cuenta del desayuno y, con el estómago lleno y la perspectiva de un día soleado que parecía presagiar la primavera, salieron a las calles de Norist.

Cuanto más se acercaban a la plaza central, más gente había por las calles, así que Boku tomó de la mano a Omahé para no perderla. En el mercado encontraron todo lo que la muchacha podría necesitar, e incluso se permitieron comprar algún que otro capricho para la hora de comer.

De vez en cuando, la joven le miraba de reojo, y no podía evitar recordar al Boku apasionado con el que retozó en la cama la noche anterior. Justo entonces se sonrojaba y desviaba la mirada, hasta que al cabo de unos instantes sus ojos le buscaban como si tuvieran voluntad propia. Mientras tanto Boku seguía con la vista fija en lo que tenía justo delante, ajeno a la turbación de Omahé. Siempre que estaban entre gente amistosa bajaba la guardia, pero nunca del todo.

Cuando regresaron a casa de Benure, el sol estaba ya todo lo alto que podía estar sobre el horizonte durante esa época del año. La mujer les agradeció la comida que habían traído, y dieron buena cuenta de ella. Cuando terminaron y estuvo todo recogido, Boku propuso a Omahé que salieran fuera a dar un paseo.

- Sí, marchaos. Hace una tarde preciosa y sería una pena no aprovecharla - intervino Benure.

Así que salieron de nuevo a la calle. El cielo estaba despejado y soplaba una brisa muy agradable que había empujado las nubes muy lejos, hacia el norte. Caminaron sin prisa hacia las afueras de la aldea, allí donde había un pequeño bosque. Los lugareños estaban en

sus casas, reposando la comida, así que estaban solos.

Cuando llegaron al bosque, las sombras trazaban dibujos caprichosos en el suelo y lo único que se escuchaba era el sonido relajante de la brisa que soplaba entre los árboles. Boku se sentó contra un árbol e invitó a Omahé a que se sentara junto a él.

- ¿No íbamos a dar un paseo? - preguntó la muchacha.

- Esa era la excusa - dijo él, sonriente - Lo que quería en realidad era llevarte a algún lugar apartado donde pudiera estar a solas contigo.

Omahé sonrió pícaramente y, en lugar de sentarse junto a él, se sentó apoyando su espalda contra el pecho del joven, que inmediatamente la rodeó con sus brazos.

- Boku... - le llamó la muchacha, después de un largo silencio.

- ¿Sí?

- ¿Cuándo llegaremos a Edén?

El edenita se quedó pensativo un momento, y finalmente respondió:

- Es difícil de decir, porque no estamos siguiendo la ruta que siguieron mis padres. Según el mapa, y si no tenemos ningún contratiempo importante, calculo que a finales de primavera. Eso siempre que fuéramos con dos caballos, para no sobrecargar al que tenemos.

La muchacha asintió, y no dijo nada.

- ¿Tienes ganas de llegar? - le preguntó Boku.

Omahé volvió a asentir, pero esta vez añadió:

- Tengo la impresión de que Edén es el único sitio seguro en Saph. Por primera vez en mi vida, me gustaría estar en un lugar donde me sienta a salvo.

El joven le besó el pelo y la estrechó con fuerza.

- Hace mucho tiempo que yo tampoco tengo esa sensación, ¡y no estaría mal tener un poco de paz, para variar! – exclamó, con un

suspiro.

- ¿Nos quedaremos mucho tiempo en Norist? - preguntó la muchacha.

- Teniendo en cuenta que los dos estamos deseando llegar a Edén, y que el tiempo va a mejorar a partir de ahora, no nos detendremos demasiado en ningún sitio. Así que nos marcharemos de aquí en cuanto consigamos otro caballo para ti. El camino que nos queda hasta las puertas de Edén no es complicado; lo que me preocupa es pasar las montañas que lo protegen. Mi maestro me decía que había que andar con mucho cuidado en los pasos entre montañas, y que el tiempo es muy cambiante. Afortunadamente, cuando lleguemos hasta allí habremos dejado atrás el invierno. Aún así, sabes tan bien como yo que los caminos no son seguros, y que siempre tendremos que estar atentos y reaccionar rápidamente ante cualquier contratiempo.

- Espero que no volvamos a perder otro caballo - suspiró Omahé.

- Eso espero yo también. Pero, si por lo que fuera volvemos a perderlo, conseguiremos otro. Lo importante es que sigamos juntos…

- … Y vivos - añadió ella.

- Eso lo doy por supuesto – replicó Boku, rotundo - No creo que el destino sea tan cruel como para impedirme llegar a Edén con vida. Además, el corazón me dice que todavía me quedan muchas cosas por hacer.

- Yo tengo esa misma sensación – confesó Omahé – Es más, cada vez estoy más segura de que no ha sido una casualidad que nos hayamos conocido, y de que, aquello que tenemos que hacer, lo hemos de hacer juntos.

Boku se quedó pensando en las palabras de la muchacha y, sin saber por qué, sintió inmediatamente la certeza de que todos sus pasos habían ido encaminados a encontrar a Omahé y a compartir su destino.

- Si es verdad lo que dices, y si es cierto que alguien nos está guiando, espero que nos ayude a conseguir un caballo para poder llegar más rápido – comentó finalmente.

Justo entonces, Omahé cayó en la cuenta de algo.

- Ahora que pienso… no he visto ningún caballo por la aldea – observó.

- Es cierto… - reconoció Boku, que hasta entonces no había reparado en ese detalle – Pero Benure nos dijo que no nos preocupáramos, así que espero que nos encuentre alguno.

- Quizá los tienen escondidos para que los venubitas no se los roben – aventuró la muchacha, dando un bostezo.

- ¿Tienes sueño? – preguntó el joven, atento a cada gesto de su compañera.

- Un poco. No es que haya dormido mucho esta noche… por culpa de uno que yo me sé – respondió Omahé, acabando la frase con retintín.

Boku se echó a reír y, acercando su rostro al de la muchacha, le susurró:

- Pues prepárate, porque esta noche tampoco vas a dormir.

La muchacha se dio la vuelta para mirarle de frente, entre asombrada y asustada. El joven rió de nuevo, al ver la expresión de su cara.

- Es normal que celebremos nuestra boda, ¿no? – le dijo.

- Sería normal… si hubiera habido boda – replicó ella.

- Ya te lo dije, para mí es como si nos hubiéramos casado.

La muchacha no replicó, pues también se sentía ligada al edenita de la misma manera que él parecía estar vinculado a ella.

- Tranquila, solo estaba bromeando – confesó Boku – Prometo no hacerte nada esta noche. Si vamos a partir mañana, tendremos que descansar bien.

Aún estuvieron un buen rato allí, disfrutando de ese momento a

solas. Omahé incluso echó una pequeña siesta mientras Boku vigilaba su sueño, hasta que los rayos de sol empezaron a caer más oblicuos y la brisa se hizo algo más fría. Entonces se levantaron y regresaron a casa de Benure, que los saludó jovialmente en cuanto les vio llegar.

- Enseguida iré preparando la cena – les dijo – Pero antes tengo que enseñaros algo. Me dijisteis que necesitabais un caballo para ella, ¿verdad?

Y, sin esperar respuesta, les hizo un gesto para que la acompañaran, cosa que hicieron. En esta ocasión se dirigieron en dirección opuesta a su paseo y fueron adentrándose en la aldea hasta que llegaron a una especie de cuadra grande extrañamente silenciosa. Justo cuando parecía que iba a abrir la puerta Benure, que hasta entonces había ido por delante de ellos dándoles la espalda, se volvió y les dijo:

- Tenéis que prometerme que mantendréis en secreto lo que vais a ver cuando entréis. Bajo ningún concepto queremos que los venubitas sepan lo que hay aquí dentro. ¿Lo prometéis?

- Tienes nuestra palabra – afirmó Boku, y Omahé asintió, intrigada ante tanto secretismo.

Entonces la mujer abrió la puerta y lo que vieron superó todas sus expectativas.

Lo que había dentro de aquellas cuatro paredes no eran caballos, sino unos animales que ni Boku ni ella habían visto jamás. Eran pájaros, sí, ¡pero unos pájaros enormes! Desde la cabeza al suelo eran mucho más altos que Boku. Eran de color pardo, tenían el cuello muy largo, un cuerpo voluminoso y unas patas musculosas. Pero lo que más llamaba la atención era su mirada. Y ahora mismo aquellas gigantescas aves les miraban con curiosidad, preguntándose quiénes eran aquellos raros visitantes.

Benure advirtió su sorpresa y les preguntó:

- ¿Nunca habíais visto estos pájaros?

Tanto Boku como Omahé negaron con la cabeza, todavía maravillados ante la contemplación de aquellos bellos animales.

Entonces, el edenita recordó algo y susurró una palabra:

- Fándores…

Omahé le miró, intrigada, y él añadió, sin apartar la vista de aquellos animales:

- Cuando era pequeño, mi madre me contaba historias del primer Edén, en las que explicaba que las personas viajaban de un lugar a otro montados en pájaros gigantes llamados fándores. ¡Pero jamás imaginé que los vería! Mi madre me dijo que todos acabaron por perecer durante el éxodo del primer Edén, así que creía que se habían extinguido.

- Pues, como puedes comprobar, no perecieron todos – replicó la mujer – Unas cuantas parejas fueron quedando por el camino, a cargo de algunos pelopaja que se encargaron de mantener la especie. No hay muchos, porque los danitas los asociaban con sus enemigos y no les tenían mucha simpatía. En lugar de mantenerlos con vida, los cazaban para comerse su carne. ¡Ni siquiera se les ocurrió la posibilidad de criarlos y utilizarlos como pájaros de transporte!

Y se quedaron en silencio durante unos instantes, contemplando aquellas majestuosas aves.

"¡Pájaros de transporte!", pensó Omahé para sí. "¿Será posible que…?". Y lanzó a Boku una mirada significativa. El joven también parecía pensar lo mismo, porque le devolvió la mirada.

- Pero mi pueblo siempre los ha criado y mantenido – prosiguió la mujer - No los exponemos mucho durante el día, para que no les vean quienes no deben. Siempre existe la posibilidad de que algún espía de Venubym aceche por los alrededores de Norist. Pero los cuidamos como algo precioso, y los utilizamos si es preciso para vigilar a los venubitas o para realizar viajes de emergencia. También tenemos otros animales de transporte, claro. ¡Quedaría demasiado sospechoso

que no los tuviéramos!

La mujer se acercó a uno de esos pájaros y acarició su lomo emplumado. Entonces sucedió algo que dejó aún más asombrada a la joven pareja. ¡El pájaro habló!

- Benure – dijo el fándor nítidamente, y aleteó poderosamente sus alas en señal de reconocimiento. La paja a su alrededor levantó una gran polvareda que les hizo toser.

- ¡Pero si hablan! – exclamó la muchacha, con los ojos abiertos como platos.

La mujer asintió, orgullosa.

- Son unos animales muy listos, capaces de reconocer a las personas y de llamarlas por su nombre – explicó. Y, dirigiéndose a Omahé, le dijo – Ven, acércate.

La muchacha obedeció.

- Dile cómo te llamas – le pidió Benure.

- Me llamo Omahé – dijo la joven, dirigiéndose al fándor.

- Hola, Omahé – respondió el ave.

- Increíble… - musitó la muchacha, asombrada.

- A partir de ahora, recordará siempre tu nombre – afirmó Benure.

- Son preciosos – dijo Boku – Gracias por habérnoslos enseñado, Benure. Significa mucho para mí haber tenido el privilegio de ver unos animales que creía que habían desaparecido para siempre.

La mujer le miró, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

- Me alegra mucho que me digas esto, pero mi intención no era simplemente mostraros a estos animales.

Entonces se produjo un silencio expectante entre ellos, solo roto por el ocasionar batir de alas de alguno de los fándores presentes. Boku y Omahé miraban fijamente a la mujer, que finalmente añadió:

- He decidido entregaros una pareja para que os lleve a Edén. Será mi regalo para los Primeros Padres. Quiero que Edén vuelva a

disponer de estos pájaros maravillosos, y vosotros vais a ser los encargados de llevarlos hasta allí.

Aunque, en el fondo de su corazón, esperaban un ofrecimiento así, escucharlo realmente hizo que se sintieran tan sorprendidos como si no lo hubieran esperado. De modo que se quedaron boquiabiertos, sin saber qué decir.

- Pero tampoco creáis que os los voy a dar a cambio de nada – prosiguió la mujer, divertida al ver sus rostros estupefactos – Tendréis que darme vuestro caballo a cambio.

Como fuera que los dos seguían sin decir nada, la mujer soltó una risa y exclamó:

- ¿Os habéis quedado mudos de golpe? ¡Decid algo!

- Yo… no sé qué decir – acertó a responder Omahé - ¡Esto es mucho mejor de lo que esperábamos!

- Desde luego – corroboró Boku – ¡Esto hará mucho más rápido nuestro viaje a Edén!

- Y que lo digas – dijo Benure – Estos animales recorren en un día lo que un caballo recorre en siete. Claro que, como todo ser vivo, necesita descanso y estar bien alimentado.

- Por eso no te preocupes. Los cuidaremos bien – replicó el joven inmediatamente, con mal disimulada alegría. Todavía no podía creer que iba a viajar a lomos de un fándor, y estaba deseando que llegara ese momento.

- Entonces no se hable más – dijo Benure, dirigiéndose a la puerta de salida – Mañana antes de que amanezca volveremos aquí y os llevaréis vuestra pareja de fándores. Supongo que querréis proseguir vuestro viaje lo antes posible, ¿no es así?

La pareja asintió y, sin más, los tres abandonaron el lugar para volver a casa de Benure. En cuanto terminaron de cenar, y después de ayudar a Benure a dejarlo todo en orden, Boku y Omahé fueron a su habitación a descansar. Aquel día había sido muy intenso en muchos

aspectos, y el día siguiente prometía serlo también.

Boku fue el primero en meterse en la cama, después de quedarse tan solo con la ropa interior puesta. Se dio media vuelta y esperó a que Omahé entrara en la cama para acomodarse. Por su parte ella apagó la lámpara y se acostó poco después. Para sorpresa del joven, la muchacha le abrazó con fuerza y acto seguido le obligó a darse la vuelta para darle un beso apasionado. No tardó mucho en darse cuenta de que estaba completamente desnuda.

- ¿No estás cansada? – le preguntó él, cuando la muchacha despegó sus labios de los suyos.

- Sí, pero no tengo sueño – susurró ella, y el tono de su voz era tan seductor que Boku se sintió aún más excitado de lo que se había sentido con el beso – Necesito que me ayudes a dormir …

- Tus deseos son órdenes para mí – respondió él, mientras se despojaba de su ropa.

Hicieron el amor tan apasionadamente como el día anterior y acto seguido, todavía abrazados, cayeron en un profundo sueño reparador.

Capítulo 20

Tal como estaba previsto, Boku y Omahé se levantaron antes de que amaneciera y se encontraron con Benure en la estancia principal. La mujer les estaba esperando ya, con un par de bultos encima de la mesa.

- Os he preparado comida para el camino - explicó - Así no tendréis que deteneros en otras aldeas si no es necesario.

Tomaron un suculento desayuno y, antes de salir, Boku pidió a Benure poder despedirse de su caballo. La mujer accedió, así que se dirigieron al patio trasero de la casa, donde el animal descansaba plácidamente.

El edenita acarició durante unos segundos el lomo del animal, y le dijo:

- Siento que no puedas venir conmigo, pero te dejo en buenas manos – le susurró. El caballo meneó la cabeza varias veces, como si hubiera entendido sus palabras.

- Es un buen animal y me ha servido lealmente durante todos estos años. Por favor, cuídalo bien – le dijo el joven a la mujer. Sentía un nudo en la garganta pues le dolía separarse del animal, después de todo lo que habían vivido juntos.

En el corral donde descansaban los fándores, Benure tomó un par de monturas especiales y unas riendas para aquellas aves de transporte, y escogió a dos ejemplares.

- Hola Omahé – dijo uno de ellos.

La muchacha reconoció entonces al fándor que aprendió su nombre, y se alegró de que ese fuera uno de los dos ejemplares con el que proseguirían su viaje a Edén.

- Esta es la hembra – explicó Benure con una sonrisa, mientras ajustaba su montura – Seguro que os llevareis bien.

- ¿Tienen nombres? – preguntó Boku.

- Sí, claro, y ellos los conocen – respondió la mujer. Señalando a la hembra, dijo – Esta es Zet, y el macho se llama Bins.

Cuando los dos fándores estuvieron preparados, la mujer explicó cómo debían montar en ellos y dirigirles con las riendas.

- Por la comida no os preocupéis – continuó explicando la mujer – Cuando paréis para descansar, ellos solos se buscarán la comida. Les gustan mucho los roedores, aunque también comen grano, fruta y bayas. Por lo demás, si aprovecháis su inteligencia, les tratáis bien y les dejáis descansar, serán una ayuda muy valiosa para vosotros.

Los dos jóvenes asintieron, ansiosos por reanudar su viaje con sus nuevos compañeros. Justo entonces, Boku cayó en la cuenta de un detalle importante.

- Por nuestra parte estamos listos – dijo a Benure – Pero… ¿cómo vamos a salir de aquí? La puerta por la que hemos entrado es demasiado pequeña para ellos.

- ¿Y quién ha dicho que tengáis que salir por la puerta? – preguntó la mujer con una pícara sonrisa. Y acto seguido puso en marcha una maquinaria que hizo que parte del techo se abriera y mostrara el cielo estrellado.

- Saldréis por arriba – añadió la mujer – Así que ya podéis montar en vuestros nuevos amigos y echar a volar.

Pero ni Boku ni Omahé querían marcharse sin despedirse apropiadamente de Benure. La muchacha se abrazó con cariño a la mujer, que devolvió su abrazo con la misma calidez.

- Jamás podremos agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por nosotros – le dijo la joven, con lágrimas en los ojos.

- No hay nada que agradecer, ha sido un placer poder ayudar – respondió Benure – Lo único que voy a perder son dos fándores, pero

va a ser por una hermosa causa; estoy segura de que lo que se va a ganar compensa en mucho lo que yo pueda perder.

Boku también se abrazó a la mujer para despedirse.

- Cuídala – le susurró Benure al oído – Hacen falta muchos danitas como ella.

El joven asintió, sonriente. La mujer entonces les contempló durante unos instantes y añadió:

- He de reconocer que al principio me parecía extraño que estuvierais juntos, pero ahora el corazón me dice que estáis destinados a hacer grandes cosas. En fin, no os entretengo más. Que tengáis un buen viaje hasta Edén. Rezaré todos los días al Dios Único para que así sea.

Y, sin más dilación, los jóvenes montaron en sus fándores y se elevaron hacia el cielo estrellado de Norist.

La experiencia de volar era algo que ni Boku ni Omahé pensaban que iban a tener jamás, y las sensaciones que provocaba superaron todas sus expectativas. Viajar por el aire, lejos del suelo y de sus peligros, les daba una sensación de libertad muy poderosa. Además, los fándores eran dóciles y obedecían sus órdenes sin problemas, de modo que hacían la experiencia todavía más placentera.

Como ya no tenían que seguir el camino, y para evitar en lo posible ser vistos, sobrevolaban territorio alejado de caminos y aldeas. Boku advirtió que el mapa era mucho más útil desde el aire que desde tierra. ¿Sería porque se trazó en un tiempo en el que era habitual que los fándores surcaran los cielos? Entonces decidió que haría todo lo posible por recuperar para Saph a aquellos magníficos animales, y que aquellas aves enormes y majestuosas volverían a formar parte del paisaje cotidiano de los habitantes de aquel atribulado mundo.

Durante ese día recorrieron una larga distancia, pues los fándores estaban frescos y volaban muy rápido. Solo descendieron a tierra para comer, y alguna que otra vez más para estirar las piernas.

Antes de aterrizar en un lugar lo sobrevolaban, para comprobar si era seguro. Estaban atravesando una región norteña muy poco poblada, pero aún así las alimañas abundaban y debían cuidarse de ellas.

Aquella primera noche, después de cenar, esperaron que les llegara el sueño con la espalda apoyada en Zet y Bins, sus fándores, disfrutando del calor de la hoguera y de los animales.

- Hemos tenido tan buena fortuna que hasta me cuesta creerlo – comentó la muchacha – No solo hemos conseguido reanudar nuestro viaje, sino que además podemos ir más rápido y llegar antes de lo previsto.

- Bueno, las cosas no siempre han de ir mal – replicó él – Además, últimamente tengo la impresión de que, cuando uno desea algo muy intensamente y sus intenciones son buenas, todo acaba conspirando para que los deseos se hagan realidad.

- Lo malo es que también nos pasan cosas que no solo no deseamos, sino que tememos – dijo la joven.

- A eso se le llama vivir – dijo Boku, con un suspiro.

Habían pasado siete días desde que comenzaron aquella nueva etapa de su viaje, cuando el edenita se dio cuenta de que, desde el quinto día, estaban desviándose ligeramente del camino a Edén. En lugar de dirigirse hacia poniente, estaban dirigiéndose al noroeste. Al principio no le dio más importancia, pensando que probablemente los fándores estarían aprovechando mejor las corrientes de aire, que soplaba muy fuerte en aquellas latitudes y les obligaba a sujetarse bien mientras estaban montados en las aves. Pero empezó a inquietarse cuando quiso corregir el rumbo con las riendas, y Bins no le hizo ningún caso hasta que le dio la orden de descender al suelo. Solo entonces el animal obedeció e inició el descenso a un prado donde las flores estaban empezando a florecer.

- ¿Qué sucede? – preguntó Omahé, intrigada, nada más tocar el suelo – Pensaba que íbamos a tardar más en bajar.

- Algo pasa – respondió Boku, con semblante de preocupación – Bins no hace caso a mis indicaciones y estamos desviándonos de la ruta a Edén.

- No me había dado cuenta – dijo la muchacha con la vista fija en Zet, su fándor - ¿Y hacia dónde se supone que nos dirigimos?

Boku desplegó su mapa rápidamente e intentó situarse.

- Si seguimos en dirección noroeste, esta misma tarde llegaremos a ver la costa del Umioku.

- ¿El Umioku? – exclamó Omahé, asombrada – ¡No pensaba que estuviéramos tan al norte!

- ¿Habías oído hablar del Umioku?

- ¡Por supuesto! Oré me enseñó geografía también. Umioku es el mar del norte de Saph. La costa del Umioku apenas está habitada. Mi maestra me explicó que allí vivían los descendientes de los otokichi, los primeros hombres, que aparecieron en Saph hace miles y miles de generaciones. A medida que se hicieron más numerosos, los pueblos de color los fueron expulsando hacia el norte hasta que llegaron a la costa, y ahora viven allí de lo que el mar les da.

- Veo que aprendiste bien las lecciones de geografía – observó Boku con una sonrisa.

- Siempre me ha gustado saber de otros lugares. Cuando Oré me hablaba del Umioku, intentaba imaginarme cómo sería el mar.

- ¿Nunca has visto el mar? – preguntó Boku.

La muchacha negó con la cabeza.

- ¿Y tú? – preguntó ella a su vez.

- Yo tampoco. Y la verdad es que me gustaría llegar hasta la orilla del Umioku y conocer a los otokichi – reconoció.

Se quedaron en silencio durante unos instantes. El joven acariciaba a Bins, pensativo, mientras decía como para sí:

- Me pregunto por qué nos quieren llevar hasta allí…

Entonces, Bins dijo una palabra que los dos jóvenes entendieron

perfectamente:

- Hogar.

Boku y Omahé se miraron estupefactos.

- ¿Hogar? – repitió la muchacha - ¿El hogar de quién?

- Quién sabe – respondió el joven, encogiéndose de hombros – Quizá el de ellos. ¿Qué sabemos de estos animales? Muy poco, en realidad.

- ¿Y qué vamos a hacer, entonces?

Boku se quedó pensativo un momento. Su intuición le decía que podía haber algo en la costa que mereciera desviarse del camino durante unos días. La insistencia de los fándores no podía deberse a la casualidad. "Total, ¿qué podemos perder?", se dijo. "Apenas un par de días de viaje. Con los fándores, esto no supone ningún problema".

- Iremos adonde nos lleven y veremos qué nos depara el destino – respondió finalmente el joven.

Omahé asintió, contenta. "Voy a ver el mar", pensó con ilusión. Y, sin más, subieron de nuevo a lomos de sus fándores y se elevaron hacia el cielo.

Aquel día, hicieron una parada más para comer algo, y muy pronto durante la tarde vieron en el horizonte una enorme extensión azul. La costa del Umioku se presentaba ante ellos. Los fándores parecieron estimularse con aquella vista, pues aceleraron su vuelo. Poco a poco, aquella franja azul se fue haciendo cada vez más grande, y finalmente divisaron una enorme playa entre acantilados de arena ocre y muy fina, lamida interminablemente por las olas del mar. Zet y Bins se dirigieron hacia la playa y aterrizaron en ella.

Soplaba un viento fresco e intenso que agitaba sus cabellos y sus ropas, pero tanto Boku como Omahé estaban demasiado fascinados como para que les molestara. Aquella playa daba al mar abierto y su extensión era enorme. Al oeste, allí donde el sol estaba empezando ya a ocultarse, había unos acantilados lejanos que se erguían

imponentes a una altura considerable respecto al mar. Al este, cerca de donde se encontraban, había otros acantilados de menor altura, llenos de oquedades. Pero lo que dejó con la boca abierta a los dos jóvenes fue el mismo mar. Inmenso, de un azul oscuro, insondable. Y el sonido de las olas, que avanzaban y retrocedían rítmicamente en la orilla, un sonido que escuchaban por primera vez.

Omahé se agachó para tocar la arena. Agarró un puñado y dejó que el viento se la arrebatara de los dedos. Se sentía como una niña que lo ve y lo percibe todo por primera vez. Entonces, movida por un impulso, se quitó las botas y, descalza, se dirigió hasta donde rompían las olas y dejó que el agua le lamiera los pies.

- ¡Qué fría está! – exclamó entre gritos.

Inspiró profundamente, y sus pulmones se llenaron de un olor desconocido para ella. Entonces se agachó y recogió un poco de agua con la mano. Se la llevó a los labios, hizo una mueca de desagrado y, volviéndose hacia Boku, exclamó:

- ¡Está salada!

El joven estaba unos pasos por detrás de ella, en la zona de arena húmeda. Se preguntaba si sería el primer descendiente de los Primeros Padres en llegar hasta aquellas costas. Era bastante probable que así fuera. Aquel lugar estaba fuera de las rutas de migración habituales.

"Si no hubiera sido por los fándores, nosotros tampoco habríamos venido hasta aquí", reconoció.

Omahé, ya junto a él, se había secado los pies y calzado sus botas.

- Está anocheciendo – dijo la muchacha - ¿Vamos a pasar la noche aquí?

Boku consideró las opciones que tenían. La playa estaba muy abierta al viento y a las inclemencias del tiempo, así que quedaba descartada. Entonces, su vista se dirigió hacia los acantilados

cercanos y sus oquedades. Algunas de ellas eran lo bastante grandes como para albergarles, y allí estarían a resguardo del viento y de la humedad del mar, que le llegaba hasta los huesos y que, a pesar de ir bien abrigado, le producía escalofríos.

- Pasaremos la noche en una de esas cuevas – respondió el edenita, señalando la pared rocosa que se erguía muy cerca de ellos – Los fándores nos llevarán.

Cuál fue su sorpresa cuando, una vez montados, comprobaron que los fándores se negaban a alzar el vuelo.

- Hogar – repetían obstinadamente las aves, que se negaban a abandonar la playa. De modo que los jóvenes se resignaron y volvieron a pisar la arena.

- Está claro que nuestros compañeros de viaje tienen su propia opinión sobre el asunto – observó Omahé.

Boku estaba ya considerando la posibilidad de pasar la noche en aquella playa, cuando vieron algo que les dejó boquiabiertos.

Desde el mar se acercaba una masa informe y oscura que, a medida que se acercaba a ellos, identificaron como una bandada de pájaros de gran tamaño.

- ¡Son fándores! ¡Fándores salvajes! – exclamó la muchacha, fascinada.

Entonces comprendieron. Aquella costa lejana era el hogar de los fándores, las aves de transporte que fueron posteriormente domesticadas por los hombres. Zet y Bins habían respondido a la llamada de los miembros de su especie, y estaban esperando a que regresaran a tierra, al final del día.

Cuando los tuvieron justo encima de sus cabezas, sobrevolando la playa, se dieron cuenta de que la bandada era muy numerosa. Boku pudo contar al menos cincuenta ejemplares. De repente, Zet y Bins echaron a volar y se unieron a ellos, graznando. Los fándores de la bandada respondieron con más graznidos, y siguieron dando

vueltas, como en una especie de ceremonia de bienvenida. Mientras tanto los jóvenes presenciaban la escena desde el suelo, atónitos.

- ¿Crees que Zet y Bins querrán quedarse con sus hermanos? – preguntó Omahé de repente, los ojos fijos todavía en aquella escena.

Boku no pudo evitar sentir escalofríos ante aquella posibilidad. Estaba claro que los fándores eran obedientes, pero también tenían ideas propias y, si estas entraban en conflicto con las órdenes que les daban, era imposible convencerles.

- Espero que no – respondió finalmente – Ahora mismo nuestro medio de transporte son ellos. Les necesitamos para llegar a Edén.

- Entonces lo único que nos queda es rezar para que sigan con nosotros – dijo la muchacha, y Boku asintió.

- Sería fantástico si pudiéramos llevar a Edén a toda la bandada – suspiró el joven, pensando en voz alta.

- Si ellos quisieran… - aventuró la muchacha, sin mucha convicción. Sabía que aquello era hacerse demasiadas ilusiones.

- Al menos ahora sabemos dónde están – se conformó el edenita – Ahora tengo mayores esperanzas de que los fándores no se perderán para el mundo; solo por eso ha merecido la pena venir hasta aquí.

Entonces, sin previo aviso, Zet y Bins regresaron junto a ellos, mientras la bandada aterrizaba en la arena de la playa, alejados un centenar de pasos. Boku y Omahé miraron a sus compañeros de viaje, expectantes, y estos señalaron el lomo con sus picos y dijeron:

- Descanso.

Los jóvenes se miraron entre sí, intrigados, y obedecieron a sus fándores, que les llevaron volando hasta una de las cuevas más grandes del acantilado, situada a gran altura. Ya casi había oscurecido del todo y no tenían leña para hacer una hoguera, así que se dieron prisa en cenar parte de la comida que Benure les había preparado y se durmieron casi al instante, arrullados por el sonido de las olas y con el calor de Zet y Bins protegiéndoles del frío y la

humedad de la noche. El encuentro con los fándores salvajes había añadido una nueva incógnita a su viaje, pero se encontraban demasiado cansados como para que aquella incertidumbre les quitara el sueño.

Capítulo 21

El día siguiente amaneció brumoso. Los jóvenes se despertaron con la primera luz del amanecer y, al asomarse al exterior de la cueva, comprobaron que la bandada de fándores había desaparecido de la playa.

- Al menos Zet y Bins no se han marchado con ellos – comentó Omahé mientras desayunaban, manifestando en voz alta el mayor temor de ambos en esos momentos.

Boku suspiró. Después de lo sucedido el día anterior, no tenía ni idea de lo que les iba a deparar el día que acababa de comenzar. Dependía en gran medida de lo dispuestos que estuvieran Zet y Bins a obedecer sus órdenes. Mientras tanto los fándores permanecían sentados en el suelo, ajenos a toda preocupación.

- Podríamos probar a salir fuera con ellos, a ver si hacen caso de nuestras indicaciones – sugirió el joven - ¿Te apetecería dar una vuelta por encima del mar?

- ¡Me encantaría! – exclamó la joven con entusiasmo.

Ambos montaron en sus fándores, sin estar muy seguros de si los animales querrían salir de la cueva, pero estos obedecieron sin rechistar sus órdenes y volaron dirección mar adentro, aunque sin perder de vista la orilla. A pesar de que la sensación de humedad era muy intensa, disfrutaron con la vista del océano, y atisbaron parte de la fauna marina que lo habitaba. Boku y Omahé jamás habían visto peces que no fueran los de agua dulce, principalmente de pequeño tamaño, y fue una experiencia inolvidable ver animales marinos tan grandes como ellos e incluso más. Incluso Zet y Bins parecían disfrutar con aquello, pues daban vueltas una y otra vez para ver

mejor los peces que, por debajo de ellos, saltaban sobre las olas.

A medida que el día avanzaba, la bruma se iba disipando y podían divisar mejor la playa y los acantilados. Entonces, de repente, cuando todavía estaban dando vueltas sobre el mar, pudieron ver que de la parte superior de los acantilados aparecía un fándor, que se dirigía planeando hacia ellos. Cuál fue su sorpresa cuando, a medida que se acercaba, vieron un hombre montado sobre el pájaro. Iba abrigado con pieles de animales y solo tenía descubierto el rostro.

Cuando el hombre se situó a una distancia de ellos lo bastante cercana como para distinguir sus facciones, comprobaron que su aspecto era diferente al de las razas que conocían. Parecía de mediana edad, era de estatura baja y complexión robusta. Su rostro era plano, lampiño y de color ligeramente tostado; sus ojos eran pequeños y ligeramente rasgados, y el pelo que asomaba por entre la capucha era negro.

Aquel hombre, que parecía manejar su fándor como si fuera una prolongación de él mismo, les hizo señas para que le acompañaran a la playa. Como no parecía mostrar hostilidad hacia ellos, le obedecieron y le siguieron hasta la orilla.

Una vez desmontaron todos de sus fándores, el hombrecillo (que apenas le llegaba al pecho a Boku) hizo un gesto de saludo y dijo algo en un idioma que ni Omahé ni Boku comprendían.

- ¿Hablas la lengua única? - preguntó Boku.

El hombre ladeó la cabeza, como si hubiera comprendido.

- Un poco - respondió con una sonrisa, mostrando unos dientes grandes y muy blancos.

- Mi nombre es Boku, y ella es Omahé - se presentó el edenita, hablando lentamente para que el hombre pudiera comprenderle.

- Mi nombre es Pad - respondió el hombrecillo - Y soy un otokichi.

- Encantados de conocerte, Pad - dijo Boku, inclinando la cabeza

en señal de respeto. Omahé también imitó ese gesto.

- Mucho tiempo sin ver extranjeros - observó Pad.

- En realidad no teníamos previsto venir aquí - explicó Boku - Nuestros pájaros nos trajeron.

- No es extraño - replicó Pad - Su hogar ancestral está cerca. Deben haber sentido llamada.

- No sabía que los otokichi habían conseguido domesticar a los fándores - dijo el edenita, intentando conocer más sobre aquel pueblo.

- Aquí hay muchos fándores - respondió Pad - No es difícil. Cada familia tiene uno.

- ¿Y habéis viajado a otras tierras con ellos? - preguntó Omahé.

Pad negó con la cabeza.

- Los pueblos de color no nos quieren - respondió el otokichi - Ellos nos empujaron hasta aquí. No hay paz con ellos.

- ¿Y habías visto alguna vez a gente como yo? - preguntó el edenita.

El hombre le miró más detenidamente y finalmente respondió:

- Hay leyendas de los mayores que hablan de hombres altos y pelo como hierba seca, pero tu eres el primero que veo - respondió Pad, y acto seguido preguntó, dirigiéndose a Omahé - ¿Y tú? ¿De qué pueblo eres?

- Soy danita - respondió la muchacha - ¿Nunca habías visto a nadie de mi pueblo?

El hombre negó con la cabeza.

"Están realmente aislados de todo", pensó Boku.

- Venid conmigo - les invitó Pad - Os presentaré a mi pueblo. No estamos lejos.

Boku y Omahé se miraron. No les hizo falta pensar mucho.

- Por supuesto. Estaremos encantados - respondió el joven. Y montaron de nuevo en sus fándores y siguieron a Pad.

El pueblo de Pad era en realidad un conjunto de tiendas

colocadas unas junto a otras, similares a las que empleaban los pueblos akai. Estaban lo bastante lejos de los acantilados para resguardarse del viento del norte que soplaba desde el mar. Debían vivir allí unas cien familias.

- Esta es Kaba, nuestra aldea. Sed bienvenidos - dijo el otokichi.

Apenas desmontaron de los fándores y se fueron acercando, vieron niños jugando y correteando por entre las tiendas, a mujeres dedicadas a preparar la comida, y hombres afilando sus arpones. Atravesado por estacas de madera había pescado secándose al aire, lo que daba un aroma peculiar a aquel asentamiento.

En cuanto aparecieron por allí, Boku y Omahé fueron el centro de todas las miradas y todos los comentarios de los miembros de aquel campamento. Mientras seguían a Pad a su tienda, los niños formaron un improvisado séquito tras ellos. Algunos incluso se atrevían a tocarles y luego apartaban la mano entre risas.

Pad se detuvo bruscamente frente a una de las tiendas, un poco más grande que las demás. En la entrada había una mujer, también de edad madura, a la que dijo algo en su lengua. La mujer asintió y entró en la tienda.

- Comeréis aquí. Sois invitados - les dijo Pad, invitándoles con un gesto a que entraran.

El interior era austero pero muy espacioso; tenía todo lo que podían necesitar, además de estar bien resguardado de las inclemencias del tiempo. Había una especie de cojines grandes, en los que Pad les invitó a tomar asiento, y que eran realmente cómodos.

Una vez sentados, la mujer de Pad (a la que este ni siquiera se molestó en presentar) les sirvió un guiso de pescado en un cuenco de madera oscuro y rugoso. Ni Boku ni Omahé habían probado el pescado nunca, y el sabor les sorprendió agradablemente.

- Está muy bueno - celebró el joven, y Omahé asintió.

Pad asintió, complacido.

- Mi esposa es buena cocinera - y añadió - ¿Vosotros sois esposos?

- Sí - respondió Boku, sin querer dar más explicaciones.

- ¿Y vuestra casa? - insistió el otokichi.

- No tenemos casa - explicó el joven - Precisamente vamos al hogar de mi pueblo para decidir cuál será nuestra casa.

Por la expresión del hombre, dedujeron que no había comprendido muy bien las palabras de Boku. "Es una pena que no podamos comunicarnos bien", se lamentó el edenita para sus adentros.

- Es raro que seáis esposos y no tengáis casa - comentó Pad - Aquí todos los esposos tienen casa.

- Nosotros perdimos la nuestra hace tiempo, y ahora estamos buscando un lugar para nosotros - dijo Boku.

El otokichi asintió. Parecía que aquello sí lo había entendido.

- Espero que encontréis lugar para vosotros. Los esposos necesitan un... hogar - dijo, titubeando para buscar la palabra adecuada. Se notaba que le costaba mucho hablarles en la lengua única.

- Si no has tenido contacto con los pueblos de color, ¿cómo es que hablas la lengua única? - preguntó el joven.

Entonces, el otokichi señaló una figura de madera que se erguía imponente en el centro de la tienda, y que parecía representar una figura humana muy estilizada, vestida con un ropaje de plumas y donde destacaba una corona de color amarillo brillante sobre la cabeza.

- Soy el sacerdote de esta aldea - explicó, solemne - El único que está autorizado para hablar la lengua de los dioses. Todos los sacerdotes, antes de morir, transmiten a su sucesor la lengua sagrada, con la que pueden hablar con el dios.

Boku y Omahé contemplaron con interés aquella estatua.

- ¿A qué dios representa? - preguntó el joven.

Pad le miró, incrédulo, como si le extrañara que no lo supieran.

- Este es el Dios del Mundo - afirmó, y se postró ante la imagen tocando con la nariz el suelo de la tienda.

Omahé no pudo evitar recordar el día en que vieron la Torre de Dan y conocieron a Bahm, el sacerdote kuro. Lo curioso es que las imágenes del Dios del Mundo que había visto en Aitamalad y en Xylobis no se parecían en nada a aquella, y sin embargo representaban al mismo ser maligno.

Boku andaba en reflexiones parecidas. "Hasta aquí ha llegado la influencia del Príncipe del Mundo", se lamentó.

"Si estos pueblos no han tenido contacto con los danitas, ¿cómo puede ser que conozcan y veneren al Dios del Mundo?", se preguntaba Omahé.

Boku, como adivinando los pensamientos de la joven, y aprovechando un momento en el que el otokichi estaba diciendo algo a su mujer, dijo en voz baja pero lo bastante alto como para que Omahé le oyera:

- La sombra del Príncipe del Mundo es alargada...

El joven sabía que la influencia del Príncipe del Mundo se extendía por todo Saph. Le habían enseñado que podía viajar a cualquier parte del mundo y, aunque no lo hiciera, disponía de un ejército de subordinados invisibles a los ojos humanos que le mantenían informado y le ayudaban en su misión de sembrar la discordia, y de controlar y dominar la mente de los hombres más débiles. Incluso entre los otokichi, aislados del resto de pueblos, los ayudantes invisibles y probablemente el mismo Príncipe del Mundo habían conseguido inculcar su adoración, alejando a aquellos pueblos del culto al Dios Único.

- ¿Este es el único dios al que adoráis? - preguntó Boku.

- Hay muchos otros dioses, pero todos obedecen al Dios del

Mundo - afirmó Pad con expresión grave - El dios del mar, el dios de las cosechas, el dios de la lluvia... Todos ellos son sus siervos. Nosotros les respetamos por su poder, pero al único que veneramos y entregamos ofrendas es al Dios del Mundo.

"Queda mucho trabajo por hacer", pensó Boku mientras escuchaba al otokichi. Por un lado se sentía abrumado ante todo lo que era preciso arreglar en aquel mundo rebelde, pero por otro lado se alegraba de la oportunidad que estaba teniendo de conocer a un pueblo como los otokichi, de los que apenas sabía nada. Intuía que aquel encuentro no era fruto de la casualidad, y que tenía que aprovechar las ocasiones que se le presentaran de conocer de primera mano cuál era la situación de todos y cada uno de los pueblos que habitaban Saph. Sentía que, como edenita, esa era su responsabilidad en aquel momento.

- Como invitados, dormiréis aquí - les dijo Pad, cambiando de tema - Hospitalidad es sagrada para los otokichi. Podéis estar aquí hasta que queráis.

- Gracias - respondió Boku - Pero no nos quedaremos mucho tiempo. Tenemos que proseguir nuestro viaje a Edén.

- ¿Edén? - preguntó el hombre, intrigado.

- El hogar ancestral de mi pueblo - aclaró el joven.

- No conozco - declaró Pad, rotundo.

"No me extraña. Ya se ha encargado el Príncipe del Mundo de que no sepáis nada sobre Edén", pensó Boku.

- Si no estoy equivocado, está a veinte días en fándor de aquí - dijo el joven.

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

Entonces, la muchacha intervino en aquella conversación:

- ¿Tenéis sanador en la aldea? Me gustaría conocerle y aprender de él.

En ese momento, el hombre pareció reparar en ella y respondió:

- Sí, iremos a ver a Lade. Ella es la sanadora de la aldea.

Omahé se sorprendió agradablemente de que la sanadora fuera una mujer. Juntos abandonaron la tienda para dirigirse al hogar de Lade, situada a una docena de tiendas de allí. La mujer estaba fuera de la tienda, machacando unas hierbas en una especie de mortero grande. Miró abiertamente a los dos jóvenes, y entonces se inició una breve conversación entre ella y Pad. La mujer pareció decir algo que sorprendió al sacerdote, pero este finalmente se encogió de hombros y dijo a Boku:

- Lade quiere estar a solas con tu mujer.

- Pero si no se van a entender... - objetó Boku, vacilante.

- Eso he dicho a ella, pero ella dice que mujeres se entienden bien - replicó Pad - Ven conmigo. Ella llevará a la muchacha a mi tienda para cenar.

Así, Boku no tuvo más remedio que acompañar al hombre otokichi y dejar a Omahé con la sanadora. Lejos de sentirse incómoda, la muchacha estaba expectante, preguntándose cómo iba a comunicarse con la sanadora si no hablaba su idioma, tan distinto a las lenguas que ella conocía.

Mientras agarraba el mortero, la mujer le hizo señas de que entrara en su tienda, y Omahé obedeció. Cuál fue su sorpresa cuando la mujer le habló en la lengua única, aunque con la misma dificultad que Pad:

- El sacerdote dijo que querías conocerme.

- ¿Cómo es que hablas mi idioma? - preguntó Omahé, sorprendida - Pad nos dijo que solo los sacerdotes otokichi hablaban la lengua única.

Lade hizo una mueca y respondió, jovialmente:

- Tonterías. Cualquier persona podría aprender la lengua única. Yo era hija de sacerdote antes de Pad, y escuchaba mi padre cuando enseñaba lengua única. Ellos no me veían, pero yo aprendía bien.

- ¿Y por qué quisiste aprender una lengua que no podías hablar con tu gente? - insistió la muchacha.

- ¿Por qué? - replicó la mujer, como si la respuesta fuera obvia - Porque no podemos seguir solos. Necesitamos comercio con otros pueblos. Necesitamos aprender de otros pueblos. Si seguimos así no hay progreso.

Omahé asintió, y comenzó a ver con otros ojos a aquella mujer, que estaba empezando a recordarle a Oré, su maestra.

Entonces, la mujer se acercó más a la muchacha y le dijo en voz baja:

- Aquí digo que voy a buscar hierbas que curan, pero en realidad me voy muy lejos con mi fándor, más allá de la tierra otokichi. Veo de lejos algunos pueblos y me gustaría visitarles, pero tengo miedo. He rezado para poder conocer a otros diferentes, y esta mañana mis oraciones están respondidas. Cuéntame cosas de tu tierra. Quiero aprender.

- De acuerdo - asintió Omahé - Pero a cambio tienes que contarme cómo curas a tu gente.

Aquella tarde, las dos estuvieron encerradas en la tienda, charlando animadamente mientras tomaban una infusión tras otra. Durante todo ese tiempo, nadie las interrumpió, y eso extrañó a Omahé.

- ¿No tienes esposo ni hijos? - le preguntó, cuando entre las dos hubo la confianza necesaria. La mujer debía tener unos treinta años, pero ningún niño había asomado por la tienda en todo ese tiempo.

- Tuve esposo hace tiempo, apenas muchacha - respondió Lade - Un día se fue a pescar y el mar se lo llevó. No me dio hijos. Creo que tengo problema, porque he dormido con muchos hombres pero no me dan hijos.

La muchacha asintió. "Seguramente es estéril", pensó, y sintió pena por ella.

- En nuestro pueblo una mujer sola sin hijos es rara y es considerada una carga - prosiguió la sanadora otokichi - Así que me hice sanadora. Nadie me hace preguntas y puedo salir y entrar cuando quiera. Me gusta aprender de la diosa naturaleza y ayudar a mis hermanos otokichi.

- Mi maestra también era sanadora - confesó Omahé - Ella también fue una mujer sola, como tú, y consiguió hacer lo que quería y ayudar a mucha gente.

Lade sonrió al escuchar aquello.

- Es casi noche - dijo - Será mejor que te lleve a casa de Pad. Tu esposo ya debe estar preocupado.

Así que salieron fuera y se dirigieron a la tienda del sacerdote. Antes de entrar, Lade susurró a Omahé:

- Gracias por esta tarde. Tú y yo somos amigas, ¿verdad?

La muchacha le dio un abrazo y le dijo:

- Claro que sí.

Cuando entraron, Boku y Pad estaban junto al fuego, charlando, mientras la esposa de Pad preparaba la cena. A partir de ese momento, Lade fingió que no conocía la lengua única; se dirigió a Pad y le dijo algo en su idioma, para marcharse acto seguido sin ni siquiera mirar a Omahé.

En cuanto a Boku, parecía interrogarla con la mirada, pero ella le hizo un gesto apenas perceptible de que esperara, así que no le habló de Lade hasta que no estuvieron a solas, mientras paseaban por las afueras de la aldea, bañados por la luz rojiza de Suki.

- Por lo que cuentas, es una mujer adelantada a su pueblo - comentó Boku.

- Pues sí, lo es. Ha aprendido la lengua única sin permiso, le gusta investigar y se muere por conocer lo que está más allá de estas tierras. Por lo poco que he podido ver, no es algo muy frecuente entre esta gente.

- Desde luego que no - asintió Boku - Pad ni siquiera nos ha presentado a su mujer, no debe considerar que merezca la pena. Y, si Lade no fuera la sanadora, tampoco habríamos tenido ocasión de conocerla.

- Esta tarde hemos podido hablar de muchas cosas - confesó Omahé - Le he enseñado algunos de mis remedios, y ella ha compartido conmigo los suyos. ¿Y tú? ¿Qué has hecho mientras tanto?

Entonces él la atrajo hacia sí y, abrazándola, le dijo:

- Te echaba de menos. Me he dado cuenta de que no puedo estar mucho tiempo sin tenerte cerca.

Ella respondió a su abrazo aferrándose con fuerza al cuerpo del joven. También había extrañado su presencia, pero en lugar de decírselo le preguntó, sin soltarse del abrazo:

- Y, aparte de echarme de menos, ¿qué más habéis hecho Pad y tú?

Boku suspiró.

- Creo que me ha presentado a todos los hombres de la aldea. Mientras tanto, me explicaba cómo se las arreglan para vivir en este lugar. Por lo que he podido ver, están ligeramente más atrasados que los pueblos que conocemos, pero no se las han arreglado mal para adaptarse a vivir aquí.

- Lo raro es que no hayan recibido visitas de otros, ya sean edenitas o danitas - observó la muchacha.

- Quizá porque, desde que los empujaron hacia la costa norte, fueron olvidados por todos - aventuró el joven.

- Se podría decir que nosotros hemos vuelto a descubrirles - dijo Omahé.

- Cuando lleguemos a Edén, les hablaremos de los otokichi y de la necesidad de que lleguen expediciones edenitas hasta estas tierras. No son agresivos y, por el trato que nos han dispensado, creo que

recibirán de buen grado a mi pueblo. Si queremos ayudarles, necesitamos contrarrestar la influencia del Príncipe del Mundo sobre ellos.

- ¿Vamos a quedarnos aquí mucho tiempo? - inquirió Omahé, soltándose del abrazo pero tomándole de la mano.

-Mi idea era marcharnos mañana - respondió él - Zet y Bins ahora parecen dispuestos a obedecernos, y tengo ya muchas ganas de llegar a Edén. Ahora que siento que estoy cerca, parece que oigo la llamada de los Primeros Padres con más fuerza que antes.

- ¿La llamada de los Primeros Padres? - repitió Omahé, intrigada.

- Últimamente, en sueños, veo a los Primeros Padres - explicó el edenita - No me dicen nada, solo me miran y sonríen. Pero siempre que los veo, tengo la sensación de que me están esperando.

- Entonces, no les hagamos esperar - afirmó la muchacha, decidida - Salgamos mañana.

Y regresaron a la tienda de Pad para descansar. El viaje les esperaba de nuevo en cuanto llegara el nuevo día.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, se despertaron con el olor a comida. La mujer de Pad estaba cocinando fuera de la tienda una especie de tortas de harina, que tomaron con pescado a la brasa. Estaba claro que el pescado era un alimento básico en la dieta de los otokichi.

Poco después apareció Pad, que enseguida se apuntó al desayuno.

- Todas las mañanas voy a la playa con el fándor a orarle al dios del mar, para pedirle que los hombres de nuestro pueblo tengan buena pesca - explicó.

- ¿Y el dios escucha tus plegarias? - preguntó Boku.

Pad se encogió de hombros.

- A veces sí, a veces no - se limitó a responder.

Cuando acabaron de desayunar, recogieron sus cosas y anunciaron a Pad que iban a proseguir su viaje a Edén. El sacerdote estrechó la mano de Boku y le dijo:

- Que el dios del viento os lleve sanos y salvos. Y que, allá donde vayáis, habléis bien de nosotros. Decid a quien os escuche que somos un pueblo que solo busca seguir viviendo en paz.

- Así lo haremos - le prometió el joven.

Después de despedirse de Pad, fueron a buscar a Zet y Bins. Estaban ya preparando las monturas cuando apareció Lade, visiblemente sorprendida. Puesto que no había nadie cerca en ese momento, la mujer se dirigió a Omahé directamente en la lengua única:

- Creí que estabas más días - le dijo, con el semblante apenado - Que hablaremos más.

- No puedo, Lade - respondió la muchacha - Tenemos que seguir nuestro camino.

- ¿A dónde vais? - preguntó Lade.

- A Edén. Ayer te hablé de ese lugar.

- ¿Es tu tierra?

- No, es de donde él procede - respondió Omahé, señalando a Boku - Allí fue donde mi maestra aprendió todo lo que sabe. Espero que algún día puedas ir allí también y aprender muchas cosas, para enseñárselas a tu pueblo.

Entonces Lade sonrió, esperanzada y dijo:

- Sí. Iré y aprenderé. ¡Ven a buscarme! Es fácil con un fándor.

- Lo haré. ¡Te lo prometo! - y se abrazaron.

Montaron en los fándores y, a la primera orden, tomaron la dirección suroeste, la dirección donde Edén les aguardaba.

En cuestión de pocos días, recuperaron el tiempo perdido. Aunque ninguno de los dos consideró aquel desvío en su viaje como un retraso o un inconveniente. Gracias a aquella visita habían conocido a los otokichi, la raza más desconocida de Saph, y habían visto una manada de fándores, que creían extinguidos del continente.

Durante los días siguientes recorrieron paisajes de un verdor exuberante, solo interrumpido por pequeños lagos. Allí aprovecharon para pescar y, si el sol calentaba lo suficiente, bañarse. Aunque por lo general el agua estaba tan fría que se mojaban lo justo para asearse un poco.

Estaban atravesando una región poco poblada en la que los aoi eran la raza predominante. Sus aldeas estaban compuestas de casas de madera, pues la región era lo bastante boscosa para poder emplearla en abundancia. Curiosamente, a pesar de estar relativamente cerca del Umioku, no vieron ningún fándor

sobrevolando los cielos. Por ese motivo, evitaron en lo posible ser vistos. No sabían cuál podría ser la reacción de los habitantes si veían un pájaro gigante surcando los cielos, y necesitaban sus fándores para llegar a Edén.

Al cabo de veinte días desde que partieron del campamento otokichi, divisaron las escarpadas montañas de Sunest. Boku estaba exultante de alegría. ¡Edén estaba justo al otro lado de aquellas montañas!

"Nos queda ya muy poco. Muy poco...", pensó. No le hubiera importado seguir el viaje sin parar ni siquiera a comer, pero tanto ellos como los fándores necesitaban comer y descansar de vez en cuando. Ahora que estaban tan cerca, no era cuestión de que la impaciencia lo echara todo a perder.

Cuando la noche estaba a punto de caer, bajaron a tierra para cenar y descansar en un llano recubierto de una alfombra de hierba mullida, junto a una pequeña laguna. Había un grupo de árboles enormes que les serviría de cobijo durante la noche, y la laguna les proporcionaría el agua que necesitaban.

Una vez hubieron terminado de cenar, se acostaron y contemplaron abrazados las estrellas del cielo. Soplaba una brisa fresca, muy agradable, que acariciaba sus rostros.

- Nos queda tan poco para llegar a Edén, que me cuesta creerlo - dijo Boku - Que nos regalaran los fándores fue un golpe de suerte tan increíble que me cuesta creer que fuera casualidad.

- Bueno, hemos tenido muchos golpes de suerte como esos - replicó Omahé - Como cuando encontramos a mi caballo justo cuando necesitábamos uno.

- A veces me pregunto si no nos estarán ayudando - confesó Boku.

La muchacha se incorporó un poco y preguntó:

- ¿Quién puede estar ayudándonos, que sea tan poderoso como

para manejar los hilos del destino?

El joven no contestó inmediatamente, como si estuviera meditando la respuesta.

- El Príncipe del Mundo no es el único ser invisible y poderoso que existe. Mi maestro me decía que hay otros seres celestiales con tanto poder o más que el Príncipe, que velan por nosotros y que intentan corregir el mal que el Príncipe y sus ayudantes han causado en este mundo. Quizá sean ellos los que nos ayuden.

- ¿Y por qué iban a ayudarnos precisamente a nosotros? - se preguntó la muchacha - ¿Tan importantes somos?

- No lo sé - admitió Boku - Pero me he hecho muchas veces esa pregunta y, siempre que me la he planteado, el corazón me ha dicho que tengo un papel que desempeñar en todo esto, y que si necesito ayuda la voy a tener.

- ¿Yo también? - inquirió la joven.

Boku sonrió, le dio un beso en la frente y dijo:

- Sí, tú también. Ahora estoy convencido de que nuestro encuentro no fue fruto de la casualidad. Aquello que tenemos que hacer, lo hemos de llevar a cabo juntos.

Omahé asintió, pensativa.

- El corazón me dice que es cierto. Pero también me dice que el Príncipe del Mundo y sus secuaces no se van a quedar de brazos cruzados - dijo finalmente.

Entonces, Boku se levantó tan rápido que asustó a la muchacha.

- ¿Qué sucede? - le preguntó ella, mientras miraba a su alrededor.

El joven estaba de pie, alerta. Había dado unos pasos y le daba la espalda.

- He vuelto a sentir una presencia maligna - respondió.

- ¿Como aquella vez en el campamento akai? - inquirió ella.

- Así es - asintió el edenita - Aunque no estoy seguro de que sea

el mismo ser. Por desgracia, mis ojos no pueden verle; solo puedo sentir su presencia.

La muchacha siguió mirando aprensivamente a su alrededor y no dijo nada. Por desgracia, ella no tenía el poder de detectar a seres invisibles, ya fueran amigos o enemigos.

"También es casualidad que, justo cuando dije que el Príncipe no se iba a quedar de brazos cruzados, Boku detectara una presencia maligna", pensó. De alguna manera les recordaba que el camino estaba lleno de peligros, y que no todos podían verse con los ojos de la carne.

Finalmente, Boku volvió a tenderse junto a ella.

- Sea quien sea, se ha marchado - dijo, mientras la abrazaba de nuevo - Ya no noto su presencia.

- Pero eso no significa que no vaya a volver - replicó la muchacha, hundiendo su rostro en el pecho del joven, sin poder evitar sentir un poco de miedo.

- Tranquila - sonrió él. La obligó a levantar el rostro hacia él y le dio un beso en los labios - Mientras estés conmigo no dejaré que se te acerque ningún ser, ya sea visible o invisible.

- Lo sé - dijo ella con una sonrisa. Y era cierto. Con el edenita siempre se había sentido segura.

- En fin, ahora será mejor que intentemos dormir - dijo el joven - Mañana va a ser un día largo. Quiero llegar a las montañas de Sunest antes de que anochezca y pasar la noche en el desfiladero de Yosh.

- ¿Crees que volverá mientras dormimos? - preguntó Omahé con aprensión. A pesar de sentirse protegida por Boku, no podía evitar pensar que aquel ser podría aprovechar la hora del sueño para causarles algún mal.

- Es posible - reconoció Boku - Pero confiemos en mi capacidad de detectarle y en que otros seres celestiales nos ayuden.

Aunque el edenita siempre dormía en estado de alerta, aquella

noche fue tranquila y durmieron mecidos por el murmullo que la brisa provocaba en la superficie del lago.

Mientras tanto, muy lejos de allí, en el extremo opuesto del continente, un ser invisible a los ojos de los mortales de Saph decía para sí:

"Ha vuelto a notar mi presencia. ¡Maldito edenita! Menos mal que puedo viajar a la velocidad del rayo y desplazarme a todas partes instantáneamente".

Nigosán contempló por un momento el paisaje. Estaba al borde de un acantilado elevado. Allá abajo, a una altura de vértigo, las olas del océano rompían con una cadencia constante. Soplaba un viento húmedo y fuerte que no le afectaba en absoluto, pues estaba hecho de una materia más ligera que la de los seres vivos de Saph. A diferencia de ellos, no necesitaba dormir, comer ni beber. Podía viajar a la velocidad de la luz, de modo que conocía todo el continente como la palma de su mano. De hecho para él todo Saph era su hogar.

Excepto Edén. Allí también eran capaces de detectar su presencia, y no era bien recibido.

"Me llaman rebelde", pensó Nigosán con profundo resentimiento. *"¿Quiénes son los rebeldes aquí? Fueron ellos los que se negaron a obedecer al dios del mundo".*

Siempre que se desplazaba por el continente, evitaba pasar por Edén. Por eso ahora estaba justo al este, en el extremo opuesto. En aquel paraje estaba ya amaneciendo y podían verse algunas aves marinas alzando el vuelo para comenzar un nuevo día de lucha por la supervivencia.

"Tendré que ser más cuidadoso la próxima vez, no voy a permitir que ese edenita me detecte tan fácilmente. En algún momento bajará la guardia y se encontrará con lo que menos espera. No voy a fallarle a mi dios".

Capítulo 23

Volvieron a montar en sus fándores al comenzar el nuevo día. Omahé había pasado una noche intranquila, con sueños inquietantes que la hicieron despertar varias veces por la noche con el corazón encogido, así que se alegró cuando vio las primeras luces del amanecer. Por su parte, Boku había estado en un estado de relajación vigilante aquella noche, por si el ser maligno regresaba, pero nada extraño ocurrió. Esto, lejos de tranquilizarle, le inquietó aún más.

"No creo que nos deje en paz sin más", pensó. "Simplemente está esperando el mejor momento para hacernos daño". Pero poca cosa más podía hacer, aparte de estar alerta a lo que sucedía a su alrededor.

Al menos a lomos de los fándores se sentían seguros. Allí en el aire no había alimañas ni humanos que pudieran hacerles daño. Tan solo tenían que protegerse bien del frío, que en las alturas y en movimiento era más intenso que en tierra.

Llegaron a la misma falda de las montañas de Sunest pasado el mediodía. Los dos jóvenes quedaron maravillados ante la impresionante altura de aquella cordillera. Jamás en sus vidas habían visto nada igual. A Boku le hubiera gustado poder sobrevolar la cordillera pero los fándores, a pesar de ser unos pájaros magníficos, eran incapaces de superar aquellas altitudes. Así que el desfiladero de Yosh era la mejor opción. Además, si el paso era lo bastante ancho, podrían volar sobre él sin problemas.

Descendieron por un estrecho valle donde se abría paso un

pequeño río. Fueron remontándolo hasta llegar hasta la cascada que le daba su nacimiento, y se detuvieron en un prado próximo para comer y descansar un poco. Hacía un día radiante, la temperatura era muy agradable y la naturaleza se mostraba en todo su esplendor. Podían escuchar el canto de los pájaros en los árboles cercanos, y aquella melodía les alegraba el corazón.

- En momentos como estos, cuando todo está en calma, me olvido de todos los males y peligros que asolan esta tierra y me doy cuenta de que también hay belleza - confesó Omahé, que después de comer se había tumbado en la hierba para descansar.

- Saph podría ser un verdadero paraíso, si no fuera por todo lo que ha pasado - replicó Boku mientras afilaba su espada, como hacía periódicamente para tener sus defensas a punto.

- A veces me pregunto cómo un lugar tan bello puede albergar tanto dolor - dijo la muchacha.

Boku suspiró.

- Supongo que la causa está en la condición humana - respondió - Mi maestro decía que los hombres de Saph eran como niños que tienen todavía mucho que aprender y que no saben muy bien lo que quieren y cómo conseguirlo. Por eso dan palos de ciego y cometen errores. Aparte del hecho de que el Príncipe del Mundo se encarga de mantenerlos en la confusión.

- ¿Y no hay nadie que pueda pararle los pies al Príncipe del Mundo? - preguntó la muchacha.

- Claro que sí. Pero allí arriba, en los cielos, toman sus decisiones con mucha calma y por eso parece que no hacen nada. El tiempo transcurre de manera distinta en los cielos y en la tierra.

- ¿Y tú cómo sabes todo esto? - inquirió la muchacha, curiosa.

- Me lo dijo mi maestro, que lo supo a su vez de los Primeros Padres. Ellos vienen de los cielos y saben de qué hablan. Aunque tampoco tienen toda la información. Según me explicó Kare, la

comunicación con los cielos se interrumpió cuando el Príncipe del Mundo y los Cien Héroes se rebelaron.

Omahé se incorporó y se desperezó. La verdad es que se descansaba de maravilla sobre aquella mullida hierba y bajo aquel tibio sol.

- ¿Y cuándo terminará la rebelión? ¿Cuándo dejará el Príncipe del Mundo de hacer lo que se le antoje? - se preguntó la joven.

- Me temo que nadie en este mundo puede contestar a eso, ni siquiera los Primeros Padres - respondió Boku mientras envainaba su espada - Y, como no sabemos cuánto tiempo puede durar esta situación, lo único que podemos hacer mientras tanto es esperar pacientemente a que los asuntos del cielo se resuelvan, y actuar aquí en la tierra para que el bien reine de una vez por todas.

Omahé asintió. Ahora se encontraba sentada sobre la hierba, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el sol. Después del frío de las alturas, agradecía el calor que proporcionaba aquel sol de primavera.

- ¿Has vuelto a sentir al ser maligno? - preguntó a Boku.

- No - respondió el joven, que justamente en ese momento estaba pensando en lo sucedido el día anterior.

- ¿Crees que volverá? - insistió la muchacha.

- Quién sabe - respondió el edenita, aunque estaba casi convencido de que no se habían librado de él. No quería preocupar innecesariamente a Omahé, pero aquella respuesta no sonó demasiado convincente y ella lo percibió.

- Tengo la impresión de que, cuanto más cerca estemos de Edén, más a salvo estaremos - dijo la joven.

- De eso puedes estar segura. Los Primeros Padres pueden detectar a estos seres sin problemas, y nunca dejarían que se acercaran demasiado a Edén - afirmó Boku, rotundo.

- Sigamos nuestro camino, entonces - dijo la muchacha mientras se ponía en pie. La desazón que sentía desde el día anterior no la

había abandonado del todo - No quiero que nos haga daño, ahora que estamos tan cerca del final de nuestro viaje.

Así que montaron en Zet y Bins y siguieron su camino. Esta vez volaban más cerca del suelo, pues tenían que encontrar el paso entre las montañas indicado en el mapa como el desfiladero de Yosh. Localizaron la entrada cuando habían pasado un par de horas, y se introdujeron en ella a lomos de los fándores, pues era lo bastante ancha para que sus amigos volaran sin problemas.

Si las montañas de Sunest eran espectaculares, el desfiladero de Yosh no se quedaba atrás. Sus paredes se elevaban verticales hacia el cielo a una altura considerable, de modo que allí dentro apenas si entraba la luz del sol. Abajo, en el centro, había un lecho de piedras redondeadas, que parecía indicar que en otros tiempos había discurrido por allí una corriente de agua, de la que ya no quedaba ningún rastro. No había mucha vegetación por la escasez de luz, salvo algunos árboles que se elevaban buscando el cielo, y matorrales de color verde pálido que parecían especialmente resistentes ante aquellas condiciones. Realmente la vida siempre se abría paso, hasta en los entornos más desfavorables.

Boku estaba inmerso en sus pensamientos mientras su fándor sobrevolaba el desfiladero sin dificultad, cuando de repente oyó un estruendo procedente del cielo. Entonces miró hacia arriba y lo que vio le llenó de horror.

Una lluvia literal de piedras y rocas se abalanzaba sobre ellos.

Sin tener tiempo de pensar en nada más, gritó y tiró de su fándor hacia el otro lado del desfiladero. El fándor de Omahé hizo lo mismo. Aún así, no pudieron evitar que un buen puñado de piedras pequeñas impactaran en sus cuerpos. Boku vio un saliente de la pared donde podrían guarecerse del aluvión de rocas, y los cuatro fueron a refugiarse bajo él.

Las rocas y las piedras siguieron cayendo durante unos instantes

que a los dos jóvenes les parecieron interminables. Boku y Omahé seguían a lomos de Zet y Bins, con el corazón desbocado por el susto terrible que la avalancha les había provocado.

Cuando pareció que había caído la última piedra, y todavía con el susto en el cuerpo, Boku descendió de su fándor y se atrevió a salir de su improvisado refugio de piedra. En verdad, más que una avalancha había sido una lluvia literal de piedras y rocas. Se dirigió hacia el centro del desfiladero y miró hacia el cielo abierto. Si las paredes eran prácticamente verticales y el desfiladero era lo bastante ancho como para guardar una distancia prudente respecto a ellas, ¿cómo es que las piedras habían caído sobre ellos?

Justo entonces acudió a su mente una idea terrible que ensombreció su rostro.

"Si fueran el resultado de una avalancha natural, ni siquiera nos habrían rozado", pensó. Y en ese momento recordó otra de las cosas que le había enseñado Kare respecto a los ayudantes invisibles del Príncipe del Mundo.

"Estos seres, hijo mío, aunque no son visibles a nuestros ojos, pueden mover objetos y manipular a personas y animales".

El joven intentó captar su presencia, como había hecho otras veces, pero no notó nada. Probablemente se habría alejado de allí para no ser detectado, como sucedió la última vez.

Omahé, que también había descendido de su fándor pero seguía bajo el saliente rocoso, le preguntó:

- ¿Qué ha pasado?

El eco de las paredes le devolvió su pregunta. Todo lo demás permanecía en un extraño silencio. Hasta el viento se había detenido allí abajo.

Boku se volvió hacia ella y respondió sin vacilar:

- Ha sido obra del ser maligno. Quiere impedir que lleguemos a Edén, no hay duda.

Justo entonces, volvieron a escucharse los sonidos habituales de la naturaleza. Y también Zet y Bins empezaron a gemir. La muchacha se volvió hacia ellos y entonces se dio cuenta de lo que había pasado.

- ¡Por el Dios Único! ¡Están heridos! - exclamó, llena de pesar.

La lluvia de piedras había dejado a los animales llenos de heridas y magulladuras en el tronco y en las alas. En muchos sitios la sangre asomaba por entre su plumaje, que también se había visto afectado.

Omahé examinó concienzudamente el estado de aquellos magníficos pájaros. La peor parte se la habían llevado sus alas. Bins, el fándor de Boku, tenía rota su ala derecha. Zet había salido mejor parada y sus heridas eran más superficiales.

Boku, que observaba atento cómo la muchacha inspeccionaba el estado de sus compañeros fándores, le hizo la pregunta que ella esperaba y a la vez temía:

- ¿Crees que Bins podrá volar?

La muchacha negó con la cabeza.

- Su ala tiene que curarse - respondió, mientras acariciaba al fándor - Tal como está ahora, dudo mucho que pueda levantarse siquiera por encima de su altura.

Boku asintió, preocupado. Aquello iba a ser un serio contratiempo y supondría un retraso, aunque no iba a desanimarse tan fácilmente, ahora que Edén estaba tan cerca.

- ¿Podrá curarse con lo que disponemos ahora? - preguntó el edenita.

La muchacha respondió, mientras palpaba suavemente la zona herida del ala de Bins:

- Tenemos desinfectante que compramos en Norist, así que las heridas no me preocupan. Pero el ala rota necesita inmovilidad y tiempo.

Boku suspiró profundamente.

- Entonces le daremos tiempo. Gracias a ellos hemos llegado a

este lugar mucho antes de lo que había previsto. No pasa nada si ahora tenemos que ir más despacio. Porque pueden caminar, ¿no?

- Sí, las patas están perfectamente - afirmó Omahé mientras acariciaba a Bins.

- Muy bien. Avanzaremos por el desfiladero a pie, y así iremos adelantando camino - afirmó Boku con decisión - Pero dejemos eso para mañana. Hay poca luz y pronto se hará de noche. Ahora iré a buscar algo de leña para hacer una hoguera. Este saliente es un refugio perfecto para no dormir al raso esta noche.

Mientras Omahé curaba a los fándores con los ungüentos que llevaba en su equipaje, Boku salió a buscar ramas secas para hacer una hoguera. Por suerte no tuvo que ir muy lejos.

Justo acababa de volver con Omahé y los fándores, cuando el cielo pareció oscurecerse de repente. Se asomaron y vieron unos enormes nubarrones negros moviéndose deprisa para cubrir el cielo completamente. Casi inmediatamente comenzó una lluvia torrencial, acompañada de rayos y truenos.

- ¿Cómo puede ser? - se preguntaba la muchacha - ¡Hasta hace un momento no había ni una sola nube en el cielo!

El joven miraba hacia la cortina de agua con el ceño fruncido.

- No me extrañaría que también esto fuera obra del ser maligno.

- ¿También puede provocar la lluvia? - preguntó la joven, asombrada.

El joven asintió con la cabeza, se acercó a ella y la estrechó fuertemente entre sus brazos.

- Pero no te preocupes. No estoy dispuesto a rendirme, por muchos obstáculos que nos ponga.

- Yo tampoco voy a rendirme - afirmó Omahé, decidida. Y, abrazados, esperaron con paciencia a que cesara el aguacero.

Capítulo 24

"*No he conseguido lo que quería, pero este contratiempo los ha dejado más indefensos y va a hacer que su viaje se prolongue un poco más*".

Nigosán estaba en la cima del monte Sunest, que daba nombre a toda la cordillera. Ráfagas de viento helado levantaban la nieve que acababa de caer y que jamás desaparecía, ni siquiera en verano. Aquel era un terreno hostil para los seres humanos, pero no para él, pues ni le faltaba el aire ni sentía frío.

Todavía era de noche en el desfiladero de Yosh, pero en la cima empezaba ya a vislumbrarse la claridad de un nuevo día. El firmamento estaba cuajado de estrellas, que parpadeaban como velas en una corriente de aire.

"*Podría matarles tan fácilmente... Pero eso no sería divertido. Pienso hacer que su viaje por el desfiladero sea una pesadilla. ¡Cómo voy a disfrutar! Y más adelante, cuando empiece a aburrirme, una buena tormenta con rayos que les fulmine en el acto. Sin duda, mi dios se alegrará cuando sepa cómo he cumplido sus órdenes*".

Justo en ese momento, Nigosan consideró la posibilidad de visitar al Príncipe del Mundo para informarle de la situación. Para él no suponía ningún problema, podía presentarse ante su señor de manera instantánea y regresar con la misma celeridad a la cima del Sunest. Pero finalmente decidió que no iba a alejarse de allí hasta que no terminara su misión.

El ayudante invisible del Príncipe esperaba pacientemente a que

se hiciera de día, pues había ideado algo para retrasar el viaje de la pareja. Ya tenía a punto todos los ingredientes; tan solo tenía que combinarlos y dejar que las leyes de la naturaleza hicieran el resto.

"*En cuanto asomen la nariz por el saliente donde han ido a refugiarse, van a disfrutar de otro bonito aguacero*", pensó Nigosán con expectación. "*Este no tendrá rayos, pero va a durar lo suficiente como para que acaben calados hasta los huesos si deciden proseguir el viaje de todas formas. Los fándores están demasiado heridos para volar, al menos uno de ellos. No tienen otra alternativa que seguir su viaje por tierra*".

De modo que esperó pacientemente a que las condiciones físicas fueran las propicias y, cuando estas se dieron, hizo descargar una buena tromba de agua justo sobre la zona del desfiladero donde se encontraba la pareja.

"*Lástima que no pueda conseguir una lluvia más torrencial ni más prolongada*", se lamentó, pero su capacidad de manipular las condiciones atmosféricas tenía un límite. Había otros seres en el universo con un poder mucho mayor, pero no pertenecían a su orden.

De todas formas, estaba razonablemente satisfecho del resultado final. Aquel chaparrón era lo bastante intenso como para mantener al edenita y a la muchacha bajo techo por lo menos hasta que cayera el sol. Y para entonces habrían perdido otro día más. Solo de pensar en el desánimo y la desesperación que sentiría la pareja ante aquel contratiempo sentía una extraña alegría. Desde que se unió al Príncipe del Mundo en la rebelión, encontraba un malévolo placer en hacer desgraciados a los habitantes de carne y hueso de Saph.

Mientras tanto, allá abajo, Boku contemplaba el aguacero desde su refugio rocoso con una mezcla de desánimo e irritación.

"Seguro que esta lluvia es cosa suya también", pensó con una expresión sombría en el rostro. Esa sospecha hizo que su ánimo decayera muchos enteros. De repente se encontraba terriblemente

cansado. Cansado de viajar constantemente, de sufrir las inclemencias del tiempo, de luchar contra personas que solo buscaban hacer daño a los demás en beneficio propio. Lo único que quería era llegar a Edén de una vez, encontrar un sitio que pudiera llamar su hogar, formar una familia con Omahé y llevar a cabo la misión que el destino le tenía reservada. "¿Por qué todo es tan difícil?", pensó, angustiado, mientras recordaba la lluvia de piedras que había estado a punto de acabar con ellos.

La joven estaba junto a él, mirando cómo caía el agua sobre el desfiladero mientras estaba sumida en sus pensamientos. Suponía que tendrían que continuar su viaje a pie, pero el chaparrón hacía imposible por el momento que pudieran reanudar su camino. Los fándores tenían heridas abiertas para las que el agua no era precisamente lo mejor.

- Tendremos que quedarnos aquí, ¿verdad? – preguntó la muchacha.

El joven asintió sin mirarla, la vista fija en la cortina de agua que tenían delante.

- No pasa nada – dijo la joven intentando animarse - Esperaremos a que escampe y entonces reanudaremos nuestro camino. No va a estar lloviendo siempre.

Boku se volvió hacia ella e intentó sonreír, pero apenas si esbozó una mueca. Omahé se dio cuenta de su preocupación, y se acercó un poco más para agarrarse de su brazo izquierdo, en un gesto cariñoso. Inmediatamente, el edenita se sintió reconfortado y abrazó a Omahé a su vez.

- Este parón puede ser bueno – dijo la muchacha – Zet y Bins necesitan reponerse de sus heridas. Cuando puedan volver a volar como antes, recuperaremos todo el tiempo perdido.

Entonces, se volvieron hacia donde yacían los fándores. Hasta los animales parecían haberse contagiado del abatimiento reinante y

permanecían muy juntos, casi sin moverse.

- Estamos tan cerca… - dijo Boku, casi para sí.

- Por eso mismo no tenemos de qué preocuparnos – insistió ella.

- No estaría preocupado si no fuera porque sospecho que él anda detrás de esto – dijo el edenita, volviendo la vista al cielo.

- ¿Él? ¿Te refieres al ser maligno? – preguntó Omahé con aprensión.

Boku asintió.

- Lo sé. Puedo sentirlo – dijo. Y añadió, mientras señalaba un extraño claro que dejaba ver el azul intenso del cielo - ¿No te parece extraño que las nubes parezcan concentrarse justo encima de nosotros?

Omahé se asomó y asintió a su vez.

- Sí. Está claro que esto es obra suya.

- Tenemos un enemigo poderoso que hará todo lo que pueda por evitar que lleguemos a Edén – afirmó el joven con una expresión grave en el rostro.

La joven se encogió de hombros.

- De momento poca cosa podemos hacer, aparte de rezar para que nos ayuden – dijo, en un intento por no caer en el pesimismo - ¿No puedes comunicarte con los Primeros Padres?

- Sí – reconoció Boku – Y lo he intentado, pero el ser maligno parece interferir todos mis intentos de comunicarme con ellos.

- Entonces… habrá que pedir ayuda más arriba – insistió la muchacha, apuntando al cielo con la barbilla.

Boku asintió, con un suspiro. Poco podían imaginar que la ayuda llegaría muy pronto, de una manera que no podían siquiera sospechar.

La mañana había avanzado considerablemente, y Nigosán estaba tan enfrascado en sus pensamientos, vigilando que la tormenta se ceñía sobre la pareja de jóvenes no amainara ni se desplazara, que no

advirtió la aparición repentina de siete seres de luz hasta que no transcurrió un buen rato. Aquellos visitantes inesperados no dijeron ni hicieron nada; simplemente se limitaron a esperar que Nigosán detectara su presencia. Cuando por fin el ser maligno reparó en ellos se volvió y les preguntó, malencarado:

"¿Quiénes sois?"

"¿Qué ha pasado contigo, Nigosán? ¿Tan profundamente has caído en el mal que has olvidado el aspecto de los Hijos de Emergencia?", le recriminó gravemente uno de ellos.

Nigosan les miró con una mezcla de desprecio y temor. Desprecio porque los Hijos de Emergencia solían encargarse de atajar las rebeliones, y temor porque no había visto a ninguno desde que el Príncipe del Mundo se sublevó contra sus superiores. Aquello no pintaba nada bien.

"*¿Qué hacéis aquí?*", les espetó.

"*Lo sabes muy bien*", respondió otro de los Hijos.

"*No quiero saberlo*", escupió Nigosán, malhumorado.

"*No puedes huir de la realidad*", dijo el primer Hijo. "*Hemos venido a buscarte. Estarás confinado en el mundo del Padre hasta que se celebre el juicio contra Lucifer, igual que el resto de tus compañeros rebeldes. Mientras estés allí, tendrás tiempo suficiente para arrepentirte de todo el mal que has hecho*".

El ayudante invisible del Príncipe intentó huir de allí pero, justo como temía, le fue imposible. Apenas había formulado el pensamiento de escapar sintió como si le hubieran anclado al suelo.

El Hijo que se había dirigido a él en primer lugar le lanzó una mirada significativa y entonces, muy a su pesar, Nigosán comprendió que la diversión se había acabado para él. Bastante bien sabía lo que suponía estar confinado en el mundo del Padre, un mundo lejano que orbitaba alrededor de la capital del sistema, y que se había utilizado como esfera-prisión para otros seres en rebeliones anteriores.

“*Entonces… ¿Lucifer ya no es el soberano del sistema?*”, preguntó con abatimiento. Desde que se decretó el aislamiento de aquel mundo no llegaban noticias de la capital del sistema.

Los siete Hijos de Emergencia negaron con la cabeza.

“*No solo ya no lo es, sino que os hará compañía en el Mundo del Padre*”, explicó otro de los Hijos allí presentes.

“*¿Y qué pasará con mi dios?*”, preguntó Nigosán, que empezaba a sentir una angustia cada vez mayor. “*¿También lo llevaréis al mundo del Padre?*”.

“*De momento no. Lo que sí sabemos es que ha sido destituido de su cargo como príncipe de este mundo*”, respondió otro de los Hijos.

“*De todas formas, lo que suceda con el que tú llamas ‘tu dios’ no es de tu incumbencia*”, añadió otro de ellos, que hasta ahora no había hablado.

“*¿Y qué es lo que ha sucedido para que de repente nos arrebatéis nuestra libertad?*”, preguntó Nigosán con desasosiego. La perspectiva de estar prisionero en un mundo casi vacío, cuando hasta entonces había tenido libertad de moverse a voluntad por Saph, le horrorizaba.

“*El tiempo de la indulgencia con los rebeldes se ha agotado*”, aseveró otro Hijo. “*Lucifer y Satanás ya no podrán viajar libremente por el sistema dando publicidad a su manifiesto de falsa libertad. El Hijo Creador ha terminado oficialmente la rebelión. Ahora solo queda esperar el juicio*”.

Aquella inesperada visita había hecho que Nigosán abandonara el control de la tormenta, de modo que muy pronto las nubes se dispersaron como por arte de magia y los rayos de sol se abrieron camino hasta el fondo del desfiladero, haciendo que los charcos de agua brillaran como espejos.

“*Llegó el momento, Nigosán*”, dijo el primer Hijo solemnemente.

Justo cuando acabó de pronunciar estas palabras apareció junto a los Hijos de Emergencia otro ser, de apariencia ligeramente distinta,

que Nigosán identificó instantáneamente como un serafín transportador. Justo en ese momento tuvo la certeza de que no había escapatoria: estaba obligado a abandonar el planeta. Y ya no pudo pensar en nada más, pues sintió inmediatamente el sopor que precede al transporte seráfico y cayó inconsciente.

Entonces, sin más preámbulos, el ayudante invisible Nigosán se vio lanzado hacia el espacio a través del serafín, y los Hijos de Emergencia desaparecieron del lugar. Su nueva tarea en aquel atribulado planeta no había hecho más que comenzar.

Los dos jóvenes asistieron con asombro al súbito cambio de tiempo, justo cuando habían comenzado a rezar en silencio para que su viaje pudiera continuar sin incidentes y zafarse de la presencia maligna que estaba poniendo obstáculos en su camino. En cuanto el sol volvió a brillar con fuerza en el desfiladero, salieron de su refugio y comprobaron maravillados que no había ni una sola nube en el cielo.

- ¿Crees que esto ha sido la respuesta a nuestras oraciones? – preguntó Omahé, que se sentía exultante sin saber muy bien por qué.

- ¡Quién sabe! – exclamó Boku, con una sonrisa, el rostro levantado hacia el sol. El calor que sentía en ese momento confortaba tanto su cuerpo como su alma.

Incluso Zet y Bins, sus queridos compañeros de viaje, habían salido también y batían sus alas, visiblemente contentos. Ellos también habían percibido un cambio, y no solo en el tiempo.

- ¿Sigue ahí? – preguntó la muchacha, refiriéndose al ser maligno.

Boku negó con la cabeza.

- Se ha ido. Estoy seguro – dijo, convencido.

Omahé se echó a los brazos de Boku, que respondió cálidamente a su abrazo estrechándola con fuerza. Estuvieron unos segundos así, disfrutando del calor del sol, de la calidez de sus cuerpos y de la alegría de sentir que ya no se cernía sobre sus cabezas la amenaza del

ser maligno.

Pero aquel día les deparaba aún otra sorpresa…

Capítulo 25

De repente, Zet y Bins empezaron a agitar sus alas y a graznar una palabra repetidas veces:

- ¡Hermanos!

Alertados por los graznidos de sus aves, Boku y Omahé dirigieron su mirada hacia el cielo, sin poder dar crédito a lo que estaban viendo. Sobrevolando el desfiladero de Yosh, en formación ordenada, se aproximaba una bandada de fándores. Como cuando los vieron en aquella playa lejana del mar de Umioku, los jóvenes volvieron a sentirse fascinados ante la majestuosidad de su vuelo.

Cuando estuvieron sobre ellos descendieron, también en formación, y se quedaron erguidos, como a la espera. Una vez consiguieron salir de su asombro, Omahé preguntó:

- ¿Crees que podrían ser los mismos que nos encontramos en la playa?

- ¿Y que nos hayan seguido? – inquirió Boku a su vez. Se rascó la barbilla durante unos instantes y finalmente respondió – No podría asegurarlo. Pero o son los mismos fándores que vimos en la playa del Umioku, o en Saph hay más aves voladoras de lo que creíamos.

Omahé ladeó la cabeza, pensativa. Quizá aquellas dos docenas de fándores estuvieran siguiendo a sus dos compañeros alados, porque no pasaron de largo sino que se detuvieron frente a ellos.

- Parece como si nos estuvieran esperando – observó la muchacha, sin apartar la vista del grupo de fándores. Ahí estaban, silenciosos, mirándoles a su vez.

Entonces, Zet y Bins se acercaron a sus congéneres, y los dos jóvenes asistieron estupefactos a un intercambio de graznidos y batir de alas entre ellos y el grupo.

- ¡Están hablando entre ellos! – exclamó la joven, maravillada.

- Cuanto más sé sobre los fándores, más me fascinan - confesó Boku - No solo pueden pronunciar palabras con sentido para comunicarse con nosotros, sino que también tienen su propio lenguaje.

Justo entonces, Omahé y Boku tuvieron el mismo pensamiento, aunque la joven fue la primera en expresarlo en voz alta:

- ¿Querrán venir con nosotros a Edén?

- ¡Nada me gustaría más! - exclamó Boku, y siguió atento a los intercambios de los fándores, expectante.

Por suerte para ellos, no tuvieron que esperar mucho más. Zet y Bins regresaron adonde estaban sus amigos humanos y dijeron al unísono:

- ¡Vamos!

Boku y Omahé se miraron, sin saber muy bien qué hacer.

- Pero... ¿y vuestras heridas? - les dijo la muchacha - ¡No podéis volar!

Entonces sus fándores señalaron con la cabeza a los recién llegados.

- ¡Ellos! ¡Vienen! - graznó Zet.

- ¡Ellos! ¡Llevar! - coreó Bins.

- ¿Que ellos nos llevan? - exclamó Boku, más que preguntó.

- Pero, ¿y vosotros? - preguntó la joven - ¡No os vamos a dejar aquí mientras seguimos el viaje con vuestros hermanos!

- Nosotros también - dijo Zet.

- Solos podemos - apostilló Bins.

Los dos jóvenes volvieron a mirarse, sin poderse creer aquel tremendo golpe de suerte.

- ¿A qué esperamos, entonces? - exclamó Boku, agarrando su petate - ¡Sigamos con nuestro camino!

Así que los dos se dirigieron hacia la bandada de fándores. Justo antes de que tuvieran tiempo de preguntarse en qué fándor iban a subirse, dos de ellos dieron un paso al frente.

No hizo falta nada más. Boku y Omahé se acomodaron en los lomos de aquellas magníficas aves y, sin más preámbulos, alzaron el vuelo hacia el interior del desfiladero de Yosh. La pesadilla que habían vivido durante los dos últimos días había quedado atrás. Y, además, sentían que el cansancio y el desánimo que había hecho presa de ellos había desaparecido como por ensalmo.

Ahora todo era distinto. Boku no podía evitar sentir una emoción especial, que hacía que sintiera mariposas revoloteando en su estómago. Estaba a punto de llegar al final de su largo viaje y de conocer a los Primeros Padres. Según sus cálculos respecto al mapa, podrían arribar a la sede de los edenitas poco después del amanecer del día siguiente.

"Por fin voy a conocer el hogar de mis padres", pensó ilusionado. Y rezó porque Edén fuera como sus padres y su maestro, Kare, le habían contado. No quería ni siquiera considerar la posibilidad de que, durante el tiempo en que no había podido contactar con la Primera Madre, hubiera habido alguna catástrofe que hubiera acabado con aquel lugar y sus habitantes. No cuando estaban a punto de llegar, después de un viaje que en su caso le había llevado años realizar.

Durante todo aquel día, el trayecto transcurrió sin incidentes. El tiempo era espléndido, el paisaje que se divisaba desde el cielo era magnífico y el sol daba un calor reconfortante. Las aves no daban muestras de cansancio, así que tan solo se detuvieron para comer y siguieron su camino inmediatamente después.

Si otros ojos humanos hubieran podido verles, se habrían

maravillado con la imagen de la bandada de fándores sobrevolando el desfiladero en formación ordenada. Pero los únicos seres que pudieron asistir a ese espectáculo tenían cuatro patas.

Al anochecer, descendieron de nuevo y se prepararon para cenar y descansar de un largo día de viaje. Boku confiaba en sus cálculos, y esperaba que aquella fuera la última noche que pasaban durmiendo a la intemperie. Siempre que llevaba un tiempo durmiendo en el camino, echaba de menos tener un techo bajo su cabeza para descansar y un lecho de paja donde dormir.

Sacaron parte de sus provisiones y comieron en silencio, enfrascados en sus pensamientos. Omahé también sentía mariposas en el estómago. Ahora que estaban tan cerca del final de su viaje, le preocupaba la posibilidad de no encajar en aquel lugar. A diferencia de Boku, sus orígenes no estaban en Edén sino en Aitamalad, a medio mundo de donde se encontraban en aquellos momentos. Una ciudad que se volvió hostil para ella, igual que todos los sitios donde había vivido. Después conoció a Boku y se embarcó con él en aquel viaje. Al principio, buscaba un lugar donde poder aprender, como hizo su madre y maestra, Oré. Pero cuando se dio cuenta de sus sentimientos hacia Boku, quiso también compartir su destino y conocer la tierra de donde procedía el edenita. Ahora estaba a punto de ver con sus propios ojos un lugar y unos seres de leyenda, ¡nada menos que los Primeros Padres!, pero la incertidumbre sobre lo que podía esperarle en Edén la intranquilizaba por momentos. A pesar de que Boku le había repetido en numerosas ocasiones que no tenía nada que temer, que los edenitas eran un pueblo pacífico y que, en el peor de los casos, él jamás la abandonaría si era rechazada, no podía evitar sentir cierto desasosiego al considerar que la peor situación posible se hiciera realidad. En el fondo, lo único que quería era encontrar su lugar en el mundo. Desde que se unió a Boku, intuyó que ese lugar estaría donde estuviera él. Pero no quería que el edenita fuera un

paria apartado de su pueblo, y eso es lo que podía suceder si se empeñaba en tomarla a ella, una danita, como esposa.

Boku se dio cuenta de que la muchacha estaba muy seria y pensativa y rompió el silencio que habían mantenido durante la cena:

- Estás muy callada - le dijo con una sonrisa mientras le acariciaba el pelo.

Ella le sonrió a su vez, intentando ocultar su preocupación, y se abrazó a él buscando su calor. Cuando estaban tan juntos, todos los contratiempos y todos los problemas ya no parecían tan importantes. El edenita era su mejor terapia contra la ansiedad.

- ¿No tienes ganas de llegar a Edén? Nos queda muy poco - le susurró el joven al oído.

Omahé asintió. Para bien o para mal, quería saber qué le esperaba en esa nueva etapa de su vida.

- Yo tengo muchas ganas - le confesó Boku, todavía en susurros - No solo por encontrarme con mi pueblo, sino por volver a dormir contigo en una cama.

La muchacha cayó en la cuenta de que, desde aquellas dos noches increíbles en Norist, no habían tenido ocasión de hacer el amor. Cuando estuvieron entre los otokichi no tuvieron la intimidad necesaria, y después en el camino les faltó comodidad. Entonces se abrazó a Boku, para que el joven no viera la mezcla de rubor y deseo reflejada en su rostro.

- Yo también tengo ganas de dormir contigo como cuando estuvimos en Norist- confesó la muchacha.

El edenita se separó, los dos se miraron durante unos instantes y después se besaron apasionadamente.

- Si quieres... podríamos... - empezó Boku, mientras la acariciaba.

La muchacha estaba tan excitada por los besos y las caricias del joven que se sorprendió a sí misma diciendo, con voz ronca:

- Sí. Hagámoslo.

Y allí, en el desfiladero de Yosh, bajo un cielo estrellado y junto a una bandada de pájaros legendarios, los dos jóvenes celebraron con sus cuerpos una nueva sensación: la de la anticipación de una recompensa largo tiempo anhelada.

Capítulo 26

Boku abrió los ojos con la sensación de que estaban observándole.

Y así era.

Ante él, imponentes, estaban dos seres extraordinarios que hasta entonces solo había visto en sueños.

El edenita miró a su alrededor. Todavía era noche cerrada. El cielo estaba despejado y las estrellas parecían saludarle allá arriba con sus parpadeos. La bandada de fándores dormía plácidamente, una veintena de pasos más allá. La muchacha también, acurrucada junto a él. El fuego de la hoguera crepitaba como si hubiera sido alimentado recientemente.

Los Primeros Padres no apartaban los ojos de él, sonrientes. Boku se incorporó, procurando no despertar a Omahé. La muchacha se movió para cambiar de postura, pero continuó dormida.

El joven seguía sin dar crédito a lo que estaba viendo.

- ¿De verdad sois vosotros? - preguntó, absurdamente.

Los Primeros Padres movieron afirmativamente la cabeza, sin dejar de sonreír. Entonces Adán, el padre de la raza edenita, hizo sonar su voz grave y profunda, en la primera vez que Boku le oía hablar:

- Te estaremos esperando. No tardes.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando la pareja de gigantes se desvaneció, sin más.

Boku se puso en pie y se dirigió al espacio que hacía unos

instantes ocupaban los Primeros Padres. Sintió un frío extraño que le hizo estremecer. Incluso se preguntó si aquello había sido un sueño. Se pellizcó fuertemente el brazo y, para su sorpresa, no le dolió.

"Es otro sueño", se dijo, ligeramente decepcionado. El encuentro le había parecido tan real...

Entonces, todavía en su sueño, el joven se preguntó cuánto quedaría para el amanecer. Miró hacia el este; las luces del alba ni siquiera se intuían. Calculó que todavía podría dormir un rato más. Pero, ¿cómo iba a conciliar el sueño cuando ya estaba dormido?

Finalmente optó por sentarse junto a Omahé, al calor de la hoguera. La muchacha pareció agradecer su proximidad, porque cambió de postura para acurrucarse junto a él. El joven le acarició el pelo suavemente con la vista fija en las llamas, que seguían crepitando alegremente.

Después de un tiempo imposible de precisar, el joven cerró los párpados y se produjo un cambio súbito de escenario.

De repente, se encontró a lomos de un fándor. Volaban a baja altura sobre un valle cuajado de huertos y casitas blancas. Los habitantes de aquel valle miraban hacia arriba y le saludaban con la mano. Él les saludaba a su vez y se sentía enormemente feliz. Sentía que estaba en casa y sabía que aquello era Edén, aunque nadie se lo hubiera dicho.

Cuando despertó, esta vez de verdad, estaban asomando los primeros rayos de sol por el desfiladero. Todavía sentía la maravillosa sensación que experimentó mientras volaba. Aquellos sueños habían sido muy reales, como lo eran todos en los que Edén o los Primeros Padres estaban presentes.

Los fándores estaban ya despiertos y enzarzados en las conversaciones de graznidos con los que se comunicaban entre ellos. Omahé llevaba un rato levantada y estaba lavándose la cara junto al riachuelo que se abría paso a través del angosto desfiladero.

Enseguida prepararon algo para desayunar. Boku comía en silencio mientras rememoraba todos los detalles del sueño de la noche anterior. Mientras tanto, la muchacha masticaba la comida con aire pensativo. Estaba indecisa. Quería preguntarle algo a Boku, pero no se atrevía por temor a que su pregunta sonara absurda.

Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte y finalmente se atrevió a preguntar:

- Boku...

- ¿Sí?

- ¿Has hablado con alguien esta noche?

El joven la miró, intrigado, y le preguntó a su vez:

- ¿Me has oído hablar en sueños?

Como fuera que Boku parecía realmente sorprendido y no hizo ademán de burlarse, la joven se animó a dar más detalles.

- No eras solo tú quien hablaba. Recuerdo vagamente que dijiste algo, pero después escuché la voz de otro hombre... Una voz más grave y profunda, como de alguien de más edad.

El edenita sintió como si el corazón le diera un vuelco.

"Entonces... ¿no fue un sueño? Pero entonces... ¿cómo es que no sentí dolor cuando me pellizqué el brazo?", pensó rápidamente.

Aquello no tenía sentido. ¿Omahé había soñado lo mismo que él? ¿Pero cómo podía ser, si los sueños no se comparten?

- ¿Recuerdas lo que dijo aquel otro hombre? - inquirió Boku. Quería comprobar si los detalles del sueño de Omahé coincidían con los suyos.

La muchacha miró a la lejanía con expresión concentrada, intentando recordar.

- No es mucho lo que te puedo contar... - comenzó – Estaba medio dormida y lo escuché todo medio en sueños. Recuerdo que oí tu voz y luego la de aquel hombre, que dijo “no tardes”. Ni siquiera le vi; los párpados me pesaban demasiado como para poder abrirlos.

El joven se quedó atónito. ¡Eso era justamente lo que el Primer Padre había dicho!

La muchacha advirtió por la expresión del rostro del joven que allí había algo raro y preguntó, todavía más intrigada que antes:

- ¿Qué pasó realmente, Boku? ¿Quién era aquel hombre?

El joven movía negativamente la cabeza y, después de exhalar un profundo suspiro, la miró fijamente a los ojos y respondió:

- Era Adán, el Primer Padre. Le acompañaba Eva, la Primera Madre. Lo que el Primer Padre me dijo exactamente fue: “Te estaremos esperando. No tardes”. Y entonces desaparecieron de mi vista así, sin más. No estaban aquí realmente. Todo fue un sueño.

- Un sueño que, de alguna manera, yo también soñé – observó la joven.

- Así es – asintió Boku – lo cual lo hace todavía más extraño.

Entonces, el edenita le explicó el sueño que tuvo a continuación, cuando se vio sobrevolando el valle de Edén a lomos de un fándor.

Omahé escuchó atentamente los detalles del sueño, maravillada. No le cupo ninguna duda de que aquello era un presagio de lo que les esperaba aquel día, y no veía el momento de que esos sueños se hicieran realidad. Y, puesto que Boku sentía lo mismo, ambos se apresuraron en recoger sus cosas y reanudar su viaje. La última etapa estaba a punto de comenzar.

Aquella mañana lució soleada como la anterior, pero ligeramente más cálida. Era una gozada sobrevolar el desfiladero a lomos de los fándores y, aunque tenían el sol a sus espaldas pues volaban en dirección oeste, el aire era cálido y les traía aromas de primavera. Boku advertía que, cuanto más avanzaban, más ancho se iba haciendo el desfiladero, tal como indicaba el mapa. Esta era una señal de que pronto arribarían al punto en el que comenzaba el valle donde estaba ubicado Edén.

El sol estaba ya en lo más alto de su recorrido y la extraña

comitiva seguía su camino sin pausa. Boku dudó de si debían detenerse para comer o continuar avanzando. Entonces recordó las palabras de Adán, “no tardes”, y decidió exprimir al máximo la resistencia de los fándores. Que, por otro lado, no dieron muestra de cansancio. El edenita incluso llegó a sospechar que ellos también querían llegar a su destino lo antes posible.

Finalmente, vieron el final del desfiladero y se precipitaron ante él, más deprisa si cabe. Lo que vieron al otro lado les dejó maravillados.

Ante ellos se extendía un valle exuberante. Por un lado, hacia el noreste, un bosque espeso de árboles de color verde oscuro que parecían pelearse por ser los primeros en tocar el cielo con sus copas, de lo altos que eran. Por el otro, una vasta extensión de huertos por los que discurrían canales de agua, que brillaban con la luz del sol como si fueran espejos. De momento no habían visto ningún río; el agua parecía fluir por todas partes, descendiendo desde las lejanas montañas que circundaban el valle.

Boku reconoció inmediatamente el paisaje que había sobrevolado en sueños, y sintió una alegría inmensa. ¡Por fin habían llegado! Después de años y años de viaje estaba en Edén, el hogar de su pueblo.

"Ahora tenemos que llegar a la ciudad donde viven los Primeros Padres", pensó. "Debo presentarme ante ellos. Me están esperando".

Según el mapa, debían seguir dirección noroeste. Allí el valle se ensanchaba y formaba una llanura perfecta.

Gracias a los fándores y su veloz vuelo, divisaron la ciudad muy pronto: una extensión de casas de planta baja, perfectamente alineadas en calles, y un conjunto de edificios de dos plantas en el centro. La mayor parte de las casas estaban pintadas de color blanco, salpicadas de vez en cuando por alguna edificación de otros colores. El conjunto era armónico y agradable a la vista.

Tanto Boku como Omahé habían estado en muchas ciudades y lugares, pero jamás habían visto una ciudad como aquella.

Una vez alcanzaron la ciudad, se les planteó el problema de dónde aterrizar. Pero pronto aquella duda quedó resuelta.

"¡Nos están esperando!", pensó Omahé con nerviosismo.

Justo donde comenzaba la ciudad, en una gran explanada ajardinada, había un gran número de personas con la vista fija en ellos. Y, justo donde comenzaba una de las calles principales que se adentraban en el centro de la ciudad, pudieron ver a una pareja que destacaba sobre los demás.

"¡Los Primeros Padres!", pensó Boku, ilusionado. En esos momentos, su corazón latía desbocado. Había llegado el momento que tanto había esperado.

Descendieron ordenadamente ante la multitud que les aguardaba, asombrada. Por sus rostros, podía deducirse que era la primera vez que veían un fándor. Boku desmontó primero y ayudó a Omahé a desmontar, como hacía siempre. Una vez la muchacha estuvo en el suelo, la tomó de la mano y se dirigieron directamente hacia la multitud, para presentarse ante los Primeros Padres.

Por su parte, la joven sentía una mezcla de fascinación e intimidación. Se fijó en los rostros de quienes les observaban. Aparte de Boku, no conocía a ningún otro descendiente directo de los Primeros Padres, y tuvo la impresión de que todos se parecían a Boku como si fueran miembros de su familia. Eran altos, de piel rosada y en su mayoría rubios (aunque pudo ver alguna que otra cabeza pelirroja e incluso castaña). Tenían los ojos azules (aunque también vio ojos verdes e incluso algún que otro ámbar) y rasgos faciales finos y armoniosos.

Al principio, Omahé se sintió cohibida pues era consciente de que había muchos ojos observándoles, de modo que caminó junto a Boku casi sin atreverse a levantar la vista. Pero cuando se atrevió a mirarles

a los ojos vio en ellos una actitud amistosa y de bienvenida, a la que ella respondió con tímidas sonrisas.

Por su parte, el joven edenita caminaba con el semblante serio. Tenía su mente ocupada con la idea de presentarse ante los Primeros Padres de la mano de Omahé y expresarles claramente que ella era la esposa que había elegido. Y tenía muy claro que no iba a aceptar su negativa. Si era preciso, se volvería por donde había venido aquel mismo día. No estaba dispuesto a vivir sin Omahé.

Los edenitas allí presentes les dejaron pasar a medida que se iban adentrando en la multitud, hasta que al final se encontraron ante la presencia de los Primeros Padres de aquel mundo aislado y afligido por la rebelión de los cielos.

A pesar de que Boku les había visto varias veces en sueños, en el mundo real eran más imponentes si cabe. Su altura era muy superior a la del resto de edenitas, y el tono de su piel más acentuadamente violeta. Iban vestidos con sendas túnicas blancas e, incluso a la luz intensa de aquel momento del día, podía advertirse que despedían una tenue luminosidad violeta que era más visible alrededor de sus cabezas, como una aureola permanente.

El joven edenita estrechó con fuerza la mano de Omahé, y se disponía a decir algo a modo de saludo cuando el Primer Padre habló:

- Saludos, Boku, hijo de Anta, y Omahé, hija de Endogan. Sed bienvenidos los dos.

Aquellas palabras desarmaron por completo al joven y desconcertaron a Omahé.

"¿Cómo es que saben mi nombre?", se preguntó, asombrada.

Eva, la Primera Madre, pareció leer el pensamiento de la muchacha, pues dijo:

- Sabemos muchas cosas: quiénes sois, por qué habéis emprendido este viaje, y qué papel desempeñáis en el Gran Plan.

"¿El Gran Plan?", se preguntó Boku, intrigado.

- Entiendo que estéis sorprendidos por este recibimiento - admitió Adán, el Primer Padre, ante el evidente desconcierto de la joven pareja - Prometemos explicaros todo lo necesario, pero todo a su debido tiempo. Vuestro viaje ha llegado a su fin, y ahora es momento de descansar.

- Terminemos de disfrutar del día del Padre, como es costumbre en Edén - dijo Eva, con una sonrisa encantadora en el rostro – Acompañadnos, por favor.

Boku había oído hablar del día del Padre por boca de sus padres y de su maestro. Aquel era el día en el que se acostumbraba a descansar de los trabajos cotidianos y en el que, al mediodía, toda la comunidad iba al templo del Padre para orar y dar gracias al Dios Único (o el Padre, como también se le llamaba en Edén). Algunos pueblos pelopaja, como recuerdo de esta costumbre, también descansaban un día de cada siete, aunque la manera de celebrar ese día era diferente en cada grupo, comunidad o ciudad.

Mientras estuvo con sus padres, y después con Kare, Boku había celebrado ese día. Pero, durante los años que viajó solo, fue abandonando esa costumbre hasta que la dejó por completo. Y ahora no podía evitar sentir cierta culpabilidad. Aquella era una tradición de su pueblo y él, como edenita, debería haberla mantenido.

A un gesto de los Primeros Padres, la multitud allí congregada se disolvió, de modo que finalmente quedaron los cuatro en la explanada. Adán hizo otro gesto a los jóvenes para que les siguieran, y ellos obedecieron.

Y así fue como, bajo la amorosa tutela de los Primeros Padres, quedó inaugurada una etapa nueva en sus vidas, en la que les aguardaban muchas revelaciones y sorpresas.

Capítulo 27

Aquella tarde, en el hogar de los Primeros Padres, Adán y Eva informaron exhaustivamente a los dos jóvenes sobre los últimos acontecimientos en los cielos, y de los que ellos tuvieron noticia gracias a la visita de los Hijos de emergencia.

Los rebeldes, que gozaban hasta entonces de cierto margen de maniobra para difundir su rebelión, habían sido finalmente desprovistos de toda libertad de movimientos.

- Los 37 mundos podrán finalmente respirar tranquilos... - comentó Eva.

- Aunque el camino no va a ser fácil - señaló Adán.

Esta medida afectaba también a los Invisibles, los ayudantes inmateriales que solo los Primeros Padres podían ver, que habían sido capturados y llevados al mundo del Padre, uno de los muchos que orbita alrededor de Jerusem, el hogar de Adán y Eva.

En cuanto al llamado Príncipe del Mundo, permanecería en Saph, aunque totalmente desprovisto de poder para influir en los asuntos del mundo, a la espera del juicio contra los rebeldes.

- Esperemos que la soledad le haga recapacitar sobre todo el mal que ha hecho... - comentó Eva, con un suspiro.

- Ojalá sea como dices, aunque soy muy escéptico al respecto – replicó Adán – Tantos años abrazando el mal han deformado en exceso su mente.

- ¿Y qué ha sido de los Cien Héroes? - preguntó Omahé.

- En cuanto pasaron al otro lado, fueron retenidos en el mundo

del Padre, y están también a la espera de juicio - respondió Adán.

- ¿Y qué sucederá en Saph mientras tanto? ¿Tendremos un nuevo Príncipe? - preguntó Boku.

- De momento, los Hijos de emergencia dirigirán los asuntos de este mundo - respondió Eva - Mientras tanto, habrá que esperar a que el sustituto de Lucifer, el nuevo gobernador de Jerusem, haga un nuevo nombramiento.

Justo entonces, el joven recordó el acoso al que les había sometido el ser maligno, que terminó bruscamente y les permitió llegar a Edén sin problemas. ¿Podría ser que, justamente entonces, le capturaran y tuviera que marcharse?

Miró a la Primera Madre, que le dedicó una amplia sonrisa mientras movía afirmativamente la cabeza.

- Todos estos acontecimientos marcan el comienzo de una nueva era en Saph - afirmó Adán.

Boku y Omahé estaban pensativos, intentando asimilar aquella avalancha de información como podían.

- Pero... hay algo que no acabo de entender - dijo el joven - Los Cien Héroes, el Príncipe del Mundo y sus ayudantes han estado durante miles de generaciones haciendo en Saph todo lo que han querido, sembrando el caos y el dolor por todas partes. ¿Por qué ha tenido que pasar tanto tiempo para que les paren los pies?

Los Primeros Padres se miraron durante unos breves instantes, y sonrieron.

- Como ya sabes, el tiempo transcurre de distinta forma en el cielo - respondió Eva - Al otro lado la vida es eterna, no hay muerte si se elige inequívocamente el bien sobre el mal. ¿Y qué son unos miles de años para seres que son eternos?

- Pero... ¿y toda la gente que ha sufrido durante todo este tiempo? - insistió Omahé, que recordó en esos momentos la manera cruel e injusta en la que murieron sus padres.

Antes de responder, Eva se acercó a Omahé y le dio un abrazo que conmovió profundamente a la muchacha. Después le tomó de las manos y dijo:

- Sé cómo te sientes, porque nosotros también hemos pasado por algo parecido… He tenido que ver como hijos y descendientes míos eran asesinados por culpa de la acción directa o indirecta del Príncipe del Mundo. Pero piensa que la muerte no es el final de todo; todos los que murieron han continuado su viaje en el otro lado. Además, ten por seguro que el bien, a la larga, acabará triunfando.

- Nosotros nos hemos visto solos y amenazados, hasta el punto que tuvimos que refugiarnos aquí, en este valle – intervino Adán – Pero no perdimos la confianza en que los asuntos de este mundo se solucionarían, y en que recibiríamos la ayuda de los Altísimos.

- Mientras tanto, hemos seguido con nuestro trabajo en la medida de nuestras posibilidades – prosiguió Eva – Hemos admitido a todos los que han querido aprender de nosotros, y hemos seguido enviando a nuestros descendentes fuera de Edén, para que se mezclaran con todos los pueblos y así elevar sus razas y su civilización.

- Por desgracia, el Príncipe del Mundo hizo lo posible por evitar que nos mezcláramos con los danitas. Ahora que está solo, creemos que es hora de que esto cambie. Y ahí es donde necesitaremos vuestra ayuda - dijo Adán.

Boku y Omahé se miraron. Intuían qué era lo que se esperaba de ellos, pero les faltaban los detalles.

- Por supuesto, ayudaremos en lo que sea - dijo Omahé sin pensárselo dos veces.

- ¿Qué queréis que hagamos exactamente? - preguntó Boku.

Los Primeros Padres estaban visiblemente satisfechos con la buena disposición de los dos jóvenes.

- Bueno, hay varias cosas en las que podéis ser enormemente

útiles para nuestra causa, que es la causa de los actuales gobernantes celestiales de este mundo... - comenzó Eva.

- En primer lugar, habéis viajado mucho y tratado con muchos pueblos diferentes, y los conocéis bastante bien como para saber cuál es su situación actual y lo que se necesita mejorar en cada uno de ellos - dijo Adán.

- En segundo lugar, sois una pareja espléndida de edenita y danita - prosiguió Eva con una de sus encantadoras sonrisas - Vuestra descendencia puede ser el comienzo de un magnífico linaje, de una nueva raza sobre la tierra de Saph que reúna lo mejor de todas.

Omahé se sonrojó ante la referencia indirecta a tener hijos con Boku, pero no dijo nada.

- Y, en tercer lugar, podéis ayudarnos con el Gran Plan - apostilló Adán, que también sonreía.

- Es la segunda vez que mencionáis el Gran Plan... ¿en qué consiste exactamente? - inquirió Boku.

Los Primeros Padres se miraron, sin dejar de sonreír, y sus ojos brillaban de una manera especial cuando respondieron, al unísono:

- Vamos a construir el tercer Edén.

Omahé y Boku volvieron a mirarse, sorprendidos.

- ¿Eso quiere decir que...? - comenzó a preguntar la muchacha, pero Eva la interrumpió.

- Nos vamos de aquí y fundaremos un tercer Edén en un lugar mucho más accesible, desde donde podamos llegar mejor a todo Saph. Será un foco de civilización, destinado a convertirse en una referencia para todos los pueblos, ya sean pelopaja, danitas o de color.

- Vinimos aquí huyendo del acoso al que nos había sometido el pueblo danita por influencia del Príncipe y de sus secuaces - explicó Adán - Pero, ahora que la rebelión ha terminado y solo queda esperar el juicio, tenemos que proseguir con el trabajo que se encomienda a

todo Hijo Material.

- ¿Hijo Material? - repitió Boku, intrigado.

- Es el nombre de nuestro orden - aclaró Eva - No somos humanos mortales como vosotros, pero nuestra descendencia en este planeta sí lo es.

- Pero, volviendo al Gran Plan… ¿en qué podemos ayudar nosotros? – insistió Boku.

- Tenemos que encontrar una ubicación idónea para el tercer Edén – respondió Adán – No es una tarea fácil.

- Normalmente, antes de venir a un planeta, se consideran varias posibles ubicaciones y finalmente se elige la idónea – explicó Eva - El primer Edén fue evaluado como el mejor emplazamiento y planificado cuidadosamente durante muchos años.

- Con el segundo Edén tuvimos que improvisar – terció Adán – Estábamos huyendo del acoso danita, y finalmente tuvimos que venir a este lugar difícilmente accesible pero muy bien protegido. Ahora, con el tercero, queremos considerar de nuevo los lugares que se examinaron antes de que viniéramos a este mundo.

- Queremos saber si siguen siendo buenas ubicaciones para un lugar como Edén – dijo Eva.

- Y justamente en esto es donde necesitamos vuestra ayuda – afirmó Adán.

Omahé no podía evitar sentirse fascinada cuando escuchaba hablar a los Primeros Padres. Era increíble lo bien compenetrados que estaban. Parecía que estaba escuchando a la misma persona, pero con dos voces distintas.

Para entonces, hacía ya un buen rato que la noche había caído sobre ellos. Los Primeros Padres invitaron a cenar a los jóvenes, aunque se excusaron por no probar bocado.

- Nosotros comemos solo una vez al día – explicó Eva cuando puso sobre la mesa las bandejas con los alimentos – Pero vosotros sois

humanos mortales y por tanto necesitáis comer más a menudo. Por favor, servíos vosotros mismos.

Así que los jóvenes dieron buena cuenta de una cena deliciosa a base de verduras, fruta fresca, frutos secos y miel, ante la atenta mirada de los Primeros Padres. El estómago lleno les produjo cierto sopor, pero no querían irse todavía a dormir. Aún había muchas cosas que querían saber de los Primeros Padres y de Edén.

- Deberíais descansar – aconsejó Adan, al advertir en Boku un amago de bostezo – Tenemos muchos días por delante para explicaros los detalles de nuestro plan, y para que os familiaricéis con la vida en Edén. Bástele a cada día su afán.

Finalmente los Primeros Padres dieron aquella velada por finalizada. Entonces salieron fuera, al fresco de la noche. Boku y Omahé se asombraron de lo intensa que se veía la luminosidad que desprendían Adán y Eva frente a la oscuridad.

Se dirigieron hacia una de las casitas blancas, perfectamente alineadas, en una de las calles que desembocaba en el templo del Padre. La puerta estaba abierta y, sin cruzarla, Eva les invitó con un gesto a que entraran mientras decía, con una sonrisa radiante:

- Este será vuestro hogar en Edén.

Los jóvenes miraron hacia dentro, sorprendidos de escuchar la palabra "hogar" con referencia a ellos. ¡Aquella era su casa! ¡La primera que iban a tener verdaderamente suya!

- La teníamos preparada desde hace ya tiempo – apostilló Adán.

- Como tú sabes muy bien – dijo Eva, dirigiéndose a Boku – Hace tiempo que os estábamos esperando.

- Por cierto, habíamos pensado en el próximo día del Padre para bendecir vuestra unión – les informó Adán - ¿Os parece bien?

Los dos jóvenes asintieron, fascinados. ¡Realmente los Primeros Padres iban siempre muy por delante de ellos!

- En fin, mejor será que prosigamos mañana esta conversación –

dijo Eva - Vendrán a buscaros al amanecer. Nos queda mucho por hablar…

- Y por hacer – terminó Adán.

Los jóvenes musitaron un “buenas noches”, y se disponían ya a entrar en la que iba a ser su casa cuando Eva tomó a Omahé del brazo y le susurró, con gran ternura:

- A partir de ahora, tendrás que cuidarte mucho. Puedo percibir que una nueva vida late dentro de ti.

Y, tras guiñarle el ojo, se alejó junto con Adán.

Omahé se quedó boquiabierta. Boku, que también había escuchado la revelación de Eva, tomó de los brazos a la joven y le preguntó, con un nerviosismo rayano en la euforia:

- ¿Lo sabías?

La joven negó con la cabeza.

- La verdad es que ni siquiera lo sospechaba – confesó – Pero ahora entiendo que a veces me sintiera un poco rara.

Entonces Boku la levantó por los aires y la abrazó, lleno de alegría.

- ¡Este es el día más feliz de mi vida! – exclamó, y le dio un sonoro beso en los labios, que hizo reír a Omahé.

- ¡Sssshhhh! – susurró la muchacha, poniendo un dedo en los labios en señal de silencio - ¡Vamos a despertar a nuestros vecinos!

- Tienes razón, entremos en nuestra casa – reconoció Boku, con una sonrisa de oreja a oreja.

Y eso hicieron. Nada más poner los pies dentro de la estancia principal, continuaron las sorpresas agradables para ellos. A la luz de la lámpara de aceite que brillaba en la estancia principal, pudieron ver que realmente no faltaba ningún detalle para que se sintieran cómodos en aquella casa. Había una estancia principal, que hacía de comedor y cocina. Después, un breve pasillo conducía al resto de la casa, donde había dos habitaciones y un cuarto que hacía las veces de

baño. Todas las paredes estaban enlucidas en color blanco y olía a hierbas aromáticas, que estaban presentes en forma de pequeños ramos estratégicamente situados.

En la habitación más grande había un gran jergón sobre una plataforma de madera, relleno de plumas de ave. En cuanto lo vieron, los dos jóvenes fueron a sentarse en él. Era el lecho más mullido que habían probado desde que se embarcaron en aquel viaje.

Entonces, sin pensárselo dos veces, se desvistieron y se acostaron. Las sábanas, de algodón, olían a jabón y a flores del campo. Realmente meterse dentro de aquel lecho fue un auténtico gozo para los sentidos.

Estuvieron un buen rato abrazados y en silencio, disfrutando de aquella sensación. Ambos recordaron a sus padres, a sus maestros, a todas las personas buenas que habían conocido en aquel viaje a Edén. Los malos momentos habían quedado atrás, como un mal sueño. Pero los buenos momentos permanecían en su memoria y llenaban su corazón de alegría. Habían alcanzado una meta y estaban disfrutando de la sensación de triunfo que daba haberla logrado. Pero también eran conscientes de que se les planteaban nuevos desafíos.

“No importa lo que el futuro nos depare mientras estemos juntos”, pensó Boku, y respiró profundamente.

Entonces, miró a Omahé, que le devolvió la mirada con una sonrisa.

- Estaba pensando que todavía no hemos celebrado el final del viaje – le susurró mientras acariciaba el terso vientre de la muchacha.

- ¿Te refieres a una fiesta... íntima? – insinuó la joven, con una sonrisa cómplice, entrelazándose un poco más alrededor de él.

- Veo que me has entendido bien – dijo Boku, complacido, mientras hundía su rostro en el cabello de Omahé.

Y se entregaron, una vez más, a la celebración de la vida.

Epílogo

- ¡Mamá!

- ¿Qué quieres, cariño?

- ¡Mira qué dibujo he hecho!

- ¡Has dibujado a Bins! ¡Qué bonito! - exclamó Omahé, y estampó un sonoro beso en las mejillas de Kare, su primogénito. El niño, muy contento, regresó con los demás niños para seguir dibujando, no sin antes darle un beso a su hermanita Oré, un bebé de poco menos de un año que dormía plácidamente en brazos de su madre.

Omahé suspiró, contenta. Su hijo Kare era un niño sano y feliz. Hacía poco había cumplido tres años. Nació después de un parto largo y doloroso, pero afortunadamente todo salió bien. Eva estuvo junto a ella en todo momento, así como Boku, que no se separó de su lado. A pesar de que estaba preocupado por los intensos dolores que sentía Omahé, hizo lo posible por ayudarla a pasar aquel trance de la mejor manera posible.

- ¿Tan duros son los partos entre nuestra gente? - preguntó el edenita a la Primera Madre, cuando las contracciones eran ya muy fuertes.

- No - respondió ella - Pero ten en cuenta que ella es danita, descendiente directa de los Cien Héroes y con un origen muy diferente al tuyo. Ellos también son una raza especial, y la mezcla puede dar resultados imprevisibles.

Pero, cuando su primogénito se asomó al mundo, todo el sufrimiento quedó atrás, como un mal sueño. Era un bebé precioso

con el cabello rubio como su padre, los ojos grandes y de color ámbar como su madre, y un delicado tono de piel ligeramente tostado. Ahora tenía poco más de tres años, y tenía deslumbrados a sus padres con su personalidad brillante y su inteligencia creativa.

En cuanto a Oré, era otra combinación armoniosa de rasgos de su padre y de su madre. Tenía el cabello castaño como Omahé, y los ojos azules y la piel de Boku. Era una niña preciosa y tranquila que siempre sonreía.

Aquel día, Omahé estaba en una de las escuelas de Edén. Era parte de su aprendizaje, para el día en que salieran al resto del mundo a realizar su misión. De hecho, desde prácticamente el primer día que estuvieron allí, tanto Boku como ella estuvieron inmersos en la tarea de aprender sobre los más distintos aspectos de la vida y cultura de los edenitas, con el fin de ponerlo en práctica cuando se construyera el tercer Edén.

Aunque no todo era trabajar. El tiempo transcurría sin prisas en el hogar de los edenitas, que se entregaban al ocio cuando el trabajo del día se había terminado o cuando realmente necesitaban un descanso.

Durante aquellos años, y gracias a los fándores, los edenitas pudieron recorrer distancias más largas con el fin de reclutar a los miembros más capaces de las razas de color. En una de esas expediciones, y a petición de Omahé, llegó a Edén Lade, la sanadora otokichi que había hecho tan buenas migas con la joven danita. El encuentro fue muy emotivo; las dos se abrazaron con lágrimas en los ojos. Lade exclamó:

- ¡Sabía que vendrías a buscarme!

La mujer otokichi se convirtió casi instantáneamente en una de las mejores amigas de Omahé en Edén, además de una alumna con un enorme deseo de aprender. Para ella, comparado con lo que hasta entonces había conocido, Edén era un paraíso en la tierra. Pero sabía

que debía regresar con su pueblo, para conseguir que ellos también tuvieran el paraíso a orillas del Umioku.

Omahé levantó la vista hacia el sol. Muy pronto sería mediodía y la hora de comer. Oré se estaba desperezando en sus brazos. Muy pronto reclamaría su ración de comida ella también.

- Tengo hambre, ¿tú no? - preguntó Boku a sus espaldas. Omahé estaba tan concentrada en sus pensamientos que no le había oído llegar.

El edenita se colocó entonces frente a ella y le dio un beso en los labios, como siempre hacía cada vez que se reencontraban.

Boku seguía siendo el mismo edenita apuesto, a pesar de la cicatriz que seguía luciendo en su mejilla derecha. Durante los cuatro años que llevaban en Edén, había ganado en madurez, y eso se reflejaba en su apariencia. Ahora no parecía un guerrero, como cuando llegó; iba vestido con la misma túnica que todos los demás habitantes de Edén, y llevaba el pelo corto pues, a los pocos días de llegar, decidió cortarse la coleta.

- En esta etapa de mi vida no tengo que demostrar mi valor ante nadie – explicó - Además, soy el único hombre en Edén que lleva el pelo tan largo.

En cuanto el pequeño Kare vio a su padre, dejó a sus compañeros de escuela y sus dibujos y se abalanzó sobre él. Boku le levantó por los aires y le besó, para alegría del pequeño, que, en cuanto estuvo de nuevo en el suelo, regresó a lo que estaba haciendo.

- ¿Habéis terminado por hoy? – preguntó Omahé a Boku.

- Sí – asintió Boku - Los preparativos están ya muy avanzados. Ya solo quedan pequeños detalles, que me gustaría concretar lo antes posible. Por cierto, ¿sabes a quién he conocido esta mañana?

Omahé le miró con expresión interrogativa.

- A dos de los nietos de mi maestro – respondió Boku - Es increíble lo mucho que se parecen a él. Tienen catorce y dieciséis años

y, a pesar de su juventud, hablan y se comportan de manera muy madura para su edad.

- Entonces, seguro que son nietos dignos de su abuelo... - afirmó Omahé.

- Les he pedido que formen parte de la expedición – explicó Boku.

- ¿Y eso?

- Te recuerdo que hice una promesa a una niña danita – respondió Boku, con una amplia sonrisa.

- ¡Es cierto! ¡Kimi! – exclamó Omahé, sonriendo.

- Por suerte, todavía no estaban comprometidos – comentó Boku – Así que podrían ser una buena pareja para Kimi y para su amiga Eane.

- Pero... ¿han aceptado? – preguntó Omahé.

- Todavía no... Pero el corazón me dice que lo harán. Parecían atraídos por la perspectiva de una aventura en el mundo exterior y de conocer a otras gentes.

“Qué bien”, pensó Omahé. Recordaba con mucho cariño a Eane, y estaba deseando conocer a Kimi, la pequeña que ayudó a Boku a rescatarla cuando fue secuestrada por aquellos guerreros de Venubym.

- Entonces... ¿cuándo será el día de la partida? – preguntó ella, mientras hacía carantoñas a su hija Oré, que ya se había despertado del todo.

- Muy pronto. Creo que los Primeros Padres dirán la fecha exacta el próximo Día del Padre.

- Volvemos de nuevo a embarcarnos en un largo viaje... - dijo Omahé, con un suspiro.

- Sí, pero esta vez será diferente – replicó Boku – Ahora iremos con mucha más gente y ya no tendremos que preocuparnos del Príncipe y de sus ayudantes. Además, contamos con el apoyo de los Primeros Padres y los Hijos de emergencia.

- Y con nuestros amigos los fándores… - apostilló Omahé.

- Cierto. Nuestro viaje va a ser mucho más cómodo y rápido con ellos – dijo Boku, visiblemente ilusionado con la perspectiva de aquella trascendental expedición, la que llevaría a la fundación del tercer jardín, futuro hogar de los Primeros Padres y centro de la civilización de Saph.

- Por un lado me apena abandonar este lugar, pero por otro estoy deseando emprender el viaje – confesó Omahé – Queda mucho trabajo por hacer, y me apasiona la idea de ayudar en la tarea de hermanar a todos los pueblos de Saph. ¡Va a ser toda una aventura!

- Desde luego que sí. Y me ilusiona enormemente poder emprenderla contigo y con nuestros hijos – dijo Boku, atrayéndola hacia sí y dándole un beso cariñoso en la mejilla.

Cuando el pequeño Kare terminó con su clase de dibujo, los cuatro regresaron a su casa para comer. La pareja pensaba en la aventura que les aguardaba, y estaban decididos a dar lo mejor de sí para llevar la fundación del tercer Edén a buen puerto.

Y la aventura, desde luego, les llevó a nuevas y apasionantes experiencias. Boku y Omahé encontraron el emplazamiento ideal para el tercer Edén, no muy lejos de donde se situó el primer jardín. Durante su larga y fructífera vida en común, engendraron una asombrosa descendencia de líderes sabios y valientes que llevaron finalmente a que todos los pueblos de Saph, danitas incluidos, vivieran en armonía y cooperaran los unos con los otros.

También tuvieron otro tipo de progenie muy especial, que precedió a la aparición de otro nuevo tipo de ayudantes invisibles, de gran ayuda para los Hijos de emergencia y su administración de aquel mundo.

Pero esa es otra historia…

Vilanova i la Geltrú,
7 de diciembre de 2011